LIBANIO

DISCURSOS
III

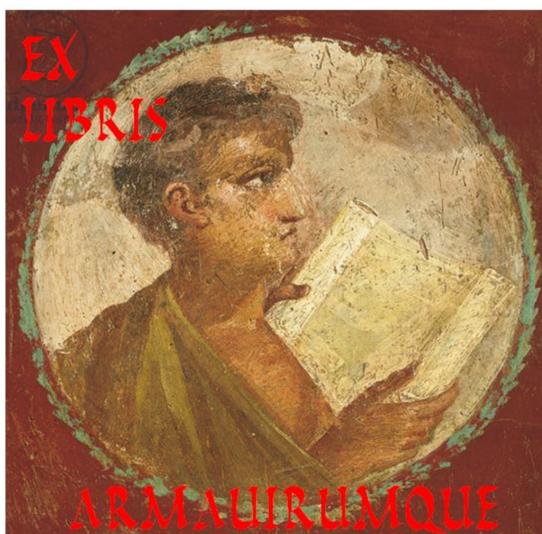
DISCURSOS JULIANEOS

INTRODUCCIÓN, TRADUCCIÓN Y NOTAS DE
ÁNGEL GONZÁLEZ GÁLVEZ



EDITORIAL GREDOS

BIBLIOTECA CLÁSICA GREDOS, 293



Asesor para la sección griega: Carlos García Gual.

Según las normas de la B. C. G., la traducción de este volumen ha sido revisada por Susana M.ª Lizcano Rejano.

© EDITORIAL GREDOS, S. A.

Sánchez Pacheco, 85, Madrid, 2001.
www.editorialgredos.com

Depósito Legal: M. 43435-2001.

ISBN 84-249-2301-4. Obra completa.
ISBN 84-249-2312-X. Tomo III.

Impreso en España. Printed in Spain.
Gráficas Cóndor, S. A.

Esteban Terradas, 12. Polígono Industrial. Leganés (Madrid), 2001.

Encuadernación Ramos.

INTRODUCCIÓN*

El sofista y el emperador

Cuando el 18 de julio del 362 el nuevo Augusto, Flavio Claudio Juliano[1], hizo su entrada en el límite provincial de

* En el presente volumen nos referiremos a las obras del emperador Juliano con las siguientes abreviaturas: *SPQAth.*: *Al Senado y al pueblo de Atenas; Misop.*: *Misopogon* o *Discurso de Antioquía; EEC*: *Elogio del emperador Constancio II; EEE*: *Elogio de la emperatriz Eusebia; SR*: *Sobre las acciones del emperador* o *Sobre la realeza; Sal.*: *Consolación a sí mismo por la marcha del excelente Salustio; Heracl.*: *Contra el cínico Heraclio; MatDeor.*: *A la madre de los dioses; Banq.*: *El banquete* o *Los Césares; Helios*: *Al rey Helios; CGal.*: *Contra los Galileos; ELF*: *Epístolas, leyes, fragmentos*. Cuando aparece un nombre propio seguido de un número arábigo, se hace referencia a la identificación de A. H. M. Jones, J. R. Martindale, J. Morris, *The Prosopography of the Later Roman Empire. Vol I (A.D. 260-395)*, Cambridge, 1971, mientras que los nombres seguidos de un número romano corresponden a la identificación propuesta por O. Seeck, *Die Briefe des Libanius zeitlich geordnet*, Leipzig, 1906. Las referencias al *Codex Theodosianus* (abreviado *Cod. Theod.)* están sacadas de la edición de Th. Mommsen.

[1] En la introducción general a las obras del emperador Juliano en esta misma colección (vol. 17), puede encontrarse una excelente biografía de este monarca y una completa bibliografía a cargo del prof. García

Siria acompañado de su comitiva, tuvo lugar el primer contacto seguro entre el Emperador y Libanio, que era, sin duda alguna, el sofista más destacado de Antioquía. El Monarca se presentaba en la capital siria para preparar la campaña militar más ambiciosa de su breve pero fulgurante carrera y, como era de rigor, los representantes de la curia y personalidades más importantes de la ciudad aguardaban en la frontera a su nuevo señor. Como sofista oficial, Libanio se encontraba entre los asistentes, pero, como ya era costumbre en él, ocupaba un lugar discreto y alejado de todo protagonismo. En su *Ep.* 736, dirigida al gobernador de Cilicia, Celso, y escrita pocos días después de los acontecimientos, describe el momento del encuentro:

> Casi no te había dejado a ti, cuando el Emperador se reunió conmigo. Y por poco, no pasó de largo sin decirme nada —tanto había cambiado mi rostro por culpa del tiempo y la enfermedad—. Pero, nada más decirle su tío homónimo quién era yo, hizo un sorprendente movimiento sobre su caballo. A continuación, tras tomarme de la mano, no me la soltaba y me abrumaba con las más graciosas chanzas, más dulces que rosas, y ni yo mismo me abstenía de bromear. Era admirable por dos razones: por lo que decía y por lo que se dejaba decir. Después de haberse concedido a sí mismo un descanso y haber regocijado a la ciudad con carreras de caballos, me animó a pronunciar un discurso. Así que lo hice a petición suya, no por haberlo importunado yo. Y él disfrutaba con mi lectura, confirmando así lo que yo sostenía en el proemio: pues decía allí que él consideraría hermoso todo lo mío porque me amaba, y así sucedió.

BLANCO. Suya es la traducción de los pasajes de Juliano que hemos reproducido en este volumen.

Con pocas variaciones y claras reminiscencias del encuentro entre Marco Aurelio y Elio Aristides[2], vuelve a describir el episodio en la primera redacción de su *Autobiografía (Disc.* I 120), compuesta hacia el año 374:

> Este emperador, el más sabio y justo, el más diestro en la retórica y en las artes de la guerra, enemigo solamente de los impíos, cuando vio que nuestros embajadores se presentaban ante él sin llevar consigo cartas mías, se dolió y exclamó: «¡Oh Heracles! ¿El que ha soportado tantos peligros a causa de sus escritos, calla ahora que tiene seguridad?» Añadió que consideraba una ganancia y que habría valido la pena el camino recorrido, si podía verme y oírme hablar. Y cuando estaba en los mismos umbrales de la ciudad, nada más verme, me dijo lo siguiente: «¿Cuándo podremos escucharte?».

A partir de ese momento y tras solventar algunos problemas iniciales, comenzó una sincera amistad a la que el sofista se mantuvo fiel hasta el final de sus días. Sin embargo, determinar cuál fue la relación entre ambos antes de este encuentro es sumamente complicado, ya que los testimonios anteriores a éste son escasos y de difícil interpretación.

En primer lugar, pudo haberse producido un primer contacto en Constantinopla. Libanio se había instalado en la capital del Bósforo como profesor de retórica desde el año 340, cuando Juliano contaba sólo nueve o diez años de edad y su educación era supervisada por el obispo Eusebio y su

[2] Cf. FILÓSTRATO, *Vidas de los sofistas* 582-583. Sobre el paralelismo entre las parejas Elio Aristides-Marco Aurelio y Libanio-Juliano, véase la serie de artículos de R. A. PACK, «Two Sophists and Two Emperors», *Class. Philol.* 42 (1947), 17-20 ; «Julian, Libanius and Others: A Reply», *Class. Philol.* 48 (1953), 173-174, y de A. F. NORMAN, «Philostratos and Libanius», *Class. Philol.* 48 (1953), 20-23 ; «Julian and Libanius again», *Class. Philol.* 48 (1953), 239.

querido pedagogo, el eunuco Mardonio (cf. *Disc.* XVIII 11 y XIII 9). Sin embargo, en este último pasaje, Libanio sólo dice que Juliano empezó a ir al colegio justo cuando él comenzaba su labor docente, no que ambos coincidieran en la misma ciudad. De hecho, tras la masacre de su familia en el 337, Juliano fue enviado a Nicomedia y allí se educó, y no hay pruebas de que acompañase a Eusebio a Constantinopla cuando éste fue nombrado, al año siguiente, obispo de aquella ciudad, motivo por el que tuvo que abandonar a su imperial pupilo. Así, la mayoría de los críticos suponen que el eunuco escita se hizo cargo en solitario de la educación del niño, hasta que Constancio II decretó su encierro en Macellum (años 341-347).

Más probable parece que ambos coincidieran en Nicomedia durante el curso escolar 348-349. Después de abandonar el encierro de *Macellum,* Juliano siguió las clases de Nicocles y Hecebolio en Constantinopla y, poco después, se trasladó a Nicomedia, donde Libanio impartió clases de retórica desde el curso 344-345, hasta el curso 348-349, año en el que fue trasladado forzosamente a Constantinopla por orden del emperador Constancio II[3]. Sin embargo, aun siendo cierto que ambos coincidieran aquel curso en Nicomedia, tampoco fue Juliano alumno oficial de Libanio, ya que, como reconoce el sofista, el joven se limitó a seguir sus clases en secreto, pues sus preceptores cristianos le prohibieron expresamente asistir a las clases de tan destacado profesor pagano. Juliano se las ingenió para conseguir los apuntes de clase del sofista pagando a un barquero para que se los trajera[4].

[3] Cf. *Disc.* I 48-75.

[4] Cf. *infra, Disc.* XVIII 13-15.

A pesar de que la relación entre ambos no fue, ni pudo ser, estrecha, ya que el cauto príncipe no debía ser visto en compañía de un pagano militante como Libanio, éste dio gran importancia a su influjo sobre el joven y no duda en proclamarse padre espiritual de Juliano[5]. Sin embargo, éste jamás cita en sus escritos a Libanio como maestro suyo, honor que corresponde con más justicia al eunuco Mardonio, quien le inculcó su amor por la literatura clásica, y a Máximo, su iniciador en los misterios del neoplatonismo. Además, el interés de Juliano por la oratoria era muy inferior a su amor por la filosofía, aunque sus discursos revelan un conocimiento profundo de las reglas retóricas. En su afán por atribuir a la estancia de Juliano en Nicomedia una importancia capital, Libanio fecha en aquel año su conversión a la fe pagana, a pesar de que el propio Juliano la sitúa en el 351 *(Ep.* 111, 434d):

> Sin embargo, éste fue el comienzo de los mayores bienes para él y para el mundo. Porque allí *(sc.* Nicomedia) permanecía oculta una chispa del arte adivinatoria que, a duras penas, había escapado de las manos de los impíos. Gracias a ésta, tuviste la oportunidad de rastrear por vez primera lo oculto y, subyugado por los oráculos, refrenaste tu vehemente odio contra los dioses[6].

Es evidente que la relación entre ambos debió de ser muy superficial, lo que no excluye cierta admiración que el joven estudiante pudiera sentir por un orador brillante que defendía los ideales helénicos que Mardonio le hizo amar. No se debe exagerar la importancia de la relación epistolar[7]

---

[5] Cf. *Ep.* 369, 1-2 e *infra*, *Disc.* XV 6.

[6] *Disc.* XIII 11.

[7] Hay que adelantar considerablemente la fecha aceptada, si la *Ep.* 13 de Libanio debe datarse en el 353, como supone H. U. Wiemer, *Libanios*

que pronto entablaron ambos, ya que parte del oficio del sofista consistía, precisamente, en mantener estrechas relaciones con los representantes del poder imperial. Desde el nombramiento de Juliano como César[8], en el año 355, la correspondencia entre ambos es fluida a pesar de la distancia (cf. *Ep*. 369 y 35, ambas del 358), hecho que nos hace pensar que Libanio podría conocer la conversión de Juliano al paganismo. Así pues, nada nos autoriza a considerar esta correspondencia como una expresión de amistad personal. Es más sencillo imaginarse a Libanio cumpliendo con su deber de sofista y portavoz de las aspiraciones de los intelectuales paganos de Antioquía, que ven en el joven Juliano una firme esperanza para devolver a la retórica y a los dioses a su situación anterior a Constantino. De hecho, no debe de ser casual que la correspondencia se inicie después de la victoria de Juliano en Estrasburgo (junio del 357), cuando Juliano se ha ganado una merecida reputación y ya posee el mando efectivo de las tropas de las Galias. Precisamente, la *Ep*. 369 tiene como objeto felicitarlo por sus victorias militares. Aún más : si leemos atentamente el final de esta carta, podemos apreciar cómo Libanio reprocha a Juliano, en tono irónico, que aún no le haya distinguido con un regalo que testimonie públicamente el favor imperial —como, en efecto, ya había hecho Juliano con otros sofistas—, favor que no le fue concedido[9]. Incluso, en una epístola que Liba-

und Julian. Studien zum Verhältnis von Rhetorik und Politik im vierten Jahrhundert n. Chr., Múnich, 1995, págs. 16-17. Además, como demuestra dicho autor, esta epístola no sería la primera que le envió Libanio, ya que, en la misma, faltan los elementos característicos de las cartas en las que se inicia una relación epistolar. En todo caso, parece muy probable que los contactos se produjeran sólo tras la conversión de Juliano.

[8] En el 355, Juliano fue nombrado César y enviado a las Galias, en tanto que Libanio ya había conseguido su traslado definitivo a Antioquía.

[9] Véase H. U. Wiemer, *Libanios...*, págs. 21-22.

nio dirige al sofista Demetrio de Tarso, en el invierno del 359-360 (*Ep.* 283, 3-4), nuestro autor expresa su temor a describir las veleidades del reinado de Galo en Antioquía, para no molestar a su hermano Juliano:

> Mas siento temor de que esa parte del discurso esté bien, pero que esa bondad cause un mal a su autor. Porque si bien aquél (*sc.* Galo) está muerto, el que está vivo (*sc.* Juliano) tiene poder para causármelo en su lugar.

No parece, por tanto, que entre Libanio y Juliano existiera una especial amistad personal. Además, Libanio no mantenía contacto con los ambientes neoplatónicos en que se había movido Juliano antes de su nombramiento como César, mientras que, por el contrario, su relación con buena parte de los altos funcionarios y cortesanos de Constancio II eran excelentes. Se pueden citar no pocos nombres: Estrategio Musoniano, Hermógenes, Daciano, el *magister officiorum* Florencio y Anatolio. Libanio, autor en el año 349 del panegírico a Constancio II y Constante (*Disc.* LIX), no era considerado, precisamente, un elemento subversivo a pesar de su inequívoca tendencia religiosa. Sólo cuando se produjo la usurpación de Juliano en el 360 y Constancio II se vio forzado a vigilar más atentamente posibles focos de rebelión y adhesión al usurpador, la situación cambió considerablemente. El prefecto del pretorio de Iliria, Anatolio, fue sustituido por Florencio, enemigo personal de Juliano, y el prefecto del pretorio de Oriente, Hermógenes, por Helpidio, sobre los que Libanio no ejercía influencia alguna. En Antioquía hubo algo muy parecido a una persecución de sospechosos, lo que pudo irritar sobremanera al sofista. En sus *Ep.* 656, 2 y 661, 3-4 se queja de tener que elogiar, debido a la tensa situación política, a personas poderosas pero completamente estúpidas.

Cuando Constancio II muere en Mopsucrene de Cilicia, el 3 de noviembre del 361, y Juliano es aclamado como único emperador, el nuevo Augusto comienza a captar colaboradores entre los intelectuales de la época, pero no tenemos constancia de que Libanio estuviera entre ellos. Sin embargo, el sofista se apresuró a hacer patente su lealtad al nuevo régimen enviando una cortés epístola (*Ep.* 694) a Máximo de Éfeso, maestro y colaborador de Juliano, en febrero del 362. Pero tampoco en esta ocasión recibió Libanio una invitación formal para unirse a la corte de Constantinopla.

Por todo lo dicho, no es de extrañar que, cuando Juliano hizo su entrada en Antioquía, no se produjera un emotivo encuentro entre el Emperador y el sofista, sino más bien un saludo formal como correspondía a la posición de ambos. Que el Augusto rompiera las reglas del protocolo para saludar a Libanio no era excepcional, ya que, precisamente, era éste un rasgo característico de la personalidad de Juliano, quien, por otra parte, deseaba establecer distancias entre su reinado y el del protocolario Constancio II. Muy al contrario, el hecho de que Juliano no bajase del caballo y no le diese un beso[10] como muestra de afecto, situaba a Libanio irremediablemente en un rango secundario.

Libanio adoptó, desde el principio, una postura ambigua. Por una parte, procuró mantener una actitud digna, ajena a la más leve sospecha de adulación, pero, por otra, deseaba ardientemente ocupar una posición destacada en el nuevo gobierno, especialmente ahora que el emperador que se proponía la restauración del culto de los dioses se hallaba presente en la ciudad. Esta duplicidad explica su accidentada relación inicial con la corte. Cuando Libanio pronuncia

[10] Cf. *Disc.* II 6 y *Ep.* 561, 4, donde describe cómo su amigo, el prefecto Estrategio, lo besó públicamente para dejar constancia de su favor.

su discurso de bienvenida a Juliano *(Disc.* XIII), ya reclama su elección como panegirista oficial del nuevo régimen, petición que había de reiterar en su *Ep.* 610. Sin embargo, como revela en *Disc.* I 121-123, se negó en todo momento a formar parte del grupo de aduladores que asistían a los sacrificios que Juliano oficiaba en los jardines del palacio imperial, lo que podía ser tomado por Juliano como un gesto de rechazo a su política religiosa.

Gracias a su afán por hacer patente su espíritu independiente, nos enteramos de la enorme distancia que, en un principio, existía entre Libanio y la corte de Juliano. Incluso, nos informa de cómo entre él y un poderoso cortesano, posiblemente Máximo de Éfeso, existían grandes diferencias. La relación con el propio Juliano se deterioró hasta el punto de enviarse notas recriminatorias:

> Un día acudió Juliano al templo de Zeus Filio con la intención de hacer unos sacrificios, y como viera allí a los demás (pues eso es lo que deseaban, y hacían lo que fuera para dejarse ver) y fuera yo el único al que no contemplara mezclado entre la muchedumbre, por la tarde me preguntó, por medio de una tablilla, qué motivo me había impedido acudir, mezclando duros reproches con halagos. Asi es que, cuando leyó la respuesta que le di en la misma tablilla, se dio cuenta de que yo sabía lanzar puyas tan bien como recibirlas y enrojeció de vergüenza [11].

Felizmente, la intervención de Prisco en favor de nuestro sofista disipó todas las dudas y éste pasó a formar parte del restringido círculo de amigos y colaboradores de Juliano, como el propio emperador revela en *Misop.*, 354c:

[11] *Disc.* I 122.

> Pues somos siete los que acabamos de llegar como extranjeros a vuestra ciudad, y uno que es compatriota vuestro, amado por Hermes y por mí y creador de bellos discursos.

Libanio había alcanzado en poco tiempo su anhelado puesto de sofista oficial de la corte y, como tal, le fue encargada la redacción del discurso que debía conmemorar el consulado de Juliano el primero de enero del 363, para lo cual tuvo acceso a los documentos oficiales y, lo que es más importante, a la información que el propio Juliano podía suministrarle. También sería designado para escribir un panegírico en honor de Juliano tras su regreso victorioso de la campaña persa[12], lo que explica que Juliano se tomase la molestia de detallarle sus primeros movimientos militares por medio de una extensa carta *(Ep.* 98).

Si bien no puede negarse que esta relación tenía para ambos una utilidad práctica —en tanto que Libanio alcanzaba una posición de privilegio que lo convertía en la persona más influyente de la ciudad y Juliano lograba un firme apoyo dentro de una ciudad que le fue hostil casi desde el principio—, durante los siete meses que ambos mantuvieron un estrecho contacto, surgió una fuerte amistad que perduró, incluso, después de la muerte de Juliano y en momentos en los que era peligroso señalarse como amigo del Apóstata. Libanio, que tenía importantes objetivos personales, como recuperar unas tierras de su familia paterna confiscadas en época de Diocleciano y conseguir que su hijo bastardo Cimón recibiera el permiso oficial para heredar las posesiones de su padre, nunca enturbió con el interés personal la sana amistad que sentía por el Emperador. Su trayectoria poste-

---

[12] Cf. *Disc.* XVII 31 y *Ep.* 1220, 5.

rior demuestra que no son vanas las palabras que Juliano solía decir de nuestro sofista:

> Viendo cómo cualquier idea de provecho era despreciada por mí y que no buscaba yo otra cosa que ver cómo con sus actos eclipsaba sus glorias anteriores, solía decir que los demás amaban su riqueza, pero que yo lo amaba a él, y que ni la que lo trajo al mundo habría podido superar el afecto que yo le profesaba[13].

Los discursos julianeos: datación, contenido y difusión

En el presente volumen ofrecemos los llamados *discursos julianeos,* dirigidos al emperador Juliano o directamente relacionados con su persona. Estos discursos se dividen en dos grupos bien diferenciados: por un lado, tenemos los que fueron escritos durante el reinado en solitario de Juliano (de noviembre del 361 a junio del 363), aprovechando el sofista su posición privilegiada en la corte *(Disc.* XII, XIII, XIV, XV, XVI y LX). De ellos, el *Disc.* XIII fue escrito antes de la llegada de Juliano a Antioquía, los *Disc.* XII, XIV y LX durante su estancia en la capital siria y los *Disc.* XV y XVI tras su marcha a la campaña persa, el 5 de marzo del 363. El segundo grupo está constituido por los discursos escritos *in memoriam* tras la muerte del Emperador el 26 de junio del 363 (*Disc.* XVII, XVIII y XXIV).

[13] *Disc.* I 125.

1. *Disc. XIII: Discurso de bienvenida a Juliano*

El primero de los discursos julianeos, el *Disc.* XIII en la edición de Foerster, es un discurso de bienvenida a Juliano o *Prosphōnētikòs lógos*[14], que, como ya se dijo, le pidió el propio Emperador cuando entró en Antioquía (cf. *Disc.* I 120). Como dueño de la cátedra de retórica, Libanio hubiera sido el indicado para dirigirse a Juliano en nombre de la curia, pero, como se desprende de la narración del propio Libanio, el discurso de bienvenida no lo pronunció él, sino el *comes Orientis* Juliano, tío homónimo del Emperador. El discurso de Libanio se pronunció varios días después, con motivo de la ceremonia de clausura de los juegos organizados por el Emperador para celebrar su llegada a la capital siria, es decir, a finales de julio del 362, de lo que hay que deducir que el discurso se compuso antes de la llegada de Juliano.

Así pues, al no ser un discurso oficial, el *Disc.* XIII carece de algunos de los rasgos formales propios del *Prosphōnētikòs lógos,* como el elogio de la ciudad o de su gobernador. Nuestro discurso, por el contrario, se centra en el encomio de las gestas de Juliano en las Galias (parágrafos 20-40), aunque parece evidente que, para su elaboración, el sofista no tuvo acceso a fuentes oficiales: una obra, hoy perdida, escrita por Juliano sobre su victoria en Estrasburgo (cf. *Ep.* 35, 6 y *Disc.* XIII 25) y las epístolas a las ciudades, de las que sólo conservamos *Al senado y al pueblo de Atenas*. Precisamente, el discurso libaniano presenta importantes discrepancias con respecto a esta obra, especialmente en

[14] El título que aparece en los mejores códices y que acepta Foerster en su edición es el de *Prosphōnētikòs,* frente a la lectura *Prosphōnēmatikòs* que ofrecen otros manuscritos.

lo que se refiere al relato del levantamiento de Juliano en París. También es significativo el tacto con que el orador se refiere a la memoria del difunto emperador Constancio II, al que, sin embargo, pocos meses después, cuando ya conoce la opinión de Juliano sobre su predecesor, no duda en tachar abiertamente de tirano (cf. *Disc.* XIV 17). Es evidente que nuestro sofista aún no gozaba del favor imperial cuando compuso el presente discurso, motivo por el que muchas de sus afirmaciones serán corregidas en discursos posteriores.

El *Disc.* XIII fue concebido para ser pronunciado ante una audiencia cortesana, cuyo favor trata de ganarse en varias ocasiones, incluso el del siempre difícil Máximo. Si hacemos caso de lo que nos dice el autor en su *Ep.* 736, 2-3, Juliano quedó impresionado por el discurso, pero el sofista, a tenor de cómo se expresa en *Ep.* 770, 6, parece que tenía serias dudas sobre su calidad. Su amigo Seleuco le escribe para pedirle una copia, pero Libanio le responde que no desea publicarlo por no estar seguro de su calidad: «Afirman que es bueno, pero yo no estoy convencido, por eso lo mantengo escondido.»

Esta impresión se ve confirmada por *Ep.* 610, de agosto o septiembre del 362, que acompañaba a la copia del discurso que el sofista envió a Juliano: «Te envío este modesto discurso sobre grandes gestas. Tú eres dueño de que surja un discurso más importante si me das razones para que así sea.» La escasa confianza del autor en su discurso, que no debió de causar gran impresión en la corte[15], unida a la composición posterior del *Disc.* XII sobre el mismo tema, pero esta vez contando con fuentes oficiales, empujaron al

[15] Entre otros desatinos, pudo molestar a Juliano la versión del levantamiento, tal vez influida involuntariamente por la propaganda antijulianea que los partidarios de Constancio II difundieron por Antioquía.

sofista a mantener en segundo plano un discurso lleno de datos erróneos y a no difundirlo, contra su costumbre, entre sus amigos.

2. *Disc. XIV: A Juliano, en defensa de Aristófanes*

Antes de acabar el año 362, en un momento en que la posición de Libanio en la corte de Juliano es ya de privilegio, compone el sofista el *Disc.* XIV en defensa de Aristófanes. El mes exacto no puede precisarse y no hay acuerdo entre los estudiosos sobre el *terminus ante quem*. Norman[16] lo sitúa en el 22 de octubre del 362, cuando tiene lugar el incendio del templo de Apolo en Dafne, ya que en el discurso se menciona el sacrificio que allí ofreció Juliano, lo que hubiera sido una torpeza intolerable de haberse producido ya el doloroso suceso que tanto afectó a Juliano. Wiemer[17] rechaza, por infundada, esta suposición y sitúa el *terminus ante quem* en diciembre del 362, fecha de la muerte del *comes sacrarum largitionum* Félix, cuya intervención en favor de Aristófanes solicita el sofista en el parágrafo 36. El *terminus post quem* quedaría situado en agosto, mes en que, de acuerdo con *Misop.*, 361d, Juliano ascendió al monte Casio (§ 69). Por consiguiente, el Disc. XIV fue compuesto entre agosto y diciembre del 362, posiblemente entre septiembre y octubre, como propone el crítico alemán.

El *Disc.* XIV, perteneciente al *génos symbouleutikón* y dirigido a la corte de Juliano, tiene como objeto lograr un nombramiento para su amigo Aristófanes, antiguo *agens in*

---

[16] A. F. Norman, *Libanius. Selected Works, vol. I. The Julianic Orations*, Londres-Cambridge Mass., 1969 (reimpr. 1987), pág. LI y nuevamente en *Libanius. Autobiography and Selected Letters, vol. II*, Londres-Cambridge Mass., 1992, págs. 453-454.

[17] *Libanios...*, págs. 147-149.

rebus durante el reinado de Constancio II y pagano declarado. Éste procedía de una importante familia terrateniente de Corinto. Su padre, Menandro, tras desempeñar todos sus deberes como curial en su ciudad, fue reclutado por el Senado de Roma. Cuando se produjo la *adlectio*[18] ya había nacido Aristófanes, puesto que él no heredó el rango de *vir clarissimus* de su padre. Menandro renunció a su cargo como senador y se mantuvo en el ámbito de la política municipal. A su hijo lo educó en la fe pagana y lo familiarizó con los ritos mistéricos.

Libanio vio por vez primera a Aristófanes cuando visitó Corinto, en torno al año 339. Todavía estaba estudiando en Atenas y aprovechó un viaje a Esparta (cf. *Disc.* I 23) para pasar por la ciudad del Istmo. Llegó cuando Menandro desempeñaba, en nombre de su hijo, la liturgia del duovirato[19]. Antes del año 340, viajó Aristófanes a Atenas y allí entablaron ambos una gran amistad. Sin embargo, su afortunada carrera se truncó cuando murió su padre, poco antes del año 350, y Flavio Eugenio, alto funcionario de Constante y pariente de Aristófanes, trató de apoderarse de la herencia aprovechando su prestigio. La única solución que encontró Aristófanes para escapar de las garras de Eugenio fue traspasar a su esposa la gestión de sus bienes y buscar refugio en la administración de Constancio II. Gracias a la intercesión del filósofo pagano Fortunaciano, consigue ser admitido en la *schola* de los *curiosi* o *agentes in rebus*, tristemente célebres bajo Constancio II por haber actuado como espías imperiales.

[18] Ésta debió de producirse antes del 330, fecha de la fundación de Constantinopla, ya que, de haber sido después, lo habría reclamado el Senado de esta ciudad.

[19] Cf. *Disc.* XIV 8.

Aristófanes desempeñó fielmente su cargo hasta que, en el 357, el *magister officiorum* Musonio lo puso bajo las órdenes del prefecto de Egipto, Parnasio, el cual debía de conocer a Aristófanes, dado que tenía una estrecha vinculación con Corinto. Pero, en el año 359, Aristófanes se ve envuelto en el proceso de Escitópolis, en el que Parnasio fue condenado al destierro por haber consultado ilegalmente a un astrólogo sobre cuestiones políticas. Aristófanes fue acusado precisamente de haber puesto a Parnasio en contacto con el astrólogo. Para evitar que se le aplicase la tortura para obtener una confesión, alegó su condición de curial de Corinto, lo que le acarreó consecuencias no deseadas, ya que el prefecto del pretorio de Iliria, Anatolio, le obligó a desempeñar en su ciudad natal el cargo de *duovir*. Tras el proceso, Aristófanes compartió con Parnasio la condena a la *relegatio*.

Pero, además de su implicación en este proceso, Aristófanes tenía pendiente otra causa administrativa. Al haber declarado durante los interrogatorios que percibió irregularmente 211 *solidi* como pago de un servicio cuya naturaleza no se nos aclara, el *notarius* Pablo «Cadena» trató de perderlo. Llegó, incluso, a ordenar que un heraldo recorriera Egipto animando a todo aquel que tuviera motivos de queja contra Aristófanes a que, sin miedo, interpusiera una denuncia. No obstante, la inesperada muerte de Constancio II dejó sin efecto las condenas y paralizó toda la investigación. Pero, paradójicamente, la llegada de Juliano al poder supuso la pérdida de su cargo, por lo que el regreso a la curia de Corinto era inevitable.

A pesar de tan dudosa carrera, Libanio asume la defensa de su amigo con este discurso, basando su argumentación en que Aristófanes fue víctima de las intrigas de los cortesanos de Constancio II y que sufrió persecución por motivos reli-

giosos. La petición de Libanio, a pesar de la fingida incertidumbre que se respira al final del discurso, estaba concedida de antemano, como evidencia la correspondencia entre el sofista y el Emperador sobre esta cuestión[20]. En la *Ep.* 96 de Juliano vemos cómo el Emperador expresa amistosamente su impaciencia por recibir el discurso. En respuesta, Libanio le envía, acompañando al *Disc.* XIV, una nota *(Ep.* 760) en tono igualmente amistoso y relajado. Tras la lectura del discurso, Juliano vuelve a escribir a Libanio *(Ep.* 97) para notificarle que hace suyos los argumentos del orador; deshaciéndose en elogios por la obra, anima al sofista a que le aconseje sobre qué honor debía concederse a Aristófanes. En agradecimiento, Libanio le envía la *Ep.* 758 y le hace saber su intención de añadir su carta al discurso a modo de epílogo.

Ignoramos cuál fue el cargo que, finalmente, le fue concedido a Aristófanes, pero, a juzgar por los términos usados *(árchōn, arché)* por Libanio en otros pasajes *(Ep.* 1348 y 1264, y *Disc.* I 125), debió de ser nombrado gobernador provincial, posiblemente de Macedonia. En todo caso, permaneció poco tiempo en el cargo, ya que, al morir Juliano, fue destituido y tuvo que regresar a Corinto. Sin embargo, el favor concedido no cayó en saco roto, ya que Aristófanes permaneció fiel a la memoria de Juliano y se hizo cargo de la primera publicación de la correspondencia del Monarca. En la *Ep.* 1264 de Libanio vemos cómo le solicita una copia de las que el sofista tenía en su poder.

[20] Las cuatro epístolas conservadas están traducidas por el prof. García Blanco en el núm. 47 de esta colección, págs. 158-162.

3. *Disc. LX: Monodia por el templo de Apolo en Dafne*

La estancia de Juliano en Antioquía, como se ha dicho, estuvo marcada por la incomprensión y por el rechazo. Las muestras de piedad del Emperador, que estaba empeñado en devolver al culto pagano la casi olvidada práctica del sacrificio cruento, y su cada vez más patente favoritismo hacia quienes proclamaban su adhesión al paganismo, ya fueran particulares o ciudades, provocó la firme reacción del elemento cristiano de la ciudad. Sin embargo, lo sucedido el 22 de octubre del 362 contribuyó, en no poca medida, a enconar aún más las posiciones de los dos bandos. El día anterior, el Emperador había acudido al celebérrimo santuario de Apolo en Dafne, con la intención de reabrirlo y de hacer sacrificios al dios solar. Para su sorpresa, la curia municipal no había preparado el evento con la solemnidad requerida y, para colmo, no había preparado ninguna víctima, ninguna torta sacrificial, ni incienso siquiera. Sólo se pudo ofrecer al dios un ganso que un sacerdote se había traído de su casa[21]. Para colmo de males, cuando el Emperador trataba de comunicarse con los dioses, éstos guardaban completo silencio. Un teúrgo neoplatónico llamado Eusebio le explica que la causa es la presencia de la tumba de un mártir local, San Bábilas, enterrado delante del templo por su hermano, el César Galo. Juliano no se lo piensa y purifica el lugar como antiguamente los atenienses hicieron con la isla de Delos: retirando los restos impuros del lugar sagrado. Los cristianos se encargaron del traslado en una procesión en la que se sucedieron los insultos al Emperador.

Al día siguiente, un terrible incendio se declaró en el templo y, pese a los intentos desesperados de los sacerdotes

[21] Cf. las quejas de Juliano en *Misop.*, 361c-362b.

y de cuantos acudieron a la carrera para prestar su ayuda, el templo y la preciosa estatua de Apolo desaparecieron en el holocausto. Juliano, a pesar de que se hablaba de un accidente, no dudó ni un momento que el suceso no era sino una represalia de los cristianos[22], por lo que se apresuró a tomar las medidas oportunas. Ordenó cerrar la Iglesia de Antioquía y confiscó los bienes de ésta. A continuación, se creó una comisión de investigación, de la que formó parte Libanio[23], sin que se lograran esclarecer los hechos.

Inmediatamente después de tan triste suceso, Libanio se puso a trabajar en el *Disc.* LX, tarea que, sin duda, llevó a cabo como sofista de la corte. Juliano conocía y admiraba el discurso, al que dedica grandes elogios en su *Ep.* 98, 400b[24], escrita cuando ya había comenzado su campaña contra Persia. Sin embargo, a pesar de su buena acogida y de la aprobación imperial, el *Disc.* LX no fue incluido en el *corpus* original de los discursos de Libanio, y podemos leer hoy algunos fragmentos gracias a las citas literales que el orador cristiano Juan Crisóstomo transcribió en su discurso *De S. Babyla contra Iulianum,* escrito veinte años después de los acontecimientos.

4. *Disc. XII: Al emperador Juliano cónsul*

El *Disc.* XII *(Eis Ioulianòn autokrátora hýpaton)* pertenece, como el *Disc.* XIII, al género del *basilikòs lógos* y su

---

[22] Cf. *Misop.*, 361b-c.

[23] Cf. la *Ep.* 1376 de Libanio.

[24] «Pero sobre Dafne has escrito tú un discurso como ningún otro, ni uno solo de los mortales de ahora, por mucho que intentase esforzarse, lo hubiera conseguido, y creo que de los antiguos no muchos tampoco. ¿Por qué, pues, me voy a poner yo ahora a escribir de él cuando la monodia que tú compusiste es tan brillante? ¡Ojalá nunca hubieras tenido que hacerlo!».

núcleo lo constituye una biografía encomiástica del monarca. Sin embargo, hay entre ambos discursos una diferencia sustancial, ya que, cuando escribe Libanio este discurso, tiene a su disposición toda la información oficial, en especial las propias composiciones de Juliano sobre sus campañas. Por consiguiente, nos encontramos ante un discurso oficial que debía ser pronunciado durante la ceremonia de investidura de Juliano en su cuarto consulado, el uno de enero del año 363, y que recoge escrupulosamente los hechos de acuerdo con la versión de la corte.

Libanio no fue el único que tomó la palabra en la ceremonia inaugural, ya que otros dos oradores leyeron sus composiciones, uno en latín y otro en griego, pero sí tuvo el privilegio de intervenir en último lugar[25]. A las sesiones oratorias asistió un amplio y selecto público, dado que el propio Juliano se había encargado de que así fuera. Además de la curia antioquena, estuvieron presentes los altos cargos de la corte y del ejército, los colaboradores directos de Juliano, así como el prefecto, el *comes Orientis,* el *consularis Syriae,* los *honorati* de Antioquía, intelectuales y representantes de los senados de Roma y Constantinopla.

La función propagandística del *Disc.* XII es evidente. Libanio se erige en portavoz de la corte y, como tal, pretende justificar algunos puntos oscuros que ponían en entredicho la legitimidad del nuevo Emperador. Pues, si bien es cierto que su pertenencia a la familia imperial lo convertían en claro heredero a ojos del ejército, estamento siempre fiel al principio dinástico, su alzamiento contra Constancio II y las represalias tomadas contra los cortesanos de éste emborronaban su ascenso a la más alta dignidad ante los ojos de los ciudadanos y funcionarios. Así pues, había que hacer

[25] Cf. *Disc.* XII 92 y I 127-129.

frente a la acusación de usurpador que sus detractores estaban prestos a arrojar sobre Juliano, cuya insubordinación podía haber costado al Imperio una sangrienta guerra civil. El orador justifica el alzamiento ampliando con su arte retórica una idea ya expuesta por el mismo Juliano[26], a saber: que el César no tuvo ninguna responsabilidad en el pronunciamiento, que fue provocado exclusivamente por la inoportuna leva que Constancio II pretendía hacer entre las tropas de las Galias. Una vez producida la rebelión de las tropas, el Augusto, en lugar de aceptar el nuevo estado de cosas, traicionó al Imperio pactando con el rey germano Vadomario para que éste atacara las Galias y mantuviese ocupado a Juliano. También se aprecia el afán propagandístico en el anuncio de una nueva era de prosperidad gracias al restablecimiento del culto a los dioses promovido desde el poder. Los dioses son ahora los consejeros directos del nuevo Monarca, quien, de este modo, logrará grandes éxitos militares, aludiendo a la inminente guerra contra Persia, y traerá de nuevo la prosperidad a sus gentes.

A diferencia del *Disc.* XIII, Libanio se preocupó de difundir ampliamente esta obra, que fue conocida, incluso, fuera de Siria. En la *Ep.* 785, dirigida en enero o febrero del 363 a su amigo Demetrio, quien le pide una copia de los discursos XII y LX, Libanio le promete enviar sólo el segundo, ya que del primero estaba preparando una edición en forma de libro, para lo cual parece que Juliano puso a su disposición algunos secretarios imperiales. Sin duda, es a esto a lo que se refiere nuestro orador cuando habla del empeño personal de Juliano por que el discurso salga a la luz: «Mi panegírico aún se queda aquí conmigo, porque desea permanecer en la sombra, pero está siendo arrastrado al pú-

---

[26] *SPQAth.* 286a-b.

blico por obra del Emperador y, tal vez, acabará apareciendo, pues es natural que su voluntad se imponga.»

5. *Disc. XVI: A los antioquenos, sobre la cólera del Emperador.*

Cuando Juliano entró en Antioquía, tenía grandes proyectos para la capital siria. La ciudad de Seleuco era una de las más importantes de la parte oriental del Imperio, sólo inferior a Constantinopla y comparable a Alejandría, y tenía un enorme valor estratégico, por ser base de operaciones casi obligada para atacar Persia. Como Libanio subraya con frecuencia, sólo Antioquía tenía capacidad para acoger un ejército como el que Juliano movilizaba contra Sapor. Además, en su reconstrucción del culto pagano, el Emperador necesitaba contrarrestar el influjo de la cristiana Constantinopla oponiéndola a otra que pudiera hacer el papel de capital oriental del paganismo. Nicomedia hubiera sido una excelente candidata de no haber quedado arrasada recientemente (año 358) por un terrible terremoto. Si son ciertas las palabras que Libanio pone en boca de Juliano en *Disc.* XV 52, en el sentido de que él pretendía hacer de Antioquía una ciudad de mármol, es posible que la capital siria fuese la elegida por Juliano para tal fin.

Si fue ésta su intención, Juliano se equivocó por completo, ya que Antioquía estaba muy cristianizada y el carácter alegre y festivo de sus habitantes chocaba con la personalidad austera y casi espartana del Emperador. Así pues, muy pronto comenzaron los problemas y los poco más de siete meses que Juliano permaneció en la ciudad fueron de permanente conflicto. Las primeras críticas a Juliano le llegaron por no asistir al teatro ni a los juegos, y por manifestar éste abiertamente su repulsa hacia los espectáculos.

Incluso llegó a prohibir el Maiuma, fiesta orgiástica que se celebraba en Dafne y que contaba con gran número de seguidores. También se ganó la enemistad del sector más rico de la población por haber ampliado a doscientos miembros el número de curiales, lo que suponía retirar a más de uno la inmunidad, y por presidir personalmente las sesiones judiciales, facultad que, de ordinario, correspondía al gobernador provincial. Sus sentencias, inmunes al favoritismo e inapelables, causaron más descontento que gratitud, a pesar de que, incluso, los escritores hostiles a Juliano reconocen su ecuanimidad.

Pero lo que más molestó a la clase curial y la enfrentó decididamente con Juliano fue su decreto de máximos en los precios de los artículos de primera necesidad, a consecuencia de la escasez del 362. El Emperador estaba convencido de que los curiales boicoteaban desde el principio su decreto, al no sacar a la venta sus productos y acaparar el trigo subvencionado por él mismo para revenderlo en el mercado negro a precios elevados. Ni siquiera la intervención de Libanio en favor de la curia apartó a Juliano de esta idea.

Tampoco estaba demasiado satisfecha la población cristiana de la ciudad con la política religiosa de Juliano. Sus continuos sacrificios y su trato de favor hacia los paganos le valieron la tenaz oposición de los cristianos antioquenos. Incluso, algunos elementos más radicales provocaron al Emperador volcando altares y buscaron el martirio, trampa que Juliano siempre quiso evitar. La situación se exacerbó cuando se produjo el incendio del templo de Apolo, pero ni siquiera en aquella circunstancia quiso Juliano recurrir al suplicio y a las ejecuciones.

La mordacidad de los antioquenos hizo de Juliano el blanco de sus bromas e insultos alusivos a su barba y a su celo religioso. Los insultos, que no se producían clandesti-

namente, sino en lugares públicos, como el mercado o el hipódromo, lograron alcanzar su objetivo y causaron honda herida en el carácter serio y desabrido de Juliano, quien, en lugar de tomar represalias violentas, prefirió responder con la composición de su célebre *Misopogon*, expuesto públicamente en febrero del 363. En este excepcional opúsculo, el autor comienza bromeando sobre su barba, pero, poco a poco, la chanza va dejando paso a una amarga justificación de su carácter y a los reproches hacia una ciudad que tan ingrata ha sido con su persona. Anuncia que jamás volverá a pisar Antioquía y que regresaría de la campaña persa pasando por Tarso de Cilicia. Como colofón, el monarca castiga a los antioquenos nombrando gobernador de Siria al cruel Alejandro.

En este contexto, Libanio, dividido entre el amor hacia su patria y su sincero afecto por Juliano, se ve obligado a tomar la palabra y compone dos discursos, el *Disc.* XVI, dirigido a la curia antioquena para reprocharle su actitud y solicitar de ella un cambio que anime a Juliano a regresar, y el *Disc.* XV, en el que pide a Juliano que reconsidere su decisión.

El *Disc.* XVI fue terminado poco después de que Juliano iniciase su marcha a Persia, el 5 de marzo del 363, como se desprende claramente del parágrafo 52, donde vemos cómo Juliano se encuentra en los mismos inicios de su expedición. Sócrates *(Hist. Eccl.* III 17) nos informa de que Libanio pronunció los *Disc.* XVI y XV ante un reducido auditorio, noticia que, en el caso de nuestro discurso, es verosímil. Libanio aprovecha su prestigio para dirigirse a la curia y obtener una rápida resolución que solucionara el problema. En este sentido, no parece que sean una ficción literaria las continuas invocaciones en el discurso a los curiales, como si estuviera siendo leído en una sesión de la cu-

ria. La urgencia del asunto no permitía la preparación de una publicación previa, que, posiblemente, no se produjo hasta después de la muerte de Juliano. A pesar de que no disponemos de testimonios directos sobre la acogida que tuvieron en la curia las propuestas de nuestro autor, el *Disc.* XV testimonia que no le hicieron demasiado caso. No sabemos si la investigación que la curia abrió para capturar a los responsables de los versos satíricos sobre Juliano fue motivada o no por este discurso.

6. *Disc. XV: Discurso de embajada a Juliano*

A pesar de que varios autores, entre ellos Foerster y Norman, consideran este discurso anterior al *Disc.* XVI, hay claros indicios de que el *Disc.* XV es posterior. Por una parte, en la última carta que Libanio le envió a Juliano (*Ep.* 811, de finales de marzo del 363) no hay mención alguna a la composición o envío del *Disc.* XV, pese a que ambos escritos perseguían el mismo objetivo. Por otro lado, del mismo discurso se desprende que, cuando estaba siendo escrito, ya habían llegado noticias sobre sus primeros éxitos militares (§§ 59 y 76). El proemio sólo puede ser posterior al cruce del río Kabur, a comienzos de abril. Esta impresión se ve confirmada por el parágrafo 73, donde el sofista dice que ya han transcurrido cinco meses desde la composición del *Misopogon,* publicado a principios de febrero, por lo que, teniendo en cuenta el cómputo inclusivo griego, la composición del *Disc.* XV debió de tener lugar a finales de mayo o junio. Además, el discurso refleja la misma seguridad y confianza en el triunfo que la *Ep.* 1402, dirigida por esas fechas a Aristófanes.

Aunque el *Disc.* XV pertenece al mismo género que el *Disc.* XVI, el *symbouleutikòs lógos,* su carácter es muy dife-

rente. El tono acusador y amenazador del segundo da paso, en éste, a la súplica y a la humildad. Libanio reconoce la culpa de sus defendidos, los curiales de Antioquía, pero aun así pide para ellos el perdón por razones de fuerza mayor, basando así su argumentación en una *stásis* de cualidad (*qualitas* o *poiótēs*)[27].

El *Disc.* XV no fue la primera ni la única composición de Libanio destinada a persuadir a Juliano de que cambiara de idea sobre Antioquía. Antes de salir de la ciudad, ya le había insistido sobre la cuestión, aunque sin resultado[28]. Poco después de marchar a Persia, le envió dos cartas (*Ep.* 802 y 811) con el mismo propósito. En la primera, le reitera su invitación para que regrese a Antioquía, y en la segunda, escrita en abril, le insinúa que, gracias a la severidad del nuevo gobernador, se ha producido un cambio en la ciudad. Ni siquiera rehusó Libanio emplear la vía indirecta: en la *Ep.* 1368, 1-3, lo vemos pidiendo al gramático Nicocles, antiguo profesor de Juliano y comisionado por Constantinopla ante el Emperador, que interceda por su patria. Sin embargo, la decisión de Juliano era firme y sólo su temprana muerte nos ha privado de saber si los ruegos de su amigo consiguieron ablandarlo.

Del pasaje de *Disc.* XVII 37, donde el sofista se lamenta de que la muerte de Juliano malograse la lectura de nuestro discurso, se deduce claramente que el *Disc.* XV no fue concebido para ser enviado a Juliano, sino para ser pronunciado delante de él. El contenido del discurso confirma esta impresión, ya que está escrito como si Libanio, elegido embajador de su ciudad, se dirigiera a un Juliano que regresa victorioso de la guerra. Por consiguiente, el presente discur-

---

[27] Véase G. A. KENNEDY, *A New History of Classical Rhetoric*, Princeton, 1994, págs. 97-101.

[28] Cf. *Ep.* 802, 4; 815, 1; 824, 2, y *Disc.* XVI 1 y XV 9.

so bien podría ser el borrador de una oración de bienvenida cuya redacción final quedó truncada por el curso de los acontecimientos. La obra que nos ha llegado tal vez fue pronunciada ante una reducida audiencia de amigos tras la muerte de su destinatario y parece poco verosímil que hubiera una amplia difusión posterior.

7. *Disc. XVII: Canto fúnebre por Juliano*

De las tres monodias conservadas de Libanio[29], el *Disc.* XVII es la única destinada a una persona, lo cual no significa que fuera la única de esta especie que compusiera el rétor antioqueno a lo largo de su carrera. Sabemos que compuso otras monodias hoy perdidas: a su maestro Zenobio (año 354), a su amigo Aristéneto (358-59), a su madre y a su tío Fasganio (359-60), a su antiguo compañero de clase Cinegio (antes del 364), a su ex alumno Eusebio (380) y a su hijo Cimón (391). Aunque emparentado con otros subgéneros retóricos, como el *Paramythētikòs lógos,* con el que el orador trata de consolar a los amigos y parientes por la pérdida del ser querido, o el *Epitáphios lógos,* cuyo objeto es destacar las virtudes y logros del finado, la monodia es, en sustancia, un homenaje al fallecido en el que el autor hace patente su dolor por la pérdida. Su tono casi dramático, con abundantes exclamaciones, construcciones asindéticas y figuras retóricas[30], acerca este subgénero a la poesía.

En cuanto a la fecha de composición del discurso y el orden cronológico con respecto al *Disc.* XVIII, existen no-

[29] *Disc.* LX, *Monodia por el templo de Apolo en Dafne, Disc.* LXI, *Monodia por Nicomedia,* y *Disc.* XVII, *Canto fúnebre por la muerte de Juliano.*

[30] Cf. P. Petit, «Recherches sur la publication et la diffusion des discours de Libanius», *Historia* 5 (1956), 492-493.

tables discrepancias entre los críticos. Las dos fechas más defendidas son: finales del 363[31] y el año 364[32]. Foerster y Bidez[33] lo sitúan, respectivamente, en el 365 y en el 368. Sin embargo, existe un claro *terminus post quem* que descarta la primera datación. En el parágrafo 22 del discurso, se nos dice que el colega de Juliano en el consulado del 363, Flavio Salustio, ha concluido felizmente su mandato, por lo que no pudo ser escrito antes del uno de enero del 364. Como *terminus ante quem* podemos establecer con casi total seguridad el 21 de julio del 365, fecha límite para la composición del *Disc.* XVIII, que es claramente posterior al que nos ocupa[34]. Por otro lado, si la exclusión de los filósofos de la lista de profesiones cuya decadencia se anuncia en el parágrafo 27 se explica porque aún no se había producido el juicio de marzo del 364[35] contra el filósofo Máximo y otros seguidores de Juliano, podría conjeturarse que el *Disc.* XVII

---

[31] Defienden esta fecha H. F. Clinton, *Fasti Romani. The Civil and Literary Chronology of Rome and Constantinople from the Death of Augustus to the Death of Justin. Vol. I*, Oxford, 1845, pág. 461; G. R. Sievers, *Das Leben des Libanius*, Berlín, 1868, pág. 203; I. Hahn, «Der ideologische Kampf um den Tod Julians des Abtrünnigen», *Klio* 38 (1960), 226; U. Criscuolo, «Note filologiche IV», *Atti dell'Accademia Pontaniana* 39 (1990), 403-411, y L. Mattera, «Libanio, Disc. 17 e Gregorio di Nazianzo, Disc. 4», *Koinonia* 15 (1991), 140.

[32] *Vid.* R. Scholl, *Historische Beiträge zu den julianischen Reden des Libanius*, Stuttgart, 1994, pág. 9; A. F. Norman, *Selected Works..*, pág. LI, autores que lo datan en 364-65; P. Petit, «Recherches...», 486; I. Benedetti, *Studi sulla guerra persiana nell'orazione funebre per Giuliano di Libanio*, Florencia, 1990, págs. 18 ss., y H. U. Wiemer, *Libanios...*, págs. 251-255.

[33] J. Bidez, *La vie de l'empereur Julien*, París, 1930, pág. 336.

[34] Por ejemplo, la penosa situación del culto a los dioses y la amenaza a las fronteras del Imperio, sólo anunciadas en *Disc.* XVII, son ya un hecho consumado en *Disc.* XVIII.

[35] Cf. *infra*, *Disc.* XVIII 287.

fue compuesto entre el 1 de enero y el mes de marzo del 364. Por tanto, el discurso debió de ser escrito a finales del reinado de Joviano o a comienzos del de Valentiniano y Valente.

Igual que ocurre con el *Disc.* XVIII, la *Monodia* fue concebida para ser leída ante una audiencia restringida y favorable al difunto. En cuanto a su publicación y difusión fuera de este círculo, no podemos afirmar nada seguro. La tesis de que el *Disc.* IV de Gregorio Nacianceno es una respuesta a nuestro discurso no cuenta con suficiente apoyo. Sabemos que Aristófanes pidió una copia a Libanio y que éste se la negó por razones de seguridad *(Ep.* 1264, 5-7), lo que no significa que el sofista no pudiera enviar copias a otros amigos más seguros. En todo caso, al público de la primera redacción de su *Autobiografía,* escrita en torno al 374, se le supone el conocimiento de los dos discursos fúnebres en honor de Juliano[36].

8. *Disc. XVIII: Discurso fúnebre por Juliano*

De los discursos julianeos, el *Disc.* XVIII es el más extenso y el que tiene más valor como fuente histórica, ya que el núcleo del discurso lo constituye el elogio *(enkōmion)* del Emperador fallecido y, como establecen las reglas retóricas, el orador elabora una detallada biografía desde el nacimiento y educación hasta la muerte.

Este relato biográfico coincide, en su mayor parte, con la versión oficial pagana, de ahí que difiera poco de la narración de Amiano y Zósimo, que beben de la obra perdida de Eunapio de Sardes, la cual contó, a su vez, con material de primera mano, como las notas de Oribasio, médico personal y amigo de Juliano. Por su parte, Libanio también tuvo a su disposición información privilegiada. Además de su con-

---

[36] *Disc.* I 135.

tacto personal con el Emperador en Antioquía y de la correspondencia que mantuvo con él tras su marcha a Persia, recibió puntual información sobre la campaña persa a través de cautivos que llegaban a Antioquía o a ciudades vecinas, como es el caso de los prisioneros de la ciudad persa de Anatha (cf. *Disc.* XVIII 218 y *Ep.* 1367, 6) o a través de comerciantes (cf. *Ep.* 1402, 1-3). Además, el afán de Libanio por informarse se evidencia en el hecho de que, a pesar de haber transcurrido poco tiempo entre la redacción de los *Disc.* XVII y XVIII, ambos presenten notables diferencias en la narración de los hechos. Así, mientras que en el primero parece carecer de información sobre quién fue el autor de la muerte de Juliano, en el segundo ya tiene datos muy detallados al respecto. Es fácil imaginar a Libanio preguntando a los soldados que regresaban de la campaña y escribiendo a sus múltiples contactos en busca de más información. Por ello, aunque somos conscientes del cuidado con que se debe manejar el testimonio de un encomiasta como Libanio, a nuestro entender, los discursos julianeos deben ser considerados una fuente histórica de primer orden para conocer el reinado de Juliano.

Como en el caso de la *Monodia,* tampoco existe entre los críticos unanimidad sobre la fecha de composición del *Disc.* XVIII. Se han propuesto fundamentalmente dos fechas: el año 365[37] y el 368[38], es decir, antes o después de la

---

[37] Así lo sostienen H. F. Clinton, *Fasti Romani...*, págs. 463-465; Foerster, *Libanii opera. Vol. II,* Leipzig, 1904, págs. 222-224; A. F. Norman, *Selected Works...*, pág. LI; M. Henry, «Le témoignage de Libanius et les phénomènes sismiques du IVᵉ siècle de notre ère: essai d'interprétation», *Phoenix* 39 (1985), 60-61, y H. U. Wiemer, *Libanios...*, págs. 260-268.

[38] G. R. Sievers, *Das Leben...*, pág. 253; J. Bidez, *La vie...*, pág. 336; P. Petit, *Libanius et la vie municipale à Antioche au IVᵉ siècle après J.-C.*, París, 1955, pág. 185 y «Recherches...», 481; G. Scheda, «Die Todesstunde Kaiser Julians», *Historia* 15 (1966), 380-384; G. Dagron,

usurpación de Procopio el 28 de septiembre del 365 en Constantinopla. Así pues, la datación del discurso tiene un valor crucial para su valoración, ya que Libanio no podía permanecer indiferente ante un hecho tan trascendental, puesto que Procopio era pariente y, según los paganos, heredero legítimo de Juliano, por lo que el orador podía ser sospechoso de complicidad con el usurpador, del que, tal vez, escribió un elogio (cf. *Disc.* I 163). No se olvide que dos alumnos de Libanio, Andrónico e Hiperequio, ocuparon altos cargos durante el reinado de Procopio y que, al menos, el primero fue ejecutado por orden de Valente.

Por un lado, el *terminus post quem* está claramente definido por la mención del proceso contra Máximo y otros colaboradores de Juliano (§ 287), que se celebró en marzo-abril del 364, fecha que, probablemente, haya que extender hasta comienzos del 365 si la alusión a las derrotas romanas del parágrafo 290 se refieren a las del principio de aquel año a manos de los pueblos transrenanos. El *terminus ante quem* debe situarse en la fecha de comienzo de la revuelta de Procopio, ya que no hay ninguna mención de hechos históricos posteriores a esa fecha, a pesar de los esfuerzos de los defensores del 368 como fecha de composición del discurso. Además, si se hubiese producido la revuelta de Procopio cuando se escribió el discurso, Libanio le habría dado mayor relevancia a la relación de éste con Juliano. Muy al contrario, Libanio no menciona ni el parentesco de ambos, ni la pretensión al trono de Procopio. Por otro lado, cuando el orador abunda en la serie de catástrofes naturales que siguieron

«L'empire romain d'Orient au IVe siècle et les traditions politiques de l'hellénisme. Le témoignage de Thémistios», *Travaux et Mémoires* 3 (1968), 80; E. Bliembach, *Libanius. Oratio 18 (Epitaphios). Kommentar (§§ 111-308)*, tesis doct., Würzburg, 1976, pág. XLIV, y R. Scholl, *Historische Beiträge...*, pág. 9.

a la muerte de Juliano (§§ 292-293), no alude a los terribles maremotos que asolaron el Mediterráneo oriental el 21 de julio del 365. Por tanto, si consideramos esta fecha como el *terminus ante quem,* podemos concluir que el *Disc.* XVIII fue compuesto probablemente durante la primavera o el verano de ese año.

Que transcurrieran casi dos años entre la muerte de Juliano y la composición de este discurso se explica por dos hechos fundamentales. Primero, por la enorme extensión de éste y el enorme trabajo que debió de suponer su preparación, especialmente en lo que atañe a la fase de documentación. Y segundo, porque la confusión que causó la muerte de Juliano entre los paganos tuvo su contrapunto en el desbordado júbilo de la oposición cristiana, que veía cómo de nuevo un emperador cristiano regía los destinos del Imperio. El impío, el Apóstata que había alzado su mano contra Cristo, había sido aniquilado como castigo por su impiedad. Igual que cuando Dios arruinó sus planes de reconstruir el templo de Jerusalén, el detestado monarca había recibido el trato reservado a los perseguidores. El fracaso de la campaña persa demostraba a las claras que los dioses no existían y que la locura del alocado Apóstata había llevado al Imperio al borde del abismo. Sólo la oportuna negociación de Joviano impidió la aniquilación en territorio persa de todo el ejército romano.

En consecuencia, el *Disc.* XVIII no fue concebido sólo como un simple homenaje a la figura del Emperador muerto, sino que era, además, la respuesta que uno de los más brillantes oradores paganos daba a este estado de opinión que los cristianos estaban interesados en difundir. Por ello, era preciso no pasar en silencio, sino tratar con amplitud y detalle la conflictiva campaña persa, que ocupa casi una cuarta parte del discurso (§§ 204-275). Según Libanio, los he-

chos ocurrieron de manera muy diferente. Juliano había derrotado en todos los frentes a los persas, había conquistado ciudades, unas por la fuerza y otras entregándose voluntariamente, y, cuando Sapor estaba completamente desesperado y a punto de rendirse, un traidor asesta el golpe fatal a Juliano. A la muerte del héroe, el débil pero ambicioso Joviano firma un tratado vergonzoso con el rey persa que le permitiera tomar posesión rápidamente del Imperio.

Es fácil imaginar que un discurso tan polémico no tuvo una amplia difusión durante el reinado de Valente, sino que fue pensado para un público de amigos paganos. El momento no era propicio para entrar en polémicas, especialmente cuando pocos meses más tarde estalló la revuelta de Procopio y seis años después la conjura de Teodoro, por lo que es de suponer que la publicación del discurso, que era ampliamente conocido en el s. v, se llevó a cabo tras la muerte de Valente.

9. *Disc. XXIV: Sobre la venganza por la muerte de Juliano*

El reinado de Valente (364-378) no fue propicio para el partido pagano. Fue éste el primer monarca cristiano que organizó una persecución abierta contra el paganismo, especialmente a partir del 371, cuando se descubre la conjura de Teodoro[39], en la que estaban implicados algunos importantes paganos, entre ellos nuestro orador. En su *Autobiografía* (*Disc.* I 175), explica Libanio cómo por primera vez tuvo que tener especial cuidado con su correspondencia, hecho que explica su escasa actividad literaria durante este período.

Cuando, el 9 de agosto del 378, el emperador Valente cayó muerto ante los godos en la batalla de Adrianópolis

[39] Cf. *infra, Disc.* XXIV 13 y nota.

—posiblemente el mayor desastre de las armas romanas en el s. IV—, a buen seguro, los paganos respiraron aliviados. Se había invertido la situación vivida tras la muerte de Juliano. Ahora era el emperador perseguidor de los dioses quien había muerto de mala manera a manos de unos bárbaros que se habían instalado en territorio romano, aprovechándose de unos *foedera* concedidos por un monarca cristiano poco enérgico con los enemigos del Imperio. ¡Cuán diferente había sido el gran Juliano, que se negó sistemáticamente a negociar con los bárbaros y a quien sólo una lanza traidora había apartado de lograr su completa sumisión! El partido pagano debía trabajar rápido para captar el favor del nuevo Augusto de Oriente, Teodosio. Había que convencerlo de que los desastres del Imperio estaban motivados por la ira de los dioses, los cuales estaban irritados por haber quedado impune el asesinato de Juliano. La petición, dirigida a un emperador cristiano, era insólita e incluso insultante, hecho del que Libanio era plenamente consciente. Posiblemente, este discurso es un intento desesperado del partido pagano por recuperar un protagonismo irremediablemente perdido, aprovechando un momento de crisis provocado por tan magno desastre.

Por consiguiente, para comprender adecuadamente el discurso, es de gran importancia datarlo correctamente. Un seguro *terminus post quem* es la mencionada batalla de Adrianópolis y la elección de Teodosio como Augusto, el 19 de enero del 379. En el discurso hay también oscuras alusiones a dos usurpaciones *(tyrannídes)* y a desórdenes que causaron inquietud a la propia Roma (§§ 13-14 y 30), pero, como por desgracia es habitual en nuestro autor, no se nos ofrecen más detalles, lo que ha motivado las inevitables controversias de los críticos modernos. La mayoría identifica la primera usurpación con la de Procopio (365-366), lo que no

altera el *terminus* establecido. Sobre la segunda, en cambio, hay disparidad de criterios. Reiske la identifica con la revuelta de Eugenio (392-394), fecha demasiado tardía y alejada de la batalla de Adrianópolis. I. Hahn[40] supone que Libanio se refiere a la revuelta de Máximo contra Graciano del 25 de agosto del 383, apoyándose en el parágrafo 13 de nuestro discurso, donde se especifica que los sublevados habían compartido mesa con el Emperador, lo cual encaja con el asesinato de Graciano, mientras comía con Máximo, a manos de Andragacio. Los disturbios de Roma serían los de la plebe del 383, que contaron con el apoyo, o al menos la simpatía, de Símaco y el sector pagano del Senado. Sin embargo, Hahn, consciente de que en el parágrafo 15 el orador se refiere a Adrianópolis como un suceso reciente *(tà teleutaîa)*, llega a una solución de compromiso: el discurso, escrito primeramente en el 379, fue actualizado en el 383 para enviárselo a Teodosio en un momento político más favorable, propiciado por el protagonismo de Símaco en Roma. Por su parte, Norman[41] opina que la segunda revuelta aludida es la citada conjura de Teodoro del año 371. Sin embargo, este asunto más que una usurpación militar *(tyrannís)*, era una cuestión judicial contra un grupo acusado de consultar a adivinos sobre el nombre del sucesor de Valente. Por tal motivo, más fundada nos parece la opinión de Foerster[42], quien defiende la idea de que Libanio se refiere a

---

[40] «Der ideologische...», 227-230.

[41] *Selected Works...*, pág. 501. Su tesis es apoyada por U. Criscuolo, *Libanio. Sulla vendetta di Giuliano (Disc. 24)*, Nápoles, 1994, págs. 19-21.

[42] R. Foerster, *Libanii opera. vol II*, Leipzig, 1904 (reimpr. 1963), págs. 508-509.

la misma usurpación de Procopio en sus diversas fases. Por tanto, al no disponer de un claro *terminus ante quem,* suponemos que el discurso debió de ser escrito poco después del nombramiento de Teodosio, probablemente a principios del 379, y antes de la primera victoria de este emperador sobre los godos en noviembre de ese año, ya que en el discurso no se habla de las represalias romanas sobre ese pueblo. Téngase en cuenta que, para los paganos, era de vital importancia ganarse el favor de Teodosio antes de que lo hicieran los cristianos.

No hay razones para pensar que el *Disc.* XXIV, pese a su tono polémico, no fuera realmente enviado a Teodosio, a quien nuestro orador dedicó varios discursos a lo largo de los años, aprovechando el clima de tolerancia propiciado por el nuevo monarca. Además, éste podía ser interpretado como una apología de la inviolabilidad del *imperium* y un rechazo a la figura del usurpador, sea cual fuere su credo religioso. En el parágrafo 29 advierte a Teodosio: «Posiblemente, Señor, surjan nuevos malhechores que, enemigos de quienes ostentan el mando, se vuelvan a congregar a escondidas en una misma tienda.» Por otra parte, sabemos que Libanio recibió de Teodosio siempre un excelente trato y hasta es posible que lo distinguiera con un cargo, tal vez el de cuestor honorífico[43]. Sin embargo, el objetivo del discurso no se logró, pues no tenemos noticia de que Teodosio abriera una investigación para esclarecer la muerte de Juliano.

---

[43] Cf. J. Martin, *Libanios. Discours. Tome II. (Discours II-X)*, París, 1988, págs. 248-250.

LA TRADICIÓN MANUSCRITA[44]

En un principio, las obras de Libanio debieron de difundirse en tres tradiciones separadas: discursos *(Lógoi)*, declamaciones y ejercicios preparatorios *(Melétai)* y correspondencia *(Epistolaí)*. Sin embargo, estos tres bloques aparecen ya fusionados en un solo volumen y en el mismo orden en los manuscritos más antiguos, de lo que se deduce que ésa debió de ser la disposición del *còrpus* original. Al comienzo se situaban los discursos, en un orden que, con pocas variaciones, es el que ofrece Foerster en su edición y que, desde entonces, ha sido aceptado por la mayoría de los investigadores.

Más de ciento sesenta son los manuscritos de los discursos libanianos que han llegado hasta nosotros, buena parte de los cuales contienen todos o parte de los discursos julianeos. Nosotros nos limitaremos a reseñar aquí sólo los más importantes.

Hay dos códices que, por su antigüedad y su calidad, destacan sobre los demás:

a) *Chisianus 35 (R VI 43) (C)*, que formaba parte de la colección del Papa Pío II (1458-1464). La parte más antigua data de los siglos X-XI, pero sufrió mutilaciones que fueron

[44] Para una información detallada sobre la tradición manuscrita de Libanio, pueden consultarse las introducciones a los discursos libanianos en la edición teubneriana de R. FOERSTER, *Libanii opera. Vols. II y IV*, Leipzig, 1904-1908 y la introducción general de la *Autobiografía* a cargo de J. MARTIN, P. PETIT, *Libanios. Discours. Tome I. Autobiographie (Discours I)*, París, 1979, págs. 36-92, cuyo *stemma* sigo en lo fundamental.

completadas en el s. XIV a partir del *Augustanus*. Contiene todos los discursos julianeos, a excepción del *Disc.* LX.

b) *Monacensis gr. 483 (A),* antiguo *Augustanus,* conservado en la Biblioteca Nacional de Baviera de Múnich, adonde fue llevado en 1806 procedente de Augsburgo. Su parte más antigua data, como el *Chisianus,* de los siglos X-XI. Contiene los mismos discursos que el anterior y en el mismo orden, y también presenta lagunas que fueron, igualmente, completadas en el s. XIV, aunque en algunos casos no fueron reparadas.

No cabe duda de que los dos proceden de la misma familia, ya que las divergencias son escasas y el orden de los discursos es el mismo. No obstante, *A* presenta menos errores y lagunas que *C*. Se da la curiosa circunstancia de que cuando la parte antigua de *C* coincide con una redacción reciente de *A* o viceversa, las divergencias son aún menores que en el resto, por lo que cabe suponer que cada uno de los dos, por una feliz coincidencia, conservó buena parte de lo que le faltaba al otro y ambos fueron completados con ayuda del otro en el s. XIV.

De estos dos importantes manuscritos descienden, a su vez, los siguientes:

— Del *Chisianus:*

a) *Laurentianus LVII 27,* del año 1391. Contiene todos los discursos julianeos, a excepción del *Disc.* LX.

b) *Vaticanus gr. 939,* también de finales del s. XIV. Contiene los mismos discursos que el anterior.

c) *Patmiacus 471,* del s. XIV. Contiene los mismos discursos que los dos precedentes.

Vaticanus y *Patmiacus* son gemelos y descienden de una copia hoy perdida. *Laurentianus* procede directamente de una copia del *Chisianus* también desaparecida.

— Del *Augustanus:*

a) *Neapolitanus II E 18 (N),* de los últimos años del s. XIV o comienzos del s. XV. Contiene los *Disc.* XIII, XV y XVII.

b) *Palatinus Vaticanus gr. 282 (P),* del s. XIV. Contiene todos los discursos julianeos.

c) *Vaticanus Barberinianus gr. 220 (B),* de los s. XIV-XV. También contiene todos los discursos julianeos y procede de una copia del anterior.

Un grupo de manuscritos *deteriores* está constituido por el *Vindobonensis* y otros códices que presentan corrupciones ausentes en la familia *CA*. Los más importantes son:

a) *Vindobonensis phil. gr. 93 (V),* escrito entre 1335-1345 con todos los discursos julianeos, menos el *Disc.* LX.

b) *Laurentianus LVII 20 (L),* de los s. XIII-XIV. Contiene los mismos discursos julianeos que el anterior.

c) *Vaticanus gr. 82 (K),* de comienzos del s. XIV. Incluye todos los discursos julianeos.

d) *Parisinus gr. 3016 (M),* del s. XIV, con los *Disc.* XVII, XVIII, XXIV y LX.

EDICIONES Y TRADUCCIONES

La primera edición de los discursos julianeos[45] digna de mención por el número de manuscritos colacionados y por

[45] Las ediciones de Capsalis (Ferrara, 1517), *editio princeps* de los *Disc.* XII, XIV, XV, Morel (París, 1627), *editio princeps* de los *Disc.* XIII (publicado antes por el mismo autor en 1610), XVII y XVIII o de Fabricio (Hamburgo, 1715), *editio princeps* del *Disc.* XVI, no colaciona-

su rigor científico, es la que llevó a cabo J. J. Reiske[46]. Esta edición utiliza por primera vez el mejor manuscrito, el *Augustanus,* y tiene el mérito de corregir numerosos errores de sus predecesores gracias, en parte, a su mejor documentación y, en parte, a su excelente intuición. Además, la edición contiene notas que aun hoy siguen teniendo gran valor. De este trabajo depende la traducción de diez discursos selectos, entre ellos los *Disc.* XVI y XXIV, a cargo de Monnier[47]. Esta edición, carente de introducción y notas, no fue publicada y sólo quedan raras copias en varias bibliotecas. Su valor radica en que son las únicas traducciones francesas de estos discursos julianeos.

A la edición de Reiske sigue la monumental edición de Foerster, que incluye los discursos julianeos en los vols. II y IV. Esta edición sigue siendo, hasta la fecha, la de referencia para la obra de Libanio y aunque, desde su publicación, la crítica ha introducido correcciones de detalle, es difícil que en un corto plazo pueda ser reemplazada. Foerster dedicó un colosal esfuerzo a reunir la suficiente documentación manuscrita necesaria para llevar a cabo su ambicioso proyecto de editar la amplia obra de Libanio. El resultado fueron los doce volúmenes de su edición teubneriana, valiosa no sólo por su rigor científico, sino también por la infinidad de notas, citas y referencias cruzadas que hacen de este trabajo punto de partida obligado para cualquier estudioso. Las

---

ron un número suficiente de manuscritos, por lo que actualmente no tienen gran valor como referencia.

[46] Primero las editó en *Animadversionum ad graecos auctores volumen V, quo Libanius, Artemidorus et Callimachus pertractantur,* Leipzig, 1766 y posteriormente apareció, a título póstumo, su *Libanii sophistae orationes et declamationes. Vols. I-IV,* Altenburgo, 1791-1797.

[47] E. MONNIER, *Dix discours choisis.* Fondos de la Sorbona, 1860.

ediciones posteriores, la de Norman[48] y las de Criscuolo[49], salvo correcciones de detalle, siguen en lo fundamental la edición de Foerster.

Si las ediciones de Libanio no han sido escasas, en lo que respecta a las traducciones debemos decir lo contrario, ya que las únicas disponibles son las mencionadas: la traducción francesa de los *Disc.* XVI y XXIV de Monnier, la inglesa de los discursos XVII y XVIII ya antigua de C. W. King y la mencionada de Norman, así como la traducción italiana de los *Disc.* XIII y XXIV a cargo de Criscuolo. En español, no tenemos constancia de que hayan sido traducidos nunca, por lo que la nuestra[50] es la primera versión de los discursos julianeos que se presenta al público de habla hispana.

---

[48] *Selected Works. Vol. I* (cit.), que incluye todos los discursos julianeos excepto el *Disc.* LX, ofrece el texto griego acompañado de una traducción inglesa anotada que nos ha servido de gran utilidad para el presente trabajo.

[49] *Sulla vendetta...* (cit.) y *Libanio. Allocuzione a Giuliano per l'arrivo in Antiochia,* Nápoles, 1996, que incluyen el texto griego, una traducción italiana y comentario de los *Disc.* XXIV y XIII respectivamente.

[50] En nuestra traducción seguimos la edición de R. Foerster, cuya numeración adoptamos, tanto en los discursos, como en las epístolas.

DISCREPANCIAS CON RESPECTO A LA EDICIÓN DE FOERSTER

PASAJE	ED. FOERSTER	LECTURA ADOPTADA
XII 45	οἶμαι	ὁρμᾷ (HERWERDEN)
XIII 8	μετὰ νοῦ	μετὰ σοῦ (mss.)
XIII 48	ἄλλοθεν	ἄνωθεν (mss.)
XVI 25	ἐπὶ τοῦ παρόντος	ἐκ τοῦ παρόντος (mss.)
XVIII 25	σταθμοῖς πλείοσιν ἢ τριακοσίοις	σταθμοῖς πλείοσιν ἢ τριάκοντα (conieci)
XVIII 122	τὰ θεῶν τιμᾶσθαι	μετὰ θεῶν τιμᾶσθαι (mss.)
XVIII 192	δι᾿ ὅ, θεῶν, οἶμαι	διὰ θεῶν, οἶμαι (REISKE)
XVIII 215	ἐλθόντα μετὰ πυρὸς ὥσπερ εἰκὸς τὸν ἐχθρὸν συμμίξαι τῷ βασιλεῖ	ἐλθόντα μετὰ πυρὸς, ὥσπερ εἰκὸς τὸν ἐχθρόν, συμμίξαι τῷ βασιλεῖ (OLEARIUS-DI MARCO)
LX 12	ζητῶν	λαβὼν (REISKE)

BIBLIOGRAFÍA

A) *Ediciones y traducciones*

U. Criscuolo, *Libanio. Sulla vendetta di Giuliano (Or. 24)*, Nápoles, 1994.

—, *Libanio. Allocuzione a Giuliano per l'arrivo in Antiochia (Or. 13)*, Nápoles, 1996.

R. Foerster, *Libanii opera (12 vols.)*, Leipzig, 1903-1927.

C. W. King, *Julian the Emperor*, Londres, 1888.

E. Monnier, *Dix discours choisis*, Fondos de la Univ. de la Sorbona, 1860.

A. F. Norman, *Libanius. Selected Works. The Julianic Orations (vol. 1)*, Londres-Cambridge Mass., 1969.

J. J. Reiske, *Libanii Sophistae Orationes et Declamationes*, Altemburgo, 1791-1797.

B) *Estudios*

A. Alföldi, *The Conversion of Constantine and Pagan Rome*, Oxford, 1949.

P. Allard, *Julien l'Apostat*, (3 vols.), París, 1906-1910 (reimpr. Roma, 1972).

R. Anastasi, «Libanio e il mimo», en *La poesia tardoantica. Tra retorica, teologia e politica. Atti del V corso della scuola superiore di archeologia e civiltà medievali Erice 6-12 dicembre 1981*, Mesina, 1984, págs. 235-258.

R. ANDREOTTI, «L'impresa di Giuliano in Oriente», *Historia* 4 (1930), 236-276.

J. ARCE, «Reconstrucciones de templos paganos en época del Emperador Juliano (361-363 d. C.)», *Riv. Storica dell'Antichità*, 5 (1975), 201-215.

—, *Estudios sobre el emperador Fl. Cl. Juliano (Fuentes literarias. Epigrafía. Numismática)*, Madrid, 1984.

—, «La tumba del emperador Juliano», *Lucentum* 3 (1984), 181-191.

P. ATHANASSIADI, «A Contribution to Mithraic Theology: The Emperor Julian's Hymn to King Helios», *Journ. of Theol. Stud.* 28 (1977) 360-371.

—, *Julian and Hellenism. An Intellectual Biography,* Oxford, 1981 (reimpr. Londres-Nueva York, 1992).

T. M. BANCHICH, «Eunapius on Libanius' Refusal of a Prefecture», *Phoenix* 39 (1985), 384-386.

I. BENEDETTI, «Giuliano in Antiochia nell'orazione XVIII di Libanio», *Athenaeum* 59 (1981), 166-179.

—, *Studi sulla guerra persiana nell'orazione funebre per Giuliano di Libanio,* Florencia, 1990.

E. BEURLIER, «Le Koinon de Syrie», *Rev. Numismat.* (1894), 286-300.

J. BIDEZ, *La vie de l'empereur Julien,* París, 1930 (reimpr. 1965).

E. BLIEMBACH, *Libanius. Oratio 18 (Epitaphios). Kommentar (§§ 111-308),* Tesis doct. Würzburg, 1976.

R. C. BLOCKLEY, «Festus' Source on Julian's Persian Expedition», *Class. Philol.* 68 (1973), 54-55.

C. BONNER, «Witchcraft in the Lecture Room of Libanius», *Transact. and Proceed. of the Amer. Philolog. Associat.* (1932), 33-44.

S. F. BONNER, «The Edict of Gratian on the Remuneration of Teachers» *Amer. Journ. of Philology* 86 (1965), 113-137.

J. BOUFFARTIGUE, *L'Empereur Julien et la culture de son temps,* París, 1992.

B. BOUSQUET, F. JACQUES, «Le raz de marée du 21 juillet 365. Du cataclysme local à la catastrophe cosmique», *Mélanges d'Ar-*

chéol. et d'Hist. de l'École Franç. de Rome 96 (1984), 423-461.

D. Bowder, *The Age of Constantine and Julian*, Londres, 1978.

G. W. Bowersock, *Julian the Apostate*, Londres-Cambridge Mass., 1978.

—, «The Emperor Julian on his Predecessors», *Yale Class. Studies* 27 (1982), 159-172.

—, *Hellenism in Late Antiquity*, Cambridge, 1990.

R. Braun, J. Richer, *L'empereur Julien. De l'histoire à la légende (331-1715)*, París, 1978.

P. Brown, *The World of Late Antiquity = El mundo en la Antigüedad tardía. De Marco Aurelio a Mahoma* [trad. A. Piñero], Madrid, 1989 (reimpr. 1991)

—, *Power and Persuasion in Late Antiquity. Towards a Christian Empire*, Londres-Madison Wisc., 1992.

—, *The Making of Late Antiquity*, Londres-Cambridge Mass., 1993.

—, *The body and society = El cuerpo y la sociedad. Los cristianos y la renuncia sexual* [trad. A. J. Desmonts], Barcelona, 1993.

R. Browning, «The Riot of A.D. 387 in Antioch. The Role of the theatrical Claques in the Later Roman Empire», *Journ. of Roman Stud.* 42 (1952), 13-20.

—, *The Emperor Julian*, Londres-Berkeley, 1975.

A. Cameron, *The Mediterranean World in Late Antiquity (A.D. 395-600)*, Londres-Nueva York, 1993.

J. M. Candau, «Juliano y los cínicos», *Actas del VII congreso español de estudios clásicos (Madrid, 20-24 de abril de 1987)*, Madrid, 1989, págs. 117-122.

—, *Zósimo. Nueva Historia*, Madrid, Gredos, 1992.

M. Clauss, *Der «magister officiorum» in der Spätantike (4-6. Jhdt.)*, Múnich, 1980.

H. F. Clinton, *Fasti Romani. The Civil and Literary Chronology of Rome and Constantinople from the Death of Augustus to the Death of Justin. 2 vols.*, Oxford, 1845-1850.

D. Conduché, «Ammien Marcellin et la mort de Julien», *Latomus* 24 (1965), 359-380.

F. E. Consolino (ed.), *Pagani e cristiani da Giuliano l'Apostata al sacco di Roma. (Atti del Convegno Internazionale di Studi - Rende, 12-13 novembre 1993)*, Mesina, 1995.
L. Cracco Ruggini, *Simboli di battaglia ideologica nel tardo ellenismo*, Pisa, 1972.
—, «Arcaismo e conservatorismo, innovazione e rinnovamento», en *Le trasformazioni della cultura nella tarda antichità* (eds. M. Mazza y C. Giuffrida), Roma (1985), 133-156.
U. Criscuolo, «Libanio e Giuliano», *Vichiana* 11 (1982), 70-87.
—, «La difesa dell'ellenismo dopo Giuliano: Libanio e Teodosio», *Koinonia* 14 (1990), 5-28.
—, «Note filologiche IV», *Atti dell'Accademia Pontaniana* 39 (1990), 403-411.
A. Chastagnol, *La fin du monde antique. De Stilicon à Justinien (Vᵉ siècle et début VIᵉ)*, París, 1976.
—, *L'évolution politique, sociale et économique du monde romain de Dioclétien à Julien*, París, 1982.
—, *Le Bas-empire*, 3.ª ed., París, 1991.
P. Chuvin, *Cronique des derniers païens. La disparition du paganisme dans l'Empire romain, du règne de Constantin à celui de Justinien*, 2.ª ed., París, 1991.
G. Dagron, «L'empire romain d'Orient au IVᵉ siècle et les traditions politiques de l'hellénisme. Le témoignage de Thémistios», *Travaux et mémoires* 3 (1968), 1-242.
M. di Marco, «Note all' *Epitafio per Giuliano* di Libanio», *Giorn. Ital. di Filol.* 36 (1984), 85-94.
M. H. Dodgeon, S. N. C. Lieu, *The Roman Eastern Frontier and the Persian Wars (AD 226-363). A Documentary History*, Londres-Nueva York, 1991.
G. Downey, *A Study of the Comites Orientis and the Consulares Syriae*, Princeton, 1939.
—, «Julian the Apostate at Antioch», *Church Hist.* 8 (1939) 303-315.
—, «The Economic Crisis at Antioch under Julian the Apostate», en el volumen colectivo: P. R. Coleman-Norton (eds.), *Stu-*

dies in Roman Economic and Social History in Honor of A.C. Johnson, Princeton, 1951, págs. 312-321.
—, «*Philanthropía* in Religion and Statecraft in the Fourth Century after Christ», *Historia* 4 (1955) 199-208.
—, *A History of Antioch in Syria from Seleucus to the Arab Conquest*, Princeton (Nueva Yersey), 1961.
W. Ensslin, «Kaiser Julians Gesetzgebungswerk und Reichsverwaltung», *Klio* 18 (1922), 104-199.
—, «Zur Torqueskrönung und Schilderhebung bei der Kaiserwahl», *Klio* 35 (1942), 268-298.
R. Étienne, «Flavius Sallustius et Secundus Salutius», *Revue des Études Anciennes* 65 (1963), 104-113.
G. Fatouros, T. Krischer, *Libanios. Briefe*, Múnich, 1979.
— (eds.), *Libanios (Wege der Forschung 621)*, Darmstadt, 1983.
S. Feraboli, «Echi iperidei in Libanio?», *Helikon* 13-14 (1973-1974), 460-461.
A. J. Festugière, «Julien à Macellum», *Journ. of Roman Studies* 47 (1957), 53-58.
—, *Antioche païenne et chrétienne. Libanius, Chrysostome et les moines de Syrie*, París, 1959.
J. García Blanco, *Juliano. Discursos I-V*, Madrid, Gredos, 1979.
—, *Juliano. Discursos VI-XII*, Madrid, Gredos, 1982.
—, *Juliano. Contra los galileos. Cartas y fragmentos. Testimonios. Leyes*, Madrid, Gredos, 1982.
F. Gascó, *Opuscula selecta*, Univ. de Sevilla y Huelva, 1996.
J. Geffcken, *Kaiser Julianus*, Leipzig, 1914.
B. Gentili (ed.), *Giuliano imperatore (Atti del Convegno della S.I.S.A.C.- Messina 3 aprile 1984)*, Urbino, 1986.
M. W. Gleason, «Festive Satire: Julian's Misopogon and the New Year at Antioch», *Journ. of Roman Studies* 76 (1986), 106-119.
R. Goosens, «Libanius XVIII, p. 245 et 369», *Byzant. Zeitschr.* (1939), 687-688.
I. Hahn, «Der ideologische Kampf um den Tod Julians des Abtrünnigen», *Klio* 38 (1960), 225-232.

B. C. Hardy, «The Emperor Julian and his School Law», *Church Hist.* 37 (1968), 131-143.

M. Henry, «Le témoignage de Libanius et les phénomènes sismiques du IVe siècle de notre ère: essai d'interprétation», *Phoenix* 39 (1985), 36-61.

R. A. Hug, *Antiochia und der Aufstand des Jahres 387 n. Chr.*, Winterthur, 1863.

A. H. M. Jones, *The Later Roman Empire 284-602. A Social, Economic and Administrative Survey (3 vols.),* Oxford, 1964.

A. H. M. Jones, J. R. Martindale, J. Morris, *The Prosopography of the Later Roman Empire. Vol I (A.D. 260-395),* Cambridge, 1971 (3.ª reimpr. 1993).

P. de Jonge, «Scarcity of Corn and Corn Prices in Ammianus Marcellinus», *Mnemosyne* 1 (1948), 238-245.

G. A. Kennedy, *Greek Rhetoric under Christian Emperors,* Princeton (Nueva Yersey), 1983.

—, *A New History of Classical Rhetoric,* Princeton (Nueva Yersey), 1994.

R. Klein (ed.), *Julian Apostata (Wege der Forschung 509),* Darmstadt, 1978.

Th. Klauser, «Aurum coronarium», *Mitteil. des deutsch. archaeol. Inst. röm. Abteil.* 59 (1944), 129-153.

H. P. Kohns, «Die tatsächliche Geltungsdauer des Maximaltarifs für Antiochia vom Jahre 362» *Rheinisch. Museum* 114 (1971), 78-83.

Chr. Lacombrade, «Retouche à la biographie de Libanios», *Annuaire de l'Institut de Philol. et d'Hist. Orient. et Slaves de l'Univ. Libre de Bruxell.* (1950), 361-366.

J. H. W. G. Liebeschuetz, «The Finances of Antioch in the Fourth Century A.D.», *Byzant. Zeitschr.* 52 (1959), 344-356.

—, «The Syriarch in the Fourth Century», *Historia* 8 (1959), 113-126.

—, «Money Economy and Taxation in Kind in Syria in the Fourth Century A.D.», *Rheinisch. Museum* 104 (1961), 242-256.

—, *Antioch. City and Imperial Administration in the Later Roman Empire,* Oxford, 1972.

—, «Ammianus, Julian and Divination», en *Roma renascens. Beiträge zur Spätantike und Rezeptionsgeschichte*, Frankfurt, 1988, págs. 198-213.

S. N. C. Lieu, D. Montserrat, *From Constantine to Julian: Pagan and Byzantine Views. A Source History*, Londres-Nueva York, 1996.

A. López Eire, *Semblanza de Libanio,* México, 1996.

P.-L. Malosse, «Les Alternances de l'amitié: Julien et Libanios (349-363 et au-delà)», *Rev. de Philol.* LXIX, 2 (1995), 249-262.

—, «Rhétorique et psychologie antiques: le portrait de Julien dans l'oeuvre de Libanios», *Ktema* 20 (1995), 319-338.

—, «Libanius on Constantine again», *Class. Quart.* XLVII, 2 (1997), 519-524.

—, «Vie et mort de Julien», *Quaderni di Storia* 48 (1998), 43-68.

—, «Sans mentir (ou presque). La dissimulation des faits gênants dans la rhétorique de l'éloge, d'après l'exemple des discours royaux de Libanios», *Rhetorica* 28, 3, págs. 243-263.

A. Marcone, «Il significato della spedizione di Giuliano contro la Persia», *Athenaeum* 57 (1979), 334-356.

—, «Il conflitto fra l'imperatore Giuliano e gli Antiocheni», *Atene e Roma* 26 (1981), 142-156.

—, «Un panegirico rovesciato. Pluralità di modelli e contaminazione letteraria nel *Misopogon* giulianeo», *Revue des Études Augustin.* 30 (1984), 226-239.

L. Mattera, «Libanio, Or. 17 e Gregorio di Nazianzo, Or. 4», *Koinonia* 15 (1991), 139-143.

J. Misson, *Recherches sur le paganisme de Libanius,* Lovaina, 1914.

A. Momigliano (ed.), *The Conflict between Paganism and Christianity in the Fourth Century = El conflicto entre el paganismo y el cristianismo en el siglo IV* [trad. M. Hernández], Madrid, 1989.

S. Montero Díaz, *Biografía de Juliano el Apóstata,* Madrid, 1969.

A. D. Nock, «Deification and Julian», *Journ. of Roman Studies* 47 (1957), 115-123.

A. F. NORMAN, «Philostratos and Libanius», *Class. Philology* 48 (1953), 20-23.
—, «Julian and Libanius again», *Class. Philology* 48 (1953), 239.
—, «The Family of Argyrius», *Journ. of Hellenic Stud.* 74 (1954), 44-48.
—, «The Illyrian Prefecture of Anatolius», *Rheinisches Museum* 100 (1957), 253-259.
—, «Gradations in Later Municipal Society», *Journ. of Roman Studies* 48 (1958), 79-85.
—, «The Library of Libanius», *Rheinisch. Museum* 107 (1964) 158-175.
E. PACK, *Städte und Steuern in der Politik Julians. Untersuchungen zu den Quellen eines Kaiserbildes,* Bruselas, 1986.
—, «Libanio, Temistio e la reazione giulianea», en *Lo spazio letterario della Grecia antica. Tomo I, vol. III,* Roma, 1993.
R. A. PACK, *Studies in Libanius and Antiochene Society under Theodosius,* Tesis de la Univ. de Michigan, 1935.
—, «Two Sophists and Two Emperors», *Class. Philology* 42 (1947), 17-20.
—, «Curiales in the Correspondence of Libanius», *Transact. and Proceed. of the Amer. Philolog. Associat.* 82 (1951), 176-192.
—, «Ammianus Marcellinus and the Curia of Antioch», *Class. Philology* 48 (1953), 80-85.
—, «Julian, Libanius and Others: A Reply», *Class. Philology* 48 (1953), 173-174.
J. R. PALANQUE, «Famines à Rome à la fin du IVe siècle», *Revue des Études Anciennes* 33 (1931), 346-356.
P. PETIT, *Libanius et la vie municipale à Antioche au IVe siècle après J.-C.*, París, 1955.
—, «Recherches sur la publication et la diffusion des discours de Libanius», *Historia* 5 (1956), 479-509.
—, *Les étudiants de Libanius,* París, 1957.
—, «Les sénateurs de Constantinople dans l'oeuvre de Libanius», *L'Antiq. Class.* 26 (1957), 347-382.
S. PRICOCO, «L'editto di Giuliano sui maestri (CTh. 13, 3, 5)», *Orpheus* 1 (1980), 348-370.

E. A. RAMOS JURADO, «La teoría política de Salustio, prefecto de Juliano», *Habis* 18-19 (1987-1988), 93-101.

R. T. RIDLEY, «Notes on Julian's Persian Expedition (363)», *Historia*, 22 (1973), 317-330.

P. RIVOLTA, «Miti letterari e programmi politici nelle orazioni «giulianee» di Libanio», *Clio* 21 (1985), 525-546.

—, «Una digressione romana in Libanio. Or. 12, 8-21», *Koinonia* 11 (1987), 27-42.

G. SCHEDA, «Die Todesstunde Kaiser Julians», *Historia* 15 (1966), 380-384.

F. SCHEMMEL, «Die Schulzeit des Kaisers Julian», *Philologus* 36 (1927), 455-466.

H. SCHNEIDER, «Die Getreideversorgung von Antiocheia im 4. Jh. n. Chr.», *Münster. Beitr. zur antik. Handelsgesch.* II/1 (1983), 59-72.

R. SCHOLL, *Historische Beiträge zu den julianischen Reden des Libanios*, Stuttgart, 1994.

B. SCHOULER, *La tradition hellénique chez Libanios*, París, 1984.

O. SEECK, *Die Briefe des Libanius zeitlich geordnet*, Leipzig, 1906.

A. SELEM, «La diversione dell'essercito di Procopio e Sebastiano secondo Ammiano XXIII 3, 4-5», *Vichiana* 8 (1979), 25-69.

G. R. SIEVERS, *Das Leben des Libanius*, Berlín, 1868.

R. SMITH, *Julian's Gods. Religion and philosophy in the thought and action of Julian the Apostate*, Londres-Nueva York, 1995.

E. STEIN, *Geschichte des spätrömischen Reiches I: Vom römischen zum byzantinischen Staate (284-476 n. Chr.)*, Viena, L. W. Seidel und Sohn, 1928 = *Histoire du Bas Empire I: De l'État Romain à l'État Byzantin (284-476)*, [trad. J.-R. PALANQUE], París, 1959

J. STRAUB, *Vom Herrscherideal in der Spätantike*, Stuttgart, 1939.

J. SZIDAT, «Zur Ankunft Julians in Sirmium 361 n. Chr. auf seinem Zug gegen Constantius II», *Historia* 24 (1975), 375-378.

—, «Zur Wirkung und Aufnahme der Münzpropaganda (Jul. Misop. 355D)», *Museum Helvet.* 38 (1981), 22-33.

E. A. THOMPSON, «Three Notes on Julian in A.D. 361», *Hermathena* 62 (1943), 83-95.

—, *The Historical Work of Ammianus Marcellinus,* Cambridge, 1947.

J. VOGT, «Kaiser Julian über seinen Oheim Constantin den Großen», *Historia* 4 (1955), 339-352.

—, *The Decline of Rom,* Londres, 1993.

H.-U. WIEMER, «Libanius on Constantine», *Class. Quart.* (1994), 511-524.

—, *Libanios und Julian. Studien zum Verhältnis von Rhetorik und Politik im vierten Jahrhundert n. Chr.,* Múnich, 1995.

S. WILLIAMS, G. FRIELL, *Theodosius. The Empire at Bay,* Londres, 1994.

XII

AL EMPERADOR JULIANO CÓNSUL

XII. AL EMPERADOR JULIANO CÓNSUL

Ésta es la primera vez que veo a un cónsul ataviado con 1
la vestimenta propia del cargo[1] y en buena hora aplazó la divinidad el momento de contemplarla: para así poder admirar la más venerable indumentaria en el más excelso emperador. Lo que me ha sucedido ha sido como si Homero fuese el primer poeta que a uno le fuera dado escuchar o como si el primer carro que uno viera fuese conducido por Pélope[2]. Todavía hay algo de no menor importancia que esto: 2
que sea mi patria[3] la que haya acogido esta ceremonia y que la más querida tierra sea escenario del más anhelado espectáculo. Pero ni siquiera el tercer motivo de alegría que puedo añadir es inferior a los mencionados: el hecho de que Fortuna no haya dispuesto que yo sea mudo espectador, al igual que la mayoría de los presentes, y que disfrute de este deleite en silencio, sino que incluso me ha permitido que lo

---

[1] Juliano entró en su cuarto consulado el 1 de enero del 363, teniendo como colega al prefecto de las Galias, Flavio Salustio.

[2] Cf. PÍNDARO, *Ol.* I 85 ss., donde se describe el carro de oro tirado por alados corceles que Posidón regaló a Pélope para competir por la mano de Hipodamía.

[3] *I.e.*, Antioquía.

ponga de manifiesto con un discurso, tanto para vosotros que estáis aquí reunidos, como para mis futuros lectores[4].

3 Vosotros manifestáis vuestra alegría ante lo que estáis presenciando mediante las súplicas con las que pedís que este espectáculo se vea muchas veces y con vuestros rostros colmados de contento. Sin embargo, daríais una prueba aún más decorosa si tomaseis parte activa en mi discurso y el delirio báquico del auditorio compitiera con el del orador.
4 En efecto, son muchos los que están resueltos a celebrar la fiesta y se presentan tras haber compuesto con tranquilidad sus discursos. Otros, con mayor o menor capacidad de expresarse, se quedan en su ciudad y deleitan a sus propios conciudadanos. Pero lo que podría resultar más digno de admiración es que la envergadura de los hechos no forzó a la mayoría a guardar silencio, sino que ahora se prodigan
5 toda clase de versos y no vacilan ante este tema. Precisamente la circunstancia que uno pensaría que pudiera ser causa de su silencio, es lo que les ha animado a lanzarse a tal osadía. Porque si existiesen oradores capaces de pronunciar un discurso a la altura del tema, lo que acontece cuando no se trata de ocasiones fuera de lo común, en ese caso los oradores humildes, conscientes de su propia incapacidad, habrían considerado más conveniente pasar desapercibidos. Pero, dado que a nadie le es posible evitar la derrota, sino que la naturaleza de los hechos pone en evidencia al más reconocido de los talentos, en ese caso al más inepto le resulta

[4] El entusiasmo de Juliano por el presente discurso fue tan grande, que se tomó un gran empeño por su publicación posterior. Del contenido de la *Ep.* 785 (de enero-febrero del 363) se deduce que, por entonces, Libanio estaba preparando su publicación en forma de libro. De hecho, en *Disc.* XVIII 6, Libanio presupone que su público conoce bien este discurso. Cf. H.-U. Wiemer, *Libanios...*, págs. 157-159, y P. Petit, «Recherches...», 486.

soportable fracasar al mismo tiempo que quien le aventaja, y a los más capaces que el fracaso sea general. Porque no 6
estar a la altura de las circunstancias es, a todas luces, terrible para los oradores, si se da la circunstancia de que unos abundan en recursos y otros, por el contrario, se muestran incapaces. Mas, cuando la virtud de los que son ensalzados sobrepasa la capacidad de los encomiastas, todo el mundo preferiría hablar y compartir el fracaso con el mejor, antes que quedarse inactivo y no ser contado entre los oradores.

Ciertamente, la virtud del Emperador pide que mi dis- 7
curso le preste atención, pero las reglas retóricas[5] me llevan a considerar previamente el consulado[6], de dónde se cree que surgió, por qué, cuál fue su desarrollo y cuál su prove-
cho. Como los reyes de antaño traspasaron, poco a poco, los 8
márgenes de la realeza y arrastraron el poder legal hacia la

---

[5] Los manuales de retórica al uso recomendaban que, en el encomio *(enkṓmion)*, se comenzara el elogio por las virtudes externas, tales como la patria, el linaje, etc. Debía continuarse con la crianza, educación, aspecto físico y acciones del elogiado. Cf. los *progymnásmata* o ejercicios de retórica de HERMÓGENES (15-16) y de AFTONIO (21-22), traducidos en el núm. 158 de esta misma colección.

[6] Aquí se inicia el largo *excursus* sobre el origen y evolución del consulado, hecho excepcional en la obra de Libanio, que, como acendrado helenista, rehúye cualquier alusión a la cultura e historia de Roma. P. RIVOLTA, «Una digressione romana in Libanio. Disc. 12, 8-21», *Koinonia* 11 (1987), 27-42, expone tres razones por las que Libanio hace esta digresión: 1) el deseo de resaltar la prosperidad del Imperio bajo la guía de los dioses; 2) la accesibilidad de Juliano, que eligió a un *privatus* como colega suyo, hecho que no sucedía desde el año 288, cuando Diocleciano nombró como colega suyo a Pomponio Januariano; *c)* este consulado ofrecía la ocasión perfecta para poner de relieve la oposición de Juliano al ideal helenístico de la ley viviente *(nómos émpsychos)* y su adscripción al ideal romano de la rendición de cuentas (la *provocatio* del derecho romano, que Libanio identifica con la *euthýna* ateniense). Véase además H.-U. WIEMER, *Libanios...*, págs. 166-169.

arbitrariedad de la tiranía, la Ciudad, que, enamorada de su libertad, anhelaba el gobierno moderado de magistrados legítimos y no podía soportar la insolencia de su amo, expulsó a aquel monarca soberbio y altanero[7] que estaba henchido de orgullo y arrogancia. El Senado, en su busca de un guardián de la libertad, imita una fórmula laconia y confía durante un año el mando de las tropas a dos generales, a los que honró con el título de cónsules, mientras que el poder civil se lo asignó a otros magistrados, con el objeto de que uno y otro se inclinaran por fuerza a la moderación. El propio Senado se situó en una posición intermedia controlando las decisiones de ambos, preparado para defender a los agra-
9 viados en los disturbios. Así fue como logró que los magistrados, al cesar en sus funciones, hubieran resultado ser diligentes, justos e intrépidos —virtudes que, sin lugar a dudas, son las tuyas—, en parte, por sus cualidades naturales y, en parte, por temor a la rendición de cuentas. Transcurrido el tiempo de la manera que he dicho, resurgió la realeza y recobró sus fueros. El cómo, no es éste el lugar apropiado para exponerlo. Ésta dispensó a los cónsules de la función militar y la puso bajo su cuidado, haciendo que esta distinción
10 no tuviera que ver con las armas. En lo sucesivo, cada vez que los soberanos deseaban enaltecer a determinadas personas de mérito, les concedían este honor, pero, cuando era su intención hacerle un servicio a la propia dignidad, hacían que recayera sobre ellos mismos, vinculando así el consulado a la persona del emperador, para que la ciudad que creó este cargo fuera venerada por ello, al no ser suprimida del

[7] Referencia a la expulsión de Tarquinio el Soberbio en el 509 a. C. y la instauración de la República Romana (Cf. Tito Livio, *Ab urbe cond.* I 49-60). Como Norman señala en su edición (págs. 40-41), la fuente de Libanio, que se jactaba de no saber latín, debió de ser Dionisio de Halicarnaso *(Hist. antigua de Roma* IV 73-75).

todo esta costumbre y al participar de ella el señor del mundo, en la idea de que se trataba de algo honorable, y para que, al mismo tiempo, el título continuara siendo indeleble y, por más que los sucesivos cónsules salieran del cargo, permaneciese inalterable por los siglos de los siglos. De modo que no se encontrará una estela de piedra, de bronce o de oropel, y ni siquiera de acero, más duradera que la fama que este honor garantiza a quien lo alcanza. Pues no reside 11
su renombre en una sola ciudad cualquiera, como ocurre en Atenas con Harmodio y Aristogitón[8], dependiendo de los avatares de aquélla, ni se conserva o perece su recuerdo juntamente con ella —y eso sin tener en cuenta que, en muchas ocasiones, las inscripciones de las estelas se pierden, aun cuando la ciudad sigue estando en pie—, sino que este título podría eludir un cataclismo y la destrucción de un incendio junto con los hombres que sobrevivan, a los que suelen proteger las características físicas de los lugares. Aunque el llano se vuelva mar, ellos ocupan los riscos y allí establecen ciudades o aldeas, en las que preservan con celo este nombre y pueden enseñárselo a la posteridad.

Por todo ello, excuso totalmente a quienes sienten fervor 12
por el consulado y ruegan a los dioses, antes que ningún otro beneficio, ser transportados en ese carro. Porque incluso quienes tuvieron ocasión de ostentar la prefectura[9], contemplan el consulado como si se tratara de un galardón por haber desempeñado ese cargo. En cambio, quienes llegaron a alcanzar el consulado antes que la prefectura, no le prestan atención alguna a ésta, porque están convencidos de que,

---

[8] Los conocidos asesinos del pisistrátida Hiparco. Los atenienses erigieron en su honor sendas estatuas de bronce. Cf. DEMÓSTENES, *Contra Leptines* 70 y TUCÍDIDES, VI 54-58.

[9] No se olvide que Salustio era prefecto *(hýparkhos)* de las Galias antes de ser cónsul *(hýpatos)*.

sea cual sea el honor que reciban después del consulado,
13 habrán aceptado un ministerio de rango inferior. Pues, ¿qué
cosa más venerable puede haber, que el hecho de que el
mundo entero preste atención a este título como al sol y que
se halle en boca de todo el mundo este nombre que estable-
cieron nuestros antepasados? Porque son numerosas las
ocasiones en las que se hace necesaria su mención: tribuna-
les, bodas, mercado, puertos, deudas, operaciones de venta,
acuerdos tomados oralmente y por escrito, desacuerdos y
firma de compromisos, asociaciones y disolución de socie-
dades, el feliz nacimiento de hijos y su educación en las es-
cuelas. El único empeño de éstos es aclamar a los cónsules,
14 por cuyo motivo no tienen clase. Lo mismo que alguien ha
dejado dicho acerca del cónsul de los dioses, Zeus, que to-
das las calles, las plazas todas, los puertos y el mar están
llenos de su presencia, se podría aplicar a los homónimos
del dios. Pues sus nombres invaden la tierra toda y todos los
abismos del mar, los campos, las cabañas, y, en suma, allá
donde se encuentra la estirpe de los hombres civilizados —y
llamo civilizados a cuantos viven conforme a nuestras leyes—
. En estos lugares, se conocen y pronuncian estos nombres y
confieren autoridad a los más poderosos. Incluso se cantan
loas del emperador, día a día y por doquier, no menos por la
fama que se le añade gracias a los cónsules.
15 Tan extraordinaria es la grandeza de esta distinción, que,
mientras que las fiestas en honor de los dioses se distribu-
yen por regiones y se puede ver cómo unos organizan una
procesión para un dios y los vecinos para otro diferente, y
grande es entre éstos y aquéllos el renombre de la divinidad
que recibe el sacrificio, mas no tienen ambos la misma im-
portancia para todos, el consulado, por el contrario, es único
e importante por doquier, ya que delimita los períodos de
tiempo más largos y los más breves, no permitiendo que los

más jóvenes ocupen el puesto de los mayores[10]. Además, el cónsul que ha tiempo está bajo tierra resucita, de alguna manera, en los juicios, de forma que el muerto toma parte en el proceso junto con los vivos.

Así pues, es comprensible que los descendientes de los 16
romanos antepongan la obtención de esta distinción a una vejez placentera y que, si alguno de los dioses les diera a elegir entre una vida longeva o este honor, se inclinarían por éste. Pues saben que aquello que los héroes compraron al precio de sus vidas —a saber, que nunca sea abandonado su recuerdo—, sólo podrán conseguirlo por medio de este honor. No tiene ninguna importancia Pitodoro, insignificante 17
es Críside, y Enesias[11] es un pobre hombre, pues Argos es la ciudad de ella, Atenas la del primero y Lacedemonia la del último, por lo que el espartano no inscribiría al ateniense en un decreto suyo, ni éste al lacedemonio, sino que la autoridad de los nombres de cada uno de ellos se circunscribe a los límites de sus respectivas ciudades. Los Juegos Olímpicos también participan de una porción de gloria en el breve tiempo de su duración. Sin embargo, al consulado la ley le tiene abierto el mundo entero y en todas partes impone la misma autoridad. Oportuna analogía sería la de la luna con 18
respecto a las estrellas: de las variopintas formas que adquieren los bienes que adornan al hombre, no hay ni uno sólo que no sea eclipsado por el fulgor del consulado. Pues es ésta la única distinción que es digna de la fortuna imperial.

---

[10] Como es sabido, los romanos se referían a los años tomando como referecia el nombre de los cónsules.

[11] Críside era una sacerdotisa de Argos, Enesias fue un éforo espartano y Pitodoro un arconte epónimo de Atenas. Tucídides, II 2, 1 cita sus cargos para señalar el año en que dio comienzo la Guerra del Peloponeso, de ahí que Libanio los compare a los cónsules.

19 Y baste lo dicho acerca de la propia dignidad y de los beneficios que de ella se derivan para quienes la han ostentado. Tal vez alguno pudiera decir más, pero no evitaría que se le reprochara su mal gusto. Ahora expondré previamente a qué tipo de monarcas creo que este honor se ajusta y, además, es útil ; luego me aplicaré al resto de mi exposición.
20 Yo creo que al que con habilidad regia gobierna la tierra con rectitud, al que consolida el poder de los romanos y debilita el de los contrarios, proporcionando motivos de contento a los primeros y haciendo que los segundos los tengan para llorar; al que se erige en guardián de las leyes bien establecidas, al tiempo que endereza lo que se encuentra torcido; a esta clase de monarcas es a la que conviene acceder al cargo y cuya fama inmortal es una ganancia, como es el caso de Teseo, Peleo, Palamedes[12] y de cuantos se cuidaron
21 de la virtud. Por el contrario, cuantos arruinan la situación de los suyos pero encumbran la de los enemigos y hacen que éstos se acostumbren a vencer y aquéllos a huir[13], los tales creo no sólo que no deberían perseguir la memoria que les asegura el consulado, sino que, incluso, habría que maldecir y odiar a los inventores de la escritura, porque recuperan y conservan el recuerdo de males pasados e impiden el
22 olvido que propicia el transcurso del tiempo. Por ejemplo, la lectura de sus disposiciones trae a colación el nombre de cuantos afeminados ocuparon los cargos y, con ellos, se presenta la multitud de males que causaron, de modo que, al final, les llega el castigo por su fama.

23 Por consiguiente, ¿a quiénes aprovecha vestir ese atavío, sostener el cetro y proyectar al futuro este fármaco de eterno

[12] Teseo es el mítico rey ateniense. El eácida Peleo, rey de Ftía, es el padre del gran Aquiles. Palamedes fue, junto con Aquiles, alumno del centauro Quirón, y a él se le atribuye la fijación del alfabeto griego.

[13] Velada alusión a Constancio II.

renombre[14]? A ti y a todo aquel que se te haya parecido o se te parezca en el futuro. Quiera la divinidad que tus hijos, los hijos de tus hijos y los que de éstos nazcan lleguen a ser, a un tiempo, tus herederos y emuladores. Que no acontezca 24 que cualquier emperador sea nombrado también cónsul, toda vez que es posible y, de hecho, sucede, que quien otorga es el mismo que el que recibe, sino solamente aquel que, conforme al antiguo uso de los cónsules, descuelle lo suficiente en majestad como para poderse presentar a la rendición de cuentas del cargo, cual tú te nos has revelado a nosotros. Pues, si bien es cierto que tu fortuna está por encima 25 de inspectores y de tener que rendir cuentas ante unos seres humanos, como crees firmemente que los dioses mismos te están examinando, todas tus acciones y palabras están de acuerdo con la grandeza de quienes te vigilan, porque eres consciente de que no les pasarás inadvertido ni al Sol, ni a la Noche. Haga la prueba quien lo desee: igual da que sea joven que anciano.

Aunque soy inferior, haré el elogio de un sofista más 26 brillante que yo dando comienzo, no a partir de su propio reinado, sino remontando mi valoración a su más temprana edad, para que salga a la luz que recibiste dignamente la monarquía y que diste muestras de virtud tras haber alcanzado el poder.

Pasaré por alto referirme a cuantas enseñanzas recibió 27 su alma bajo la presión de los pedagogos[15] y las amenazas

---

[14] Locución tomada de PLATÓN, *Fedro* 274e-275a, donde se expone el famoso mito de Thamus y Theuth, a propósito de la invención de la escritura, pasaje que inspira estas últimas palabras de Libanio.

[15] Mardonio, preceptor de Juliano y quien le inculcó el amor por los clásicos, especialmente por Homero, autor ampliamente conocido y citado por éste. *Vid. Misopogon*, 351c-353a; J. BIDEZ, *La vie...*, págs. 16-21; J. BOUFFARTIGUE, *L'Empereur Julien et la culture de son temps*, París,

de los maestros, enseñanzas que contenían la raíz y los fun-
damentos de las cuestiones sagradas. Pues si ni siquiera en-
tonces carecía de celo, la fama de sus esfuerzos es motivo
28 de orgullo para quienes eran sus supervisores. Mas cuando,
en su decurso, el tiempo puso fin a esta clase de obligacio-
nes y le hizo dueño de su voluntad, como a Heracles[16], aun-
que tenía vía libre para recorrer un camino llano y no había
quien le fuera a impedir que se dedicara al vino, los dados y
los placeres carnales, con todo, emprendió la ruta recta y es-
cabrosa, puesto que tomaba en consideración a dónde con-
ducía, más que el número de dificultades por las que debía
29 pasar. Establecido como particular en Astacia en medio de
dos emperadores[17], a un lado su primo, que ostentaba el po-
der supremo, y al otro su hermano, que había recibido la se-
gunda dignidad, se aplicó a la adquisición de bienes más
hermosos que la realeza: la filosofía y la retórica —y así lo
expreso por habértelo oído decir a ti, Emperador, que pones
los conocimientos que tienes adquiridos por encima de las
30 provincias que gobiernas—. Pero, al ver que el producto de
la retórica es la persuasión de las masas y que la filosofía

1992, págs. 19-21, y P. Athanassiadi, *Julian and Hellenism. An Intellectual Biography,* Oxford, 1981 (reimpr. Londres-Nueva York, 1992), págs. 13-20.

[16] Libanio se refiere al pasaje de Jenofonte, *Recuerdos de Sócrates* II 1, 21-34, donde se nos ofrece el relato que hace el sofista Pródico sobre el dilema del joven Heracles, que debía elegir entre Placer y Virtud.

[17] Los dos emperadores son el Augusto, Constancio II, establecido en Constantinopla, y el César, Galo, hermano de Juliano, que residía en Antioquía. Libanio resume aquí muy someramente la juventud de Juliano, sin aludir siquiera a los seis años que él y Galo pasaron recluidos en *Macellum* (341-347/8). No hay acuerdo unánime sobre el itinerario que siguió Juliano tras salir del encierro, pero es éste el único pasaje que lo sitúa en Astacia (Siria). *Vid.* J. Bouffartigue, *L'Empereur Julien...,* págs. 29-38. Morel corrigió la extraña lectura *en Astakíai* con la ingeniosa *en astasíai,* que no han adoptado los editores posteriores.

engendra el conocimiento sobre las cuestiones más importantes, como consideraba espantoso ser capaz de discutir suficientemente sobre los demás asuntos, pero no tener el conocimiento acerca de los más importantes, reunió ambas ciencias y las mezcló, elevando así su inteligencia con el conocimiento de los asuntos celestes y ejercitando su lengua para la competición gracias a su trato con los rétores.

Ciertamente, ¿qué persona no consideraría que para ser 31
feliz tenía recursos suficientes con su padre, su abuelo, su tío, su primo, su hermano[18], así como con los honores, las manifestaciones de veneración y de adulación por causa de su linaje? ¿Quién, en su lugar, no se habría pasado la vida entera comiendo, bebiendo y durmiendo, socorriendo por un precio a los que necesitaran ayuda, añadiendo unas tierras a otras, acumulando oro sobre oro, objetos sobre objetos y
bienes sobre bienes? Pero no es éste tu caso. Por el contra- 32
rio, ensalzando la máxima de Anaxágoras[19], según la cual hay que dejar sin cultivar la tierra paterna, pero es preciso preparar el espíritu para que produzca frutos, se despreocupaba de todas estas bagatelas y se aplicaba al cuidado de su alma. Sólo había una cosa que deseaba poseer sin medida, pues no lo voy a disimular: sacaba de cualquier sitio toda clase de libros y exploraba más detenidamente sus depósitos
que otros los de dinero[20]. Y, como se aplicaba a la filosofía 33
y contemplaba con devoción su prado, no era posible que sostuviese una creencia falsa acerca de lo divino, sino que,

[18] Julio Constancio, Constancio Cloro, Constantino I el Grande, Constancio II y Galo respectivamente.

[19] Cf. Diógenes Laercio, II 3, 2.

[20] La emperatriz Eusebia, esposa de Constancio II, conocedora de la pasión bibliófila de Juliano, le regaló una colección de libros cuando su esposo lo envió en el 355 a las Galias en calidad de César. Juliano agradeció profundamente el regalo. Véase *EEE,* 123d-124a.

al instante, se purificó de su mancha[21] y reconoció a los verdaderos dioses en lugar del que se hace pasar por tal, va-
34 liéndose de la filosofía en su busca de la verdad. Aquel día yo lo llamo el comienzo de la libertad para la tierra y considero dichoso el lugar que acogió el cambio y felicito al sanador de tu juicio[22], el cual, afrontando personalmente el más hermoso de los peligros y persuadiendo a su discípulo, atravesó en su compañía las Cianeas[23].

35 Si, en efecto, su hermano hubiera prestado atención a sus cartas, hoy habría una yunta de soberanos, pues, aunque Juliano no era emperador, estaba en condiciones de reprender a quien reinaba. Pero después de que aquél pereció sin que se le hubiera sometido a juicio, aunque podía haber alegado algo en su defensa sobre lo sucedido, su asesino deseaba extender a Juliano las acusaciones, pero no fue ca-

[21] *I.e.*, el cristianismo y Cristo. En una epístola a los alejandrinos (*Ep.* 111, 434d), escrita en Antioquía en el año 363, el propio Juliano data su conversión al paganismo en el 351, cuando contaba veinte años de edad: «No equivocaréis el recto camino si obedecéis a quien ha marchado por ese camino hasta los veinte años y ahora, con la ayuda de los dioses, hace doce que marcha por este otro». La fecha coincide, pues, con la estancia de Juliano en Pérgamo, donde asistió a las clases de los neoplatónicos Eusebio y Crisanto, discípulos ambos de Edesio de Capadocia, que a su vez lo fue del propio Jámblico. Allí tuvo noticia de dos filósofos que influirían notablemente en su vida: Prisco, que por entonces enseñaba en Atenas, y Máximo, a quien fue a buscar a Éfeso (cf. Eunapio, *Vidas de los sofistas* 473 ss.). Consúltense J. Bidez, *La vie...*, págs. 67-89; R. Smith, *Julian's Gods. Religion and philosophy in the thought and action of Julian the Apostate*, Londres-Nueva York, 1995, págs. 180-189, y P. Athanassiadi, *Julian...*, págs. 25-29, autora que defiende la tesis de que Juliano nunca fue un cristiano convencido y de que su conversión fue gradual.

[22] Máximo de Éfeso, a quien Juliano consideraba su verdadero maestro de filosofía.

[23] Las famosas rocas Simplégades de la leyenda de Jasón y los Argonautas. *Vid.* Apolonio de Rodas, *Las argonáuticas* II 549-607.

paz[24]. Se abstuvo, pues, del asesinato, pero pretendía perju-
dicarlo con unos viajes[25] y castigarlo por acusaciones que
no podía probar. Sin embargo, tal era la ignorancia que tenía 36
de la naturaleza de la tierra bajo su dominio, que confundía
la herencia de Atenea con las canteras de los siracusanos[26],
así es que creía que esta ciudad era una prisión para un
amante de la elocuencia. Como si alguien, habiendo llevado
a un borracho a Tasos[27] y habiéndole obligado a quedarse
allí, creyera que éste iba a languidecer, aunque, en realidad,
estuviera haciéndole con su castigo el más dulce de los fa-
vores. Aún más; se trataba de un don de los dioses, los cua- 37
les deseaban que, antes de acceder al trono, la ciudad le fue-

---

[24] Durante su estancia en Antioquía, el César Galo se comportó despóticamente, con frecuentes ejecuciones y asesinatos a sus espaldas, especialmente los del prefecto de Oriente, Domecio, y su cuestor, Moncio, a quienes entregó a la soldadesca enfurecida. Constancio llamó a Galo a la corte de Milán y éste, confiado en que su matrimonio con Constancia, hermana del Augusto, lo mantendría a salvo, obedeció sin rechistar. Sin embargo, durante el viaje ésta enfermó y murió, con lo que el destino del César quedó sellado. Nada más llegar a Petovio, el *comes* Barbacio lo arrestó y lo condujo a Flanona, donde, sin previo juicio, fue decapitado. Esto sucedía a finales del 354. Inmediatamente, fue llamado también Juliano, a quien se acusaba de haber abandonado el confinamiento en *Macellum* sin permiso y de haberse entrevistado en secreto con su hermano en Constantinopla, cuando éste hacía su fatídico viaje a Milán. Sea como fuere, Juliano logró salir airoso de esta situación con la ayuda de la emperatriz Eusebia. Cf. *infra, Disc.* XVIII 24 ss., Amiano, XIV 7-XV 3; Zósimo, II 55; Juliano, *SPQAth.*, 271d-273b, y J. Bidez, *La vie de l'empereur...*, págs. 97-107.

[25] Cuando Juliano fue absuelto de toda culpa en la investigación, se le permitió viajar a Atenas para completar sus estudios. Cf. *infra, Disc.* XIII 18-19 y XVIII 27-30.

[26] Donde fueron confinados los atenienses derrotados en la expedición a Sicilia. Cf. Tucídides, VII 86, 2.

[27] La isla de Tasos era renombrada por la abundancia y calidad de sus vinos.

ra querida y le hiciera favores para que, una vez convertido en emperador, estuviera en deuda con ella. Y, lo más importante: para que, al partir desde Atenas para tomar posesión del cetro, se llevase del Ática, como cualquier otro de los productos de allí, la victoria sobre los bárbaros[28].

38 La divinidad iba administrando correctamente estos asuntos, porque velaba por el mundo civilizado, pero él, en su deseo de tranquilidad, rechazaba la realeza, siendo el único que rehuía lo que los demás buscaban con afán: la coronación y el reino de entonces. He aquí la prueba: vertió más lágrimas cuando fue llamado al trono, agarrándose a la doble puerta de la Acrópolis, que a quien conducen a la cicuta. Y con todo el placer del mundo habría deseado que de improviso le hubiesen brotado alas y así haberse escapado hacia el país de los Hiperbóreos[29]. Así que, revolviendo durante todo el trayecto estos pensamientos, si por algún medio pudiera rechazar con decisión el codiciado mando, no cejó en su empeño, hasta que un dios, acercándosele, le hizo cambiar de parecer y puso fin a su vacilación ordenán-
39 dole claramente soportar el peso de su obligación[30]. Su propio enemigo era testigo de su piedad. Y para que nadie se asombre al oír que era su enemigo quien le hizo partícipe del poder, explicaré cuál era la intención de esta asociación. Porque aquél no sólo no hubiera visto con buenos ojos que otras personas se sentaran en el trono imperial o vistieran la

---

[28] Alusión a la victoria de Atenas sobre los persas en las Guerras Médicas.

[29] Los hiperbóreos eran un pueblo mítico que vivía en el extremo septentrional del mundo, «más allá del viento Bóreas», como su nombre indica. Cf. Heródoto, IV 32-35.

[30] Las reminiscencias de *SPQAth.*, 275a son más que evidentes. Tanto en Juliano como en Libanio la aceptación del cargo es concebida como un deber *(leitourgía)* enviado por los dioses.

púrpura, sino que ni siquiera habría podido soportar un sue-
ño con esa visión. Por consiguiente, ¿por qué hizo partícipe
a alguien de un poder al que estaba tan aferrado? Por do- 40
quier estaba sufriendo estragos a manos de los bárbaros: los
pueblos que bordeaban las fronteras romanas habían con-
vertido estas tierras en botín de los misios[31]. Pero, sobre to-
do, sufría por los asuntos de Occidente. Un simple general
era poco para enderezar la situación, sino que era preciso un
monarca que contuviese estas oleadas[32]. Por otro lado, él 41
mismo no estaba en condiciones de acudir a la carrera, pero,
como la situación requería un colega, pasó por alto a los
demás y eligió a la víctima de sus ofensas, aunque no se ha-
bía olvidado de la sangre que había derramado, confiando
así más en quien tenía razones para inculparlo, que en los
que le debían favores. Y no quedó defraudado. En efecto,
hizo acopio de una mentalidad ateniense, y, golpeándose el
pecho y haciendo propósito de no pensar en la venganza,
fue capaz de colaborar honradamente con él.

Éstas son las rendiciones de cuentas de la época anterior 42
a la realeza, dignas de recibir el elogio de cualquier auditor.

---

[31] Expresión proverbial muy empleada por Libanio (cf. *infra*, *Disc.* XIV 26 y XVIII 34) para significar que una persona es insignificante o que algo está expuesto al pillaje de cualquiera (cf. Platón, *Teet.* 209b).

[32] El nombramiento de Juliano se produjo a causa de las dificultades por las que pasaba el Imperio en el 355. Ese año, los francos, alamanes y sajones se habían apoderado de cuarenta plazas fuertes del Rin ; los cuados y los sármatas devastaban Panonia y Mesia Superior, mientras que el rey persa Sapor, en Oriente, se encargaba de turbar con su ejército la paz en Armenia. Por otra parte, a Constancio II ya se le habían sublevado anteriormente seis generales (Magnencio, Vetranio, Nepociano, Africano, Marino y Silvano), por lo que, pese al nefasto precedente de Galo, Constancio II debió de considerar más seguro el nombramiento de un joven intelectual como Juliano, quien, al mismo tiempo, mantendría firme la lealtad de un ejército devoto del principio dinástico.

Sometamos ahora a examen también al piloto cuando ya manejaba el timón. Sin duda, el que lo envió contra los enemigos victoriosos lo hizo sin esperar de él una victoria, ni que los superara, y mucho menos que obtuviese la su-
43 premacía sobre ellos. En efecto, en seguida cambió de parecer sin motivo alguno, pues a los asesores militares que mandó con él los despachó, no como consejeros, sino para que estorbasen sus nobles acciones[33]. Debo exceptuar a un fenicio, motivo por el que al momento fue sacado de la escena[34]. Tenía más miedo del buen nombre de su colega, que

---

[33] Juliano se quejaba amargamente de haber sido enviado a las Galias «no tanto para mandar sobre el ejército allí destinado cuanto para obedecer a sus generales» (cf. *SPQAth.*, 277d, Zósimo, III 2, 2, e *infra, Disc.* XVIII 42). Es cierto que las operaciones militares eran dirigidas por el *magister equitum et peditum*, Marcelo, pero las precauciones de Constancio II eran lógicas, teniendo en cuenta la inexperiencia militar de Juliano. G. W. Bowersock, *Julian...*, págs. 34-45 sostiene que Juliano ostentó desde el principio el mando efectivo propio de su cargo y que, en las operaciones militares del primer año de campaña (356), que culminaron en la reconquista de Colonia, Juliano y Constancio colaboraron estrechamente.

[34] El cuestor Saturninio Segundo Salucio, quien, junto con su médico Oribasio, era el confidente de Juliano en las Galias. Como consecuencia de las disputas de Juliano con Florencio a propósito del juicio a un gobernador protegido por éste (cf. *Disc.* XVIII 84-85), el prefecto de las Galias acusó a Salucio ante la corte de incitar a su César contra él. Constancio llamó a Salucio a la corte, en la primavera del 359, para que respondiera de estas acusaciones. Juliano, que entendía este asunto como una maniobra cortesana para dejarlo sin su mejor consejero, escribió el segundo panegírico a Constancio y su *Consolación a sí mismo por la marcha del excelente Salutio*. *Vid.* además la *Ep.* 14 de Juliano, Amiano, XVII 3 y J. Bidez, *La vie...*, págs. 169-171. Para la figura de Salucio, véanse las introducciones, dentro de esta misma colección, de J. García Blanco al citado discurso de Juliano (vol. 17, págs. 277-280) y la de E. A. Ramos Jurado al opúsculo *Sobre los dioses y el mundo* (vol. 133, págs. 255-266), así como R. Étienne, «Flavius Sallustius et Secundus Salutius», *Rev. des Études Anciennes* 65 (1963), 104-113, y E. Pack,

de la insolencia de los enemigos; que Juliano no recibiera alabanza le resultaba más dulce que la derrota de los enemigos. No me agrada lanzar acusaciones contra aquél[35], pero 44
es necesario para el discurso, pues no es posible separar el encomio de los reproches. Así pues, partió desde Italia en pleno invierno con menos de cuatrocientos soldados[36]. Las extremas temperaturas que durante esa estación impone a esos lugares el ciclo anual, las habéis soportado algunos de entre vosotros[37] y otros habéis oído hablar de ello. Entre súplicas a los dioses, puso pie en el país vecino y contempló el territorio que recibía su nombre de los galos, pero que, en realidad, era sembrado por bárbaros que, además de la tierra que cultivaban antes, labraban el mismo suelo donde se levantaban las propias ciudades que ellos habían destruido. Pasó el invierno haciendo planes, pero, tan pronto como la estación invitó a la acción, él en persona dio el grito de guerra, concentró sus fuerzas, las disciplinó y él mismo se encargó de dar ánimo a quienes se amedrentaban. Pero los jefes de caballería, los centuriones y los taxiarcos[38], cum-

«Libanio, Temistio e la reazione giulianea», en *Lo spazio letterario della Grecia antica. Tomo I, vol. III*, Roma, 1993, pág. 673.

[35] *I.e.*, Constancio.

[36] El 1 de diciembre del año 355, Juliano salió de Milán con una escolta de 360 soldados en dirección a las Galias (cf. *infra, Disc.* XVIII 37 y *SPQAth.*, 277d). Al llegar a Turín, conoció la triste noticia de que Colonia había caído en manos de los bárbaros tras un largo asedio, hecho del que supuestamente no le había informado Constancio II. Juliano se queja *(SPQAth.*, 277d-279b) de que Constancio II lo enviara a las Galias sólo para obedecer a sus generales y pasear el retrato del Emperador, lo cual no es de extrañar si se considera la inexperiencia de Juliano.

[37] El discurso se dirige a un auditorio de notables, de ahí que, mientras que en *Disc.* XIII trata a Juliano en segunda persona, aquí utilice la tercera.

[38] Libanio se refiere con los términos clásicos *(hýparchos, lochagós, taxíarchos)* a los jefes militares designados por Constancio para las ope-

pliendo instrucciones de su señor, ponían trabas a su impulso. A pesar de todo, nuestro Soberano consiguió, antes que la victoria de las armas, la de su firmeza y la de su capacidad para soportar con facilidad estas dificultades. En esos momentos, recogió el fruto de su educación, obedeciendo, como Heracles, a un hombre inferior y encadenado, como
45 Ares, durante más de un año por gente necia[39]. Sin embargo, era preciso que él, lo mismo que Ares, se liberase algún día. Por tanto, aunque se lamentaba en los momentos difíciles, no se excitaba. Nuestros intereses estaban arruinados, mientras que el orgullo de los bárbaros iba en aumento, de manera que ya no era soportable el peligro de su amenaza. En estas circunstancias, se puso en marcha con unos pocos soldados que ya sabían lo que era soportar un asedio[40].

46 Vosotros deseáis, tal vez, oír hablar de la batalla[41], de las características del ejército, de cómo eran ambos flancos,

---

raciones de las Galias. La relación de Juliano con éstos fue bastante tensa, especialmente con Marcelo, *magister equitum et peditum,* quien se negó a prestar auxilio a Juliano cuando los alamanes lo sitiaron en Sens, lo que le costó el cargo. Tampoco fue cordial su relación con el *magister peditum* Barbación, viejo enemigo de su hermano Galo y que tan negligentemente se comportó en las operaciones de Estrasburgo, y con el prefecto Florencio *(vid. supra,* n. 34). Sin embargo, no hay pruebas de que Constancio diera instrucciones precisas a éstos para que obstaculizaran al César. De hecho, la destitución de Marcelo evidencia que el Augusto no estaba interesado en hundir a Juliano.

[39] Heracles se vio obligado a obedecer las órdenes del cobarde Euristeo, rey de Tirinto, quien le encomendó los famosos doce trabajos (cf. *Il.* XIX 133 y *Od.* XI 621-626). Por su parte, Ares permaneció trece meses atado y encerrado en una tinaja de bronce por obra de los gigantes Oto y Efialtes (cf. *Il.* V 385-391).

[40] Se refiere al mencionado asedio de Sens. *Vid. supra,* n. 38.

[41] En el año 357 tuvo lugar la famosa batalla de Estrasburgo *(Argentoratum),* en la que Juliano obtuvo su más brillante victoria y uno de los éxitos más sonados de las armas romanas en todo el s. IV, cuyos porme-

las falanges, los gritos de ánimo, las estrategias de los contendientes, las luchas a campo abierto, las celadas ocultas, los preámbulos del encuentro, el fragor de la batalla, el aspecto de las heridas, las huidas, las persecuciones y el terreno oculto por los cadáveres. Haré una narración exacta de ello cuando relate más pormenorizadamente los demás acontecimientos. Por tanto, ahora todo está abreviado y mi relato se asemeja a los bailes propios de la fiesta. Así es que, como 47
un vencedor olímpico que se apresura a regresar a casa desde Pisa y que, al ser preguntado por los pormenores de su victoria, promete dar cuenta de ello y pide que, por el mo-

---

nores conocemos en detalle gracias al extenso relato de Amiano Marcelino (XVI 12). La operación se concibió en un principio como una expedición de castigo contra los alamanes, los cuales, tomando como base la ciudad de Estrasburgo, saqueaban a su antojo el territorio galo. El plan era coger al enemigo en una pinza: Barbación, con una fuerza de 25.000 hombres, debía avanzar desde el sur, mientras que Juliano y Severo hacían lo propio desde el este, pasando por Metz *(Divodurum)* y Zabern *(Tabernae)*, hacia Estrasburgo. Sin embargo, los alamanes aprovecharon el hueco dejado por el sudoeste para lanzarse sobre Lyon *(Lugdunum)*. Juliano, al enterarse de este hecho, ocupó con la caballería los caminos por donde debían regresar forzosamente los saqueadores y los capturó junto con el botín. Por su parte, Barbación, lejos de cooperar con su César, decide pasar a la ribera derecha del Rin construyendo un puente de barcos. Pero los enemigos consiguen destruir el puente y derrotar al ejército de Barbación, que se batió en retirada y distribuyó sus tropas por los cuarteles de invierno. Así, Juliano quedaba solo con 13.000 hombres frente a un enemigo mucho más numeroso y con la moral alta por la reciente victoria. Los alamanes cruzaron en masa el Rin y atacaron a Juliano en el camino de Saverna a Estrasburgo, donde, contra lo esperado, Juliano obtuvo una aplastante victoria y causó gran mortandad entre los enemigos. Éstos, en su huida, se encontraron con el Rin a sus espaldas, donde la mayor parte se ahogó. En total, los romanos sólo perdieron doscientos cuarenta y tres soldados, más cuatro oficiales, en tanto que las bajas de los bárbaros fueron más de seis mil. Además, el rey Cnodomario fue capturado vivo y enviado a Constancio como parte del botín. Véanse *infra, Disc.* XVIII 48-62 y J. Bidez, *La vie...*, págs. 149-155.

mento, se le felicite, al tiempo que muestra su corona, del mismo modo, también ahora nos referimos al resultado de la guerra pasando por alto las batallas.

48 Como dije, los bárbaros explotaban nuestra tierra y habían abatido cuarenta y cinco ciudades, se habían apropiado de la mayor parte del suelo y lo tenían como propio, en tanto que las familias más ilustres entre los galos servían como esclavos allí, espectáculo digno de lástima, y nuestros enemigos incrementaban su orgullo. Pero él, ahí presente, el más hábil estratego del mundo, como estaba imbuido de cuantas guerras han existido desde que el hombre es hombre[42], no consideró soportable que trescientas trirremes derrotaran en Salamina[43] a un número mayor y él mismo no fuera capaz de poner en fuga con unos pocos a la nube de bárbaros. Por consiguiente, se arrojó contra ellos con el ánimo de contentarse con expulsarlos de aquel país, pero la victoria lo animó a entrar en su territorio. Tras cruzar el río Rin, cuyas aguas, a causa de los hijos, pusieron en evidencia la falta de sus madres[44], en su porfía por cogerlos vivos, consciente de que ellos preferirían la muerte, pescó e hizo un número tan inmenso de prisioneros, que su alimentación se convirtió en un problema para los nuestros. Por el contrario, a aquéllos que dejó tras de sí les sobraba la comida de
49 que disponían en su territorio. Como temía las consecuencias de una victoria tan enorme y la brillantez de su gesta

[42] Se entiende que gracias a la lectura de los historiadores clásicos.

[43] La batalla de Salamina del año 480, en la que los atenienses aniquilaron la escuadra de Jerjes, gesta que inspiró a Esquilo su tragedia *Los persas*.

[44] Según una costumbre germana, en caso de que el marido dudase de la legitimidad del hijo recién nacido, tenía derecho a someter al neonato a una cruel ordalía: la madre debía arrojarlo al Rin y sólo si quedaba a flote quedaba demostrada su legitimidad. Esta anécdota era muy conocida y el propio Juliano la menciona en dos ocasiones: *SR* 81d y *Ep.* 191.

más que los peligros del combate, no hizo que su trofeo se acompañara de boato, a pesar de que tenía prisionero al jefe de los enemigos. Así fue como siguió adelante en sus victorias, y no mostró a Cnodomario con la cabeza inclinada ante las víctimas de sus saqueos, ni, jactándose de su ejecución, degolló ante las ciudades asoladas a su destructor, sino que, teniendo siempre en la memoria a Aquiles, que se conformaba con vencer, permitía que el Augusto se atribuyera los restantes honores, en su deseo de acabar con todo motivo de rencor[45].

Como pensaba que a las ciudades no les ocurre lo mis- 50
mo que a las personas, pues la muerte es irremediable para éstas, pero las ciudades pueden resucitar, tendió su mano a las que estaban destruidas. Así pues, a medida que se iban levantando las ciudades, un heraldo cruzaba el Rin y animaba a los cautivos a retornar a sus lugares de origen. Éstos se apresuraban a volver sin que fuera canjeado un hombre por otro, sino que los suyos se quedaban aquí, mientras que los nuestros regresaban escoltados por sus antiguos captores[46].
Así fue como la batalla les enseñó a obedecer en todo. Si 51
añadir una ciudad a las antiguas es un beneficio de todos,

---

[45] Constancio se atribuyó el mérito de la victoria de Estrasburgo, hecho absolutamente normal si se tiene en cuenta que, en el Imperio, todos los jefes militares, incluido el César, actuaban en nombre del Augusto. Cf. G. W. Bowersock, *Julian...*, pág. 42. Lo que debió de motivar las quejas de Juliano (*SPQAth.* 279d) fue que ni siquiera se mencionase su nombre en los informes oficiales (*vid.* Amiano, XVI 12, 69-70). Nótese cómo Libanio reproduce el paralelismo Juliano-Constancio = Aquiles-Agamenón, que Juliano establece al comienzo de su discurso *Sobre la realeza*.

[46] En las campañas del 358-59 Juliano se dedicó a explotar el éxito obtenido en Estrasburgo. La reconstrucción de ciudades y fuertes, así como el rescate de los prisioneros galos, fueron parte fundamental de su pacificación de las Galias.

porque crece el conjunto del mundo civilizado, ¿cuánto más ilustre no será devolverle las que habían sido aniquiladas? Con ello es posible, a un tiempo, ocupar la tierra y lavar la vergüenza. Porque lo malo no es dejar de fundar la que no existe, sino despreciar la que antes existía pero que yace postrada, ya que en esta conducta radica un doble flagelo: el deshonor y el daño. Que la ruina de las ciudades, expuesta a los ojos de los bárbaros, podría considerarse como una invitación a su audacia y para los nuestros a la cobardía, no admite discusión. Y, si no ahora, al menos sí en lo sucesivo, a ellos les podría causar maravilla y a nosotros exasperación. Sin embargo, tú has restaurado las ciudades como un trofeo inamovible, para que ellos no dejen de temblar de miedo y nosotros no dejemos de cobrar ánimo.

52 Gracias a tu inteligencia, fortuna, esfuerzos y estratagemas, los bárbaros no tuvieron ocasión de imponerse en ambos frentes, sino que unos causaban daño y otros lo padecían: lo sufrían los del Rin y lo causaban los del Tigris[47]; por un lado afluían a raudales y por el otro caían. Como cuentan que sucedió en Potidea[48], cuando Aristeo el corintio espantaba a todo enemigo que osaba enfrentársele y lo ponía en fuga, a la vez que el otro flanco emprendía la huida
53 hasta encerrarse tras la muralla. Si entonces no te hubieras puesto por medio, nada habría impedido que, por uno y otro lado, los bárbaros, conquistando sucesivamente el territorio que tenían por delante, hubieran terminado por encontrarse en el Bósforo. Pero, por fortuna, la derrota de uno de los bandos ha acabado con unos y a los otros les ha hecho reflexionar. Además, ha conseguido eclipsar la vergüenza de

---

[47] Es decir, Juliano vencía a los alamanes y Sapor a Constancio en la frontera oriental.

[48] TUCÍDIDES, I 62.

la derrota romana, por lo que una noticia ha servido de consuelo a la otra y el relato de la victoria ha atajado el de la derrota.

Así fue como, de tus éxitos militares, te volviste a las 54
Musas, como un atleta que regresa a la palestra después de haber logrado la corona, y, tras deponer las armas, volviste a tomar los libros, los cuales tomaste como punto de partida para alcanzar tu victoria[49]. Porque, cuando la sabiduría se enfrenta al número, hace más fuerte al que es más inteligente. Al tiempo que tu fama crece, acuden a tu llamada, no 55
bailarines y actores cómicos, de esos que mueven a risa, ni flautistas y citaredos con sus relatos idóneos para los banquetes, sino un enjambre de rétores[50] y un filósofo de Atenas de hermosa figura[51], pero más hermoso por la dulzura de su trato, con una inteligencia sobresaliente y más deseoso de ser el mejor en elocuencia que sólo de parecerlo. Este varón, 56
que unas veces te ofrecía sus elogios y otras su consejo, cuando se separó de ti, recibió un presente que eres el único de los soberanos que lo ha otorgado: versos dedicados a él. Así es que, si hacemos el encomio de Pisístrato por su com-

[49] Libanio se esfuerza por presentarnos a Juliano como un verdadero filósofo coronado. Véase el capítulo «Der Philosoph auf dem Thron», en R. Scholl, *Historische Beiträge...*, págs. 88-90.

[50] Tras conocer en Naíso la noticia de la muerte de Constancio, Juliano escribió numerosas cartas a los más destacados intelectuales, en su mayor parte paganos, pero también a algunos cristianos, en las que les invitaba a unirse a él en la nueva corte. Sin embargo, contra lo que afirma Libanio, muy pocos fueron los que aceptaron la invitación. Cf. G. W. Bowersock, *Julian...*, págs. 62-65.

[51] Se trata del filósofo neoplatónico Prisco, uno de los pocos colaboradores estrechos de Juliano, con el que Libanio tuvo muy buenas relaciones (cf. la *Ep.* 760, donde Libanio utiliza el mismo adjetivo, *kalós*, para referirse a Prisco). Según Libanio *(Disc.* I 123) era epirota y según Eunapio *(Vidas de los sofistas* 474) tesprocio o moloso, pero enseñó durante casi toda su carrera en Atenas.

pilación de las obras de otro[52], ¿en qué lugar debemos situar a este émulo de Homero?

57 Sin embargo, con los reveses que propinabas a los enemigos, importunabas al mismo tiempo a los vencidos y al que se convertía en vencedor por mediación tuya. Hasta tal punto la envidia es una enfermedad insalvable, que hasta quien saca provecho siente aversión por el poder de los que le están prestando un servicio. Por eso la envidia que estaba sembrada hacía tiempo contra nuestro Emperador, aquí presente, brotó entonces e hizo que la chispa se convirtiera en
58 llama. En primer lugar, Constancio lo despojó de sus amigos[53], con la intención de perjudicarlo a la hora de tomar decisiones. Pero, no por ello él dejaba de ser igual de sensato. A continuación, lo privó de un importante contingente militar para debilitarlo[54], sin embargo no por eso era menos fuerte. Pero luego requirió a todos sus hombres, alegando como pretexto la guerra contra los persas. Con esta bella excusa estaba entregando las ciudades junto con su emperador. Pese a todo, él, pues he de decirlo, se mostraba más dó-

---

[52] Sobre la redacción pisistrática de los poemas de Homero, *vid.* R. Merkelbach, «Die pisistratische Redaktion», *Rheinisches Museum* 95 (1952), 23.

[53] *I.e.*, Salutio (cf. *supra*, n. 34). El llamamiento de Salutio a la corte fue, sin duda, la causa del enturbiamiento de la relación entre Juliano y Constancio. Véase R. Scholl, *Historische Beiträge...*, pág. 47.

[54] La petición de efectivos por parte de Constancio a comienzos del 360 (cf. *infra, Disc.* XIII 33-34 y notas) debió de hacer temer a Juliano una maniobra semejante a la efectuada con su hermano Galo antes de su ejecución. En su relato de los hechos *(SPQAth.* 282c-285d), Juliano afirma que la petición de Constancio estaba motivada por la envidia. Sin embargo, no parece descabellado que el Augusto reclamara para el frente persa, donde había caído la importante plaza de Amida (cf. el extenso relato de Amiano, que ocupa casi todo el libro XIX), unas tropas como las de Juliano, bien preparadas y acantonadas en un frente ya pacificado. Cf. G. W. Bowersock, *Julian...*, pág. 47.

cil de la cuenta, ya que animaba a los hombres para que se pusiesen en marcha[55]. Sin embargo, los gritos de lamento de sus esposas los retuvieron. Cuando éstas aún no habían terminado de respirar de alivio, una segunda oleada se unió a la primera, pero ni siquiera este suceso le persuadió para que se opusiese.

¿De qué manera llegó a ser Augusto? Me parece a mí 59
que en este punto los jueces lo podrán ver más claro. Pues el soldado no estaba siendo coaccionado por la fuerza, ni el soberano cedía a las pretensiones de los soldados, ni tan mala era la instrucción de los súbditos, como para forzar a su señor y oponerse a sus designios. Por tanto, ¿cuál es la explicación más verosímil? Era un dios[56] quien los impulsaba sin que éstos hubiesen previsto nada, sino que la palabra se anticipó a la reflexión. Y ello es obra de un dios. Llegó una orden hermana de la anterior, que añadía al color púrpura de su clámide una cinta hecha de perlas con un engaste de piedras preciosas[57]. Él levantaba la vista al cielo y

---

[55] La resignada obediencia de Juliano es confirmada por el relato de Amiano, XX 4, 4.

[56] De las tres versiones que ofrece Libanio del pronunciamiento de París (*Disc.* XIII 33-34; XII 59 y XVIII 95-102) ésta es sin duda la que muestra, por las circunstancias de su composición y difusión, una mayor dependencia de la versión oficial, expuesta por Juliano en las cartas a las ciudades. Se nos ofrece la misma versión mística de los hechos : no son los soldados, sino los dioses, quienes provocan el levantamiento. Cf. P. Petit, «Recherches..», 479-481.

[57] Pese a conocer la versión oficial, Libanio no coincide aquí, ni en la versión de *Disc.* XIII 33, con la de Juliano (*SPQAth.* 284d), quien afirma que fue él mismo quien se colocó sobre la cabeza un collar (*maniákēn*) que le ofreció un soldado. Sólo en la versión posterior (*Disc.* XVIII 99) se acerca Libanio al relato julianeo, aunque sustituyendo el término bárbaro *maniákē* por el más clásico *streptós*. Tal vez, en los primeros discursos, Libanio pretendía pasar por alto cualquier detalle que enturbiase el acto de la proclamación, motivo por el que emplea términos más acor-

tanto la entrega como la aceptación eran voluntad de los
60 dioses. Del mismo modo que no creemos que los oráculos procedan de la Pitia, sino del dios que envía sus vaticinios a sus labios, considérese en este caso que lo sucedido era obra de dioses que impulsaban a los soldados y los animaban a coronar su cabeza, más que como la acción de hombres que eran dueños de actuar a su antojo. Ciertamente, es verosímil que los dioses accedieran a las súplicas y ocasionaran el origen de un hecho que consideraban hermoso. Porque jamás habrían aprobado la concesión de un honor injusto y sí,
61 en cambio, habrían admitido lo que era justo. Con todo, el asentimiento de los dioses no vino como un feliz hallazgo para el beneficiario de este honor, como si desde antiguo hubiera alimentado en su interior este deseo, sino que, como si se conformara con el mal menor, dudaba, vacilaba, persistía en mantenerse en sus antiguos límites[58] y esperaba que, tras la elección celestial, llegara la terrenal.

62 Por consiguiente, mientras existía la esperanza de una reconciliación, se abstuvo de obrar. Mas, una vez que se declaró abiertamente la guerra, Italia se fortificaba, los germa-

---

des con una coronación oficial *(tòn ek lithōn stéphanon),* en *Disc.* XIII 33, y *lithokóllēton tainían* en este pasaje). En el mismo sentido debemos entender la omisión aquí del elevamiento de Juliano sobre un escudo *(vid. infra, Disc.* XIII 34 y nota *ad loc.)* según el ritual germánico. Para más detalles, véase R. SCHOLL, *Historische Beiträge...*, págs. 52-58.

[58] Juliano afirma *(SPQAth.* 285d) que, tras la proclamación, siguió firmando los documentos oficiales como César. Sin embargo, pocos meses después, cuando celebra sus *quinquennalia* en Vienne (6 de noviembre del 360), emite monedas en las cecas de Arles y de Lyon con el título de Augusto. *Vid.* G. W. BOWERSOCK, *Julian...*, pág. 53. Para conocer los pormenores de la fase de negociación entre Constancio y Juliano, consúltense J. BIDEZ, *La vie...*, págs. 187-195, y R. SCHOLL, *Historische Beiträge...*, págs. 59-66.

nos eran llamados al combate[59] y los escitas eran movilizados; cuando el infante avanzaba, el arquero se ponía en camino y nada retenía a Constancio ni le hacía darse la vuelta, ni los caballos persas relinchando a orillas del Eufrates, ni las máquinas de guerra arrimadas a las murallas, ni el llanto de las ciudades, ni el fuego que se les avecinaba, sino que pagaba con territorio romano el precio de su miedo y dejaba a merced de los bárbaros a los ciudadanos más ilustres —para no hacer mención de los de linaje más humilde—; entonces, y sólo entonces, permitió Juliano que sus adversarios tuvieran la vista fija en los caminos, mientras él tomaba una ruta distinta, no hollada, más corta pero impracticable a causa de sus barrancos[60], como algunas de las calles que la mano del hombre ha excavado en ciertas ciudades. Tal vez lo guiase Apolo, que iba allanando lo abrupto, como hizo con el foso de los aqueos[61]. Así fue como los que estaban siendo toma- 63
dos no se percataban aún de nada, como peces cuando se recoge la red. Cuando llegó el momento oportuno, dio a conocer su presencia, cuando ya había puesto pie en la frontera y en nada difería de un buzo que está oculto bajo la superficie marina y pasa desapercibido cuanto le venga en gana a la gente que se encuentra en la costa. Tanto más se preocupaba por no dar la impresión de estar cometiendo un ultraje que de su propia victoria, que, aunque estaba inmerso en los peligros, se dedicaba a justificarse ante todos los griegos enviándoles allí misivas más largas, más breves o de

[59] Alusión al asunto de Vadomario (cf. *infra, Disc.* XIII 35). Libanio se refiere sistemáticamente a los germanos *(Germanoí)* con el término *Keltoí (Disc.* XV 59; XVII 14 y 30; XVIII 290). Cf. R. Scholl, *Historische Beiträge...*, pág. 61, y H.-U. Wiemer, *Libanios...*, pág. 173.

[60] En cuanto a la marcha de Juliano sobre Sirmio, *vid. infra, Disc.* XVIII 111 ss.

[61] *Il.* XV 355-358.

moderada extensión, de acuerdo con el carácter de cada pueblo, para que los escritos se adaptaran a la idiosincrasia de sus destinatarios[62].

65 Cuando se encontraba deliberando en Panonia acerca de Tracia, si había llegado el momento de atacar o de permanecer inactivo, oponiendo su virtud a la superioridad numérica de sus enemigos, un azar decide la cuestión, cuando las armas aún se encontraban inactivas, y encuentra un final adecuado al parentesco de los contendientes. Pues, cuando estaba a punto de imponerse el que se defendía, mediante una enfermedad[63] la fortuna sacó del peligro al atacante. Y el trofeo fue tanto mayor, cuanto que no hubo que enterrar
66 soldados por ninguno de los dos bandos. Por consiguiente, considérese incluso a Ciro el Grande inferior a nuestro Emperador en lo que respecta al afecto divino. Pues, si la fortuna le reservó a Ciro un pastor para su salvación, por otro la-

---

[62] Tras su llegada a Naíso en octubre del 361, Juliano envía cartas a las principales ciudades griegas, ilíricas y macedonias, así como al Senado de Roma, para justificar su usurpación. Es famosa la solemne respuesta del Senado romano: *auctori tuo reverentiam rogamus* («pedimos respeto a tu superior»); cf. Amiano, XXI 10, 7). Sólo se nos ha conservado la enviada a Atenas y un fragmento de la epístola a los corintios (cf. *Disc.* XIV 29-30).

[63] Constancio murió repentinamente víctima de una enfermedad en Mopsucrene de Cilicia, el 3 de noviembre del año 361. Lejos de promover una *damnatio memoriae*, Juliano presidió los actos solemnes que acompañaron el entierro de su primo en la basílica constantiniana de los Santos Apóstoles el 11 de diciembre (cf. *infra Disc.* XVIII 119-120). Por su débil posición, Juliano necesitaba a toda costa presentarse ante el ejército, acérrimo defensor del principio dinástico, como heredero y no como usurpador. Según Amiano (XXI 15, 2), en su lecho de muerte, Constancio II había designado a Juliano como heredero legítimo. Gregorio Nacianceno, *Disc.* V 17, afirma que Juliano participó en los funerales obligado por el ejército y despojado de sus insignias imperiales. Cf. U. Criscuolo, *Allocuzione...*, págs. 38-39; 164-165, y J. Bidez, *La vie...*, págs. 196-208.

do, tuvo que combatir con su abuelo[64] y hacer algo incluso más grave, según afirma Isócrates[65]. De manera que, al mismo tiempo que conquistó a los medos, tuvo que cubrir su rostro de vergüenza. Sin embargo, en tu caso, más hermoso que lo que conseguiste, ha sido el modo de lograrlo, ya que llegaste al poder supremo con las manos limpias. Y, 67
lo que es aún más hermoso: sintieron el mismo placer por ello tanto los hombres que llevabas contigo, como aquellos a cuyo encuentro ibas. Pues oficialmente se encontraban al lado de tu rival, pero, por afecto, estaban de tu parte, porque tenían constancia de que tú eres emperador a la hora de decidir, pero un compañero de armas en las fatigas de la guerra. Y ésa era justamente la razón por la que los poderosos 68
dioses destinaban tu cabeza a la diadema: para que a tu coronación le siguiera la cólera de Constancio, a su cólera la movilización, y para que, tras la movilización, te pusieras en marcha y pudieras estar cerca del poder. «Si vacilas ante la perspectiva del asesinato —decían—, ten ánimo, que nosotros nos ocuparemos de ello[66]».

Por consiguiente, después de haberse apoderado de la 69
mayor parte de Europa y de Asia de la forma más piadosa de la que tengamos noticia, no se aplicó a ningún asunto antes que a la religión, como un buen armador que presta atención a la quilla antes que a los demás componentes. Pues, de igual modo que en la resistencia de ésta halla el barco su salvación, así la encuentran las ciudades en el cui-

[64] Véase el relato de la infancia de Ciro y del derrocamiento de su abuelo Astiages en Heródoto, I 108-129.

[65] El asesinato de su abuelo. Cf. Isócrates, *Evágoras*, 38.

[66] Mientras Juliano celebraba en Vienne sus *quinquennalia*, tuvo un sueño o una visión que le predijo la muerte de Constancio II. Cf. *infra, Disc.* XVIII 118; Amiano, XXI 2, 2; Zósimo, III 9, 5-6, y Zonaras, XIII 11.

dado de las potencias divinas. Por eso levantaba santuarios, construía altares[67] y trataba de acostumbrar a su patria, que no soportaba en absoluto el beneficioso humo de las víctimas, a no hacerles la guerra a las cosas favorables; como a una madre reprende el hijo, que, después de haber compartido de pequeño el engaño de ella, al cabo termina por apartar a ambos del error.

70 No deja de causarme asombro aquella gente que, cuando
habla de los persas, afirma que los someterás, sin percatarse
de que, de hecho, ya los has vencido. Y sólo te ha bastado
asentarte en la entrada del Ponto, frente al Bósforo, y hacer
exactamente lo que estoy haciendo yo ahora mismo: dar a
conocer un escrito tuyo al Gran Senado[68]. ¿Que cuál es esa
71 victoria? Constancio, tras despojar a la tierra oriental de la
flor de sus hoplitas, iniciaba sus campañas confiando las
ciudades a lo peor de su ejército, que, en apariencia, monta-
ba guardia, pero, en realidad, eran ellos quienes necesitaban
protectores. Así es que los vigilantes temblaban de pavor
junto con sus protegidos. Por esa razón, en todo momento
nos parecía que estábamos contemplando el saqueo de las
ciudades aunque todavía no ocurriese, y la salvación radica-
72 ba en la huida[69]. Los habitantes del interior envidiaban a los
pueblos marinos y los que habitaban la costa, a sus armado-
res de barcos. Entonces no existía un bien más preciado que

[67] Ya en Naíso, Juliano comenzó a sacrificar públicamente (cf. *Disc.* XVIII 114-115) y tomó medidas para la restauración del culto pagano.

[68] Naturalmente, se está refiriendo a Constantinopla y a su Senado, el más importante del Imperio después del de Roma.

[69] Scholl (*Historische Beiträge...*, pág. 63) analiza el carácter propagandístico de este pasaje. Constancio es, según Libanio, culpable de haber abandonado el frente oriental para lanzarse contra Juliano. Maliciosamente, nuestro sofista omite que la situación de guerra civil había sido provocada por Juliano y que Sapor, como testimonia Amiano (XXI 13, 8), se había retirado ante unos auspicios desfavorables.

ser dueño de una nave. Los chipriotas que estaban de paso recibían todo tipo de agasajos y prometían asilo a sus huéspedes[70]. Pero ni siquiera el mar estaba libre de temor, pues se sabía que, en los puertos, habría peleas por los barcos y, una vez en alta mar, se producían víctimas, ya que la ocasión hacía que abundaran los malhechores.

Pero, por fin, un solo día acabó con estos movimientos 73
migratorios. Pues el mismo día que te concedía el poder, a nosotros nos permitía tener confianza para quedarnos en casa; no porque de algún sitio nos asistiera alguna fuerza militar, ni porque en unos lugares se construyeran murallas y en otros se reparasen, ni porque los enemigos quedasen abatidos por efecto de una peste, sino que, simplemente, el que tú alcanzases este título bastó para expulsar el miedo. Y, aunque estabas a setenta jornadas de distancia del Tigris, infundías pavor a los persas, como si ya hubieras alzado las insignias de guerra. Por su parte, aquel Demarato[71] —que 74
de mala muerte perezca—, que elogiaba ante los persas nuestras riquezas y andaba diciendo que en el invierno les entregaría la ciudad como si la pescara, cambió de opinión y dejó escapar las palabras que empleó Polidamante cuando se mostró ante él Aquiles[72]. Cualquiera que piense cabal-

---

[70] Por su condición de isleños y buenos navegantes, los chipriotas constituían una codiciada amistad en esta supuesta situación de peligro. Pese a su lejanía de la frontera oriental, Antioquía ya había sido saqueada en dos ocasiones por los persas (años 256 y 260). Cf. *infra,* nota 2 al *Disc.* LX.

[71] Posible alusión a Antonino, *protector* de la guardia de Constancio II que desertó en el 359 y pasó valiosa información militar a Sapor (cf. Amiano, XVIII 5). Demarato es el destronado rey espartano que traicionó a su patria y asesoró a Jerjes en su campaña contra Grecia del 480 a. C. (cf. Heródoto, VI 61-70 y VII 101 ss.).

[72] Polidamante Pantoida, compañero de Héctor, recomendó a los troyanos, ante la inminente reincorporación de Aquiles al combate, abando-

mente considerará ésta como una gran victoria, en nada inferior a la que está por venir, ya que, si los dioses nos la conceden, nos traerá prisioneros a nuestros enemigos, pero la primera impidió que nosotros llegáramos a serlo. Y si, gracias a la victoria futura, podemos imponerles un castigo por los daños que hemos sufrido, gracias a la primera no
75 hemos padecido más agravios. En mi opinión, un enemigo es derrotado no sólo cuando es capturado, sino cuando sus perspectivas son las de ser tomado y se contenta con salvar el pellejo. Porque, cuando uno cuenta entre sus posesiones aquello que esperaba conseguir, piensa que ha sufrido una pérdida si no lo consigue.

76 Esta que he expuesto es una sola demostración de que el Medo ha sido derrotado. Pero hay otra y ¡por Zeus! discúlpame si se me escapa algo que no deba decirse, pues mi boca se ve forzada y hay algo que es más poderoso que la barrera de mis dientes. Muy recientemente llegaron unas cartas asirias en las que se suplicaba abrir, mediante heraldos y embajadas, una vía al diálogo y zanjar las diferencias a tra-
77 vés de negociaciones[73]. Yo pensaba que Juliano aplaudiría,

---

nar la lucha en campo abierto y replegarse dentro de los muros de la ciudad (cf. *Il.* XVIII 247-283). Una y otra vez encontramos la comparación de Juliano con Aquiles.

[73] Esta embajada persa es citada sólo por Libanio (cf. *infra, Disc.* XVII 19 y XVIII 164) y Sócrates *(Hist. Ecl.* III 19). El envío de una embajada confirma que la retirada de Sapor ante Constancio II (cf. *supra,* n. 69) no se debió a malos augurios, como afirma Amiano, sino a problemas dentro de Persia, ocasión que Juliano pudo aprovechar para lanzar una expedición de castigo para aterrorizar al enemigo, estrategia que le dio buen resultado en las Galias. Contemplado desde este punto de vista, tiene sentido que Juliano rechazara toda propuesta de negociación. *Vid.* H.-U. Wiemer, *Libanios...*, págs. 178-181, y R. Scholl, *Historische Beiträge...*, págs. 134-144, quien supone que la voluntaria indiscreción de Libanio, que era partidario de la vía diplomática, tenía como objetivo presionar a Juliano para que aceptara negociar.

lo festejaría y se daría toda la prisa posible, así es que le daba mis felicitaciones, comportándome como quien está habituado a continuas derrotas. Sin embargo, él rechazó de plano la misiva con más coraje que Diomedes, pues consideraba inadmisible que se permitiera negociar acuerdos a quien tenía que rendir cuentas. No menos vigorosa respues- 78
ta fue la que dio a los emisarios que venían de parte de los escitas[74], a los que sorprendió interpretando con sutilezas los juramentos prestados, motivo por el que los exhortó a tomar el camino de regreso y cuidarse de los preparativos para la guerra. Ciertamente, era la primera vez en mucho tiempo que un varón romano amenazaba a un bárbaro.

¿Por qué motivo, pues, cambió súbitamente el espíritu 79
guerrero? ¿Qué factor hizo que los persas volvieran a sentir temor de la fortuna de los romanos? Sin duda no fue ninguna batalla terrestre, ni un combate ecuestre, ni una innovación en el armamento, ni el hallazgo de nuevos inventos, sino que fueron los frecuentes sacrificios, la sangre en abundancia, los vapores de los perfumes y los banquetes en honor de los dioses y los espíritus, los factores que desalentaron a los enemigos[75]. Por esa razón se complace en ser llamado sa- 80
cerdote no menos que emperador[76]. Y el nombre concuerda

---

[74] Nos es desconocida esta embajada de los escitas. Tal vez está conectada con el fragmento conservado en Eunapio *(ELF* 94), que preludia una guerra contra ese pueblo.

[75] A la luz de la propaganda pagana se hace evidente la finalidad religiosa de la campaña persa: lograr una victoria sonada y atribuirla a la intervención de los dioses. Así, sería más fácil lograr la conversión de los soldados primero y, luego, del resto de la población. Véase A. Marcone, «Il significato della spedizione di Giuliano contro la Persia», *Athenaeum*, 57 (1979), 340.

[76] Sobre el cesaropapismo de Juliano puede consultarse el capítulo «Der Priester auf dem Thron» en R. Scholl, *Historische Beiträge...*, págs. 91-97, y H.-U. Wiemer, *Libanios...*, págs. 181-184.

perfectamente con sus actos, ya que ha superado, no más a los monarcas en las tareas de gobierno, que a los sacerdotes en las ceremonias religiosas. Y no me estoy refiriendo a esos de hoy que no tienen entusiasmo, sino a aquellos antiguos sacerdotes egipcios que tan versados estaban en su arte. Porque él no hace sacrificios unas veces y otras se abstiene de ello, obedeciendo a imperativos legales, sino que, como considera que se dice con razón eso de que todo, tanto las palabras como las acciones, deben tener a los dioses como punto de partida, las ofrendas que sabe que otros consagran cada novilunio, él las ha convertido en diarias. Recibe con sangre al dios cuando amanece y con sangre lo acompaña hasta que se sumerge en el Océano, y repite los mis-
81 mos preparativos en honor de los dioses nocturnos[77]. Como, en virtud de su posición, la mayor parte del tiempo se ve retenido dentro del palacio y no le es posible acudir diariamente al santuario, ha convertido el palacio real en templo y su jardín es más intachable que el que en algunos lugares tienen los santuarios[78]. Y los altares son más agradables
82 gracias a los árboles y los árboles por los altares. Y lo que es aún más virtuoso: no sirve a los dioses por medio de manos ajenas sentado sobre un elevado trono o completamente rodeado de áureos escudos, sino que oficia con sus propias manos, da vueltas de un lado para otro, coge un leño, empuña la daga, abre con ellas las aves y no desconoce lo que se halla en su interior. Y prueba de ello son sus dedos llenos de la sangre que testimonia que viene de sacrificar. Pues considera absurdo que él en persona maneje los documentos des-

---

[77] Entre los insultos que le prodigaba el pueblo antioqueno a Juliano se encontraba el de «victimarius» por su desmedida afición a los sacrificios cruentos. Cf. AMIANO, XXII 14, 3.

[78] Libanio alude en varios pasajes a este santuario privado de Juliano. Cf. *Disc.* I 121; XV 71 y XVIII 177.

tinados a sus futuros gobernadores, pero que, en cambio, no cumpla con esas mismas manos sus deberes para con los dioses. Este hecho explica que no convoque con urgencia 83
comités de generales, centuriones y tribunos, y que no pierda el tiempo en discusiones, sino que, con acudir a sus maestros en lo oculto, tiene resuelto el problema. Ésta es la razón por la que ninguna carta, o muy pocas, le vengan de los extremos del Imperio, ya que está enterado de todo. Así como nada pasa desapercibido a Helios de cuanto hay sobre la tierra, de igual forma nada de lo que sucede se te escapa, porque es el propio Helios quien te lo cuenta. Hasta en los 84
lugares más apartados, todos los bárbaros que son vecinos nuestros, desde el Océano exterior hasta las rompientes del Ponto, han colgado sus armas y trazan surcos en la tierra, porque han renunciado a aspirar a la abundancia de que disfrutamos al otro lado y se contentan con suplicar a Deméter. Y cuantos súbditos tuyos merecían sufrir daño por su afecto hacia la tiranía, han causado su propia ruina, al no ser capaces de hacer realidad sus aspiraciones. Sin embargo, tras su captura, no padecieron los castigos que temían, por lo que son los únicos que han conservado la vida después de haber participado en conspiraciones como ésta[79]. Yo me extrañaba 85
de que Jerjes no diera muerte a quienes se ofrecieron a morir como expiación por la muerte de sus heraldos[80]. Éstos habían sido ultrajados por la ciudad entera y el crimen era

---

[79] Libanio alude vagamente a un atentado planeado contra la vida de Juliano que fue descubierto antes de llevarse a efecto. A pesar de la gravedad del asunto, Juliano les perdonó la vida y sólo sufrieron destierro. Cf. *Disc.* XV 43 y XVI 19, y R. SCHOLL, *Historische Beiträge...*, pág. 142.

[80] Dos nobles espartiatas, Espertias y Bulis, se ofrecieron voluntariamente a Jerjes para expiar con sus vidas el asesinato, en Esparta, de unos emisarios de su padre, el rey Darío. Sin embargo, Jerjes se negó a matarlos. Cf. HERÓDOTO, VII 134-136 e *infra, Disc.* XV 40.

desdeñable para el Medo. Además, debió de sentir vergüenza ante la valentía de los hombres que se entregaban voluntariamente. Sin embargo, Juliano sólo cuando tuvo las pruebas castigó a quienes habían tramado contra él lo que ni siquiera es lícito decir.

86 Debemos considerar, señores, que su protección la ejercían sus propios protectores, vigilantes más excelentes que Argos nacido de la tierra[81]. Los dioses, junto con su guardia de corps, se encargan de su custodia y protegen a los propios guardianes. Y, si encuentran que entre ellos hay lobos en lugar de perros, lo dan a conocer; no mediante el envío de simples y tortuosos ensueños, sino que, como nos estamos viendo ahora y como uno conversaría con otro acerca del que está hablando, si nos parece que lo está haciendo correctamente o al contrario, así es como ellos le hablan a él acerca de los conspiradores. Pues han otorgado a sus ojos el privilegio de mirar con su propia visión y no dejan que desconfiemos de Homero cuando hace que los dioses se mezclen con los hombres como si fueran sus compañeros y
87 amigos. ¿Y cómo no iban a ser amigos tuyos, si ninguno de sus altares fue descuidado por ti en tu camino hacia aquí? Te apartaste una buena distancia de tu trayecto y te dirigiste a Frigia, donde, tras hacer numerosos y cuantiosos honores a la que dio a luz a nuestros dioses, continuaste tu camino[82].

---

[81] Argos Panoptes tenía cien ojos alrededor de su cabeza, motivo por el que la celosa Hera le encomendó que vigilara a Ío, amante de Zeus, transformada por éste en novilla. Por orden de su padre, Hermes lo mató tras adormecer con su varita mágica los vigilantes ojos del monstruo. Cf. Ovidio, *Metamorfosis*, I 625-723.

[82] En el trayecto de Constantinopla a Antioquía, Juliano pasó por Pesinunte, ciudad de la que era originario el culto a Cibele, la madre de los dioses, a la que Juliano dedicó su discurso *A la madre de los dioses* (cf. su *Ep.* 84 e *infra, Disc.* XVII 17 y XVIII 161-162). Allí rindió homenaje a Calíxena, sacerdotisa de Deméter, a la que encomendó el culto de Ci-

Cuando por fin llegaste a nuestra tierra, te mantuviste inactivo, como diría uno de esos que nada saben, pero, según creo yo, sostuviste una guerra y encontraste un medio para alcanzar la victoria más importante que la batalla en sí. Se trata de lo siguiente. Con anterioridad, el poderío de los per- 88
sas no era superior al nuestro por su número, ni mejor por su vigor, ni más hábil por su estrategia, ni más fuerte en virtud de su armamento. Sin embargo, el factor que reúne todas estas virtudes, si se posee, y el que las arruina, si se carece de éste, había cambiado de bando y se había puesto de parte de ellos. Me refiero a los dioses, señores de la guerra, de la batalla y la victoria, que abaten a quienes los desprecian y fortalecen a los que los respetan. Por este motivo, cada vez 89
que los dos ejércitos se encontraban, los dardos invisibles de aquéllos alcanzaban a nuestros hoplitas y se llevaban consigo sus vidas. Unos los arrojaba Ares y otros sus escoltas, Terror y Espanto. Con éstos sus corazones quedaban aturdidos y dejaban caer de sus manos las espadas; les ocurría, en suma, lo que es natural que les pase a los hombres: eran derrotados por dioses. Por todo ello, como sabía perfectamente 90
que cada soldado debe arrodillarse ante aquellos a quienes necesita en la batalla, consciente de que ésa es la parte fundamental de la panoplia —no el escudo, ni la coraza, ni el venablo—, iniciaste con los dioses el diálogo que ya has consumado, y armaste con la alianza de los dioses a tus efectivos, que, por propia iniciativa, corrían apresuradamente a los altares y competían entre sí por el incienso[83].

---

bele. Para más detalles, *vid.* AMIANO, XXII 9, 5-6, G. W. BOWERSOCK, *Julian...*, pág. 86, y J. BIDEZ, *La vie...*, págs. 275-276.

[83] La conversión del ejército de Constancio, mayoritariamente cristiano, era una de las prioridades de Juliano, que no descartó el soborno como medio para lograr este objetivo. Cf. *infra, Disc.* XVIII 168.

91 De tal naturaleza es el muro que has construido en torno al poderío de los romanos. Y, con tu buena acción, también has transformado al resto del pueblo, haciendo que los demás posean los poderes de Proteo[84]. Pues hoy los que habitan la tierra se han metamorfoseado, sin más, de cerdos en
92 hombres. La causante de todos estos cambios es la retórica, ya que éstos se deben a tu inteligencia, y ésta a la retórica, cuyos distintos géneros has aprendido perfectamente, lo mismo la oratoria improvisada que las composiciones cuidadas, el género epistolar, la dialéctica o la hermosura de los versos. En virtud de ello, unas veces compones encomios, otras persuades, otras impones tu parecer y otras fascinas a tu auditorio. Superas a los oradores en filosofía y, a su vez, a los filósofos en retórica, y a ambos en poesía, de igual modo que a los poetas por aquellas dos artes[85]. Además, ¡por Zeus!, sobrepasas a todos los que me he referido por tu perfecto dominio de la otra lengua[86]. No hablo porque yo sea un experto en ésta, sino que hago caso de lo que
93 me dice el cartaginés que tú sabes[87]. De manera que, en el

[84] El anciano del mar, Proteo, podía adoptar las formas más caprichosas (cf. *Od.* IV 384-461). La metamorfosis de hombres en cerdos y viceversa nos evoca las artes de la maga Circe *(Od.* X 237-240).

[85] La obra conservada de Juliano confirma sus dotes para abordar con dignidad los temas y géneros más variados (encomio, invectiva, sátira, género epistolar, tratado filosófico, etc.). Es una lástima que se nos haya perdido casi toda su producción poética.

[86] El latín, lengua que Libanio desconocía y a la que, por desprecio, siempre alude oblicuamente *(thatéra phōnḗ)*. Su rechazo se extendía a disciplinas, como el derecho, que exigían el conocimiento del latín en detrimento de la formación retórica. Véase al respecto M. Pinto, «La scuola di Libanio nel quadro del IV secolo dopo Cristo», *Rendiconti dell'Istituto Lombardo,* 108 (1974), 168. Por el contrario, según Amiano (XVI 5, 7), Juliano conocía bien esta lengua.

[87] Ignoramos quién puede ser este cartaginés. G. W. Bowersock, *Julian...*, pág. 50 lo identifica con el libio Evémero (cf. Eunapio, *Vidas de*

supuesto de que poseyeses estas cualidades sin tener la realeza, muchos son los reyes a los que infundirías el deseo de regalarte lo que tienen y tomar a cambio lo tuyo. En suma, si te fuera dado hablar con diez lenguas[88], ninguna falta te harían los que te auxilian con las cartas. Pero esta variada, 94
hermosa y variopinta elocuencia no la has adquirido solamente con tus estudios anteriores a tu ascensión al trono, sino que, incluso actualmente, sigues velando para ocuparte de ella. Y la realeza no te ha forzado a tener abandonados los libros, sino que, por la noche, cuando aún se encuentra en su primera fase, tú entonas cantos mucho antes que los gallos, ya sea componiendo tus propias obras, ya sea leyendo las producciones de otros[89]. El poder del sueño es controlado gracias al sacrificio del estómago. Porque, con el vino y la saciedad, aquél se enseñorea de los párpados, pero sin éstos no puede hacer gran cosa. ¿Pero qué tiene de extra- 95
ño que se preocupe poco de la belleza corporal, si su alimento es como el de las cigarras, se dedica a sus producciones literarias, al trato con los dioses y a un trabajo constante? Pues lo que conduce a estos objetivos se aparta de los placeres mundanos. Incluso, es posible que, en virtud de su disposición natural a la vida moderada, se vea privado de los elogios que merece la prudencia, porque el mismo hecho de no

los sofistas 476), que conspiró, con Oribasio, en la proclamación de Juliano en París. Más razón parece tener Norman (nota *ad loc.)*, a cuyo juicio, puede tratarse del orador latino cuyo discurso precede al de Libanio en la ceremonia, basándose en lo que dice nuestro autor en *Disc.* I 127.

[88] *Il.* II 489. De la frenética actividad de Juliano da fe nuestro autor *infra, Disc.* XVII 27 y XVIII 174.

[89] Amiano (XVI 5, 4) nos dice que Juliano dividía en tres partes sus noches: un tercio lo dedicaba al descanso, otro a las cuestiones de Estado y el tercero a las musas: «por este motivo, sucedía que dividió las noches entre tres ocupaciones distintas: la del descanso, la de los asuntos públicos y la de las musas».

permitir siquiera llevar un género de vida tal, ni de someterse a las bajas pasiones, lo despoja de la admiración que por ello merece.

96 Así es nuestro emperador y cónsul, superior en todas las virtudes, no sólo porque nosotros así lo creamos, sino también a juicio de los dioses, pues está en condiciones de cerrarle la boca a Momo[90] por la perfección de su virtud. Esta nobleza y magnanimidad se manifiesta además en el hecho de que eligiese como compañero de yugo a quien le es inferior en posición[91], en que no rehuyera el consulado por no haber nadie de igual dignidad que la suya, y en que, en su deseo de ostentar el cargo, no nombrara a uno de igual ran-
97 go antes de lo que hubiera sido decoroso. De todas formas, Janto, el caballo inmortal, tampoco menospreció a Pédaso, que corría a su lado[92]. Pero es que, además de este ejemplo, sabemos que viajaban en un mismo carro Atenea y Diomedes[93], una diosa formidable y el mortal más extraordinario.

98 Me parece que, ahora, hasta los matrimonios llevarán aparejada la decencia, que todos los tratados participarán de la justicia y que los niños serán engendrados para un futuro mejor, puesto que el título que ostentas es la señal de un
99 buen augurio. Creo que, si, como ocurre con los atletas, hubiese un certamen entre los años y el correspondiente juicio, éste se alzaría con la victoria por unanimidad. Pues muchos te han recibido como cónsul, y ojalá lo sigan haciendo otros,

---

[90] Momo, hijo de la noche, es la personificación del sarcasmo (cf. LUCIANO, *Hermótimo* 20).

[91] FLAVIO SALUSTIO, prefecto de las Galias y autor del tratado *Sobre los dioses y el mundo,* confundido frecuentemente con Segundo Salucio (cf. *supra,* n. 34).

[92] Alusión a los caballos de Aquiles, Janto y Balio, que eran inmortales, y Pédaso, que, aun siendo mortal, acompañaba a los otros dos. Cf. *Il.* XVI 148-154.

[93] *Il.* V 837-839.

pero este año es el primero que te recibe investido del poder en solitario. Por eso, si nada impidió a Safo de Lesbos suplicar que la noche tuviera para ella una doble duración[94], ojalá pueda también yo pedir algo similar: «Cronos, padre del año y los meses, haz que este año se nos alargue todo lo que esté en tu mano, como prolongaste la noche cuando fue concebido Heracles[95]. En una palabra, alarga la vida del Emperador más allá del límite de Solón, considerando un
ornato para ti la vejez de un buen monarca». Esto es lo que 100
pido y, además, que nuestro ejército se dé un banquete en Susa[96], mientras los persas le escancian el vino. Es justo hacer esta súplica y razonable confiar en que se cumpla. Pues nosotros marcharemos acompañados de la divinidad.

¡Ea, pues! Concede la libertad a todos tus servidores ho- 101
nestos e intachables[97], a quienes hay que considerar más afortunados que a los que jamás fueron apaleados por su defensa de la libertad, en la misma medida en que a éstos hay que estimarlos más dichosos que a los que acabaron sus días como esclavos. Sin duda alguna, su destino lo está cambiando un hombre que se ha forjado su libertad por sus propios medios y que no ha consentido que, sobre su alma,
ejerza su dominio la dictadura de los placeres. Gracias a la 102
majestad del consulado, estos siervos llevan ventaja a quie-

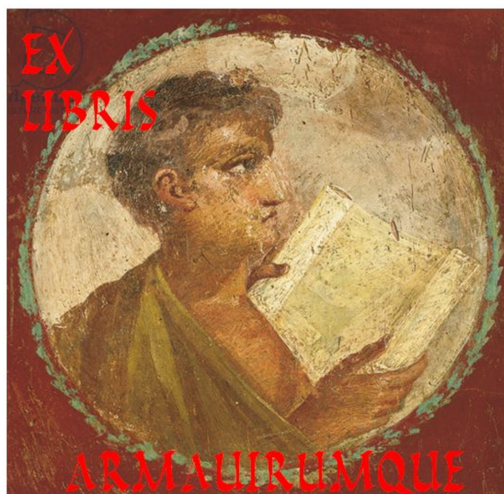
[94] Fr. 130b.

[95] Cf. Luciano, *Diál. de los dioses* 10, y Plauto, *Anfitrión* 113-115.

[96] En su habitual tono arcaizante, Libanio considera Susa, en lugar de Babilonia, la capital del imperio sasánida (cf. *Disc.* XVIII 243 y *Ep.* 331).

[97] En la ceremonia de investidura de los cónsules, se procedía a la manumisión de los esclavos. Cf. Amiano, XXII 7, 2, donde cuenta cómo el 1 de enero del 362, cuando los cónsules Mamertino y Nevita entraron en el cargo, Juliano se adelantó a pronunciar la fórmula de manumisión, que correspondía a los cónsules, por lo que se impuso a sí mismo una multa de diez libras de oro.

nes, en otros lugares, son liberados de la esclavitud; a los que lo son por parte de cónsules, porque, además, se trata del Emperador, y a los liberados por los emperadores, por la excelencia del que tenemos ahora. Espectáculo semejante a éste nunca antes han contemplado ojos humanos o divinos.



XIII

DISCURSO DE BIENVENIDA A JULIANO

Junto a la santa religión retorna, Emperador, el respeto 1
por el arte retórica, no sólo porque es ésta tal vez una porción nada insignificante de lo sagrado, sino también porque fue la propia retórica la que te indujo a venerar a los dioses. Por tanto, ya que se da la circunstancia de que se le debe la dicha presente, oportuno sería que hubiese en tu palacio un sitio para ella. Por esta razón, aquí se presenta adornada 2
como para una procesión triunfal, ufana de su propia suerte y de la de todos los humanos. Ha venido tras aplazar para otro momento largas disquisiciones[1], deseosa de mostrarse ante ti elegante y concisa, y de otorgarnos la gracia de Hermes, de las Musas y de tu persona. Porque si con un gesto de aprobación nos das un voto favorable, todo irá perfectamente.

Acontéceme que soy el único de cuantos han osado 3
abordar una empresa como ésta que la emprende con gran confianza, no por el vigor de mi elocuencia ni porque domine esta arte mejor que otro, sino porque, sea cual fuere la naturaleza del objeto amado, a los amantes siempre les pa-

[1] La brevedad *(brevitas)* es recomendada por los teóricos de la Antigüedad para el *lógos prosphōnētikós*. Véase U. Criscuolo, *Allocuzione...*, págs. 39-42.

rece hermosa y, dejando de lado más exámenes, proclaman a los cuatro vientos que es la más maravillosa cosa que
4 existe. Hace tiempo que tú te has convertido en materia de encomio para nosotros, por lo que, cada vez que un sofista, cualquiera que sea, comienza a hablar, me infunde el temor de que resulte ser mejor orador que yo y se vaya después de haber modificado la buena opinión que tenías de mí.
5 —¿Acaso me viene bien comenzar el discurso con aquello de Alceo de Lesbos[2]?

Llegaste del confín del mundo,

pero no adornado con

tu empuñadura de marfil de oro tachonada,

como escribió aquél, sino sencillamente dirigiendo el mundo civilizado con un alma dorada. Y aun teniendo de tu familia grandes modelos, hiciste que las mayores gestas de tus antepasados se revelaran insignificantes en comparación
6 con las tuyas. Lo mismo cuentan que sucedió con el linaje de los eácidas. A pesar de que el propio Éaco[3] era noble, sus descendientes fueron más distinguidos por sus hazañas y, cuando la simiente vino a dar en Aquiles, alcanzó esta

[2] Comienzo del fr. 50D dirigido por el poeta a su hermano Antiménidas. Es ésta la única cita del poeta lesbio en toda la obra de Libanio. Véase B. Schouler, *La tradition hellénique chez Libanios*, París, 1984, págs. 489-490.

[3] Éaco, hijo de Zeus y la ninfa Egina, es padre de Peleo y, por tanto, abuelo de Aquiles, el célebre rey de los mirmidones y protagonista de *La Ilíada*. Por otro lado, ya vimos en el discurso anterior cómo es constante la identificación de Juliano con Aquiles (cf. *infra, Disc.* XV 35).

estirpe su más alta gloria. Algo semejante ocurre ahora. Hombres nobles engendraron a uno más insigne y sufrieron la más dulce de las derrotas, e hicieron partícipe de ella a todo el mundo. Porque cuando los que son mejores que el resto son relegados por otro, en mayor medida evidencian que esos a quienes superaban en nobleza son muy inferiores a aquél.

En efecto, desde hace tiempo y antes incluso de alcanzar 7
la realeza comenzaste a gobernar. Pues no es igual la infancia que tuviste tú y los demás soberanos, ni son comparables los fundamentos de tu educación[4]. Es evidente que quien desde el principio ha tomado contacto con la vida privada está más preparado para el mando que quienes se han criado siempre en la púrpura, porque del ágora ha podido extraer el conocimiento de las cuestiones que va a tener que administrar. Por esa razón, superas a los que se hicieron con la mo- 8
narquía antes de que les conviniera, puesto que llegaste a ella cuando era más conveniente. Por otra parte, aventajas desde otro punto de vista a los que han ostentado el poder en las mismas condiciones que tú. Mejor dicho, tanto a éstos como a aquéllos los aventajas por las mismas razones: por tu formación y por la retórica, con las que abrevaste tu alma ya desde tu primera juventud y, con el transcurrir del tiempo, fuiste modelado hasta alcanzar tu actual fortuna por obra de los dioses providentes. Porque ellos consideraban terrible que, si el que va a subir a un carro debe hacerlo dominando la técnica o, en caso contrario, sufrir daño a la par que sus

[4] Contrariamente a esta opinión, R. Smith sostiene que la educación de Juliano fue en muchos aspectos convencional y la habitual en los jóvenes de la época. *Vid.* R. Smith, *Julian's Gods. Religion and philosophy in the thought and action of Julian the Apostate*, Londres-Nueva York, 1995, págs. 23-36. Libanio ofrece más detalles sobre la educación de Juliano en *Disc.* XVIII 11 ss.

caballos, no obstante, quien estaba destinado a tomar las riendas de la civilización lo hiciera en la ignorancia de tan importante técnica y fuera superior a sus súbditos por su ropaje externo pero les cediera terreno en lo más noble[5].

9 Precisamente comenzó a estudiar cuando yo empecé a enseñar[6]. Y aunque descendía de quienes sabemos, entraba en la escuela despojado de toda majestad y, al ponerse a la misma altura que los demás, se le quería por respetar la igualdad a este respecto. También obtuvo entonces una brillante victoria, porque, pese a recibir la misma semilla que los demás, en los frutos aventajaba al resto de los jóvenes.
10 Pero, como parecía por todas estas razones ser perfecto para el trono y daba pie a que todas las lenguas de cuantos lo

[5] La imagen del auriga y del carro aplicada al gobierno político, aunque frecuente en los escritos políticos del s. IV, tiene reminiscencias del célebre pasaje platónico del Fedro (246a-247c). *Vid.* el comentario de Criscuolo a este pasaje.

[6] Libanio comenzó a dar clases en Constantinopla en el 340, a los veintiséis años de edad. Juliano contaba por entonces nueve años de edad, época en la que iba a la escuela acompañado por su querido pedagogo, el eunuco Mardonio. A los siete años, poco después de la masacre de su familia que siguió a la muerte de Constantino, fue enviado a Nicomedia y su educación encomendada al obispo Eusebio (cf. AMIANO, XXII 9, 4). Pero éste fue trasladado muy pronto a Constantinopla (año 338) y su educación quedó al cuidado de Mardonio, antiguo preceptor de su madre Basilina. No obstante, algunos autores piensan que Juliano acompañó a Eusebio a Constantinopla, con lo que habría coincidido con Libanio en esa ciudad. H.-U WIEMER, *Libanios...*, págs. 13-14, apoyándose en *Disc.* XVIII 11, donde se nos dice que el joven cursó sus estudios en Constantinopla, sostiene que Libanio coincidió primero en Constantinopla con Juliano entre los años 340-342 y en una segunda ocasión en Nicomedia (entre 344-349). Consúltense también F. SCHEMMEL, «Die Schulzeit des Kaisers Julian», *Philologus* 36 (1927), 455-466, J. BOUFFARTIGUE, *L'Empereur Julien et la culture de son temps*, París, 1992, págs. 25-29, J. BIDEZ, *La vie...*, págs. 16-21 y la introducción de J. G. BLANCO a la obra de JULIANO en el número 17 de esta colección (págs. 14-16).

contemplaban hablaran de ello, con el objeto de que no se difundiera el rumor en un círculo amplio y en una ciudad orgullosa[7], se le envió a Nicomedia para que continuase sus estudios, por entenderse que era una ciudad menos importante[8]. Sin embargo, éste fue el comienzo de los mayores 11 bienes para él y para el mundo. Porque allí permanecía oculta una chispa del arte adivinatoria que a duras penas había escapado de las manos de los impíos[9]. Gracias a ésta tuviste la oportunidad de rastrear por vez primera lo oculto y, subyugado por los oráculos, pudiste refrenar tu vehemente odio contra los dioses. Tan pronto como llegaste a Jonia y 12 viste a un hombre que no sólo parecía, sino que era sabio en realidad[10], le oíste hablar sobre los dioses que han construido el universo y velan por él, contemplaste la hermosura de la filosofía y probaste la más dulce de las fuentes, al punto

[7] Constantinopla, ciudad que no gozaba precisamente de las simpatías de nuestro autor.

[8] Este traslado a Nicomedia debió de producirse tras la reclusión forzosa de Juliano y su hermano Galo en *Macellum* (años 341-47), de la que curiosamente Libanio no dice nada, y una breve estancia en Constantinopla, donde siguió las clases de Nicocles y del cristiano Hecebolio, y tuvo ocasión de conocer a Temistio. En Nicomedia, ciudad donde pasó cinco de los mejores años de su vida, se había instalado Libanio como sofista oficial desde el año 344, tras haber tenido graves problemas en Constantinopla (cf. *Disc.* I 44-50 y EUNAPIO, *Vidas de los filósofos* 495). Juliano siguió sus lecciones a espaldas de Hecebolio, a quien había prometido no frecuentar las clases del sofista pagano, pagando a un barquero para que le trajese los apuntes de clase (*vid. infra, Disc.* XVIII 12-15). Para más información, consúltense J. BIDEZ, *La vie...*, págs. 50-56; J. BOUFFARTIGUE, *L'Empereur Julien...*, págs. 40-42, y P. ATHANASSIADI, *Julian...*, Londres-Nueva York, 1992, págs. 25-31.

[9] Referencia despectiva a los cristianos.

[10] Máximo de Éfeso, mentor de Juliano y su iniciador en los misterios teúrgicos (cf. *Disc.* XII 33 ss; XVIII 155 y *Ep.* 694). *Vid.* P. ATHANASSIADI, *Julian...*, págs. 35-41.

te sacudiste el extravío y, tras romper como un león tus ataduras y librarte de la oscuridad, recibiste la verdad a cambio de la ignorancia, lo genuino por lo espurio y a los antiguos rectores del mundo en lugar del dios que recientemente ha
13 irrumpido para perdición nuestra[11]. Tú mezclaste en tu formación a los rétores con el mejor de los coros[12], lo cual era obra de los dioses, que conducían tu inteligencia a la grandeza por medio de Platón, para que con un entendimiento elevado te hicieras cargo de asuntos de importancia. Cuando, en efecto, ya estabas maduro en uno y otro aspecto, la habilidad de tu lengua y el conocimiento de la realidad, dabas a entender, antes de estar en condiciones de socorrer a los templos, que, si se presentaba la ocasión, no lo descuidarías, pues llorabas por los que yacían en ruinas, gemías por los que sufrían saqueos, te dolías cuando habían sido objeto de ultraje y les dabas a quienes te rodeaban la ocasión de
14 vislumbrar el futuro auxilio entre la presente aflicción. A medida que crecía tal esperanza, todo lo que de selecto e inteligente había en tierra firme y en las islas, se alineaba a tu lado dándote muestras de afecto y colaboraba preparándote la realeza, no con armas ni espadas, sino con súplicas ocultas y sacrificios clandestinos; todo adivino se hallaba ocupado por el deseo de conocer de antemano lo que ahora puede verse, y los dioses daban su aprobación propicios.
15 Así es como ejercías la soberanía mucho antes de esta clá-

[11] Naturalmente, se refiere a Cristo. Según Libanio, la estancia de Juliano en Nicomedia significó su primer contacto con la teúrgia, aunque es de suponer que nuestro autor exagera en interés propio la importancia de la estancia de Juliano en aquella ciudad, en la que él enseñaba entonces (cf. *supra,* n. 8). Sobre la conversión de Juliano, *vid. supra,* n. 21 al *Disc.* XII.

[12] Alusión a los filósofos neoplatónicos. Juliano domina así las dos grandes áreas de la *paideia* helénica: la filosofía y la retórica. Sobre el significado de *chorós,* véase el comentario de Criscuolo (págs. 116-117).

mide que luces ahora y ostentabas de hecho el mando inclu-
so antes de vestir ese atuendo. Porque cuando uno tiene el
deseo de hacerse con el poder, aun cuando todavía no se
haya hecho realidad lo que anhela, a juicio de quienes de-
sean que ocurra es como si ése ya estuviera sentado en el
trono. Los dioses, complacidos por tu conversión y por los 16
proyectos que ya habías meditado en su favor y que tenías
intención de llevar a efecto, te daban unas recompensas y
otras te las tenían preparadas. Como te tenían reservado el
cetro imperial, te concedieron la salvación aquella vez que
el mar se puso revuelto por culpa de vientos delatores y
parte de la nave se encontraba ya sumergida y el resto hacía
aguas, al tiempo que el oleaje se levantaba por encima del
costado de la embarcación. Entonces los dioses, desde arri-
ba, enviaron a los Dióscuros desde la sala del Consejo y sa-
caron el barco de entre el oleaje[13]. Y he hecho esta narra- 17
ción pasando por alto todos los detalles posibles, en la
manera en que yo sabía que te podría causar mayor agrado.
Pues, en efecto, en un exceso de generosidad rehusaste acor-
darte de aquellos cuyas injurias has padecido[14]. Lo cual in-
tentaré respetar en mi discurso, pero que se me perdone si
no lo permiten por completo las circunstancias.

[13] La metáfora alude a los problemas surgidos tras la ejecución del césar Galo, hermanastro de Juliano, en el año 354 y las acusaciones de colaboración a las que Juliano tuvo que responder. Cf. *infra, Disc.* XVIII 24. Los Dióscuros, Cástor y Pólux, fueron en su origen dioses dorios que, montados sobre sendos caballos blancos (de ahí el epíteto *leukópōloi),* auxiliaban a los combatientes. Sólo posteriormente, cuando trascendieron el ámbito dorio, se convirtieron en los conocidos protectores de los marinos en las tormentas (cf. *Himnos homéricos* XVII y XXXIII). Para la asimilación de los Dióscuros como *prómachoi* por la propaganda cristiana, véase el estudio de L. C. Ruggini, *Simboli di battaglia ideologica nel tardo ellenismo,* Pisa, 1972, págs. 89-96.

[14] Clara alusión a Constancio II y sus cortesanos.

18 De nuevo me viene a la mente cómo incluso todo aquello que parecía arrebatarte honor, por designio de los dioses, redundó en la mejor de las suertes. Por ejemplo, cuando se te privó de la libertad de moverte a donde quisieras, fuiste confinado en un lugar al que de todas formas habrías acudido a la carrera si hubieras gozado de libertad. Porque fuiste enviado a la más antigua, la más sabia y piadosa, amada igualmente por hombres y dioses: Atenas[15]. Era como si Alcínoo, buscando un castigo para uno de los feacios lo retu-
19 viera encerrándolo en su jardín[16]. Ciertamente, este hecho acabó por beneficiarte a ti lo mismo que a la ciudad. Porque tú tenías ocasión de visitarla y ella, a su vez, ganaba un aliado que por imperativo no escrito, el de su benevolencia hacia ella, estaba completamente obligado a favorecer el legado de Atenea. Y me refería a que la ciudad podía ser visitada por ti, porque, como ya estabas impregnado de la elocuencia de Jonia, no necesitabas en absoluto a la metrópoli para hacerte sabio. Muy al contrario, estabas en condiciones de mostrar los conocimientos que trajiste contigo allí donde es ley aprender.

20 Pero lo que ocurrió a continuación dio una prueba aún mayor de que tu vida estaba regida por la voluntad de los

[15] Tras la ejecución de Galo, Juliano fue llamado a Milán, donde tuvo que responder de dos graves acusaciones: haber abandonado el encierro en *Macellum* sin permiso y haber conspirado contra el Emperador junto con su hermano, con el que se entrevistó en Constantinopla después de haber decretado Constancio su arresto. Juliano salió airoso del apuro y, gracias a la intercesión en su favor de la emperatriz Eusebia, fue enviado a completar sus estudios en Atenas, ciudad a la que llegó en pleno verano del 355. Véanse *Disc.* XII 36-37 y XVIII 25-30; U. Criscuolo, *Allocuzione...*, pág. 130, y J. Bidez, *La vie...*, págs. 105-120.

[16] La referencia al esplendor de los jardines del célebre rey de los feacios *(Od.* VII, 112-132) es tópica en la obra del antioqueno. Cf. *Disc.* XI 236 y XVIII 225.

dioses y de que montaban guardia celosamente a tu alrededor, pues te liberaron de tus temores y te guiaron hasta el poder[17], mas no operando el cambio de forma progresiva y poco a poco, sino que te entregaron el trono real mediante un súbito giro, como acostumbran a hacer las divinidades, sin necesidad de demorarse, sino dando rápido cumplimiento a sus determinaciones. Efectivamente, así fue como te sa- 21
caron de Atenas con tu manto de estudiante y en seguida te dejaron ver ataviado con la vestimenta de rigor. El que te la otorgaba tenía razones para desconfiar, pero no tenía más remedio que fiarse; unas veces se echaba atrás y otras cobraba ánimo. Lo primero le pasaba por los hechos de los que se sabía culpable[18] y lo segundo lo admitía a causa de tus dones naturales. Y muchas veces cambiaba de opinión en uno y otro sentido, hasta que el temor cedió ante la confianza. Con todo, no tomaste a tu cargo la realeza partiendo 22
de situaciones cómodas y menos fatigosas, como sería natural que hiciera un potro que por primera vez se somete al yugo, sino que, de igual forma que si al debutar como navegante zarpases del estrecho siciliano, que es el más difícil que hay, como señala Homero y corrobora Tucídides, así

[17] Juliano estuvo poco tiempo en Atenas, puesto que pronto fue llamado a la corte de Milán, donde, para su sorpresa, se le nombró César, con el encargo de pacificar las Galias. La presentación oficial ante el ejército tuvo lugar el 6 de noviembre del 355. Cf. J. Bidez, *La vie...*, págs. 123-128.

[18] El propio Juliano, en *SPQAth.* 270c-271b, culpa a Constancio II del asesinato de su familia tras la muerte de Constantino (año 337) y de la irregular ejecución de su hermano Galo. Los sentimientos encontrados de Constancio, entre la desconfianza por el nefasto precedente de Galo y la necesidad imperiosa de un colega en el mando por la usurpación de Silvano (cf. *infra, Disc.* XVIII 31 y n. *ad loc.)* y la invasión de las fronteras del Imperio por varios frentes, son descritos magistralmente por Bidez *(ibid.)*.

fue como diste comienzo a tus regios combates: comenzan-
23 do por occidente, que era zona de guerra. Y en apariencia estabas recibiendo parte del Imperio, pero en realidad tomabas posesión de un territorio que aún no era nuestro. Pues te encaminabas hacia nombres de ciudades más que a ciudades de verdad y más para levantarlas que para sacar provecho de las existentes. Tanto es así que parecías un fundador que coloniza una tierra desierta sin vecinos en los alrededores.
24 Las oleadas de bárbaros habían anegado la prosperidad de los galos, o, para ser más exactos, habían hecho a aquéllos los dueños de sus bienes, ya que no arrasaron todo indiscriminadamente, sino que se quedaron con cuanto les era dado transportar, y gracias a los recursos que de allí sacaron eran más poderosos. Sin embargo, tú no te contentaste con poner freno a su insolencia ni te pareció que bastara con no sufrir un daño de su parte, por más que la máxima preocupación de quien se encuentra cogido en medio del fuego es escapar a la llama. En absoluto. Si no les amargabas el gusto que se habían dado con su victoria y no les hacías pagar por el botín que se habían llevado consigo tan altaneramente, pensabas que no eras digno de contemplar el sol libremente. Y, en vez de quienes habían entregado estos bienes, sentía vergüenza quien iba a tratar de recuperarlos.

25 Llegado a este preciso momento del discurso, Homero habría dicho:

contadme ahora, Musas que olímpicas mansiones habitáis[19].

Yo, en cambio, tendría que pedirte que me contases cómo se llevó a cabo cada acción. Y para ello no necesitas decir ni una sola palabra, sino que te será suficiente entregarme la narración que has compuesto acerca de los acontecimientos

---

[19] *Il.* II 484.

de los que tú mismo fuiste protagonista, convirtiéndote así
en general y cronista al mismo tiempo[20]. Sin embargo, aque- 26
llas gestas me proporcionarán asunto para un discurso más
extenso que escribiré dentro de poco[21], cuando la divinidad
me conceda introducirme por completo en el océano de tus ha-
zañas. Sin embargo, ahora se aludirá a lo principal de tus
proezas, que ya han recorrido el mundo entero.

Lograste que viéramos cómo huían los que solían perse- 27
guir y que los pusieran en fuga quienes poco ha estaban ate-
rrados. Vimos cómo devolvían lo robado aquellos que sa-
queaban y cómo obtenían botín los que otrora eran despo-
seídos de lo suyo. Hiciste que cambiaran de bando el terror
y la audacia, el vigor y la endeblez; conseguiste que ahora
fuesen los enemigos quienes temblasen y traspasaste a los
nuestros la supremacía de aquéllos. Es imposible que hubie- 28
ras llevado a cabo esta hazaña sin ayuda de Atenea, sino
que, trayéndote de Atenas a la divinidad y sirviéndote de
ella como consejera en tus determinaciones y como colabo-
radora en tus acciones, como Heracles cuando se enfrentó al
portentoso can[22], reflexionaste en todo correctamente y va-
lientemente diste cumplimiento con las armas a todos los
retos; no enviando soldados desde el interior de una empali-
zada ni informándote del curso de la batalla sentado en una
tienda, sino empleando también tú los pies, moviendo las
manos, agitando la lanza y empuñando la espada, incitando

---

[20] Juliano compuso unos *commentaria* sobre sus campañas en las Galias, tras su brillante victoria en Estrasburgo *(Argentoratum)*, en el año 357. Libanio parece no conocer todavía este escrito ni otras fuentes oficiales (cf. la introducción). En su *Ep.* 31, Juliano ofrece a Proheresio material escrito para, si lo desea, convertirse en su cronista oficial.

[21] El *Disc.* XII.

[22] Cerbero, el perro de tres cabezas que custodiaba la entrada del Hades. Capturarlo fue uno de los doce trabajos de Heracles. Cf. *Il.* VIII 362-369 e *infra, Disc.* XVIII 39.

a combatir a los soldados con la sangre de los enemigos, mostrándote como emperador en tus reflexiones, como estratego cuando ordenabas al ejército, y descollando al mis-
29 mo tiempo en la refriega. Así pues, con frecuencia retornabas con la necesidad de limpiar tus armas impregnadas de sangre bárbara y te recibía una mesa que en nada se diferenciaba de la del resto de la soldadesca[23]. Porque le dabas mucha importancia a superarte en la batalla, pero no soportabas la molicie en exceso.

30 ¿Cuáles fueron, pues, los frutos de estas acciones? Las ciudades de los galos eran levantadas, siendo los bárbaros quienes se encargaban de las tareas de construcción, mientras que los nuestros se limitaban a contemplarlos. Como ocurrió con la tierra de los tegeatas, que los espartanos devastaron y luego tuvieron que trabajar para sus vencedores con grilletes en los pies[24], del mismo modo las ciudades que los bárbaros arruinaron ellos mismos se veían forzados a reedificarlas, de suerte que las manos que sabían asolar apren-
31 dían a reconstruir. Pero la población elegida para las ciudades no fue una masa heterogénea extraída de los campos ni de gente que te encontrabas al azar, de manera que los objetos sin vida se parecieran a los de antes, pero en lo más importante fueran peores de lo que eran, sino que utilizaste todo tipo de artimañas para devolverles a las casas su ubicación y a éstas las personas[25]. Y así retornaban de su inicua

---

[23] De la frugalidad de Juliano dan fe Amiano, XVI 5, 1 y XXV 4, 4-6, y el propio Juliano *(Misop.,* 340 b-c).

[24] La conocida historia de los espartanos y los tegeatas se encuentra en Heródoto, I 66. Las campañas de los años 358-359 no fueron sino la explotación de los éxitos de la campaña del 357 *(vid. SPQAth.* 279d-280d y Amiano, XVII 10 ss.). Para más detalles, *vid. infra, Disc.* XVIII 75 ss., y J. Bidez, *La vie...,* págs. 156-163.

[25] Juliano puso un gran empeño en rescatar a los galos que los bárbaros habían esclavizado en sus correrías (cf. *Disc.* XVIII 78; Amiano,

esclavitud a su antigua prosperidad hombres, mujeres y niños, que ahora volvían a nutrirse, en calidad de amos, a expensas de aquellos en cuyo país vivían como siervos. Y para aprovisionarse se valían del trigo que era el precio de la paz.
Aunque eran numerosos los mensajeros que acudían 32
corriendo a ver al primer emperador[26], ninguno pidió jamás un ejército, sino que todos iban a anunciar una victoria. El rumor se extendió y llegó hasta los persas[27]. Ellos suplicaban que permanecieses en torno al Rin, pero los que vivían junto a este río rogaban que cruzases el Tigris, que fuera otro quien se enfrentase a ellos y que también les mostraras tu lanza a los persas.

Siento admiración por aquellos soldados que, al verte 33
coronado con trofeos, no se resignaron a no ceñirte[28] la co-

---

XVII 10, 1 ss.; XVIII 2, 19, y Zósimo, III 4, 4). Según el relato de Zósimo, Juliano habría condicionado un tratado de paz con los alamanes a la devolución de los prisioneros galos y, para lograr la restitución total de éstos, elaboró una lista pormenorizada informándose por cuantos habían huido de cada ciudad o aldea. Cuando los bárbaros se presentaron con un número muy inferior al real, Juliano amenazó con hacerles la guerra si no cumplían del todo su palabra, por lo que, admirados de este hecho, pidieron un nuevo plazo para completar la entrega. Véase la nota a este pasaje de J. M.ª Candau en el volumen 174 de esta colección, y J. Bidez, *La vie...*, págs. 159-160.

[26] Constancio II.

[27] Tras unos años de paz (353-358), las relaciones de Roma con Sapor II se deterioraron hasta llevar a ambas potencias a la guerra en el 359, año de la caída de Amida en manos persas. Este hecho causaría indirectamente la enemistad entre Constancio II y Juliano, cuando el primero se vio forzado a pedirle al segundo sus mejores tropas galas. Sobre esta campaña persa, véase M. H. Dodgeon, S. N. C. Lieu, *The Roman Eastern Frontier and the Persian Wars. AD 226-363. A Documentary History*, Londres-Nueva York, 1994, págs. 211-230, con abundantes fuentes.

[28] El pasaje es ambiguo *(ágamai dè tôn stratiōtôn ekeínōn, hoi stephanoúmenon se toîs tropaíois horôntes ouk ēnenkan mē peritheînai tòn èk líthōn stéphanon...)*, ya que el sujeto del infinitivo *(peritheînai)* puede

rona de piedras preciosas, porque consideraban terrible que el título no fuera proporcional a tus hazañas y no estuviera en consonancia el honor con las victorias[29]. Como, sin duda, tu propia virtud reclamaba esta distinción, en su buena acción se limitaron a obedecer este impulso, como si a un excelente soldado le otorgaran, en vez de un equipo peor,
34 uno mejor. Este pronunciamiento lo llevaron a cabo los soldados movidos por necesidades evidentes[30], pero los dioses los respaldaban con su silencioso refrendo colaborando con

---

ser lo mismo Juliano que los soldados. Nos inclinamos, de acuerdo con Scholl (*Historische Beiträge...*, pág. 53), por esta segunda interpretación, más acorde con la intención que tiene Libanio de exonerar a Juliano de toda culpabilidad en el pronunciamiento.

[29] Los soldados de Juliano, descontentos por la movilización forzosa al frente persa decretada por Constancio, se amotinaron en París, en febrero-marzo del 360, y proclamaron Augusto a Juliano. Véase la narración de los acontecimientos de J. Bidez, *La vie...*, págs. 180-186, fiel a la versión de Amiano, XX 4-5. La escasa información de que disponía Libanio en el momento en que escribe este discurso se evidencia en las diferencias con la versión de la propaganda julianea (cf. *SPQAth.* 284b-285d). Consúltense sobre el particular J. Bidez, *La vie...*, págs. 183-186; H.-U. Wiemer, *Libanios...*, págs. 86-87; R. Scholl, *Historische Beiträge...*, págs. 40-58; G. W. Bowersock, *Julian the Apostate*, Londres, 1978, págs. 46-54; P. Athanassiadi, *Julian...*, págs. 71-75, y U. Criscuolo, *Allocuzione...*, págs. 150-154.

[30] Constancio envió a las Galias a Decencio, en febrero-marzo del 360, con el encargo de llevarse las mejores tropas de Juliano para emplearlas en su campaña contra el rey persa, Sapor II, que había tomado la importante plaza fronteriza de Amida. Debían acompañarle Lupicino con las tropas de elite, los hérulos, batavos, petulantes, celtas, además de un tercio de las tropas regulares, y Síntula con la guardia de corps, compuesta por escutarios y gentiles. Esta leva dejaba a Juliano en una situación peligrosa con respecto a la defensa de las Galias. Por otro lado, los contingentes germanos que servían a las órdenes de Juliano se habían enrolado con la condición de no traspasar los Alpes. El incumplimiento de esta promesa ponía en peligro para el futuro, a juicio de Juliano, este sistema de reclutamiento.

ellos en sus acciones e inspeccionando desde arriba sus combates[31]. ¡Bendita sea aquella sagrada noche y bendita la porfía que un dios inspiraba a los soldados! ¡Bendito tumulto, más dulce que una procesión sagrada! ¡Bendito escudo que acogió la costumbre de la proclamación de un modo más adecuado para ti que la tradicional tribuna! ¡Cuán hermoso fue que rehusaras el ofrecimiento, pero mucho más lo fue que tus hombres te apremiaran a aceptarlo! ¡Cuán discreto de tu parte sosegar tu cólera por lo sucedido y cuán noble el no desembocar en la violencia que el momento te ofrecía! Y cuando, por medio de inmensas sumas de dinero, fueron concitados contra ti numerosos pueblos, capturaste con facilidad a su conductor y lo precipitaste a la desgracia reservada a los malhechores, enseñándole en sus propias espaldas a no buscar ganancias semejantes[32]. Tal vez tú te sonreías cuando eras víctima de esas intrigas, mas nosotros nos inquietábamos sin saber si teníamos razón para cobrar ánimo. Sin embargo,

---

[31] Nótese cómo esta versión y la de *Disc.* XII 59-61 coinciden en ofrecer una versión religiosa de los acontecimientos, en tanto que en la versión de *Disc.* XVIII 95 ss. Libanio, muerto ya Juliano y no obligado a acomodarse a la propaganda imperial, ofrece una versión laica más coincidente con la de Amiano. Véanse P. Petit, «Recherches...», 479-481, y R. Scholl, *Historische Beiträge...*, págs. 52-54.

[32] Tras el pronunciamiento de París, Juliano, consciente de su inferioridad, entabló negociaciones con Constancio II, con la esperanza de que éste reconociese los hechos consumados. Como la campaña persa le retenía en oriente, Constancio empleó una táctica que le había dado buenos frutos en ocasiones anteriores. Incitó contra Juliano al rey alamán Vadomario, cuyos hombres se dedicaron a saquear las fronteras de Retia (cf. *SPQAth.* 286a). Pero, interceptada por Juliano una carta en la que se revelaba el entendimiento entre Constancio y Vadomario, éste fue arrestado gracias a una estratagema y deportado a Hispania (cf. Amiano, XXI 3-4). Precisamente Libanio va a explotar propagandísticamente este hecho para acusar a Constancio de conspirar contra el Imperio.

el que todo lo ve y todo lo oye, Helios[33],

conoce los pensamientos que entonces abrigábamos y cuál es el final que rogábamos que tuviera esta guerra. Todo ello nos lo concedió un dios generoso, y de una manera aun más
36 decorosa de lo que se habría podido esperar. Porque no consintió que se desenvainara el hierro y un ejército se precipitara sobre el otro; no toleró que ninguno se impusiese a sus parientes, que se tiñera de rojo la tierra con la sangre de los más queridos, ni que se materializase una victoria onerosa para los propios vencedores, de manera que los mismos triunfasen y llorasen al mismo tiempo, sino que, tras apartar de la escena a tu rival[34], a quien ya le había llegado el momento de partir, puso el orbe entero en manos de quien dominaba el arte de reinar, de forma que el poder fuera tuyo limpio de sangre y el cadáver de aquél recibiera las honras
37 debidas según el ritual. Con todo, si hubiera sido preciso dirimir la contienda por el hierro, el asunto no habría acabado de modo distinto, sino que hubiese corrido sangre, pero escasa y por poco tiempo. Porque, a excepción de unas cuantas compañías, muy escasas y que habían sido embaucadas, todo el ejército, ansioso por servir a tus órdenes[35], estaba de acuerdo contigo y pensaba correr a tu lado.

38 ¿Por cuál de todo el conjunto de tus proezas se debería sentir mayor admiración? ¿Acaso por tu vigilancia de la justicia, o por la virtud de quienes te acompañaban ? ¿Acaso por tu insólita marcha y por el hecho de que, cuando se esperaba que vinieses por tierra, hicieses un periplo y dieras

---

[33] *Od.* XI 109 e *Il.* III 277. Conocida es la devoción de Juliano por Helios. No obstante, también es la referencia al dios un tópico en la obra del Antioqueno.

[34] Sobre la muerte de Constancio II, *vid. supra*, n. 63 al *Disc.* XII.

[35] Esta afirmación de Libanio es manifiestamente hiperbólica.

sólo muestra de tus movimientos cuando ya habías completado tu conquista[36]? ¿O por esa navegación que llenó de espanto a la raza bárbara, o por lo espléndido de los regalos que iban amontonando en la ribera, cuando cada uno de estos pueblos pagaba el precio de que la flota pasara de largo por su tierra? Me declaro admirador de aquel río y se me 39
hace más hermoso que el bello Enipeo[37] y más provechoso que el labrador Nilo, después de que en su cauce amigo dio acogida a naves que nos traían la libertad a todos. ¿Debo 40
mencionar algo aún más admirable que lo que he dicho? No pocos cilicios desconocían lo que había acontecido entre ellos[38], mas tú, desde el corazón de Iliria, habías visto lo ocurrido, y, diría más, desde las Galias emprendías la navegación en busca de tu herencia, porque comenzaste la construcción de barcos con mentalidad de heredero, no por odio hacia un enemigo. Y sucedió lo más asombroso de todo: tú mismo llegaste a ser mensajero para los mensajeros, pues éstos se marcharon tras escuchar de ti las noticias que habían venido a revelar[39].

Y no sucedió que tales hechos fuesen obra de la divini- 41
dad, pero, en cambio, las ciudades se complacieran con ello menos de lo que es decoroso, sino que, si todas las personas

---

[36] Tras la ruptura de negociaciones entre Constancio y Juliano, éste se puso en marcha con su ejército desde las Galias en dirección a Oriente. Dividió sus tropas y él se dirigió con parte de su ejército a Sirmio navegando velozmente por el Danubio. Para más detalles, *vid. infra, Disc.* XVIII 111.

[37] Río de Tesalia. De corrientes tan bellas, que Tiro, hija de Salmoneo y Alcídice, se enamoró de él. Cf. *Od.* XI 235-259.

[38] *I.e.*, la muerte de Constancio.

[39] En Naíso Juliano, según Amiano, XXI 1, 6 y XXII 1, 1-2, conoció de antemano, mediante augurios, la prematura muerte de Constancio. La referencia a que ya en las Galias tenía noticia de ello tal vez se refiera al sueño que Juliano confía a su médico y amigo Oribasio (*vid. Ep.* 14).

hubiesen estado privadas de sus ojos por efecto de una enfermedad común y de repente, por la benevolencia de un dios, hubieran recobrado la vista, ni aun así lo habrían festejado de una forma más espléndida. Porque el temor no les forzaba a fingir su gozo, sino que la fiesta florecía en el corazón de cada individuo y toda aflicción particular pasaba a segundo plano en tan gran momento. De todas las regiones se elevó al cielo el griterío de todos los que estaban llenos de contento: por acá desde las ciudades, por allá de los campos, de las casas, de los teatros, de los montes y llanuras. Diríase que hasta de los que navegan por los ríos, por los lagos y por alta mar.

42 Porque lo que afirman que significó Asclepio para Hipólito[40], fue precisamente lo que tú significaste para el conjunto del mundo civilizado. Has resucitado a quienes estaban muertos y el nombre de realeza ha cobrado ahora, como nunca antes, su vigencia. Diste su merecido a aquellos que hubiera sido injusto que no hubiesen sido castigados, pero no formulaste acusación alguna contra quienes tenían una vía de escape[41]. Hiciste que los relevos de caballos y mulos, que al principio habían sido organizados para atender los

[40] Según algunas versiones, Hipólito fue resucitado por Asclepio, tras lo cual marchó a Aricia y fundó allí un santuario en honor de Ártemis. Cf. Ovidio, *Metam.* XV 531-546, y Pausanias, II 27, 4.

[41] Alusión al controvertido tribunal de Calcedonia, donde fueron juzgados los más estrechos colaboradores de Constancio II (cf. *Disc.* XVIII 152-153 y Amiano, XXII 3). Parece probado que Juliano no utilizó el tribunal como instrumento de venganza personal, pues, aunque entre sus miembros había hombres de su confianza (Mamertino, prefecto de Iliria e Italia, Salucio, el prefecto de Oriente, y los jefes militares Nevita y Jovino), también había personas fieles a Constancio II, como Arbición y Agilón. La prueba definitiva es la absolución de Pentadio, enemigo abierto de Juliano (cf. *SPQAth.* 282c). Véanse J. Bidez, *La vie...*, págs. 209-212, y G. W. Bowersock, *Julian...*, págs. 66-70.

asuntos de importancia capital, dejaran de ser maltratados por sus conductores[42]. Los gobernadores de provincia no se 43
ven dominados ya por la búsqueda de ganancias, sino que los inspira el temor y la esperanza de alcanzar honores. Esto último los inclina a la virtud, mientras que lo primero les disuade de prevaricar. Todo gasto inútil es desechado, es eliminada toda vía de enriquecimiento indecente y cualquier concesión razonable es valorada. Porque eres el único que sabe dar y negar adecuadamente: compensando las fatigas de los combatientes mediante regalos y no acabando con las artes de los taumaturgos, porque consideras que son de utilidad a la población, ni sintiendo admiración por ellas, por no tenerlas por cosa desconocida. Tu mesa es modesta y tus 44
comensales discípulos de Platón[43], en compañía de los cuales velas por la tierra entera y el mar. Y si en el cielo tiene Justicia un asiento al lado de Zeus, a tu lado se encuentran los más sabios del mundo gozando de la fecundidad de tu ingenio, que prodigas todos los días. Esta fecundidad es más 45
variopinta, según creo yo, que todos los prados del mundo. Obra suya es enmendar la pobreza de las ciudades, que se encontraban desposeídas de los bienes que con justicia poseían desde antiguo. Ello daba lugar a que mansiones privadas se hicieran más suntuosas, en tanto que las construccio-

[42] Se refiere a la reforma del *cursus publicus*, el servicio de posta pública, ordenada por Juliano por una ley del 22 de febrero del 362 *(Cod. Theod.*, VIII 5, 12), que limitaba los permisos de uso y disfrute de este servicio, antes de libre disposición para vicarios y gobernadores. En lo sucesivo, sólo el prefecto y el propio emperador tendrían semejante potestad, de modo que los vicarios recibirían sólo diez o doce permisos imperiales y dos los gobernadores, concedidos éstos por el prefecto. Más detalles *infra, Disc.* XVIII 143-145.

[43] Conocida es la adhesión de Juliano al neoplatonismo, algunos de cuyos más insignes representantes, como Prisco y Máximo, eran amigos y colaboradores suyos.

nes públicas eran cada vez más feas. Y lo que es aún más hermoso e importante que esto: devolver al género humano a los dioses, antiguos tutores de esta raza, que, desprovista de sus grandes pilotos, se encontraba zarandeada a la deriva
46 y se desgarraba en los escollos[44]. Entonces se produjo, como en los eclipses de sol, el cese de lo que la perturbaba y el retorno del brillo solar. El mismo acontecimiento llegó a ser ornato de las ciudades, como las coronas, y salvador, como las medicinas. Es decir, por los mismos medios por los que se embellecían, se anclaban sobre seguro. Y a ti habría que estarte agradecido en no menor medida que a Pelasgo el Arcadio[45]. Pues no tiene menos mérito hacer que regresen los sacrificios en los templos, cuando se encontraban apagados, que enseñar a oficiarlos.

47 Ahora sería el momento adecuado para desear vivir y hacer sacrificios por una vida más larga. Porque ahora ya se puede vivir de verdad, cuando soplan sobre la tierra vientos de felicidad, cuando reina una persona mortal pero un alma divina, cuando el fuego se levanta sobre los altares y el aire se purifica con el sagrado humo, ahora que hay hombres que obsequian a los dioses y ellos se relacionan con mortales. Creo que no sacarían más provecho las ciudades si el mismo Zeus eligiera regir las cosas de este mundo tomando la figura de un hombre. Porque las leyes de que se hubiera valido entonces son las mismas por las que nos regimos hoy
48 en día. Ciertamente, nuestro Emperador tiene una penetrante mirada y es más agudo en sus reflexiones que cualquier

---

[44] Son éstos dos de los principales objetivos del programa de Juliano: la restauración de las curias municipales, inspirada en el ideal clásico de la polis, y la restauración del culto pagano.

[45] Padre de los arcadios y fundador del templo de Deméter Pelásgide en el ágora de Argos. Cf. PAUSANIAS, II 22, 1 y VIII 1, 4-6, e HIGINO, *Fáb.* 225.

Temístocles[46]. Como está convencido de que es superior la sabiduría de los que son más poderosos[47], guía el mundo siguiendo los impulsos que le vienen del cielo, sin aguardar oráculos de lo alto y sin malgastar tiempo en la apatía de los teoros[48]. Por el contrario, él mismo toma el lugar de la Pitia cuando lo necesita, sin contentarse con mirar el grave gesto de los adivinos y sin hacer que dependan de la voluntad ajena asuntos de tamaña importancia; consciente de que ésta es precisamente una de las enseñanzas que impartía Quirón[49] y de que Heracles era adivino no menos que arquero, hiciste, con la ayuda de los dioses, que Melampo[50] pareciera un niño en lo que a prognosis se refiere. Por este motivo, aguar- 49
das o te pones en marcha cuando es mejor, no porque hayas deducido el resultado por la experiencia pasada, sino que emprendes los combates sabiendo de antemano cómo van a terminar. Tú tienes en persona el mando supremo del ejército, pero sigues la guía de las potencias celestiales. Aga- 50
menón oyó cómo uno de sus subordinados le decía que, por un golpe de fortuna, mandaba sobre otros mejores que él, puesto que no les superaba en vigor[51]. Sin embargo, en este

[46] El célebre político ateniense, vencedor de Salamina.

[47] *I.e.*, los dioses, designados usualmente en la filosofía neoplatónica como *hoi kreíttones*.

[48] Los teoros son los emisarios nombrados por las ciudades griegas para consultar el oráculo.

[49] La alusión al centauro Quirón, maestro de dioses y héroes (entre otros, Aquiles y Asclepio), y a Heracles, en conexión con la mántica, no es casual. La asimilación del emperador a estos héroes forma parte de la propaganda imperial. Cf. *supra*, n. 3, y U. Criscuolo, *Allocuzione...*, pág. 186.

[50] Melampo, héroe pilio, fue el primer adivino, que, según Heródoto (II 49), dio a conocer entre los griegos las procesiones itifálicas y al dios Dioniso.

[51] Son las palabras que, airado, le dirige Diomedes en *Il.* IX 31-49.

caso, el poder reside precisamente en la valía del soberano. Y nadie creerá ser tan linajudo, que no piense que con justi-
51 cia figura entre tus súbditos. Porque lo que en otro es hermoso, en ti lo es en mayor medida. Eres el único que ha reunido en su persona las cualidades que en los demás se encuentran por separado. No hay orador, soldado, juez, sofista, ni tampoco iniciador, filósofo ni adivino que pudiera sentirse más maravillado por sí mismo que por ti, porque has eclipsado sus acciones con las tuyas y sus palabras con
52 tu elocuencia. Incluso has aventajado la donosura que dicen que tienen mis epístolas. En ello la ganancia es común, ya que yo puse la semilla de esta noble cualidad, tú la alimentaste y la cosecha la recolectan ahora las ciudades.

53 Así pues, dioses salvadores, conceded al Emperador la vejez de Néstor —pues la elocuencia tiempo ha se la otorgasteis— e hijos, como a aquél[52]. Ojalá supere en longevidad, como ya lo ha hecho con sus cualidades, a cuantos han gobernado a los romanos.

---

[52] En la retórica tardía, Néstor, el anciano héroe pilio de la *Ilíada*, se convierte en símbolo de la longevidad. La preocupación de Libanio por la sucesión de Juliano (cf. *supra, Disc.* XII 23) contrasta con la despreocupación del Emperador. En la *Ep.* 802, de marzo del 363, queda patente que Libanio sabía que Juliano rehusaba la idea de iniciar una dinastía. En este mismo sentido hay que entender su negativa a designar un sucesor en el lecho de muerte. Véanse R. Scholl, *Historische Beiträge...*, págs. 67-70, y H.-U. Wiemer, *Libanios...*, págs. 113-118.

XIV

A JULIANO, EN DEFENSA DE ARISTÓFANES

Consciente de que tú, Emperador, repruebas la infamia de quienes no acuden en auxilio de los amigos, como amigo que soy de Aristófanes de Corinto[1] y viendo que tiene puestas sus esperanzas futuras en tu providencia, creí mi deber hablar en su defensa y ayudarlo de la manera que puedo. 1
Es posible que de mis palabras se derive alguna medida que le sea provechosa y que, obteniendo algún beneficio, reciba lo que le corresponde. Mas si, por ventura, la hostilidad de la divinidad, por cuya causa ha padecido sinsabores en numerosas ocasiones, continuara tratándolo con soberbia en el momento presente, que por lo menos me sea dado a mí que me tengas en buen concepto por mi empeño y a él que se consuele por no haber sido olvidado por los amigos cuando su fortuna le era adversa. 2
En efecto, si no hubiera pasado ya aquella difícil época, que bien hizo en marcharse, no tendría nada que decir, pues aquél no era tiempo de discursos, sino de ir en busca de aquellos eunucos[2] que obraban a su antojo 3

---

[1] Sobre la figura de Aristófanes y su carrera, *vid.* la introducción.

[2] Se trata de la época y de los consejeros de Constancio II, a quienes Juliano culpaba de la muerte de su hermano Galo y de indisponer en su contra al Augusto. El más odioso de ellos era el eunuco Pablo Cadena, también apodado «Tartáreo» (cf. *SPQAth.* 282c, y Amiano, XIV 5, 6-8; XV 3, 4 y 6, 1). Libanio trata de ganarse el favor de Juliano presentando a Aristófanes como una víctima de estos odiados personajes. Juliano, en su respuesta al presente discurso *(Ep.* 97), admite como válidos los argumentos de Libanio: «(...) porque la acusación de Pablo y el juicio de cier-

y, tomando prestada la máxima cantidad de dinero posible, comprarles los más importantes favores. Pero ya que Zeus, escandalizado por lo que estaba sucediendo, puso fin a una realeza infecta e hizo que la situación política se transformase en el gobierno del sentido común, y puesto que ahora se pueden defender las causas como ante una asamblea popular, consideré que sería propio de una indolencia intolerable no tomar la palabra aun cuando el momento lo requería, sobre todo teniendo en cuenta que tú te complaces en escuchar a este orador y que tu ánimo aspira no tanto a que Aristófanes logre algo de lo que desea, como a que se te vea actuar de forma digna de tu actual renombre.

4 Que este hombre tiene la peor fama y reputación no voy a refutarlo[3], pues ello no es sino el fruto de su desventura, que, entre otras cosas, lo perjudicó con una fama muy inferior a sus actos. Mas, si Aristófanes fuera el primero o el único al que le ha ocurrido esto, gran vergüenza me daría defenderlo. Pero, como desde el inicio de los tiempos es inherente a la naturaleza humana el que, con frecuencia, los malvados sean tenidos como honrados y los moderados como los más perversos, te ruego, Señor, que durante el breve tiempo de mi discurso apartes de tu ánimo la opinión que tengas de él, sea cual sea ésta, y te remitas a los hechos. Si éstos revelan que él es honrado, opina que es de este modo y, en caso contrario, considéralo merecedor, no ya de tu

to individuo (*sc.* Constancio) no son en absoluto semejantes a los discursos escritos por ti». Cf. la introd. y H.-U. WIEMER, *Libanios...*, pág. 136.

[3] Libanio conoce el rechazo de su destinatario por el cuerpo de los *agentes in rebus*, al que perteneció Aristófanes, ya que éstos actuaron como espías durante el reinado de Constancio. Por si fuera poco, Aristófanes había hecho todo lo posible para evitar la entrada en la curia, institución que Juliano estaba empeñado en reactivar mediante el control del fraude.

desdén, sino incluso de un castigo. Préstame un poco de
atención escuchándome desde el principio, pues acortaré la
duración de mi relato y así podrás descubrir lo que es justo
que conozcas.

Su padre era Menandro, hombre principal entre los co- 5
rintios, amigo de Hécate y Posidón, que navegó a Egina pa-
ra asistir a las ceremonias ocultas de ella y acudió al Istmo[4]
con motivo de la celebración de los misterios de él. En la
isla fue jefe de la cofradía y en la península contribuyó en
no poca medida. También perteneció al Gran Senado[5]. Cuan- 6
do engendró a Aristófanes y fue padre, su amor a la patria
fue tan grande que obtuvo la pertenencia a la curia de su tie-
rra en lugar del Senado romano[6]. Sin embargo, la fortuna
impidió que Aristófanes emulase a su padre, como compro-
barás a medida que avance mi relato. Así pues, nacido de 7
éste y de la hermana de los filósofos —me refiero a Hierio y
Diógenes[7]—, se cría en manos de éstos y su padre lo educa

[4] Hécate es la diosa nacional de Egina (cf. la descripción del templo en Pausanias, II 30, 2, y Luciano, *El barco* 15) y Posidón lo es de Corinto. Parte fundamental de la argumentación de Libanio será presentar a Aristófanes y su familia como piadosos paganos, a imagen del propio Emperador.

[5] La *adlectio* de Menandro al Senado de Roma debió de producirse hacia el 324. Aristófanes, por tanto, debió de nacer antes de esta fecha (y no después, como afirma Libanio), pues de haber nacido siendo su padre senador, habría heredado el rango de *vir clarissimus*, cosa que no sucedió, pues nunca hubiera podido ser reclamado por la curia de Corinto. Véanse la introducción y H.-U. Wiemer, *Libanios...*, págs. 127-128.

[6] En su calidad de senador, Menandro estaba exento de las obligaciones inherentes al decurionato de su ciudad. Para Libanio, el mayor honor de un curial es el de renunciar a su inmunidad *(atéleia)* por amor a la propia patria, como fue el caso de su tío Fasganio *(Disc.* I 3).

[7] Sobre Hierio 2 y Diógenes 4, véase G. Sievers, *Das Leben des Libanius*, Berlín, 1868, pág. 94. Nuevamente, Libanio intenta granjearse el

en la oratoria y en hacer nobles dispendios, pues emprendió todo tipo de gasto que se relacionara con la piedad hacia los dioses. Bien lo saben Deméter, Core, Sarapis, Posidón y Yaco[8], el que habita Lerna, así como otros muchos dioses
8 además de éstos, a los que satisfizo en todo a porfía. Y así continuaron aumentando sus gastos, Señor, hasta desempeñar la liturgia del estratego[9]. Yo mismo lo vi, cuando iba con aquel atavío escoltado entre aclamaciones, aquella ocasión en que yo regresaba de Lacedemonia[10]. Aunque todavía no era amigo suyo ni sabía si algún día lo sería, envidiaba a aquel jovencito que se había ganado esta distinción de
9 la ciudad gracias a los desvelos de su padre. Pues todavía vivía Menandro, que tendría que haber llegado hasta una vejez extrema, ya que, de ese modo, Aristófanes se habría librado de muchos extravíos, de los numerosos peligros que acechan en los caminos[11] y, contra toda justicia, de los tri-

beneplácito de Juliano recalcando la relación de Aristófanes con su otra gran pasión: la filosofía.

[8] Sobrenombre de Baco.

[9] H.-U. Wiemer, *Libanios...*, pág. 130 identifica el cargo de *stratēgós* con el duunvirato, la liturgia más importante de la ciudad de Corinto. Los *duoviri* tenían entre sus funciones la presidencia de la curia, la organización de juegos y ocuparse de administrar las escasas competencias que aún les quedaban a las ciudades. Cf. A. H. M. Jones, *The Later Roman Empire*, tomo II, Oxford, 1964, pág. 725.

[10] La primera vez que Libanio vio a Aristófanes fue hacia el año 339, cuando el primero era aún estudiante en Atenas. Fue en un viaje que hizo nuestro sofista a Esparta para asistir a la fiesta de los latigazos en honor de Ártemis Ortia (cf. *Disc.* I 23).

[11] Los *agentes in rebus* eran correos imperiales dependientes directamente del *magister officiorum*, por lo que también se les conocía con el vocablo técnico de *magistrianoí* (lit. «hombres del *magister*»), que Libanio, como es usual, evita, empleando en su lugar el impreciso *stratiōtēs*. Además de encargarse de los despachos oficiales, los *agentes* se ocupaban de supervisar el servicio de la posta pública, de ahí que Aristófanes,

bunales. Porque hubiera pertenecido a la clase de los poderosos de Corinto más que a la de los que envidian el poder ajeno.

¿Por qué se apartó de la clase que le correspondía y, escapando del género de vida de los curiales, fue a parar al de los *agentes?* El insignificante Eugenio[12] se hizo grande en tiempos de Constante[13], y cierta boda le sirvió como pretexto para disputarle, sin pudor alguno, sus tierras a Aristófanes[14]. Tú sabes que ese tipo de gente[15] codiciaba cualquier cosa y se dedicaba a robarlo todo, forzando a los dueños a elegir entre renunciar a sus bienes en favor de quien deseara

---

en virtud de su cargo, que logró gracias a la influencia de Fortunaciano 1, se viera obligado a hacer frecuentes viajes. Como es sabido, nada más alcanzar el poder en solitario Juliano redujo drásticamente su número (cf. *infra, Disc.* XVIII 135 ss.). Sobre los *agentes in rebus,* consúltese A. H. M. Jones, *The Later...,* págs. 578-582.

[12] Flavio Eugenio (Eugenio 5 o Eugenio III) fue *magister officiorum* en el 346 y tal vez fue cónsul designado para el 350, cargo que no ocupó, ya que murió el año precedente. Para más detalles sobre su carrera, véanse Jones-Martindale-Morris, *The Prosopography...,* pág. 292, y O. Seeck, *Die Briefe...,* pág. 134.

[13] Uno de los hijos de Constantino que, a la muerte de su padre en el año 337, se repartió el Imperio junto con sus hermanos, Constancio II y Constantino II. Le correspondieron las provincias de Italia, África e Iliria. Murió el año 350 derrocado por el usurpador Magnencio. Para más detalles, *vid. infra, Disc.* XVIII 33 y E. Stein, *Geschichte des spätrömischen Reiches I: Vom römischen zum byzantinischen Staate (284-476 n. Chr.),* Viena, 1928 = *Histoire du Bas Empire I: De l'État Romain à l'État Byzantin (284-476)* [trad. J.-R. Palanque], Desclée de Brouwer, 1959, págs. 138-139.

[14] No sabemos el grado de parentesco que unía a Eugenio con Aristófanes, ni si el primero tenía o no derecho a heredar, pero su poder e influencia eran tales, que Aristófanes se vio obligado a huir de Corinto y refugiarse en Siria, lejos de la influencia de Constante.

[15] Con gran habilidad, Libanio pretende que Juliano identifique a Eugenio con los intrigantes y odiados cortesanos de Constancio.

tomarlos o, en caso contrario, ser declarado como enemigo. Aristófanes, como no se resignaba a lo primero, ya que la pérdida no era pequeña, y como temía lo segundo, se destierra de su propia ciudad pensando que así salvaría su tierra y
11 su pellejo. Paso por alto las asechanzas que movió Eugenio contra él, cómo no escatimó medios en su intento de subyugarlo, y la violencia y el tumulto con que llenó sus campos y su vivienda. Pero por más que guarde silencio, no por ello estás menos enterado, pues conoces cómo vivían los que entonces tenían el poder.

12 Cuando llegó y se estableció en Siria, respiró de alivio, pero no buscó refugio en los que tenían más autoridad, sino que acudió a Fortunaciano, que dedicaba su vida a los libros, porque pensaba que encontraría respeto en un heleno, ya que así merecía llamarse aquel hombre[16]. Y eso fue lo que sucedió. Pues cuando se enteró de dónde venía, para qué, qué le había ocurrido y cuál era su temor, acogió con dulzu-
13 ra al hombre y le dio seguridad mediante un cargo. Cuando ya era *agente,* aunque su físico no estaba habituado a ese tipo de tareas, recorrió con frecuencia a caballo el mundo habitado, contribuyendo con su presteza en situaciones de emergencia. Constancio no se enteró con retraso de cosas que había que conocer con la mayor celeridad porque éste se demorase, salvo una vez que sufrió una fractura a consecuencia de una caída, lo cual es prueba de su diligencia[17].

[16] Sobre la carrera de Fortunaciano 1, consúltese Jones-Martindale-Morris, *The Prosopography...*, pág. 369, y G. Sievers, *Das Leben...*, pág. 248. Con el término «heleno» alude Libanio al más alto grado de perfección humana. El heleno es, a un tiempo, conocedor de los asuntos humanos *(lógoi,* concepto que incluye la retórica y la filosofía) y de los asuntos divinos *(hierá).*

[17] Los *agentes in rebus,* tristemente famosos por haber actuado como sicofantes de Constancio, son presentados aquí como útiles servidores del Imperio.

Elogiado por su trabajo, rechazaba los beneficios que se le 14
ofrecían, y no hay quien demuestre que él no era, al mismo tiempo, inspector de montes, mensajero de los prefectos y nuncio de victorias, sin que jamás obedeciera orden alguna de esas que arruinan las ciudades y llevan de regreso con carruajes cargados de oro a quienes aparentemente sirven al Estado. En absoluto: Aristófanes no deseaba añadir ese tipo de riquezas a su fortuna paterna, sino que vivía de sus propios recursos en tierra extranjera y consideraba que haber escapado del peligro era ganancia suficiente y digna para un hombre libre.

Esta es la clase de vida que llevaba cuando, desafortu- 15
nadamente, Parnasio sintió el deseo de hacerse con el gobierno de Egipto y Aristófanes compartió su fortuna, pues lo acompañó por orden de Musonio[18]. La razón la ignoro. Lo único que sé es que allí le ocurrió aquello por lo que, aún hoy, sigue derramando lágrimas, Señor. Fue acusado de haberse apropiado de una pequeña cantidad de dinero[19]. La verdad es que no recibió nada de eso, sino frecuentes y duros golpes en no pocos lugares con bolas de plomo, cuantos a Pablo[20] le parecerían suficientes para llevarlo a la muerte. Y al tiempo que sufría estas vejaciones, tenía que hacerse cargo en Corinto de la liturgia de los llamados estrategos[21],

---

[18] Sobre Parnasio 1, prefecto de Egipto en los años 357-359, y Musonio 1, *magister officiorum* en 356-357, *vid. Ep.* 361 y 822; O. Seeck, *Die Briefe...*, págs. 218, 231-232, y Jones-Martindale-Morris, *The Prosopography...*, págs. 612-613, 667-668. Para más información sobre el proceso de Escitópolis (359-361), en el que Aristófanes tuvo que hacer frente a una acusación de alta traición, véanse la introducción, Amiano, XIX 12, y H.-U. Wiemer, *Libanios...*, págs. 131-133.

[19] Cf. *infra*, pars. 52-59.

[20] Pablo Cadena o Tartáreo. *Vid. supra*, n. 2.

[21] Cf. *supra*, n. 9.

16 pues así lo había decretado Anatolio[22]. Los cargos eran que había mandado llamar para Parnasio a un adivino de esos que dominan la ciencia de los astros, con el objeto de preguntar sobre cuestiones de las que era ilícito informarse. Él, aunque reconocía haberle hecho venir y alegaba que la consulta se relacionaba con asuntos particulares de Parnasio[23], fue conducido a sufrir todo tipo de tormentos, porque había excitado aún más contra su persona a Pablo con palabras
17 que aludían a él y que, entonces, era mejor callar. Cuando aquella tragedia alcanzó su tercer año y al cabo llegó a su fin, los demás pudieron descansar, pero él era el único que seguía castigado, porque se tenía que mantener dentro de unos límites fuera de los cuales no podía moverse. Y se le hubiera enviado cargado de cadenas si un dios no hubiese puesto fin a esa tiranía —¿me permitirás llamarla así delante de ti?— que cometía esta clase de atropellos.

18 Tras haber combatido con semejantes cíclopes, Majestad, Aristófanes te suplica, y nosotros nos adherimos a su petición, que lo envíes junto a sus familiares feliz y capaz, al menos, de vivir como corresponde a sus antepasados.
19 «¿Y quién —me dirás— le impide que se vaya?» Muchos e

---

[22] Anatolio 3, prefecto del pretorio de Ilírico en 357-360. Como afirman WIEMER (*Libanios...*, pág. 132) y NORMAN (pág. 113), Aristófanes debió de alegar su condición de curial para evitar la tortura durante la investigación (cf. *Cod. Theod.* XII 1, 39 del 1 de abril del 349). Como consecuencia no deseada, el prefecto Anatolio, ya que Corinto entraba dentro de su jurisdicción, le reclama sus deberes como curial.

[23] Es decir, la consulta habría sido motivada por asuntos particulares (salud, matrimonio, negocios, etc.) y no por cuestiones de Estado (como por ej. el nombre del sucesor del emperador). Aunque las prácticas adivinatorias estaban rigurosamente prohibidas en esa época, muchos se arriesgaban a consultar a los adivinos. Cf. *Disc.* I 177-178 donde Libanio nos cuenta cómo una consulta por motivos de salud estuvo a punto de costarle muy caro.

importantes impedimentos: la prisión, los golpes, la deshonra, el haber sido desnudado para llevarlo al tormento, el que la vara casi se posara sobre sus espaldas, si Modesto[24], ante sus gritos de protesta, no se hubiese avenido a prescindir de la tortura. Éstos son los obstáculos que tiene, esto es lo que lo ata y lo aleja de su familia. De modo que, a no ser que alguien los aparte, verá cualquier ciudad antes que la suya propia. Porque no sólo el sufrir tormento vierte el deshonor 20 sobre quienes lo han padecido, Señor, sino que, también, se pierde la pureza de la respetabilidad de todo aquel que estuvo cerca de padecerlo. Pues si alguna vez entabla una discusión y una pendencia con alguien, tiene que escuchar los mismos reproches que si lo hubiese sufrido: «¿El ex presidiario, la carne de tortura, el que tiene las espaldas más duras que un yunque va a opinar en la curia acerca de las cuestiones públicas, cuando tendría que estar en la cárcel hablando con los presidiarios sobre garrotes?». Posiblemente éstas son las palabras que dirá alguno de los que ahora son ilustres y antes hacían la pelota a los servidores de Menandro. Por todo ello, tal vez maldiga Aristófanes a Modesto por no haberle cortado el cuello.

En consecuencia, ¿cuál es la enmienda de este entuerto? 21 ¿De qué manera podría quedar sin efecto lo sucedido? Es posible, Majestad, darle una solución y que lo ocurrido no sea irreparable. Se puede borrar la deshonra que se deriva de todo esto. Y para ello no existe otro médico que tú. Pues, tan pronto como se te ocurra distinguir a este varón con un cargo[25], se puede decir que los motivos de reproche han des-

---

[24] Domicio Modesto 2, *comes Orientis* entre 358 y 362, quien, como Anatolio, mantenía con Libanio una continua correspondencia, presidía las sesiones del tribunal de Escitópolis (cf. AMIANO, XIX 12, 6).

[25] Por fin revela Libanio el objetivo del discurso: que Aristófanes obtenga un puesto oficial que lo exonere del temido ingreso en la curia de

aparecido, que su caída en desgracia ha quedado en la sombra, que ya es ilustre, que puede expresarse libremente y
22 eludir la vergüenza. Pues, además de que, como dijo Píndaro[26], es natural que la nueva situación se imponga a la anterior, el hecho de que quien lo honra sea mejor que el que lo ultrajó tiene un gran poder para hacer olvidar los actos más infames. Por tanto, será común parecer que la distinción se le ha otorgado con buen criterio y que la ofensa fue fruto de una ira insensata. Y cuando todos estén persuadidos de que fue tratado injustamente por los autores de su desgracia, ya no le echarán en cara lo que le ha pasado, porque no era por
23 haber delinquido. Ésta es la manera en que te es dado borrar la infamia de su casa: haciendo que su tercera etapa sea similar a la primera. Cuando aquélla se asemeje a ésta, la difícil etapa intermedia dejará de existir para siempre. Y nadie aludirá con frecuencia a Constancio y a su encarcelamiento,
24 sino a ti y a tu distinción. ¿Cuál podría ser ésta? Tú eres quien debe decidirlo y nosotros agradecértelo. Pues así como te es fácil conceder la que te parezca, es sencillo que encuentres cuál es la distinción más apropiada que puedas otorgarle. Muchos son, Señor, los tipos de honores, entre los que se pueden encontrar mayores y menores. Nosotros no discutiremos sobre la importancia. De todas formas, sea cual sea el don, será un ornato para quien lo recibe, pues nin-

---

Corinto. En su respuesta al presente discurso (*Ep.* 97) Juliano le pide consejo a Libanio sobre el modo de honrar a Aristófanes: «Es justo que tú me aconsejes no sólo que hay que ayudar a un hombre que ha honrado sin engaño a los dioses, sino también de qué modo hay que hacerlo, aunque también esto lo has insinuado en cierta forma». El presente discurso cumple la misma función que las numerosas cartas de recomendación de Libanio. Véase al respecto A. López Eire, «De la retórica moral a la carta de intercesión», *Fortunatae* 3 (1992), 29-84, artículo incluido en su recopilación *Semblanza de Libanio*, México, 1996, págs. 85-145.

[26] *Olímpica*, II 23-24.

guno de los regalos de un espíritu noble y divino es pequeño ni modesto.

Si alguno nos llama molestos y afirma que te impone- 25
mos una carga superior a lo que es preciso, porque te pedimos que nos prestes tu auxilio en las vicisitudes de un particular, como si no fueran suficiente carga tus desvelos por las ciudades, que sepa que ignora la parte principal de tu carácter: hacer que tu pensamiento alcance a cada familia, a cada persona. Pues a quienes son más cortos de entendimiento también les resulta agobiante oír hablar o conversar acerca del conjunto de los asuntos de Estado, pero al magnánimo lo vemos complacerse de la infinidad de asuntos de
los que se ocupa. «¿Pero es que nuestro Emperador se va a 26
quedar sentado mientras investiga qué es lo que hace fulano o mengano y va a porfiar para trocar su aflicción en contento? ¿Y cómo va a dar abasto?» Ojalá le fuera posible informarse en persona y deliberar acerca de todos los asuntos, y enmendar así todos los entuertos. Esto es menos posible que contar la arena. Sin embargo, por lo menos no hay que menospreciar a los más amables que son desventurados sin merecerlo. Y Aristófanes es uno de ellos. Porque muchas son las cosas que hablan en su favor y no es el último de los misios[27], sino que es capaz de honrar a quienes se han anticipado a hacerle un favor. Que no te es posible menospreciar su caso, es fácil que lo comprendas.

En primer lugar, se trata de un griego, Majestad. Esto 27
significa que es uno de tus predilectos[28]. En efecto, nadie

[27] Cf. *supra*, n. 31 al *Disc.* XII.

[28] El filohelenismo de Juliano no es sólo una actitud intelectual, puesto que identifica el helenismo con el paganismo, y lo concibe como una fuerza opuesta por completo al cristianismo, con el que no cabe conciliación alguna. Como revela este pasaje, el sectarismo de Juliano fue manifiesto desde el principio, y no el resultado de un progresivo enconamiento a

hay que ame su propia patria como tú adoras el suelo de la
Hélade, ya que siempre tienes en el ánimo sus templos, sus
leyes, su elocuencia, su filosofía, sus misterios y los trofeos
28 que conquistó a los bárbaros. Aristófanes contaría con esa
ventaja no baladí incluso si hubiese resultado ser megaren-
se, melio o lemnio. Pero mayor es el respeto que impone su
ciudad, pues este hombre que ves aquí es corintio. No voy a
redactar mi discurso recurriendo a mitos, ni a la disputa de
Helios y Posidón[29], ni voy a referirme a las inscripciones
que rinden homenaje a los muertos en las batallas navales[30],
ni al sentido de justicia de la ciudad, siempre al lado de las
víctimas de la injusticia, no porque estos méritos confieran
poca fama a sus autores, sino porque tengo un argumento
29 aún mejor que éstos. Acuérdate, Señor, de ti mismo y de la
epístola que enviaste a los corintios cuando contra tu vo-
luntad te embarcaste en aquella guerra[31] y ya habías conse-

---

raíz del conflicto con los antioquenos. Cf. G. W. Bowersock, *Julian...*, págs. 80-85, y R. Smith, *Julian's Gods...*, págs. 207-218. En sentido contrario se manifiesta J. Bidez, *La vie...*, págs. 227-229.

[29] Posidón y Helios compitieron por la ciudad de Corinto, querella para la que nombraron juez a Briareo. Éste concedió el Istmo a Posidón y Acrocorinto a Helios. Cf. Dión de Prusa, *Corintíaco (Disc.* XXXVII) 11-12, y Pausanias, II 1, 6.

[30] Una tradición corintia atribuía a su ciudad una intervención decisiva de su general Adimanto en las batallas de Artemisio y Salamina (480 a. C.). Según esa tradición, Heródoto, que describe a Adimanto como un cobarde y una constante rémora para los planes de Temístocles (VIII 5 ; 59- 61 y 94), habría cambiado deliberadamente la historia. Cf. Dión de Prusa, *Corintíaco* 7 y 18-19, y Plutarco, *De Herodoti malignitate* 39.

[31] Alusión a la marcha de Juliano sobre Sirmio (véase, *infra, Disc.* XVIII 111 ss.) y a las epístolas a las ciudades escritas por Juliano desde Naíso. De la epístola a los corintios sólo nos queda lo aquí transcrito por Libanio, que demuestra tener un conocimiento de primera mano de las obras de Juliano.

guido la mayor parte de tu objetivo, pero aún no habías lle-
gado hasta el fin. En ésta llamas con claridad a los corintios
tus benefactores. Pero es mejor que reproduzca un frag-
mento de la propia misiva, y así deleitaremos más al audito- 30
rio. «Con vosotros me une una amistad hereditaria. Pues
entre vosotros vivió mi padre[32] y, tras partir de allí, como
Ulises del país de los feacios, puso fin a un largo vagar[33]».
Acto seguido, después de haberte referido brevemente a su
artera madrastra, dices: «Allí encontró mi padre el descan-
so». Esto es un motivo de orgullo para los corintios, lo mis-
mo que para los atenienses la historia del viaje errante de 31
Deméter[34]. Por tanto, piensa que uno de los que acogieron a
tu padre fue el padre de Aristófanes. Pues, según creo, era
uno de los ciudadanos principales y uno de los dirigentes de
la ciudad, de manera que las actividades públicas en no po-
ca medida se debían a él. Sería el mayor de los absurdos
que, como dice Hesíodo[35], la maldad de un solo varón
constituya un perjuicio para la ciudad entera, y, por el con-
trario, la virtud de toda una ciudad no sea capaz de reportar 32
utilidad a un solo ciudadano. Aceptemos que así sea. ¿Pero
no es cierto que si Hierio y su hermano aún estuvieran vivos no
los tendrías en tu entorno, como tienes a estos dos varo-

[32] Julio Constancio era hijo legítimo de Constancio Cloro y Teodora. Cuando Constantino, hijo de éste y de Helena (aludida aquí como «artera madrastra»), se hizo con el poder absoluto (año 324), los hijos de Teodora se encontraron en una situación comprometida. Julio Constancio residió en Corinto en 325-330.

[33] Cf. *Od.* XIII 70 ss. Tras salir de Corinto, Julio Constancio se estableció en la recién fundada Constantinopla hasta su asesinato en el 337 (Cf. *Disc.* XVIII 10).

[34] Deméter, en su errante viaje en busca de su hija Perséfone, que había sido raptada por Plutón, se alojó en casa de Céleo, rey de Eleusis. Cf. *Himno a Deméter* 95 ss.

[35] *Trabajos y días* 240.

nes divinos, el epirota y el jonio[36]? ¿Qué me dices? ¿No crees que aquéllos dirían o harían cualquier cosa en defensa de Aristófanes? Naturalmente que sí. Pues ya sintieron aflicción cuando Aristófanes se vio forzado a ceñirse el uniforme de *agente,* y, si hubieran encontrado la forma de que su
33 suerte hubiera sido mejor, se habrían cuidado de ello. Por consiguiente, no creas que, porque no escuches la voz de los tíos de Aristófanes, vas a ganarte menos el favor de estos dos varones si les concedes lo que desean. Es cierto que está fuera de su alcance dialogar con nosotros, pero recordarán tu favor a quienes son más poderosos que los hombres[37],
34 con quienes se encuentran en este momento. ¿Cómo no va a ser espantoso que Alejandro, a pesar de que se encontraba encolerizado con los tebanos, como tú sabes, respetase a los parientes de Píndaro[38] por respeto al arte del poeta y que, en cambio, a Aristófanes de nada le sirvan ni la filosofía de sus tíos, ni la de los que te acompañan y con los que te comportas como si fueran tus padres. Pues esto mismo que te estoy diciendo ahora piensa que te lo dice Máximo, que te lo aconseja Prisco. Si no me crees, pregúntaselo e ellos. ¿No ves cómo arden en deseos de que este hombre consiga algún
35 beneficio? Ni siquiera Elpidio[39], que resulta ser inferior en filosofía a estos dos hombres, pero que, por su entrega a lo divino y por su amor hacia tu persona, se les asemeja extraordinariamente, ni siquiera él delibera acerca del asunto de Aristófanes como cosa ajena, sino que sólo este proble-

---

[36] Prisco (cf. *supra,* n. 51 al *Disc.* XII) y Máximo de Éfeso (cf. *supra,* n. 10 al *Disc.* XIII).

[37] *I.e.,* los dioses.

[38] Cf. ARRIANO, *Anábasis de Alejandro Magno* I 9, 10.

[39] Elpidio 6 (Elpidio II) fue un antiguo cristiano convertido al paganismo en tiempos de Juliano, en cuya corte ostentó un cargo, posiblemente el de *comes rerum privatarum.*

ma le quita el sueño y le daría una gran alegría si se solucionara. Además de éstos está el honesto y noble Félix[40], 36
antiguo camarada suyo y reciente amigo de los dioses, que se ha servido de tu guía para llegar al conocimiento de las potencias divinas. Cada vez que ve a su amigo, se tapa la cara de vergüenza por no haber sido aún capaz de liberarlo de ninguna de sus desgracias. Suma a éste al bueno de Do- 37
rión[41], que a todo el mundo tiene ganado con su perfecta nobleza. El que la situación de Aristófanes no haya sufrido cambio alguno apaga el contento que le causan otras cosas. Por último, éste que te está hablando tampoco te es despre- 38
ciable. Aristófanes es amigo mío desde aquellos tiempos en que, cuando leía en el Liceo[42] mis obras, lo hirieron con piedras los que no creían que la lectura les resultase provechosa. Al hacer esto, me hacía un favor, no más a mí que a cualquier amante de la retórica. Tú mismo podrías ser ese alguien. Según eso, al mismo tiempo que yo, tú también estarías en deuda con él. Por tanto, como yo le pago el favor con palabras, haz tú lo propio con tus actos.

Éstos son los que te formulan la petición, todos amigos 39
tuyos. Mas pienso que si a todos ellos les importara un bledo el asunto y tan sólo uno de los que he enumerado se afligiera por las desgracias de Aristófanes, aun así lo tomarías en gran consideración. Por consiguiente, si a uno solo le concederías este favor, Majestad, ¿no vas a concedérselo a

---

[40] Félix 3 (Félix II) era otro de los conversos de Juliano y ejerció como *comes sacrarum largitionum* en el 362 hasta que, a finales de ese año, le sorprendió la muerte a causa de una hemorragia (cf. AMIANO, XXIII 1, 5). Los cristianos se apresuraron a atribuir el hecho a un castigo divino.

[41] *Vid.* G. SIEVERS, *Das Leben...*, pág. 96 y *Ep.* 823.

[42] La amistad entre Aristófanes y Libanio comenzó, por tanto, en Atenas. Los autores del apedreamiento debieron de ser estudiantes rivales de Libanio. En su *Autobiografía* nuestro autor documenta ampliamente la violencia estudiantil en Atenas (cf. *Disc.* I 16; 19-21; 25 y 85).

tantos y no considerarás prueba de la virtud de Aristófanes
un grupo de testigos como éstos? Pues si fuera un perverso,
ellos no habrían dejado de darse cuenta, ni lo hubieran en-
40 salzado ante ti si se tratase de un malvado. Porque, si es su
amigo, seguro que no lo quieren más que a ti, ni antepodrían
sus intereses a los tuyos; ni siquiera es posible —ni ocurra
jamás— que se antepongan ellos mismos, ni tampoco lo su-
yo. Por tanto, no consideres que aquellos a quienes prestan
su ayuda los perversos se asemejan a sus benefactores, ni
tampoco pienses que es un malvado aquel de cuya defensa
se ocupan personas a las que sabes perfectamente que ador-
nan las mejores cualidades.

41 Sin embargo, si éste fuera el único argumento que tuviera a su favor Aristófanes —la abundancia de abogados que gozan de tu confianza—, es posible que me encontrara menos seguro. Pero lo cierto, Señor, es que él hacía las mismas súplicas que nosotros, aborrecía las mismas cosas y sentía los mismos anhelos. Acudía a lo que quedaba de los templos llevando, no incienso, ni víctimas, ni fuego, ni libaciones, pues no estaba permitido[43], sino un alma dolorida, una voz lastimera y ahogada en lágrimas, y muchas ganas de llorar. Con la vista clavada en el suelo, pues era peligroso alzarla al cielo, rogaba a los dioses que pusieran fin al azote que arruinaba el mundo habitado y que hicieran partícipe a

---

[43] Constancio rompió la teórica igualdad que reinaba en la época de Constantino entre los cultos pagano y cristiano. Sus leyes (*Cod. Theod.* XVI 10, 2 y 3 del 341 y 346 respectivamente, confirmadas en *Cod. Theod.* XVI 10, 6 del 356) prohibieron expresamente los sacrificios y el culto a los dioses: «ordenamos que sean sometidos a la pena capital aquellos de los que se haya sabido que participan en los sacrificios o que veneran imágenes» (*Cod. Theod.* XVI 10, 6). Sin embargo, parece que la legislación no fue aplicada con rigor y que los cultos prosiguieron pese a la prohibición, como confirma el presente discurso. Véase G. DAGRON, «L'empire romain...», págs. 176-177.

la tierra entera de la ventura de los galos[44]. Y consiguió que 42
no pocos se hicieran partidarios suyos en esta súplica, pues los enemistaba con Constancio y los atraía a nuestro bando. Y en las reuniones hacía largos discursos no exentos de peligro, pero que le causaban un gran placer, pues estaba celebrando la fiesta incluso cuando ésta aún no había empezado: cómo iban a ser las cosas para el ejército, para las ciudades, cómo sería la realeza, cómo iba a cambiar la condición de los gobernadores, de la elocuencia, los asuntos de Asia, de Europa, y, lo más importante de todo, el culto a los dioses.
En una ocasión dijo que él sería el primero en alegrarse 43
cuando llegase el momento. Así pues, confirma su esperanza y su vaticinio, y no lo menosprecies de forma que sirva de burla para aquellos ante los cuales cantaba sus ilusiones. Pues es conveniente que saquen algún beneficio quienes deseaban que todo el poder pasara a tus manos.

Hay común acuerdo en que la situación de los curiales 44
prospera en todos los aspectos, tanto por la multitud de nuevos miembros, como por la cuantía de los dispendios y el que de nuevo se le devuelva a la curia su antiguo esplendor[45]. Aristófanes no evita su rango de dirigente y la función curial porque no sea consciente de ello, ni porque crea que no tiene importancia ser propuesto para un cargo en su tierra, preservar el prestigio de su patria e incrementar el de su casa. Te explicaré por qué no es capaz de llevar a cabo una tarea que considera hermosa y, si me pillas en una mentira, no me vuelvas a conceder la libertad de palabra.

En un primer momento, Señor, su hacienda la arruinó 45
Eugenio sembrando el pánico entre los administradores de

[44] Es decir, que Juliano, que era César en las Galias, se hiciera con el poder absoluto.

[45] El fortalecimiento de las curias municipales era una de las principales preocupaciones de Juliano. *Vid. Disc.* XVIII 146-150.

sus tierras y anunciando que quien no desertara sería azotado y colgado hasta morir. La segunda causa fue el propio Aristófanes con sus largas y prolongadas ausencias, durante las cuales los árboles eran talados y la tierra se quedaba sin cultivar. De sus esclavos, unos huyeron, otros supo que habían estado ociosos y otros, incluso, le habían causado perjuicios. Lo único que podía hacer su esposa era llorar, pero en absoluto enderezar la situación. Y el último huracán[46] acabó por completo con cuantos bienes muebles eran de su propiedad, puesto que tuvo que hacer que le mandasen todos sus objetos de oro y utensilios, y convertirlos en dinero para con él halagar a la manada de lobos que lo hostigaban
46 por doquier. Así que no hay que sorprenderse de que una espantosa desgracia que tanto tiempo duró transformase por completo la prosperidad de su familia, sino de que no terminase por vender, con el resto de sus bienes, sus campos y su vivienda, devorado por semejante manada de fieras. Por tanto, ¿qué clase de hombre quieres que sea tras su regreso y qué deseas que haga? ¿Hacerse cargo de la dirección de la ciudad con su indigencia, Señor? Grandes lamentos daría en su tumba Menandro, si viera que su hijo, por falta de dinero, cede su preeminencia a muchos que eran inferiores a él. ¿Acaso deseas curar sus heridas con tu cuidado y, cuando haya reunido ya dinero suficiente, dejar que regrese a su puesto? ¿Y quién lo va a tolerar de los que temen precisamente eso mismo, que cuide de su hacienda con tranquili-
47 dad[47]? Sin duda hace falta que le des un cargo público, en virtud del cual disfrute durante algún tiempo de inmunidad

---

[46] El asunto de Escitópolis.

[47] Libanio rechaza de antemano la concesión a su protegido de una *vacatio* o exención temporal hasta poder recuperar su posición anterior. Lo que desea a toda costa es que Aristófanes obtenga un cargo que mantenga a raya a sus enemigos, y asegurar con ello la inmunidad *(atéleia)*.

y se pueda hacer cargo de las liturgias cuando ya sea firme
su posición. Pues, si dices que le vas a conceder una simple
inmunidad durante algunos años y que se tiene que conten-
tar con ello, pasaré por alto que esto es mucho menos que lo
que yo te proponía y que no basta para consolar a quien
tantos males ha padecido, sino que, además, no sería muy
acertado por tu parte. Porque es evidente que, si paseara su 48
inmunidad por todas partes sin que prestase servicio alguno
por ningún concepto, este hecho le parecerá a la gente una
injusticia, y causará enojo a los que cumplen con sus litur-
gias que vaya por ahí uno como espectador de los dispen-
dios ajenos, exento, tanto de contribuir, como de hacer cual-
quier prestación[48]. Y te vas a encontrar con que muchos van 49
a reclamar la obtención de iguales privilegios. Pues motivos
para molestarte no les van a faltar. Si a todos ellos les vas a
conceder la inmunidad, causarás un perjuicio a las ciuda-
des[49], y si no se lo vas a conceder a nadie salvo a éste, en-
tonces enfurecerás a muchos. Mi deseo sería que todas tus
acciones fueran intachables, como las de los dioses. Por 50
consiguiente, con el objeto de que la mayoría de los corin-
tios no evite el cumplimiento de sus liturgias, por causa de
la inmunidad concedida a Aristófanes, ni los argivos hagan
lo propio por causa de los corintios, ni los espartanos por la
exención de los argivos, y así, sucesivamente, cada pueblo
por su vecino, haz que por designio tuyo reciba Aristófanes

[48] Lit. *homoiõs toû te leitourgeîn kaì pásēs apheiménos diakonías*. Entre los deberes curiales cabe distinguir entre los *munera* que llevan aparejado un dispendio *(leitourgíai)*, como la organización de juegos, la calefacción de los baños públicos, etc., y los simples servicios *(diakoníai)*, como la participación en embajadas, la supervisión de construcciones, etc. Cf. P. Petit, *Libanius et la vie...*, págs. 45-62.

[49] En el sentido de que quedarán privadas de un buen número de curiales obligados a servirlas.

un remedio que le dispense un descanso digno y que, al mismo tiempo, no dé pie a que los demás, cuando se gasten su dinero, se indignen por creer que se les está causando un
51 perjuicio. Pues si el honor concedido es de naturaleza diferente, no se quejarán de que no todos reciban la misma distinción, sino que entenderán que la adjudicación se debe a que el beneficiario es el idóneo para la tarea que debe desempeñar. En caso contrario, habrá quienes pretendan participar de la inmunidad y no darán la impresión de obrar con desvergüenza. Por consiguiente, con el objeto de que a la donación no le siga una consecuencia incómoda, beneficia a este hombre de alguna otra manera.

52 Cuando te acuerdas del dinero de Egipto y consideras que Aristófanes es uno de los que lo han robado, te aplaudo por tu encono, porque aborreces a quienes toman dinero de donde no es lícito. Porque, cuando estás encolerizado con los que han hecho hace tiempo este tipo de ganancias, no permites que en la actualidad se piense en beneficios funestos. Sin embargo, Señor, en las calumnias investiga con
53 la mayor profundidad posible. Pues esto es lo que prescriben las leyes. No es preciso hacer venir aquí a los egipcios, ni enviar a Aristófanes a aquel lugar para que rinda cuentas, pues hace ya tiempo que la cuestión ha sido sometida a los tribunales y ha quedado comprobada. Y quien desee conocer los detalles se podrá informar por las actas oficiales. En efecto, en éstas se le acusa de haber recibido doscientas once estateras, no por haberlas robado o haber extorsionado a alguien, sino que, como afirmó el sicofante —pues no hay duda de que se trataba de un sicofante—, las aceptó como pago de un servicio, a pesar de que él no deseaba cobrarlo.
54 Cuando parecía que éste no conseguía convencer y que Aristófanes no iba a ser inculpado, Pablo asistió al acusador para que se excediera en sus peticiones. Hasta los amigos de

Aristófanes que estaban allí le recomendaban soportar el
injusto castigo, antes que continuar adelante con el juicio. Y
eso fue lo que hizo. Tomando dinero prestado, hizo que la
desvergüenza del embustero diera sus frutos, pues le entregó
el dinero, y todos creían que estaría a merced de muchos, ya
que el ejemplo despertaría la avaricia de incontables perso-
nas. Pero como no aparecía nadie que viniera con más re- 55
proches, lo entregaron a unos soldados y a un heraldo y los
despacharon con la orden de que condujeran a Aristófanes
por todo Egipto y el heraldo fuera proclamando que, si al-
guien le había pagado honorarios, se acercara para recuperar
el dinero. Pero él, con la superioridad que le confería la ver-
dad, logró imponerse a la naturaleza de los egipcios[50]. Pues
todos veían que era conducido delante de él y todos oían la
voz del heraldo, pero nadie se acercaba[51]. Y sin embargo, 56
¿qué persona que hubiese quedado dolorida, cada vez que
era forzada a pagar, no se habría llevado con mucho gusto
de vuelta a casa su dinero, sobre todo tratándose de un egip-
cio? Vemos cómo esta gente no sólo no vacila a la hora de
recordar lo que se les debe, sino cómo, incluso, reclaman lo
que no se les debe con la mayor desfachatez. Sin embargo,
según creo yo, el que no quedara ni una sombra de venali-

---

[50] La avaricia y el carácter pendenciero de los egipcios eran proverbiales. Recuérdese la ingeniosa maniobra de Juliano para quitarse de encima a unos embajadores egipcios que, con gran descaro, se presentaron en Constantinopla para lograr del nuevo emperador la condonación de unos impuestos atrasados en Amiano, XXII 6, donde el historiador antioqueno describe a los egipcios como «linaje de hombres controvertido y, por costumbre, totalmente satisfecho siempre de pleitear a escondidas».

[51] Este procedimiento, por el cual un funcionario era expuesto a las acusaciones de los ciudadanos, está atestiguado en *Ep.* 1159, donde Libanio nos refiere cómo el gobernador de Arabia, Ulpiano 3, expuso al *numerarius*, Harmonio 1, ante los árabes por si alguno deseaba formular contra él alguna acusación. *Vid.* H.-U. Wiemer, *Libanios...*, pág. 133.

dad, ni base para asentar una acusación convincente, fue lo
que hizo que hasta el descaro del sicofante no encontrara
57 palabras. Porque, una de dos: o aquella supuesta pequeña
ganancia debe ser juzgada como señal de mayores opera-
ciones de las que nadie le ha acusado, o bien hay que inter-
pretar el hecho de que, cuando se conoció la proclama,
guardaran silencio los que tienen por costumbre la delación
como prueba de que aquellos delitos menores se le imputa-
ron injustamente. Pues es más lógico que quien no ha reci-
bido con anterioridad dinero de los demás tampoco lo haga
después, que el hecho de que se aparte de beneficios mayo-
58 res aquel que siente pasión por obtenerlos. Porque no es po-
co, Señor, lo que cualquier persona codiciosa se puede llevar
de Egipto. Pues allí junto con el Nilo fluyen las ganancias, y
sus fuentes no están ocultas. ¿Tan desgraciado iba a ser
Aristófanes, tan necesitado de dinero y tan inexperto en los
negocios, que, por sólo doscientas once estateras, iba a pre-
59 ferir afrontar una vergüenza peligrosa? En verdad, si desea-
ba recibir el dinero, pero, a pesar de ello, no tenía poder su-
ficiente para colaborar con alguien, ni tenía quien se lo
diera, su propia debilidad es su coartada. Pero si, por el
contrario, estaba en condiciones de sacar provecho de todas
partes y no hizo uso de este poder para sus fines, ¿de qué
otra forma podría evidenciar mejor que está por encima de
las riquezas? ¿O qué emperador podría hacerse reproches
por haberle confiado sus asuntos?

60 Me reí cuando uno dijo a guisa de acusación que este
hombre había conversado con cierta hetera de las del teatro.
Pues, precisamente, si yo fuese abogado suyo, no habría
61 buscado otro argumento en su favor antes que éste. ¡Así
sea! Si yo ahora estuviera haciendo el encomio de este Aris-
tófanes, después de elogiar sus restantes virtudes, al llegar al
lugar reservado a su moderación, más o menos lo expondría

así: «No obstante haber recorrido en su mayor parte la tierra y tras haber tenido comercio con muchos pueblos en su juventud, cuando más ejercen su tiranía las pasiones del alma, desdeñosas de las leyes, no conspiró contra los matrimonios, ni desunció las parejas unidas por Hera, ni perturbó la sagrada institución de Zeus Nupcial, ni saciaba sus placeres perjudicando a los demás, sino que aliviaba las necesidades de natura en mujeres libres para los excesos de Afrodita. Dime, pues. ¿Si hubiera ensalzado a este hombre en estos términos, te hubiera dado la impresión de que ignoro los caminos que deben seguir los encomios o que he mostrado satisfactoriamente la virtud de su espíritu? Porque, si Aristó- 62
fanes hubiera presumido de filosofar, de investigar los fenómenos celestes, si en efecto hubiera practicado aquellas divinas ciencias, como la geometría, las astronomía, la música, los números, hubiese cultivado a Platón, a Pitágoras, y hubiera dicho que tenía completamente sometidos los placeres humanos, y pensara que le separa un gran abismo del resto de los mortales, posiblemente habría sufrido reproches por haberse revelado inferior a lo conveniente. Pero si, en realidad, pertenece al ámbito de la elocuencia o, si lo prefieres, al mundo militar, ¿por qué razón habría que buscar en él las virtudes de un hierofante, cuando tan sólo hay que elogiarlo por haberse contentado con las uniones lícitas[52]? Ni 63
siquiera afirmaría yo que estuviera mal que él se encargase de la reconstrucción de templos demolidos. Pues veo que Aristófanes es más prudente que no pocos de los que actualmente tienen encomendada esa tarea, y que ninguno de nuestros ultrajados dioses ha quedado excluido de su soli-

[52] Libanio se hace eco de las instrucciones dadas por Juliano al nuevo clero pagano. Cf. la *Ep.* 89b dirigida por Juliano al sumo sacerdote *(archiereús)* Teodoro, en enero del 363.

64 citud, ni uno solo. Pero, como te decía, decide tú mismo sin dilación cuál es la mejor utilidad que pudieras dar a Aristófanes. ¡Por Zeus!, Señor, haz que cambie su duro destino, hostigado y abatido por toda clase de humillaciones, y haz que éste sea más sosegado. Tiende tu mano a un hombre que ha sufrido penalidades, que se ha dedicado a la retórica e iniciado en los misterios, a un alumno de Pirene[53], a un dorio, un corintio, siempre atento a las Gracias, solícito con sus amigos, que no acepta prerrogativa alguna que se derive
65 del desdén a los dioses. ¿Cuánto hubiera pagado el famoso Jorge[54] por ver desertar a este hombre y de pie en la tribuna, desde donde aquéllos suelen captar a las ancianas, revelar y ridiculizar los más sagrados arcanos de los dioses, los misterios de Ino[55], los del hijo de ésta, los de los Cabiros y los de

[53] Fuente cercana a Corinto. Cf. HERÓDOTO, V 92, y PAUSANIAS, II 3, 2.

[54] El intrigante Jorge de Capadocia, que supervisó la educación de Juliano durante su encierro en *Macellum*. Posteriormente, fue nombrado obispo de Alejandría, en sustitución del desterrado Atanasio. En esta ciudad ejerció sus funciones con gran celo, lo que le valió la enemistad de los paganos, que lo asesinaron el 24 de diciembre del 361, poco después de alcanzar Juliano el poder absoluto. Juliano no debió de profesarle gran afecto, como se desprende de la *Ep.* 60, dirigida al pueblo alejandrino para reprocharles su crimen, pero en unos términos tan comprensivos, que deja traslucir una cierta alegría por lo sucedido. Jorge tenía una excelente biblioteca, que Juliano tuvo ocasión de conocer a fondo en Capadocia (cf. *Ep.* 106 y 107, en las que da instrucciones para que se recuperasen los ejemplares robados tras el asesinato y se los enviasen a Antioquía). *Vid.* J. BIDEZ, *La vie...*, págs. 25-26.

[55] Ino, hija de Cadmo, esposa de Atamante y hermana de Sémele, adoptó, tras la muerte de ésta, a Dioniso, al que crió junto a sus hijos legítimos, Learco y Melicertes. Hera, irritada con Ino por haber acogido al fruto de una unión adúltera de su esposo, enloqueció al matrimonio, que dio muerte a sus verdaderos hijos. Ino se arrojó al mar y se convirtió en Leucótea, la diosa blanca. Ella fue la que salvó a Ulises cuando naufragó frente a la costa de los feacios *(Od.* V 333-353). Los Cabiros eran hijos de Hefesto y Cabiro, divinidad marina hija de Proteo. Su culto mistérico

Deméter? ¿Cómo no iba a regalar Egipto entero a cambio de esta comedia? ¿Cómo no iba a hacerle poderoso entre los eunucos? Sábete bien que, si hubiera inclinado su cabeza ante Jorge, habría abrazado también el partido de Constancio. Sin embargo, no entregó lo más noble de la cultura he- 66
lénica a cambio de un cargo, dinero, seguridad y buenas esperanzas. Muy al contrario, cada vez que en los propios juicios había que prestar juramento, ponía por testigos a los dioses, manteniendo así su puesto más firmemente que un espartano, sin ceder ante la perspectiva de alcanzar la salvación, porque consideraba hermosa la piedad, aunque le trajera la muerte. En consecuencia, ahora que las cosas han 67
cambiado, ¿no va a recibir su recompensa este hombre para quien los peligros eran más llevaderos que una apostasía, sino que le vas a permitir que lleve a cabo lo que resolvió hacer en caso de que no le prestes tu auxilio? ¿Qué es esto que digo? Proyecta embarcarse y andar errante por Italia, por Libia y por el mar exterior. Nada le hará cambiar de parecer, ni su hijo, que ahora está abriendo sus ojos a la poesía, ni su prudente esposa, ni los túmulos de sus antepasados, ni el temor a la muerte, ni la idea de entregar la vida a manos extranjeras, ni aun siquiera la de, una vez muerto, quedar insepulto. Porque más amargo que todo ello piensa que es quedarse gimiendo en casa.

Por tanto, Majestad, en tus manos está cambiar su deci- 68
sión y conseguir que la patria sea para él más dulce, añorada su mujer, digno de la mayor consideración contemplar de nuevo a su hijo, quien, aunque su padre está aún con vida, ya sabe lo que sufren los huérfanos y más temible aún es lo que le queda por pasar. Pues se está haciendo mayor, pero

---

era originario de Samotracia y estaba muy extendido (cf. Heródoto, II 51 y III 37, y Estrabón, X 3, 19 ss.).

existe el temor de que alguien utilice alguna extratagema, y su madre, que es la guardiana de la casa, no podría apartar de él las intrigas de fuera. Los pensamientos de los niños
69 son fáciles de engañar y les hace falta un padre. Así pues, Señor, devuélvele al joven el ojo de su progenitor y conviértete en el responsable de su moderación. Que Aristófanes no inicie entre lágrimas su travesía al fin del mundo, sino que, lleno de gozo, se dirija a la región de Pélope[56]. Que, en medio del Peloponeso, describa detalladamente tus virtudes, que tiene suficiente elocuencia para estos menesteres, y cuente lo que ha visto a los helenos, entre los cuales vives a diario. Que vaya dando a conocer los frecuentes y magníficos sacrificios, de los que parte acogió la ciudad, otra parte Dafne y el resto la montaña, los rebaños que han sido sacrificados, los torrentes de sangre y cómo el perfume se elevaba al mismísimo éter. Que supliquen contemplar en su suelo espectáculos parecidos en Delfos, en Pisa, entre los atenienses, entre los conciudadanos de Aristófanes y por toda la
70 Hélade, tanto la parte continental, como las islas. Ésta es la súplica que también hago yo: tomar parte en este viaje. ¡Cuán hermoso sería contemplar en Eleusis a un iniciado semejante a Heracles[57] y al propio Aristófanes verlo saltar de alegría más que los demás!

71 ¿Qué dices, Señor? ¿Te convencemos o desvariamos? Toma ya una decisión, pero ten en cuenta previamente que ni lo que digas ni lo que decidas pasará desapercibido a los hombres de verdad. Si te parece que he cantado vanas alabanzas, no hay que preocuparse por lo que a mí respecta, pero presta mucha atención, no sea que te cause algún perjuicio el hecho de que se piense que no juzga rectamente una persona a la que tienes en gran estima.

---

[56] Hijo de Tántalo y héroe epónimo del Peloponeso.

[57] Cf. Platón, *Axíoco* 371d.

XV

DISCURSO DE EMBAJADA A JULIANO

Has llegado, Telémaco, la más dulce luz[1]. Sólo hasta 1
aquí debo citar el verso, pues decir lo que sigue a continua-
ción se ajustaría a Eumeo, pero no a mí, porque *pensaba
que te vería* victorioso y capaz de esas hazañas que todos
celebran. Pues sabe bien que has conseguido que todas las 2
mentes, que todas las lenguas te presten atención a ti y que
se apartasen de los asuntos que antes recibían himnos de
alabanza. Ni los hechos anteriores a la guerra de Troya, ni la
propia guerra, que duró diez años, ni la hazaña que llevaron
a cabo en el mar los griegos contra el antepasado del Persa
de nuestros tiempos[2], ni las gestas que realizó Alejandro
cuando cayó sobre sus debilitados enemigos[3], ninguno de
estos hechos ocupa ni el alma ni la voz de hombre alguno;

---

[1] Cita tomada de *Od.* XVI 23-24. Son las palabras que dirige Eumeo a Telémaco cuando éste regresa de su viaje a Pilo y Esparta: «Has llegado, Telémaco, al fin, dulce luz, no creía / ya volverte a ver tras tu ida en la nave hacia Pilo». A diferencia de Eumeo, quien no esperaba volver a ver al hijo de Ulises, Libanio sí esperaba el regreso de Juliano de la campaña persa. La misma cita la encontramos en Juliano *(Ep.* 188).

[2] Nueva alusión a la batalla de Salamina.

[3] A pesar de la admiración de Juliano y Libanio por la figura del rey macedonio, no faltan en sus obras ciertas reservas hacia su figura, especialmente en lo referente a su carácter propenso a la ira. Cf. *Banq.*, 330-331c, y *Disc.* XVII 32 y XIX 13 de Libanio, donde se censura la destrucción de Tebas. Sin duda estas críticas eran lugares comunes aprendidos en las clases de retórica. Véase R. Andreotti, «L'impresa di Giuliano in Oriente», *Historia* 4 (1930), 246-247.

todo el mundo deja de lado estas gestas, por considerarlas de poca monta, presta atención a los acontecimientos presentes y unos se complacen en escuchar y contar tu audacia, otros cómo fue tu ataque y tu travesía, otros las incidencias del combate, y el resto las emboscadas, las estratagemas y las luchas[4].

3 Grande es el agradecimiento que debemos dar por ello a
los dioses, quienes te escoltaron en tu marcha contra el bár-
baro, te mostraron superior a los enemigos y te sacaron sano
y salvo del combate[5]. A esos mismos dioses les suplico que
me concedan imponerme hoy y no me marche de aquí como
motivo de burla. En efecto, conseguiría la victoria si lograra
persuadirte. Mejor dicho, si lograra convencerte, a ti te co-
4 rrespondería el éxito de haber puesto fin a tu cólera. De este
modo, pues, enlazarás victoria con victoria: la obtenida por
las armas, con la de tu dulzura. Y, para solicitarla, me ha
enviado[6] ahora una ciudad desafortunada, o si prefieres, arro-
jada a tus pies, que se complace por tus trofeos y se aver-
5 güenza de sus propias faltas. La elección de mi persona no
la ha determinado el que exceda en linaje al resto, ni que sea
el más avanzado en edad, ni el número de mis liturgias, ni
que los demás sean incapaces de hablar. Porque los hay,
entre nosotros hay varones que han recibido una esmerada
educación y tienen una formación retórica que les hace per-
fectamente capaces para discutir sobre cuestiones públicas.

[4] Es evidente que, cuando se compone el presente discurso, ya han llegado a Antioquía noticias sobre las operaciones militares de Juliano en territorio persa. Cf. la introducción y H.-U. Wiemer, *Libanios...*, págs. 222-223.

[5] Para la campaña persa, iniciada por Juliano el 5 de marzo del 363 y terminada con la trágica muerte de éste en julio de ese mismo año, *vid. infra, Disc.* XVIII 212 ss. y el detallado relato de Amiano, XXIII 2-XXV 4.

[6] Sobre la cuestión de si esta embajada fue real o sólo una ficción literaria, consúltese H.-U. Wiemer, *Libanios...*, págs. 219-221.

Sin embargo, lo que me ha llevado a esta embajada es, en primer lugar, la deuda que tienen contraída con sus maestros los alumnos. Pues están del todo persuadidos de que tú eres mi discípulo[7]; no porque yo me haya jactado de ello ante la ciudad, sino que la similitud de nuestra elocuencia ha puesto en circulación esa creencia. Y ni siquiera los oráculos podrían hacerles cambiar la opinión de que tú no compones tomándome como modelo. Esta sola circunstancia hizo que estas personas me rodearan y les dio la esperanza de que sintieras consideración hacia el parentesco de nuestra elocuencia. Otro factor han sido los honores que, de forma continuada, me has otorgado durante todo el verano y el invierno, cuando me invitabas, me mandabas a buscar, me escribías, disfrutabas de mi conversación y te disgustabas cuando callaba[8]. Tampoco desconocían cómo estuviste en vela aquella vez que yo iba a disertar, a causa de las vicisitudes que envuelven a este tipo de recitaciones públicas. En verdad, ha influido también el asunto de las provisiones, gracias a las cuales subsiste nuestra ciudad[9], porque, si por aquel en-

6 … 7 … 8

[7] Cf. *supra*, la introducción y n. 8 al *Disc.* XIII e *infra*, *Disc.* XVI 16 y XVIII 13-15.

[8] En *Disc.* I 124 ss. se describe esta estrecha relación que, a juicio de R. Scholl (*Historische Beiträge...*, págs. 8-9), no debió de ser tan fluida y constante como pretende nuestro sofista. Véase la introducción.

[9] Alusión a la importación de trigo decretada por Juliano para hacer frente a la crisis de abastecimiento del año 362 (cf. *infra*, n. 18). Las fuentes principales son AMIANO (XXI 13, 4) y el propio JULIANO (*Misop.*, 369a-d), quien ofrece detalles sobre las cantidades importadas: «Como de todo había en abundancia, pues había vino, aceite y todo lo demás, y en cambio existía penuria de trigo por la tremenda esterilidad producida por las sequías anteriores, decidí enviar por él a Calcis, Hierápolis y otras ciudades de los alrededores, de donde os traje cuatrocientas mil medidas (*métra*). Y, cuando se gastó esta cantidad, gasté primero cinco mil, luego siete mil y ahora otros diez mil modios (*modíous*), como se les llama ahora nacionalmente, todo ello a mis expensas. El trigo que me trajeron de

tonces no nos las hubieses facilitado, cuando nos hacías reproches al tiempo que nos salvabas, ahora la ciudad se encontraría vacía de almas. En efecto, les exhortabas a que se marchasen y me dieran a mí las gracias por tan importante favor. Y eso fue lo que hicieron: se presentaron en mi casa felicitándome a mí y a ellos mismos; a mí por los honores y a ellos por el socorro recibido. Por tanto, conscientes de ello, no iban a hacer venir de otro sitio a un embajador ni se iban a olvidar del anciano que lloró en la tienda de Aquiles y al que otro anciano consideró más apto que los demás para lograr la reconciliación[10].
9 Según eso, posiblemente me eligieron porque pensaban que así lograrían los objetivos para los que me enviaron, o que, por lo menos, no daban lugar a que se les reprochara el no saber bien a quién había que escoger. Al principio, Señor, me negué rotundamente y aseguré que haría cualquier cosa antes que esto, pues me acordaba de que tú me solías decir que rechazara tomar la palabra en defensa de la ciudad, porque no ibas a ceder y no

---

Egipto se lo di a la ciudad y, en lugar de recoger el dinero, de cada diez medidas recogí por quince lo que antes recogía por diez». En su análisis de la cuestión, Wiemer (*Libanios...*, págs. 326-341) llega a la conclusión de que Juliano ordenó traer de Calcis, Hierápolis y otras ciudades vecinas, cuatrocientas mil medidas de trigo por el procedimiento de la *coemptio*, por lo que su intervención se habría limitado a organizar, no financiar, la partida mayor de trigo. Sólo los escasos veintidós mil modios (medida equivalente al *métron*), citados a continuación y desglosados con detalle, procedieron de la *res privata* del Emperador. El trigo egipcio debe considerarse como parte de esta cantidad y no como una tercera partida. Libanio exagera, pues, la importancia del subsidio concedido por Juliano, si tenemos en cuenta no sólo la escasa cantidad financiada, sino también el hecho de que la presencia del ejército, como señala Sócrates (*Hist. Eccl.* III 17, 2-4), constituía una pesada carga para la ciudad. Véase también P. Petit, *Libanius et la vie...*, págs. 113-115.

[10] Fénix y Néstor respectivamente, en el episodio de la embajada a Aquiles de *Il.* IX 162 ss.

era adecuado para mí que me retirara sin haber conseguido
nada. Sin embargo, me asediaban mis conciudadanos, mis 10
antiguos compañeros de clase y mis parientes, gimiendo y llorando, al tiempo que relataban las penalidades que mis antepasados sufrieron en defensa de su ciudad y me mostraban las tumbas de mi madre, mi padre e incluso de familiares más alejados, unos fallecidos hace mucho tiempo y otros recientemente. Como me parecía, Majestad, que aquéllos se colocaban a su lado y que unas veces me suplicaban y otras me censuraban por mi vacilación, en parte sentía vergüenza y, en parte, temía a las Erinias[11], las cuales hay que pensar que se enfurecen cuando la patria es despreciada, como, sin duda, lo hacen cuando lo son los padres. Pero, por encima de todo, temía tu opinión, no fueras a considerarme un salvaje, un impío y un traidor a lo más sagrado. Así pues, fui convencido por todos ellos, o lo que es más cierto, fui forzado a ceder a sus llantos. ¿Qué es lo que debía hacer? 11
¿Echarlos cuando me pedían ayuda? ¿Hacer como el que no oía sus palabras? ¿Simular que no los veía, aunque estuvieran delante de mí? ¿Apartarme cuando me abrazaban? ¿Marcharme al campo? ¿Dejarlos solos mientras, desde lo alto, lo contemplaba todo Helios y la tierra podía separarnos? ¿Y 12
qué especiosa razón habría para tamaña vileza? ¿Que el Emperador es de carácter agrio e intratable y que sabía que iba a castigar mi franqueza? Pero si ya conocían la libertad con que yo te hablaba sobre estas mismas cuestiones desde que comenzaba la tarde y, muchas veces, hasta altas horas de la madrugada, por cuyo motivo algunos amigos míos me solían contener por temor a que me estuviese pasando de la raya. Sin embargo, tú les impedías que lo hicieran, porque

---

[11] Las Erinias o Euménides castigaban los crímenes en el seno de la familia. Cf. ESQUILO, *Las Euménides*.

considerabas propio del Emperador y de tu corte no impo-
ner su dominio sobre personas que callan, sino superar a
13 quienes exponen públicamente lo que piensan. Por consi-
guiente, como tan grande era el margen de confianza que se
me abría para hablar con franqueza, no tenía excusa alguna
para guardar silencio. Por otro lado, tampoco te convendría,
Señor, que se demostrara que un hombre al que das tu favor
y al que cuentas entre tus amigos es malvado, infame, in-
humano y un bárbaro.

14 Por eso, vengo a ti como embajador y te ruego que no
me contestes mientras estoy hablando y que no pongas en
marcha la irresistible fuerza de tu elocuencia contra la mía.
Pues hoy es preciso que te muestres más compasivo que
retórico. Lo que te pido, y espero obtener, es que te imites a
ti mismo, Majestad, y que hagas en nuestra ciudad una se-
15 gunda estancia semejante a la primera. Te estableciste entre
nosotros al llegar de Occidente[12]. Quédate también ahora
cuando regreses de tus victorias. Nuestra ciudad es un anti-
guo cuartel de invierno para los emperadores[13]. Manténga-
16 se, pues, esta costumbre cuando llegue la estación. Nosotros
no tenemos edificios fastuosos, pues no lo permitió la secu-
lar soberbia de los persas, que prendió fuego a cuanto se puso
a su paso[14]. Sin embargo, tenemos un extenso casco urbano
capaz de albergar a sus ciudadanos, metecos, extranjeros,
así como al Emperador y su ejército[15]. Disponemos de arte-

[12] Recuérdese que Juliano desempeñó su cargo como César en las Galias.

[13] Antioquía era idónea como base de operaciones en las campañas contra Persia. Cf. *Disc.* XI 177-179 y XIX 54-55.

[14] Cf. *supra,* n. 70 al *Disc.* XII e *infra,* n. 2 al *Disc.* LX.

[15] No deja de ser curioso que Libanio ni siquiera mencione la presencia del ejército de Juliano como factor agravante de la crisis. Tal vez se deba a que la ciudad, en condiciones normales, sí tuviera capacidad suficiente para alimentar al ejército (cf. *infra,* § 17), pero no en tiempos de

sanía de todas las clases, de una masa de comerciantes, fuentes, un río, un invierno suave y un verano libre de penurias, así como de una tierra que, si la fortuna le sonríe, produce en abundancia todos los bienes que nos manda Zeus.
Me da la impresión de que éste es el factor que vosotros, los 17
emperadores, habéis tenido en cuenta para invernar aquí durante las campañas contra los bárbaros: que la ciudad está en condiciones de soportar el peso de la empresa. Pues, incluso, cuando sólo estáis de paso, causáis trastornos a las demás ciudades, porque no están capacitadas para soportar la carga. La nuestra, en efecto, es como un enorme y resistente carguero de diez mil talentos de capacidad, mientras que a las demás ciudades las podrías comparar a esquifes, que se hunden si uno se empeña en meterles más peso de la
cuenta. Así pues, en este momento nos presentamos ante ti 18
reclamándote como un favor la prestación de este servicio, porque consideramos un castigo que se nos dé un descanso. Pues, a causa de habernos hecho cargo desde antiguo de esta tarea, añoramos la presencia del Emperador, como las nodrizas consideran, con el paso del tiempo, un placer el trabajo de cuidar a los niños y lloran si su tarea llega a su
fin. Si nuestra fama fuera viento en popa, ni tendrías que 19
preparar la elección de otro lugar[16] ni tendríamos que llegar a las palabras, sino que te conduciríamos a la ciudad, hablándote como corresponde a gentes que se regocijan y con las acostumbradas aclamaciones del pueblo acompañadas de bailes, aplausos y saltos de alegría. Pero, dado que nuestra

sequía, y Libanio no deseara reconocer esta debilidad de su ciudad, o bien que no quisiera importunar al emperador. P. Petit, *Libanius et la vie...*, págs. 110-111, supone que el hecho de que abundaran otros productos y escaseara el trigo se debía, precisamente, a la requisición de este cereal para uso del ejército.

[16] Referencia a la promesa que hizo Juliano de regresar vía Tarso.

fama ha empeorado y da la impresión de que no hemos colaborado de buen grado contigo, sino que, en unas ocasiones, nos hemos mostrado negligentes y, en otras, nos hemos opuesto deliberadamente a ti, y, lo más indignante de todo, que hemos celebrado vergonzosos bailes y convertido una fiesta sagrada en excusa para celebrar una vil carrera[17], sólo queda socorrer con mi discurso a quienes son reos de tamañas acusaciones.

20 No voy a alegar lo que he escuchado que dicen algunos mezclando sus palabras con quejas. ¿Qué es esto que omito?: «¿Quién tiene conciencia de que hayamos cometido alguna falta? Que se presente y lo dé a conocer, y que, en lugar de calumniar, lo pruebe. ¿De qué nos hemos despreocupado? ¿Dónde están nuestras conspiraciones? ¿Qué hemos descuidado por nuestra molicie? ¿Qué daños hemos causado
21 por nuestra vileza? El Emperador hizo bien conteniendo los precios de las mercancías[18], pero la tierra, perjudicada en su

[17] Los insultos de los antioquenos constituyen otro de los motivos por los que Juliano se enemistó con la ciudad y fueron la causa directa de que éste escribiera, como respuesta, su *Misopogon*. En este opúsculo, se nos dice que los autores de los anapestos en los que se ridiculizaba su barba de filósofo eran unos jóvenes, instigados tal vez por la curia, que los difundían abiertamente por la ciudad, especialmente en el mercado (364a, 366c). Por el contrario, Libanio sitúa estos insultos en el contexto de una fiesta (cf. *infra*, § 34), que podría ser perfectamente la de las Calendas o fiesta de fin de año, descrita por nuestro sofista en la *Decl.* V y en el *Disc.* IX. En el transcurso de esta fiesta, se rompían las convenciones sociales, y las burlas y bromas estaban al orden del día. *Vid.* H.-U. Wiemer, *Libanios...*, págs. 194-197; 208-210 y J. Szidat, «Zur Wirkung und Aufnahme der Münzpropaganda (Jul. Misop. 355d)», *Museum Helvet.* 38 (1981), 22-33, quien atribuye a unos clérigos la organización del asunto.

[18] La crisis de abastecimiento de los años 362-363 en Antioquía es una de las mejor documentadas de la historia del Imperio Romano gracias al testimonio de cuatro autores contemporáneos. Amiano, XXII 14, 1-2, culpa de la crisis al imprudente edicto sobre los precios del mercado de

cosecha por efecto de la sequía, no pudo consolidar con su abundancia esta ley. Por otro lado, la prohibición del exceso de ganancias causó la desaparición de las mercancías. Nosotros somos servidores públicos, no comerciantes[19]». No es

---

Juliano. Éste, a pesar de las advertencias de los curiales y por afán de popularidad, causó con esta medida un efecto contrario al deseado: los bienes de primera necesidad desaparecieron del mercado debido a la especulación. JUAN CRISÓSTOMO, *De S. Hieromartyre Babyla* II 2; *De S. Babyla contra Iulianum et gentiles* XXII 118; *De laud. S. Pauli* IV 6; *Hom. IV in Matth.*, atribuye a la impiedad de Juliano la sequía que provoca la escasez. Por el contrario, el propio JULIANO (*Misop.*, 350a; 357d; 368c-370c) explica que, en una reunión con los *principales* de la curia, les pidió que respetaran el edicto de precios, al tiempo que él mismo saneaba el mercado importando trigo y poniéndolo a la venta a un precio muy bajo (quince medimnos por una moneda de oro). Sin embargo, todos sus esfuerzos fracasaron, a juicio de Juliano, por la avaricia de los curiales terratenientes, quienes, desobedeciéndole, no llevaron sus productos al mercado, sino que lo vendieron en el mercado negro a un precio elevado. Por su parte, Libanio, en *Disc.* XVI 21-25, libra a los curiales de culpa en el fracaso de las medidas de Juliano, al tiempo que les reprocha un cierto descuido en el control de los comerciantes, verdaderos responsables de la especulación. En el presente discurso (XV 20-23), señala que las causas de la escasez fue la pertinaz sequía e insiste en la dejadez de los curiales en su labor de vigilar a los panaderos. En cambio, en *Disc.* XVIII 195 admite la tesis de Juliano y culpa abiertamente a la curia de haberse opuesto a las medidas de éste. Sin embargo, esta afirmación tal vez no sea totalmente sincera y esté motivada por las reglas del panegírico, ya que, en su última alusión al asunto (*Disc.* I 126, del año 374), vuelve a su posición anterior e, incluso, reitera que habló ante Juliano en defensa de la curia. Para más detalles, consúltense W. ENSSLIN, «Kaiser Julians Gesetzgebungswerk und Reichsverwaltung», *Klio* 18 (1922), 104-199; P. DE JONGE, «Scarcity of Corn and Corn Prices in Ammianus Marcellinus», *Mnemosyne* 1 (1948), 238-245; G. DOWNEY, *A History...*, págs. 388-391; P. PETIT, *Libanius et la vie...*, págs. 109-118; «Recherches...», 481-483 y, sobre todo, el detallado y actualizado estudio de H.-U. WIEMER, *Libanios...*, págs. 269-355.

[19] Como puede comprobarse, el punto de vista de los curiales, expresado aquí en forma de *praeteritio*, coincide casi exactamente con la exposición que hace de los hechos Libanio en *Disc.* XVI 21-22.

ésta la apología que yo traigo ante ti, pues todo aquel a quien consideres culpable, Señor, también yo creo que debe ser condenado. Si me dices: «fulano ha cometido un delito», también yo confirmo tu sentencia.

22 Según eso, ¿por qué motivo pretendo alejar del peligro de tu ira a una ciudad a la que no podría llamar justa? Existe una antigua costumbre que nos enviaron los dioses, respetada por los griegos y que ha supuesto la salvación para muchos en los tribunales, y que tú mismo has hecho valer en incontables ocasiones. Pues sueles adelantarte en conceder el perdón y pronunciar, antes de que llegue el momento, la
23 palabra que no pocas veces has puesto en práctica. Hemos caído en falta, lo reconocemos, y hemos resultado más indolentes de lo que hubieras deseado. Algunos de nosotros han controlado con un interés más escaso de la cuenta a los panaderos[20], otros se han quedado dormidos por completo, y otros más se han dejado llevar del deseo de ganar más dinero. Sea, pues. ¿Pero qué debemos hacer? ¿Acaso por ello tiene que ser responsable la ciudad? ¿No se han de beneficiar ni de una pequeña porción de tu perdón personas que han experimentado lo que es propio de la naturaleza humana y que se han dejado arrastrar más allá de lo que les estaba permitido? ¿Dónde debemos dejar eso de que los dioses son superiores a los hombres, si no vamos a esperar equivocaciones de ellos? ¿Qué ciudad, qué pueblo o qué hombre po-

[20] Para Wiemer (*Libanios...*, pág. 207), el que Libanio culpe a los comerciantes del fracaso del edicto es puro cinismo, ya que tanto él como la curia defendían la tesis de que dicho fracaso se debió a las malas cosechas. Los comerciantes eran perfectos cabezas de turco, ya que contra ellos solía cargar el pueblo en tiempos de escasez (cf. *Disc.* I 207-208; XXIX 2 y LIV 42-44). Además, eran sospechosos de haber contravenido el edicto, como evidencia la investigación abierta contra ellos, al poco tiempo, por el gobernador Alejandro (cf. *Ep.* 1406).

drá sobrevivir si se generaliza un rigor semejante? Si es pre- 24
ciso que se suprima el perdón de la vida humana, que todo comportamiento sea examinado con crueldad y que sea castigado todo aquel que sea sorprendido en cualquier extravío, entonces que perdure tu encono y llama enemiga a esta ciudad. Pero, si en la actualidad, como nunca antes, es conveniente que florezca este refugio, ¿por qué somos los únicos en ser excluidos de la alegría del momento presente?

Pienso en todo aquello que hace de ti un filántropo[21]. En 25
primer lugar, eres griego y sobre griegos imperas —pues así me gusta más llamar al que es opuesto a los bárbaros, y no me
hará reproche alguno el linaje de Eneas—[22]. La mentali- 26
dad del bárbaro consiste en sufrir grandes arrebatos de ira, en encolerizarse e imitar la condición de las fieras salvajes,

---

[21] Libanio renuncia a defender a la curia de los cargos imputados, pese a que comparte su postura, y apela a la filantropía *(philanthrōpía)* del Emperador, entendida aquí en su sentido amplio, que engloba el concepto de *clementia* (deber que tiene el monarca de suavizar la dureza de la ley) y de *liberalitas* (preocupación del emperador por el bienestar de sus súbditos). La filantropía es el rasgo principal que diferencia al heleno del bárbaro y, por supuesto, del cristiano. Consúltense G. Downey, «*Philanthrōpía* in Religion and Statecraft in the Fourth Century after Christ», *Historia* 4 (1955), 199-208; J. Kabiersch, *Untersuchungen zum Begriff der Philanthropia bei dem Kaiser Julian,* Wiesbaden, 1960; H.-U. Wiemer, *Libanios...*, págs. 232-236, y el *Disc.* XIX, donde Libanio trata ampliamente el tema de la filantropía, pero esta vez para pedir el perdón de Teodosio, un monarca cristiano.

[22] Aunque, oficialmente, Juliano es emperador de Roma, para Libanio es intelectualmente un heleno. Por el contrario, Juliano no siente el mismo desprecio que nuestro orador hacia la *romanitas*. En *Helios,* 152d explica cómo los griegos civilizaron el mundo habitado y lo prepararon para recibir la dominación romana (cf. también *Banq.*, 324a). En no pocas ocasiones proclama Juliano su romanidad, con expresiones como «nosotros los romanos» *(Ep.* 111, 433d) o «nosotros los descendientes de Rómulo y de Eneas» *(Helios* 153d), a la que parece aludir este pasaje. Véase J. Bouffartigue, *L'Empereur Julien...*, págs. 658-665.

degollando a un pariente en un festín y bebiendo sobre su cadáver. Y si le suplicamos, no conseguimos nada o, incluso, excitamos aún más su cólera. Por el contrario, nuestra principal preocupación consiste en diferenciarnos lo más posible de las bestias; nuestra ira se calma por efecto de las lágrimas, la cólera más ardiente se apaga con los lamentos y olvidamos las afrentas recibidas cuando vemos que el que nos
27 las ha causado está avergonzado. Como nuestra raza está gobernada por tan justa norma, es nuestro deber ser más civilizados que los bárbaros, y tu alma más que todos nosotros. ¿Por qué? Porque, cuando eras adolescente, no te tomaron consigo cazadores, ni te enseñaron, la mayor parte del tiempo, a disparar contra las bestias en los sotos, los montes y los barrancos, y a pasar el tiempo en pugna con leones y jabalíes. Muy al contrario, tu instructor fue un varón lacedemonio[23], sacerdote de justicia, guía de tu educación y versado como nadie en los arcanos del pensamiento homérico y de toda la escuela de sus seguidores, cuya poesía aprendiste cuando eras joven, como era natural a esa edad, pero ahora la comprendes, como corresponde a un fi-
28 lósofo. Por si fuera poco, además de las útiles aportaciones de la poesía, te aprendiste las obras de todos los oradores e historiadores, maestros en muchos aspectos de la vida, cuyo esfuerzo ha permitido que no se desconozca hoy ninguno de los hechos antiguos. Pero, sin duda, el colofón lo pusieron

[23] Se trata de Nicocles, profesor pagano que impartía clases de retórica en Constantinopla y profesor de Juliano durante su estancia en esa ciudad, al cual parece que éste tuvo en alta estima (cf. *Ep.* 1368 de Libanio y Sócrates, *Hist. Ecl.* III 1, 10). Véase también J. Bouffartigue, *L'Empereur Julien...*, pág. 41. Según P. Petit y J. Martin (*Libanios. Autobiographie (Discours I)*, París, 1979, pág. 215) Nicocles no era un sofista (*sophistés*), sino sólo un gramatista (*grammatistés*) o profesor de enseñanza primaria.

los vástagos de los dioses: Sócrates, Pitágoras, Platón[24] y los torrentes que de ellos brotaron. Ninguno escapa a tu inteligencia, que ellos alimentaron e hicieron hermosa y noble, como hacen con los cuerpos los instructores de gimnasia. Ellos te están reclamando hoy que seas bondadoso con nosotros, como labradores que reclaman sus frutos a la tierra.

Hay, empero, unos alguaciles aún más venerables que 29
éstos. ¿De quiénes se trata? Los dioses y deidades que habitan en el Olimpo, o mejor, que conviven contigo; es forzoso que el amigo de éstos sea arrastrado a la filantropía. El trato que tú tienes con ellos no se limita a recibir sacrificios y a revelar algún conocimiento oculto por medio del vuelo de las aves o el sacrificio de corderos, ni se acaba en la mántica, pese a la importancia que ello tiene, sino que del mismo modo que hablamos entre nosotros, así te relacionas
tú con ellos[25]. Fueron ellos quienes te despertaron de tu le- 30
targo agitándote con su mano, y te hablaron de pelotones, del momento oportuno para las campañas, del lugar apropiado para el combate, de a dónde había que dirigir el avance y de dónde se debía partir. También eres tú el único que has contemplado su aspecto externo, bienaventurado espectador de los bienaventurados, y sólo a ti te es dado escuchar la voz de los dioses y, poniéndote en pie, decirles a cada uno aquello de Sófocles: «¡Oh voz de Atenea![26]», o bien:

[24] Estos tres filósofos forman parte de lo que Bouffartigue ha denominado la «biblioteca ideal» de Juliano. *Vid.* J. Bouffartigue, *L'Empereur Julien...*, págs. 51-60. De entre los oradores de esta biblioteca ideal, destaca claramente Demóstenes, y, de entre los historiadores, Tucídides y Heródoto.

[25] En virtud de las prácticas teúrgicas que le enseñó Máximo de Éfeso. Cf. Gregorio Nacianceno, *Disc.* IV 55, y J. Bouffartigue, *L'Empereur Julien...*, pág. 645.

[26] *Áyax,* 14.

«¡Oh palabra de Zeus!», o bien, de Apolo, Heracles, Pan y
31 de dioses todos y todas. Así pues, como se te ha considera-
do digno de tan importante círculo y sociedad, y dado que
acoges en tu casa a tales consejeros, con los que compartes
las deliberaciones sobre las cuestiones de Estado, a nadie se
le oculta que ha sido por similitud de caracteres por lo que
has conseguido que sean, a un tiempo, tus protectores y
amigos. Sin duda alguna, entre ellos se encontraba la diosa
que contuvo a Aquiles cuando estaba encolerizado, aquella
vez que, ocultándose a los demás, se le aparecía sólo a la
32 persona por la que había acudido[27]. Además, Zeus no es
sólo el lanzador del rayo, sino también el protector de los
suplicantes y el melifluo. Por tanto, después de haber de-
sempeñado el papel de Zeus altitonante con los bárbaros[28],
lo cual era justo, muéstrate ahora dulce con nosotros, y acepta
estas súplicas, ya que, ante los bárbaros, imitaste ambas fa-
cultades del dios, cayendo como un rayo sobre los que se te
enfrentaban y no aplicando el hierro a los que te suplicaban.
El comportamiento actual de éstos es tan diferente, como la
tierra que han obtenido a cambio de la que tenían. Por lo
demás, así es como han desaparecido el terror y la violencia.
Ahora sacan su sustento y reciben protección cerca de las
guarniciones que habían asolado previamente.

33 —¡Por los dioses! Cuando Aquiles, a pesar de haber es-
cuchado hablar de la naturaleza de las Súplicas y cómo

hasta los propios dioses son dóciles a ellas[29],

[27] Se refiere a Atenea. Cf. *Il.* I 198-200.

[28] Alusión a las exitosas campañas del César Juliano en las Galias (355-360).

[29] *Il.* IX 497 y 502.

aún así persevera en mantener su cólera, ¿no te enfureces con él, a pesar del afecto que sientes por el guerrero, si, aun cuando estaba emparentado por su linaje con los dioses, no emuló a aquéllos de quienes había nacido, sino que, sabiendo que la peste era obra de Apolo, él mismo impelió a Agamenón a ofrecer sacrificios[30] porque confiaba en que aquellos ritos bastarían para que el dios cambiara de actitud, pero, en cambio, no creyó oportuno deponer su cólera a pesar de que le ofrecían tantos y tan espléndidos regalos[31]; y eso pese a que tenía a mano el ejemplo del dios que, poco ha, había consumido al ejército con la enfermedad, pero que después se había aplacado, cuando los emisarios llegaron y llevaron a cabo los sacrificios[32]? Pues bien, lo que el dios 34
realizó aquella vez en Ilión, todavía hoy lo siguen haciendo él mismo y los restantes dioses diariamente, mostrando clemencia hacia quienes han delinquido pero han recurrido a las súplicas. Porque, si a cada uno de los actos estúpidos que cometen los hombres, los dioses mantuvieran firme su ira y no bastara ningún medio para obtener su perdón, las ciudades quedarían desiertas, porque sólo unos pocos evitarían por completo sus dardos. Por el contrario, creo que los hombres erramos, suplicamos y quedamos sanos y salvos. El hombre divino es exactamente eso, no el que se asemeja a los dioses en su forma, pues no es posible, sino aquel que, estando dispuesto siempre a hacer el bien, no desea continuamente el castigo. Por esa razón, cuando Aquiles conser- 35
va su cólera, nos disgustamos y, como los embajadores que no lograron persuadirlo, nos creemos víctimas de agravio. Sin embargo, nos llenamos de gozo cuando vemos que Pría-

[30] *Il.* I 59-67.

[31] *Il.* IX 122-156 y 264-298.

[32] *Il.* I 457.

mo se encuentra dentro de su tienda, comparte con él la mesa y no deja de obtener ninguno de sus deseos[33]. A este Aquiles sí que lo consideramos en verdad vástago de Tetis y de la mansión de Éaco. Por el contrario, al Aquiles que se complacía en ser duro ya sabes de quiénes dijo Patroclo que era hijo[34], aunque mucho lo amaba.

36 Homero afirma que

incluso ellos, con sacrificios y amables votos se aplacan[35].

Un día vendrá en que los hombres te ofrecerán sacrificios, te erigirán altares y te adorarán, como a Heracles, pues es lógico que el imitador de sus actos alcance también los mismos honores. Pero, en este momento, en lugar de víctimas propiciatorias, humo y grasa, recibes de nosotros esta actitud humilde, ruegos y lágrimas. Dame tu asentimiento, por Atenea, cuya ciudad deseas ver como una segunda Roma, puesto que reverencias a Atenas tanto como a tu propia pa-
37 tria y a la ciudad que es dueña de este vasto imperio[36]. Por tanto, piensa que eran nobles aquellas gestas de estos atenienses: los combates navales[37] que prosperaron en virtud de oráculos y que persuadieron a los bárbaros a contentarse con las antiguas fronteras, o mejor dicho, que les forzaron a reducir aún más dichos márgenes. Sin embargo, lo más glorioso de todo fue su humanidad para con los desafortunados,

[33] *Il.* XXIV 621ss.

[34] *Il.* XVI 34-35: «(...) el garzo mar fue quien te dio a luz / y las abruptas rocas, pues tus sentimientos son implacables.»

[35] *Il.* IX 499-500.

[36] Constantinopla, patria de Juliano, y Roma respectivamente. Como cuna de la civilización helénica, Atenas tenía un sentido especial para Juliano. Cf. *supra, Disc.* XII 35-37; XIII 18-19, e *infra, Disc.* XVIII 27-30.

[37] La batalla de Salamina.

en virtud de la cual combatieron contra otros en defensa de
aquéllos a quienes poco ha se habían enfrentado. Sufrieron 38
daño por parte de los tebanos y, a pesar de ello, acudieron a
la carrera a Haliarto para liberarlos[38]. No fue más moderado
el trato que recibieron de los corintios y, con todo, los soco-
rrieron porque habían sufrido agravio[39]. Incluso, salvaron
Esparta[40] después de lo de Critias y Dracóntides[41], la des-
trucción de la muralla, el apresamiento de las trirremes, la
abundante cicuta, los destierros, la famosa hambruna y los
asesinatos. Atravesaron el asolado territorio de Eleusis en
dirección al Peloponeso con la intención de no permitir que
Lacedemonia fuera destruida. Porque como los lugareños 39
consideran que Piedad es una divinidad, cuyo altar has con-
templado en Atenas[42], Señor, no les está permitido guardar
rencor por los yerros de quienes los llaman y necesitan su
ayuda, sino que, o bien tienen que derribar el altar, o bien
reconciliarse. Por tanto, imita a esta ciudad a la que ha he-
cho ilustre su compasión hacia quienes la injuriaron. Mejor
aún, déjate llevar por tu propia filantropía, pues no podría
decir nada más grande que esto. Pero si, por ventura, aún no 40
soportaras con facilidad el desvarío de tus súbditos, podría
hablarte de cómo Jerjes dejó libres a los espías y a los que
se ofrecieron en lugar de los heraldos[43], y de cómo a Te-

---

[38] Cf. Jenofonte, *Helénicas* III 5, 5-22.

[39] *Op. cit.*, IV 2, 17; 5, 3.

[40] Tras la invasión de Lacedemonia por los tebanos en el 370 a. C. (*op. cit.*, VI 5, 33 ss.).

[41] Alusión al régimen de terror de los Treinta Tiranos y las duras condiciones de paz impuestas a Atenas por Esparta tras su derrota en la Guerra del Peloponeso en el año 404 a. C. (*op. cit.*, II 2, 10 ss.).

[42] Sobre el altar de Piedad en Atenas, cf. Pausanias, I 17, 1.

[43] Jerjes perdonó la vida a tres espías griegos capturados en Sardes (cf. Heródoto, VII 146). Ya nos hemos referido al perdón de los espartanos Espertias y Bulis *supra*, n. 80 al *Disc.* XII.

místocles, su más encarnizado enemigo, lo consideró como amigo y, además de no castigarlo, incluso le entregó como presentes Lámpsaco, Miunte y Magnesia[44], y ello después de aquellas célebres batallas navales, todas ellas inferiores a aquélla con la que nada es comparable y gracias a la cual Salamina fue llamada «divina» por el dios pítico. Y a mí me parece que la actitud de Jerjes se debía a su magnanimidad y no era el pago por las esperanzas que había concebido de esclavizar bajo su poder a los helenos. Pues no habría podido pensar que el traidor a su propia patria iba a ser honesto
41 con el bárbaro. Después de Jerjes, te podría hablar del moloso Admeto[45], que, aunque con todo el placer del mundo hubiera capturado a ese mismo hombre para matarlo, cuando lo prendió y lo tuvo en su poder, no lo entregó a quienes lo reclamaban e hizo lo posible para que pudiera marchar al
42 lado de quienes deseaba. También te narraría la historia de Filipo, el hijo de Amintas, y de Alejandro, el de Filipo, de los que el primero, tras haberse apoderado de los atenienses que pretendían restituir a Argeo, los despachó como si le hubieran hecho un favor, sin dignarse siquiera a quedarse con el botín que la victoria había puesto en sus manos[46]. Por su parte, Alejandro, a pesar de que había sufrido numerosas injurias por parte de los oradores de Atenas, los cuales perjudicaban sus intereses, agitaban al pueblo, lo llamaban

---

[44] Episodio narrado por TUCÍDIDES, I 136-138.

[45] *Ibidem.* El rey Admeto, en lugar de entregar a Temístocles, acusado de conspirar contra Grecia en favor del rey persa, a los embajadores espartanos y atenienses, lo respeta en su calidad de suplicante y lo envía, por tierra, a Macedonia.

[46] Filipo II perdonó a los atenienses que, al mando de Mantias, apoyaron a Argeo, su competidor en el trono de Macedonia. Cf. DIODORO SÍCULO, XVI 3-4, y DEMÓSTENES, *Contra Aristócrates* 121.

«Margites[47]», se burlaban de él y lo menospreciaban, cuando se convirtió en dueño de todo el poder, podría haberlos degollado de haberlo deseado. Sin embargo, al recibir una embajada, lo dejó estar e, incluso, concedió una gracia tan importante a Demades, el hijo de Demeas[48].

Podría traer a la memoria a éstos y a muchos otros, si tus 43
propios actos no hubieran sido aún más ilustres. Lo cierto es que me has ahorrado la tarea de compilar antiguos ejemplos porque ya antes tomaste medidas que ahora nos afectan a nosotros. ¿No es cierto que tú eres aquel emperador que, a quienes habían afilado las espadas contra su persona y habían meditado cómo y cuándo había que frustrar la dicha general, aunque tenía las pruebas y les había censurado, con todo, no les arrebató la vida, hecho por el cual causó más asombro al mundo que por sus trofeos[49]? Entonces tu filantropía tenía como costumbre soportar las faltas de sus súbditos. Manténme ahora inamovible este hábito y suma otros
méritos a los que ya te han aportado renombre. Pues no vas 44
a pactar con una ciudad completamente depravada ni caracterizada por su demencia, su audacia, insolencia y los peores vicios. Éste es el motivo por el que accedí a asumir su defensa, porque consideraba su comportamiento anterior excusa para estos hechos recientes. De entre los hombres, al que es completamente malvado y a quien piensa que la maldad le va a resultar más provechosa que la moderación, hay que aborrecerlo y aniquilarlo a causa de la trayectoria de to-

[47] Personaje de proverbial estupidez que da título a un poema épico falsamente atribuido a Homero. Cf. Luciano, *Hermótimo* 17.

[48] Cf. Diodoro Sículo, XVII 15, Esquines, *Contra Ctesifonte* 160, y Plutarco, *Demóstenes* 23.

[49] Cf. *supra*, *Disc.* XII 84, *infra*, *Disc.* XVI 19 y *Ep.* 1120, 3. No hay que confundir este caso con el complot de Juvenco y Máximo (cf. *infra*, *Disc.* XVIII 199), ya que éstos sí fueron ejecutados.

da su vida. Por el contrario, al que es moderado en su totalidad, pero ha caído en falta, sería natural que cualquiera se compadeciera de él y le prestase su apoyo[50].

45 Esta ciudad, para dejar de lado los hechos más antiguos,
cuando se enteró de tus batallas y victorias a orillas del Rin,
de tus producciones literarias, así como del resto de tus cua-
lidades, no suplicó públicamente a los dioses que la tierra
toda llegara a ser tuya, pues no le era posible, pero cada uno
de los que sentían este deseo, individualmente o por grupos,
no cesaban de pedir a Zeus que pusiera fin a la situación que
arruinaba el Imperio y que le entregara el poder a su futuro
46 salvador. Cuando desde Cilicia llegaba ya esta noticia, ya
aquélla[51], se ponían lívidos ante la que les anunciaba su re-
cuperación, pero la contraria era motivo de fiesta y, en se-
47 creto, unos a otros se hacían señas de júbilo. No con la
misma fuerza han deseado tocar tierra los marinos que han
tenido una mala navegación, como éstos probar tu medicina.
No de igual modo anheló contemplar un anciano padre a to-
da su prole, que tuvo que partir de viaje, como esta obstina-

[50] Nuestro autor miente conscientemente, ya que Antioquía era, junto con Alejandría, una de las ciudades más revoltosas del Imperio. Numerosos fueron los altercados vividos en esta ciudad antes y después de Juliano. Especialmente graves fueron el linchamiento del *consularis Syriae*, Teófilo, durante la hambruna del 354 (cf. *Disc.* I 103 y Amiano, XIV 7, 5-8 y XV 13, 2) y la Revuelta de las Estatuas del 387 contra Teodosio (cf. *Disc.* XIX-XXIII). Otros altercados se produjeron durante la revuelta de Eugenio contra Diocleciano, en el año 303 (cf. *Disc.* I 3; XI 158-162; XIX 45-47 y XX 18-20). Cf. el juicio negativo de Ausonio, *Ordo urbium nobilium* 4-5: «Ambas (Antioquia y Alejandría) son turbulentas por su plebe y poco sanas por el tumulto de su populacho demente». Véanse H.-U. Wiemer, *Libanios...*, págs. 236-237, y R. Browning, «The Riot of A.D. 387 in Antioch. The Role of the theatrical Claques in the Later Empire», *Journ. of Roman Stud.* 42 (1952), 13-20.

[51] Alusión a la muerte de Constancio, acaecida en Mopsucrene de Cilicia. Cf. *supra,* n. 63 al *Disc.* XII.

da ciudad ver tu cabeza; ni los esclavos que acudiera en su auxilio la ayuda de Heracles, como nosotros que tu realeza, en principio humilde, se extendiera al mundo entero[52]. Una 48
vez que aquel reinado tocó a su fin, tu poder creció y la ocasión te dio la oportunidad de poner de manifiesto tu forma de pensar, los dioses escucharon un griterío de júbilo cual nunca antes, pues los hombres no sólo abarrotaban el teatro, sino también las faldas de la colina, y cada una de las mujeres, según es su costumbre, se sumaba mandando desde casa su bendición. A partir de aquellos acontecimientos, si al- 49
guien había que soñara con una involución, perdió sus esperanzas y juró a orillas del Orontes fidelidad a tu poder. En efecto, como diría un poeta, el ejército y la corriente del río fluían radiantes al unísono.

Todo esto es de dominio público, pero para lo siguiente 50
debes fiarte de mi palabra. En Éfeso una persona iba a recibir castigo por su afecto hacia ti y también aquí alguien[53] era objeto de sospechas y se esperaba su apresamiento. Porque también en este lugar había quienes nos informaban de tu carácter y nos enseñaban lo que sabían, de modo que eran numerosos los que te seguían seducidos por su afecto hacia

---

[52] A pesar de la insistencia de Libanio, no está demostrada la existencia de un partido pagano políticamente activo y organizado en Antioquía, ni en tiempos de Constancio ni después. La prueba fundamental es la ausencia total de persecuciones o disturbios por problemas religiosos en esa ciudad. Como es natural, con motivo de la usurpación de Juliano, Constancio debió de tomar medidas contra los partidarios declarados de éste, como Máximo de Éfeso (cf. *infra*, par. 50), por cuya suerte manifiesta Juliano sentir un gran temor en *Ep.* 26, 415a-b. Véanse A. González Gálvez, «Paganos en tiempos de Teodosio. El discurso II de Libanio» en el volumen colectivo J. González (ed.), *El mundo mediterráneo*, Madrid, 1999, págs. 75-80, y P. Petit, *Libanius et la vie...*, págs. 203-206.

[53] Tal vez se trate del propio Libanio, como propone Wiemer (*Libanios...*, pág. 238) apoyándose en *Disc.* I 120.

51 ti. ¿Deseas que llame como testigo de ello a aquel que ha sido distinguido por ti hace tiempo en tu casa, a continuación con vuestra correspondencia y por último con su actual cargo[54]? ¿O, por ventura, nos desautoriza a mí y a mi testigo el hecho de que seamos ambos ciudadanos de aquí? Es cierto que nosotros pertenecemos a este pueblo, Alteza, y que nos unen a éste lazos de parentesco, pero, con todo, jamás sería tan fuerte nuestro afecto hacia la patria y el parentesco co-
52 mo para anteponerlos a la verdad y a ti. Mas, ¿para qué pierdo el tiempo con esto, si tengo a mi disposición el testigo más digno de confianza que existe y al único que no podrás rechazar? ¿Cuál es ese al que me refiero? Tú mismo. Porque hace poco, cuando hacías reproches a la ciudad ante mí, decías: «Yo tenía el proyecto de convertir Antioquía en una ciudad de mármol[55]». Pues así lo dijiste, con estas palabras. Así pues, viniste aquí porque sentías afecto por ella. Y si la amabas, le dabas tu aprobación. Por tanto, dabas tu aprobación no a una enemiga, sino que estabas respondiendo a su afecto. Porque, cuando residías en Occidente, no te pasaban desapercibidos los asuntos de Oriente, ni tampoco quién era amigo de lo peor y quién anhelaba lo mejor. Por consiguiente, el embellecimiento de la ciudad que estabas proyectando era testimonio de que ésta había elegido tu par-
53 tido. Posiblemente, alguien te informó de que, entre otras cosas, permanecían en pie entre nosotros numerosos e imponentes templos, lo cual ponía de relieve la piedad de sus habitantes, en la idea de que había quienes deseaban acabar

[54] Celso 3, natural de Antioquía y antiguo alumno de Libanio en Nicomedia, fue *praeses Ciliciae* en el 362 y *consularis Syriae* en 363-364. Cf. *infra*, n. 133 al *Disc.* XVIII.

[55] Cf. *infra, Disc.* XVI 53. Esta frase, fuera o no pronunciada realmente por Juliano, es una cita literaria de SUETONIO, *Vidas de los doce Césares* II 28, a propósito de las obras de Augusto en Roma.

con ellos, pero se salvaban los que aún no se habían hundido gracias a la lucha de quienes estaban afligidos por su destrucción.

¿Qué ocurre, pues? ¿Vamos a olvidar todo aquello fi- 54
jándonos en ese único defecto y se va a imponer un acto irreflexivo a aquellas muestras de virtud? Júzganos como los lacedemonios[56]. Sopesa los pros y los contras y dale importancia a lo que tenga más peso. Acuérdate de tu propia costumbre sobre los que mienten, que dice: «si alguno de mis camaradas miente una sola vez, lo soportaré. Si por segunda vez osa caer en lo mismo, también lo toleraré. Aun cuando por tercera vez sea sorprendido faltando a la verdad, aún no me será odioso. Pero si suma una cuarta vez, entonces lo echaré de mi lado». Sin embargo, no es necesario que a nosotros nos concedas el perdón tres veces, sino solamente ahora. Después, nuestro comportamiento contigo será impecable. Pues la presente aflicción nos servirá de estímulo para comportarnos sobriamente. A continuación pre- 55
guntarás: «¿Qué es lo que teméis? ¿Qué confiscación de bienes, qué destierro, qué ejecuciones?[57]». Te estás burlando de hombres sumidos en el infortunio, Señor. ¿Qué estás diciendo? No confiscas, ni asesinas ni destierras, pero nos odias, nos consideras enemigos tuyos y nos abandonas. Y ése es el mayor castigo. Pues con frecuencia vas gritando acusaciones contra la ciudad en el mismo sentido: «Huyo de una ciudad repleta de todos los males: insolencia, embriaguez, incontinencia, impiedad, codicia y osadía. Me marcho a una ciudad más pequeña, porque he decidido condenar la

---

[56] En su nota a este pasaje, Norman conjetura que Libanio se está refiriendo al episodio narrado por Tucídides (V 63), en el que los espartanos dieron una segunda oportunidad al rey Agis, tras su fracaso en el sitio de Argos del 418 a. C.

[57] Cf. *Misop.*, 364c.

56 idiosincrasia de esta que es más poderosa[58]». Por consiguiente, si de forma tan manifiesta permites que sigamos viviendo y nos difamas públicamente diciéndonos las cosas que no has querido hacernos, ¿crees que va a quedar oculto el medio por el cual nos castigas, como si hoy fueras publicando que yo soy el más sacrílego del mundo y enemigo tuyo, y, a continuación, pretendieras que te debo un favor porque no he perdido la vida? En ese caso yo te respondería: «Te estás burlando, Señor, y, como has hallado un castigo mayor que la muerte, quitas importancia al asunto. No me hagas favores de este tipo ni me concedas la vida al precio de hacérmela vergonzosa. Mejor crucifícame, arrójame al mar. Que se diga que no estoy en mi sano juicio, pero, ¿no es cierto que no tienes intención de eliminarnos en este momento para poder causarnos una aflicción mayor? En numerosas ocasiones, Majestad, la vida puede llegar a ser
57 más amarga que la muerte.» Quizá la ciudad te diga: «Lleva a cabo las confiscaciones y las ejecuciones. Si es tu deseo, sepúltame bajo tierra. El llanto durará un solo día. Pero la calamidad actual, ¿cómo la soportaré cuando se alargue año tras año?» Nuestra ciudad es abominable, como el puerto de los cirreos[59]; está maldita, como el famoso Pelásgico[60], y en este día corre peligro nuestra libertad de palabra. Porque lo mismo que un hombre que ha sido condenado por ejercer la prostitución ha perdido la respetabilidad, nuestra ciudad ha quedado muda si persistes en tu cólera. ¿Pues dónde y ante quiénes podremos vanagloriarnos, ya sea que vengan a visitarnos o que nosotros salgamos fuera? Está cerrado para

[58] *Ibid.* 364d y 370b.

[59] Cf. Esquines, *Contra Ctesifonte* 36, 107.

[60] Muro ciclópeo de la Acrópolis ateniense, cuya construcción se atribuía a los pelasgos, que quedó maldito a raíz de la expulsión de éstos por los atenienses. Cf. Tucídides, II 17, y Heródoto, VI 137.

nosotros cualquier puerto o continente, cualquier nación. Y
los emigrantes se verán obligados a ocultar de dónde son y a
fingir nuevas nacionalidades. A los asesinos se les encuen- 58
tran medios para purificar sus crímenes y, con evitar la pa-
tria de la víctima y dirigirse a otro lugar, un criminal podrá
hallar a quien lo socorra y consuele. Pero nuestro mal en-
contrará enemigos por doquier y el mundo entero imitará tu
odio; cada vez que un extranjero venga a nosotros, atravesa-
rá deprisa la ciudad como quienes cruzan las ciudades que
son víctimas de la peste. Este hecho no pasará desapercibido 59
a los etíopes de ambos lados[61], ni a los germanos, ni a los
escitas ni a los que quedan de los persas. Porque el lustre del
enfurecido no permite que sus odiados pasen desapercibi-
dos. Por añadidura, la grandeza de la ciudad que sufre tu
odio da mayor trascendencia al rumor. Pues, si hemos sufri-
do un tropiezo, también hemos sido condenados. Ten en
cuenta que nos situamos detrás de las dos ciudades más im-
portantes, y para nuestra ciudad supone un castigo su mismo
renombre. De modo que el mal que dicen oprimió a Calíxe-
no[62], perecer de hambre aborrecido de todos, es el que les
sobrevendrá a cuantos de nosotros se dejen ver en cualquier
otra parte, cuando todos nos repudien, nos rechacen, nos
expulsen. Y, sin embargo, todavía no será tan grande el in- 60
fortunio que se abatirá sobre unos pocos que se desplacen a
otro sitio, como la necesidad de que la ciudad entera vea
desvanecerse su seguridad. Porque es imposible que, siendo
humanos, gocemos eternamente de buena fortuna, sino que
la hambruna, la peste y otras calamidades aún mayores, las

[61] Heródoto, VII 70 diferencia entre los etíopes occidentales, o de Libia, y los orientales, de Asia, que vivían a orillas del mar de Omán.

[62] Calíxeno fue el acusador en el famoso proceso a los estrategos de las Arginusas (año 406 a. C.). Cf. el relato del proceso en Jenofonte, *Helénicas* I 7.

que causan los seísmos, azotan las ciudades. En tales circunstancias, sólo hay un remedio para los damnificados: la buena disposición de los vecinos. Si nos la arrebatas, anulas nuestra única esperanza. ¿Que cómo se anula? Si los damnificados tienen fama de malvados. Pues todo el mundo acostumbra a regocijarse de lo que les suceda a los tales, no a
61 socorrerlos. ¡Vaya si son insignificantes y fáciles de soportar los castigos que nos impones, cuando haces que todos los hombres nos declaren una guerra común, en virtud de la cual, mientras la ciudad permanezca en pie, tendrá que verse humillada y, cuando caiga en desgracia, no tendrá a quienes
62 la socorran! ¡Sea! Ésta es la actitud que tomarán hacia nosotros nuestros vecinos y la humanidad entera. Sin embargo, ¿no te parece que tus hijos y los hijos de tus hijos heredarán, junto con el trono, tu odio hacia nuestra ciudad? ¿No piensas que honrarán a otras mientras que a ésta la despreciarán
63 y le causarán el mal por todos los medios? Yo estoy persuadido de que, en tanto permanezca incólume el presente régimen político, también habrá de mantenerse eternamente el despecho de los sucesivos monarcas contra la ciudad. Y si, en nuestra desgracia, nos atrevemos a quejarnos de agravio, al punto se nos responderá lo siguiente: «¿No son éstos los que hicieron montar en cólera al más dócil de los príncipes y consiguieron que le resultase amarga su ciudad y que tuviera que buscarse otros lugares como cuartel de invierno? ¿Así es que los que hace tiempo tendrían que haber perecido se creen que sufren terribles agravios si no se les permite lucrarse? ¿Es que nadie va a hacer que esta tirana sea pequeña en vez de grande y sus habitantes pobres en vez de ricos?»
64 Por tanto, Señor, cuando siembras contra nosotros una hostilidad incesante, por culpa de la cual tendremos como enemigos a todos los prefectos y a todos los gobernadores, puesto que tratarán de complacer a los emperadores causán-

donos daño, ¿intentas convencernos de que esto no es un suplicio? Porque, ¿qué responderemos cuando nos pregunten que de dónde procede este odio? ¿Tendremos que echarte la culpa entonces? Sin embargo, tu naturaleza no admite censura, y la virtud del acusador se vuelve en contra de los acusados. Pues, del mismo modo que se ven obligados a ca- 65
llar quienes, a través de los oráculos, son expulsados por los dioses de sus templos, en la idea de que han sido refutados por quienes todo lo saben, de igual forma, aquellos a los que señales como perversos no tienen la posibilidad de alegar que son víctimas de una calumnia. Por tanto, nos vemos condenados por tus propias cualidades, Señor. Tú no ejecutarías a ninguno de nosotros, ni nos privarías de hacienda y patria, ni podrías ser diferente de como eres. Pero veo que, 66
en este tipo de desgracias, la comunidad evita la responsabilidad, ya que los reproches recaen sobre quienes las sufren. Pero lo que tú quieres hacer cubre con su castigo a la ciudad entera. Pues lo primero significa poner en evidencia que hay unos cuantos malvados en una ciudad que es honesta, pero en el segundo caso la perversidad se extiende al conjunto.

Me asombra que te resulte sorprendente que no se go- 67
biernen correctamente las ciudades a las que durante tanto tiempo les ha tocado en suerte un maestro como aquél[63]. ¿Pues no estaba todo lleno de confusión, abandono y despreocupación? ¿No es cierto que las leyes no eran sino letra muerta, se vendían los cargos y los súbditos tenían la potestad de ser más poderosos que sus gobernantes, enviándoles regalos por la tarde y casi fustigándolos desde el amanecer? ¿No era objeto del más absoluto desprecio el gobernar con

[63] *Sc.* Constancio II, cuyo reinado es presentado sistemáticamente por Libanio como una época de corrupción generalizada.

justicia, mientras que cobrar un salario recibía todos los aplausos? ¿Acaso no había quedado sin vigencia la nobleza y no se imponía lo placentero? ¿No es verdad que el malva-
68 do tenía poder para no rendir cuentas? Entonces, ¿de qué hay que asombrarse si, al haber una licencia tan grande para la perversión, por las circunstancias le haya sobrevenido algún daño al carácter de las ciudades? ¿O es que no va a ser posible que los discípulos de los malos maestros se conviertan en hábiles artífices de discursos, pero sí se puede dar el caso de que el mundo entero se comporte moderadamente cuando reina un pelele? ¿Pero es que con la impericia de los pastores los rebaños se corrompen y, en cambio, las ciudades se instruyen con la indolencia de los emperadores? Tal sea el auriga que pongas al frente de tus caballos, así espera
69 que sea tu carro. ¿Por qué razón tenemos por dichosa la tierra en el momento presente? Porque se apresta a proporcionarle sus cuidados un médico excelso. Sin duda, estamos de enhorabuena porque vas a cambiar el carácter de las ciudades y a hacerlas mejores. Luego, ¿por qué hay que admirarse si has encontrado fallos por poner fin a los cuales ahora eres celebrado? Es corriente que se compre un caballo cuya educación se ha descuidado, confiando en corregir sus defectos con la propia técnica. Por tanto, si esta persona, al subirse por vez primera en el animal, se indigna porque no ve que todo esté en estado óptimo, ¿no te parece que con razón tendría que oírle decir, si tomara la voz por obra de Hera[64]: «¿No me compraste a pesar de que lo sabías y no tenías la intención de acabar con mi indisciplina por medio de los conocimientos que tienes? La doma requiere tiempo y dedicación, y, cuando cumplas con estos requisitos, tal vez
70 me mostraré mejor.» Todos hemos llevado una vida licen-

[64] Cf. *Il.* XIX 407.

ciosa durante el tiempo de la anterior permisividad, Emperador. Ahora nos encaminamos a un yugo más severo. Trataremos de sobrellevarlo. Perdónanos estas minucias y nos harás lo suficientemente buenos como para no necesitar que nos perdones. Es evidente que no te pedimos nada nuevo, sino que ya has comenzado a disculparnos. Acuérdate de aquel día en el cual nos llamabas malvados y, con todo, consentiste en salvarnos. «Han cometido una falta, pero que reciban comida. Me han causado hondo pesar, pero que no pasen hambre. Entrégales diez mil medidas de trigo y añade otras tres mil[65]». Esta actitud era propia de quien se calma- 71
ba, no de quien sentía un odio irrevocable; era la conducta de alguien que confiaba en un cambio. Porque, a no dudarlo, no ibas a proteger activamente a una ciudad incurable, a no ser que también fuera la reacción de un hombre lleno de odio aquella vez que intentaste contener la desmesura de las lluvias y librar nuestra tierra de los peligros que de ellas se derivan, cuando a cielo abierto, de pie junto al altar, acogiste en tu cuerpo aquella enorme tromba de agua, mientras los demás estaban todos guarecidos bajo una techumbre de reciente construcción temiendo no fuera que, por prestar tu auxilio a las cosechas, necesitaras un médico[66]. Pero nada te
impidió auxiliarnos. Así es como desdeñas a la ciudad, en 72
favor de la cual te tomabas aquel trabajo, pues yo personalmente pude verlo. Preguntabas a los dioses si llegaríamos tranquilos al verano, para, en el caso de que algún mal fuese conocido con antelación, rechazarlo por los medios que acostumbrabas. ¿Y, a pesar de ello, vas a contemplar impa-

[65] Cf. *supra*, n. 9.

[66] Episodio narrado también en *Disc.* XVIII 177. Sin embargo, como se nos dice allí, la plegaria de Juliano tenía como objetivo poner fin a los terremotos que asolaban Constantinopla, no acabar con las lluvias de Antioquía, como, de forma interesada, sostiene aquí nuestro sofista.

sible cómo haces perecer de angustia a aquellos por quienes te esfuerzas para que no sean aniquilados? ¿Nos quitas el hambre y nos das a cambio sufrimientos? ¿Es tu deseo que permanezca en pie la ciudad por no considerarla insignificante, pero la cubres de vergüenza como si te importara un bledo?

73 «Pero, sea como sea, es preciso que recibamos castigo.» Ya lo hemos recibido, Señor, bien grande y largo. Éste es el quinto mes de nuestra sanción[67]. Tristes, sombríos y cabizbajos nos pasamos la vida no mejor que los presos, con el alma herida, la confusión cubriendo nuestros rostros, como los que deploran la prematura muerte de sus hijos, vertiendo lágrimas, gimiendo, odiándonos a nosotros mismos, el suelo, el aire, el agua, las casas, a los que con nosotros se topan, evitándonos los unos a los otros, fustigándonos por la
74 noche y lamentándonos con el día. Alejandro[68] salvó nuestra ciudad. La salvó, no podría expresarlo de otra manera, pero con amargas palabras que zahirieron a la curia, que hirieron al pueblo, y no por causa de sus errores diarios, pues cada cual se animaba a sí mismo a respetar la justicia, sino por aquel único fallo puntual que te exasperaba. Y cuando se celebraba la reunión colectiva, con los demás te mostrabas amable, pero con nosotros más violento que un torrente, de manera que nuestra vida se hizo como la de los cimerios de aquel tiempo, en las tinieblas y en una noche continua[69].
75 Nos parecía que para nosotros no se levantaba el sol. ¿Qué más castigos buscas ya para personas que están consumidas

[67] Sin duda, alude a la composición del *Misopogon*, escrito en respuesta a las burlas de los antioquenos. Cf. la introducción.

[68] El cruel Alejandro 5 de Heliópolis fue nombrado *consularis Syriae* por Juliano precisamente como castigo a Antioquía (cf. AMIANO, XXIII 2, 3). Fue depuesto por Joviano a finales del 363.

[69] Cf. *Od.* XI 14-19.

por el dolor? Concédenos, pues, el perdón; concédenoslo, Señor, aunque no por todas nuestras faltas sin distinción, sino sólo por cuantas nacen del asunto de los víveres. Los disturbios ocurridos en las carreras hace ya tiempo que te los tomaste a broma. Sin embargo, nosotros trataremos de castigarlos, pues no hemos cejado en nuestro empeño de seguirles la pista a aquellos miserables[70]. Y no estamos lejos de capturarlos. Así es que, perdónanos, por los dioses, por las divinidades, por tus trofeos, por la mismísima filosofía. Vienes después de haber realizado grandes gestas. Que también sea este perdón una gran hazaña. Corona tus victorias con la filantropía y no hagas que nosotros seamos los únicos que lloremos en esta fiesta común de la humanidad.

«Nosotros somos los que te odiamos a ti y tu realeza.» 76
¡Hasta esto hemos tenido que escuchar, Helios! A medida que tus empresas iban teniendo éxito, conforme a lo esperado, y aún no se nos mostraba la noticia de tus hazañas, lo dejábamos todo y nos aplicábamos a las súplicas, tanto los niños como los ancianos y las mujeres, reunidos en un principio por tribus. A continuación, los grupos se convirtieron en una masa compacta, cruzaron el ágora suplicando abiertamente, franquearon las puertas de la ciudad con gritos aún mayores y terminaron invadiendo, con el mayor alboroto, la llanura destinada a los ejercicios militares. Cuantos de nosotros tenían conocimiento de lo divino, también tomaban parte y se dirigían a los altares, agasajando de todas las maneras posibles a quienes tenían en su mano concederte la victoria. Si este es el comportamiento de quienes te odian, ¿cómo serán entonces sus muestras de afecto? Concedamos 77

[70] El gobernador Alejandro abrió una investigación para capturar a los responsables de los anapestos, así como los culpables del fracaso del edicto de precios máximos.

que hay algunos que están disgustados por alguna de tus acciones. Pero es que también algunos hijos lo están con sus padres. ¿Y podría haber algo más dulce que los padres? ¿Y cómo es tu relación con los de Tarso[71], Majestad? ¿Ninguno de ellos va a hablar con más rudeza? ¿Y qué oráculo te lo puede garantizar? ¿Qué ocurrirá, pues, cuando se le escape un taco a un herrero o a un zapatero, lo cual es común en ese tipo de gente? ¿Buscarás otra ciudad y de nuevo otra? ¿Y la decisión de dónde has de poner los cuarteles de invierno dependerá de tus súbditos? Que jamás tengan un poder tan grande. Al contrario, establécete entre quienes lo desean para causarles una alegría y entre los que no lo desean para que aprendan a quererlo. Porque es preciso que todos cumplan con sus obligaciones, los que voluntariamente quieran, por convencimiento, y los que no lo deseen, por la fuer-
78 za. Si, por azar, fueras sofista nuestro —y, si no fueras nuestro más grande y divino bien, ahora, sin duda, rivalizarías conmigo—, y, a continuación, uno de tus alumnos se mostrase indolente, ¿acaso lo tolerarías? No es posible, sino que entraría en escena el látigo. De igual modo, que toda ciudad aprenda también ahora a tolerar la estancia de su
79 Emperador. Sin embargo, estas admoniciones se deben aplicar sólo a quienes se molestan por tales cosas, pues nosotros hace tiempo que estamos acostumbrados a convivir con el Emperador y ahora lo que pedimos es no ser despojados de este privilegio. Te lo suplica una ciudad que tiene la raza de Ínaco, el cual anduvo errante en busca de Ío; te lo suplica una ciudad que participa del linaje de los atenienses, una ciudad de los macedonios, ciudad de Alejandro, que reco-

[71] Juliano amenazó con pasar por Tarso a su regreso de la campaña persa y dejar de lado Antioquía. Cf. *infra, Disc.* XVI 53 y n. 1 a este mismo discurso.

rrió el mismo camino que tú y cuya fuente, de la que bebió con placer, le causó maravilla[72]; te lo suplica una ciudad que pone a tu disposición la alianza de numerosos dioses, a los cuales has sacrificado, a los que has invocado y en compañía de los que te has puesto en campaña: Hermes, Pan, Deméter, Ares, Calíope, Apolo y Zeus, tanto el de la colina como el de la ciudad[73], en cuyo templo entraste como cónsul y del cual saliste confiado; tienes contraída una deuda con él. Tengo escritos tuyos que están depositados en la casa del dios[74]. Ven para llevar a cabo los sacrificios, paga tu deuda y, tras realizarlos según lo establecido, quédate aquí.
Imagina que estás escuchándoles decir a ellos mismos estas 80
palabras y piensa que los estás viendo en este momento. Posiblemente, incluso los veas a tu alrededor presididos por Zeus, que, al sorprendernos temblando mientras tú estás ya en el combate, nos animó y nos dio confianza con una prueba manifiesta. Fue la siguiente. Cierta persona capturó un cisne en la ribera del lago[75] y se lo llevó a ofrendarlo al dios. El animal no tenía rotas las alas, pero había perdido su vigor, como suele suceder con los cisnes cuando se ven pri-

---

[72] Resumen de los hitos más importantes de la historia de Antioquía, que Libanio desarrolla en su *Disc.* XI: el asentamiento de los hombres de Ínaco cuando buscaban a Ío (§§ 44-49); el establecimiento de colonos atenienses procedentes de Antigonia (§§ 58; 92 y 163-164); la fundación de la ciudad por el macedonio Seleuco I (§§ 84-93) y la llegada de Alejandro, que dio el nombre de su madre Olimpíade a una fuente de aguas dulcísimas (§§ 72-76).

[73] Divinidades veneradas en Antioquía, entre las que el sofista ha olvidado a Ártemis. Zeus Casio es el de la colina y Zeus Filio el de la ciudad.

[74] Se trata de los *vota publica* que prestó Juliano, el 3 de enero del 363, al entrar como cónsul en el templo de Zeus Filio. El oficiante recogía por escrito en unas tablillas el contenido de los votos. Cf. H.-U. WIEMER, *Libanios...*, págs. 243-244.

[75] Sobre el lago de Antioquía, *vid. Disc.* XI 27 y 259-261.

vados de la libertad de las marismas y se someten a los
81 hombres. Todo el tiempo se encontraba en el suelo sin tratar de volar. Pero, al séptimo día del comienzo del mes, cuando se celebraba un sacrificio, en el momento en que el fuego sagrado era introducido en el santuario, el cisne se levantó en el aire revoloteando tres veces alrededor del templo, por debajo de las propias cornisas, y, tras elevarse a las alturas, puso rumbo hacia Oriente. Al instante, se produjo un griterío de alegría, saltos y vueltas de campana por el recuerdo de la metamorfosis de Zeus, quien se transformó en este ave para engendrar a Helena[76]. A todos les parecía que se apre-
82 suraba para ayudar a destruir el ejército persa. Él habla ahora en mi favor, pues desea que se produzca la reconciliación para la ciudad y, para mí, la fama de ser reconocido como el que te persuadió. Por tanto, no me deshonres ni pongas en evidencia a un sofista que ha sido condecorado por un decreto tuyo[77]. Me concediste el grano cuando yo te lo pedí[78]. Pon fin a tu cólera ahora que te lo pido. No te canses de honrar a un hombre que muchas veces ha perdido el sueño por sus desvelos hacia ti, ni con las manos vacías me devuelvas a mi patria humillado, sonrojado, con el rostro tapado, lleno de vergüenza ante mis conciudadanos, los presen-
83 tes y los ausentes. Cuando ellos se adelanten a preguntarme: «¿Le hemos persuadido, embajador?» ¿Qué debo responder? En ese momento necesitaré una máscara o ¡por Zeus!

[76] Zeus se unió a Leda, madre de Helena, metamorfoseado en cisne.

[77] Libanio no se refiere a ningún nombramiento oficial, ya que no hay pruebas de que Juliano le ofreciera un cargo, sino al episodio narrado en *Disc.* I 131. Antes de partir hacia Persia, Juliano declaró a Libanio sofista por sus discursos y filósofo por sus actos, palabras que alegraron a Libanio más que cualquier regalo.

[78] Libanio se atribuye el éxito de convencer a Juliano para que ayudase a Antioquía durante la hambruna del 362. Cf. *Ep.* 824.

al menos la noche para poder entrar, cuando la ocasión permita disimular el rubor de mis mejillas. Y, una vez haya llegado a casa, me tendré que quedar en ella encerrado, porque no podré soportar que los que me vean me señalen, a quienes a su lado estén, como el fracasado. Pero todavía tengo a 84
mano montañas grandes, elevadas y boscosas[79], aldeas de ciertos carboneros, cuevas y chozas. Junto a éstos me iré a vivir, después de haberme cambiado el nombre, modificado mi vestimenta y cuanto pueda del aspecto de mi rostro. Allí me quedaré en soledad, lejos de la ciudad a la que no supe ser útil.

Desciendo de una familia de coregos, Señor, y Fortuna 85
me impidió ejercer la coregia[80]. Y es vergonzoso vivir incapaz de hacer un servicio a la propia patria. Por tanto, ya que estoy privado de los servicios que le causan regocijo, haz que me jacte de ofrecerle el que le da la salvación. Y no me 86
hable nadie de los preparativos en Cilicia. Formula un deseo y todo te seguirá. Sólo necesitas cinco días y no muchos camellos. Nos viste cuando estábamos desfallecidos; contémplanos también ahora que tenemos vigor. Comprueba la producción de nuestro suelo, ya que has visto lo contrario. Ahora verás con claridad si aquella situación era fruto de la maldad o de la desdicha.

---

[79] Los perseguidos de la ciudad solían buscar refugio en el monte Silpio. Cf. *Disc.* I 103 y 227.

[80] Libanio emplea el término «coregia» *(chorēgía)* para referirse a los servicios puramente municipales, en los cuales no estaba directamente interesado el Estado, como organización de espectáculos, especialmente los Juegos Olímpicos de Antioquía, o el calentamiento de los baños. Su cuantía dependía de la voluntad del corego y del gasto dependía la mayor o menor gloria del mecenas. Véase P. Petit, *Libanius et la vie...*, págs. 49-60.

XVI

A LOS ANTIOQUENOS, SOBRE LA CÓLERA DEL EMPERADOR

Las palabras que en nombre de la ciudad dirigí a nuestro monarca, varones antioquenos, y cómo no me abstuve lo más mínimo de discutir o de suplicar, lo conocéis en parte porque yo mismo os lo he relatado, no tanto para vanagloriarme, como para daros consuelo, y, sobre todo, porque el Emperador lo ha revelado, primero aquí, cuando le manifestó al sacerdote que le había molestado lo que yo le dije, y, de nuevo, en el campamento, delante de vuestra curia[1]. En cuanto a lo que ahora os toca escuchar a vosotros sobre esta situación enojosa que os atenaza, sobre la cólera del Emperador, y la manera en que podríamos poner fin a aquélla y dar la impresión de haber mejorado, trataré de exponerlo. Porque en aquel momento era mi deber intentar limpiaros de las imputaciones que se os hacían, pero ahora me corresponde no ocultar aquellos errores que, con justicia, se os pudieran achacar. Pues aquella intervención mía podía traeros el perdón y, por fortuna, ha tenido éxito. Pero ahora sufriríamos los mayores estragos si persistiéramos en nuestra actitud como si no hubiéramos cometido falta alguna. Y que voy a importunar a todos o a los más por mi fran-

(margin section numbers: 1 at "Las palabras…", 2 at "ponerlo. Porque…", 3 at "na. Y que voy…")

[1] Juliano salió de Antioquía el 5 de marzo del 363 y la curia lo acompañó entre ruegos, para que olvidara las ofensas de la ciudad, hasta la primera estación en su marcha a la campaña persa, Litarba. Allí Juliano prometió que no volvería jamás a la ciudad y que el regreso lo haría pasando por Tarso de Cilicia. Cf. *Disc.* I 132 y *Ep.* 802 de Libanio, AMIANO, XXIII 2, 5 y la *Ep.* 98 (399b-c) de Juliano.

queza, no lo ignoro. Pero es mucho mejor que os enojéis por mis palabras y gocéis de los beneficios derivados de ellas, que escuchar ahora frases que os deleiten y, a cambio de un breve placer, tengáis que soportar un largo y duro castigo. Porque si fuera posible elogiaros y, al mismo tiempo, dar a conocer los medios por los cuales pudiéramos evitar el peligro, sin duda, sería una locura no elegir esta forma de hablar. Pero, puesto que es de toda necesidad que con la indulgencia en el hablar se arruine lo conveniente, corresponde a los prudentes y no a los aduladores hacer aquello que causa la salvación.

4 Así pues, cuando Demóstenes[2] daba consejos a sus conciudadanos, que eran presa del desánimo, les pedía que no estuvieran así y que no tuvieran los ánimos como si no existiera una esperanza favorable. Yo, por el contrario, estoy tan lejos de aconsejaros que eludáis el abatimiento, que hasta pienso que no podrá salvarse la ciudad, si no es alimentando aún más nuestra presente aflicción y superando a cuantos se han hecho famosos por haber sufrido hasta el
5 extremo. Pues así están las cosas. Si con respecto a la presente situación adoptamos la actitud de que no nos afecta, aumentaremos nuestro mal, al demostrarles a todos que nadie nos podrá hacer nada tan grave que pueda alterar a la ciudad. Pero, si desesperamos de obtener lo mejor y se apodera de nosotros el temor que es lógico en quienes corren un peligro que afecta a sus propios cimientos, en primer lugar, deliberaremos de la mejor manera sobre nuestros asuntos futuros con este temor. A continuación, incluso tal vez le baste al Emperador ver que la ciudad parece sensata en grado sumo, que todo el tiempo vive presa del espanto, se vuelve sumisa y sospecha que su destrucción está próxima.

[2] En *Contra Filipo*, I, 2.

Sin duda, continuamente han envuelto a esta infeliz ciudad numerosas e importantes calamidades, y tal vez Seleuco[3] no la construyó con auspicios favorables. Por ejemplo, el poderío persa puede ser celebrado a costa de nuestros males, como un boxeador que ha abatido frecuentemente a un mismo rival. ¿Pues cuándo no lanzaron sus ataques bélicos contra esta tierra? ¿O cuándo, en sus incursiones, no sembraron la destrucción asolando cuanto pudieron y entregando al fuego el resto[4]? Por tanto, nuestros antepasados debían de ser pendencieros e incapaces de ceder a los dioses estas tierras. Pues tenían que haber puesto en sus mientes que algún tipo de celo divino le hacía la guerra a la región y justo al primer descalabro, o al menos al segundo, haber buscado una nueva tierra, como los célebres focenses[5]. Sin embargo, lo cierto es que levantaron la ciudad y la volvieron a sacar a la luz sin saber que la preparaban para nuevas calamidades.

Pero, aunque muchos y terribles males han sacudido con anterioridad a nuestra ciudad, conciudadanos, me atrevería a decir que ninguna calamidad podría compararse con esta de ahora. Pues, en primer lugar, no es lo mismo sufrir daño por parte de nuestros enemigos naturales, que ser detestados por nuestros amigos y aquellos de cuyo cuidado sería natural que disfrutásemos. Así como es, con diferencia, más indigno ser expulsado por el padre y tener como acusador a nuestro mismísimo progenitor, que sufrir las asechanzas de quie-

[3] Seleuco I Nicátor fundó Antioquía en el año 300 a. C. Cf. *Disc.* XI 85-93.

[4] Cf. *infra,* n. 2 al *Disc.* LX.

[5] Ante el avance de las tropas de Ciro, los jonios focenses abandonaron su ciudad y se establecieron, primero en Córcega, y, tras la batalla de Alalia, en Regio. Más tarde fundaron Hiele, en el sur de Italia. Cf. HERÓDOTO, I 162-167.

nes no son de nuestra familia, tanto mayor mal será que el
emperador de los romanos crea que la ciudad merece la
destrucción, antes que padecerla en la realidad a manos de
10 los bárbaros. Pues esto último es una regla de la guerra y el
daño sufrido es algo habitual, pero de lo primero no existen
muchos ejemplos. En el segundo caso, se podría echar la
culpa a la fortuna, pero, en el primero, parece que se está
censurando una forma de ser. Y mientras que, en el primer
supuesto, uno es compadecido por su propia gente, que está
dispuesta a socorrer a los damnificados, en el segundo, cual-
quier persona evitaría los lazos de amistad con ellos, pues
llevarían a gala su odio como señal de lo mucho que difie-
11 ren de su forma de ser. De modo que no hay que felicitarse
de que nuestra ciudad no se haya hundido, o soportar con li-
gereza esta dificultad, sino que, si por perder su anterior fa-
ma, se ha situado nuestra ciudad entre las de peor ralea, hay
que dolerse más que si contempláramos a los enemigos des-
de nuestros muros. Porque lo más importante para mí sería
salvarme al tiempo que parezco honrado. Pero, si la maldad
me arrastra hacia sí, más tolerable sería, conciudadanos, la
12 muerte que la perversidad. Si es posible concebir esperanzas
con respecto al futuro, también por esta actual vergüenza ha-
bría que mostrar abatimiento, gemir y considerar que a la
ciudad le corresponde el aspecto que en los funerales se
apodera de cada casa. Siendo en el momento actual tan
grande nuestra infamia, no hay quien pueda garantizarnos
que no nos vaya a pasar algo irremediable, a no ser que no
me haya enterado de que habéis recibido oráculos desde
13 Delfos. Así es que, mientras siga encendida la llama de esta
ira, ¿quién será tan valiente que vea motivos para no tem-
blar? ¿No sabéis que no menos terroríficos que los efectos
de la fuerza de los seísmos, los huracanes y los embates del
mar, son los que produce la ira del Emperador? Téngase en

cuenta que tiene autoridad en los ejércitos frente a personas inermes y que, si da una señal para que saqueen una ciudad, hasta la más grande desaparece en una pequeña porción del día por la violencia, el hierro, el fuego y todo lo demás. Mas 14
él, como vacilara en aplicar este castigo extremo, nos arrebató nuestra distinción de ciudad y nos otorgó el rango de aldea[6]. Mirad ahora hacia aquella Capadocia. Allí hay una ciudad[7] próspera, ilustre, preocupada por destacar en la oratoria y que, con frecuencia, ha llegado a ser cuartel de invierno para el Emperador, y que ha sido expulsada de la lista de metrópolis por haberse atrevido a actuar de un modo más audaz de lo que le estaba permitido. ¿Qué me decís? ¿No es cierto que corresponde a personas que razonan de modo recto estremecerse, llorar y buscar la forma de reparar los propios errores? A continuación, alguno se levantará y 15
preguntará en este punto: «¿Y por qué va a ser culpa nuestra que la tierra no produjera cuanto debía y que las peculiares medidas sobre los precios de los víveres los hicieran desaparecer del mercado?[8]» Un razonamiento como éste pone de manifiesto que somos víctimas del infortunio, si es que so-

[6] La degradación del status de una ciudad al de aldea *(kṓmē)* es uno de los castigos más comunes en caso de desobediencia al poder imperial o de rebelión.

[7] Cesarea de Capadocia, ciudad mayoritariamente cristiana, cuyos habitantes habían destruido en tiempos pretéritos los templos de Zeus y Apolo. Juliano no pudo contener su ira cuando osaron destruir, durante su reinado, el templo de Fortuna, el único que había quedado en pie. Como castigo, confiscó los bienes de la iglesia de Cesarea, les impuso una multa de 300 libras de oro, enroló en el ejército a los sacerdotes, borró del censo a los cristianos y a la ciudad entera de la lista de ciudades. Además, los amenazó con castigos mayores, si no reconstruían los templos destruidos. Cf. SOZÓMENO, V 4, 1 y 11, 8.

[8] Sobre la crisis de abastecimiento del año 362, cf. *supra,* n. 18 al *Disc.* XV.

mos objeto de odio sin haber cometido falta alguna. Consecuentemente, si tenemos buen juicio, debemos rebajarnos y lamentarnos por ambos motivos, ya sea que hayamos injuriado adrede a un buen monarca, ya sea que alguna divinidad hostil nos haya endosado esta fama sin haber cometido
16 agravio alguno. Pero, como vosotros ponéis gran empeño en decir que no habéis delinquido y él insiste en que ha recibido los mayores perjuicios, no desearía yo tener que juzgar un caso como éste, pues ambos sois amigos: mi patria me es venerable y mi Emperador no sólo tiene todos mis respetos, sino que es, en sus propias palabras, mi camarada[9]. Y, lo más importante, nos unen los discursos hermanos que tanto él como yo producimos[10]. No obstante, como todo debe ser pospuesto a la verdad y prometí que hablaría sin ocultar nada de lo que pienso, ya que me he metido a daros consejos, me veo constreñido a la necesidad de emitir mi voto y a decir lo que opino.

17 Por más veces que repita, antioquenos, que el Emperador os acusa en vano, no sería capaz de convencer a nadie salvo a vosotros. Su piedad para con los dioses, su dulzura hacia sus súbditos, su naturaleza dotada para la filosofía y sus conocimientos, que realzan su naturaleza, todo ello se vuelve contra nosotros y testimonia —casi proclama a gritos— que es más bien la ciudad la que le ha injuriado y no
18 él quien nos ha ofendido a nosotros. Porque este hombre sólo tiene un único placer: no tener conciencia de ser un malvado. Y sólo se diferencia de los dioses en que come pan, porque, en el ejercicio de la virtud y el gobierno del

---

[9] Sobre las connotaciones religiosas del término *hetaîros*, empleado por regla para aludir a un miembro del llamado «partido pagano», véase P. Petit, *Les étudiants de Libanius*, París, 1956, págs. 36-40.

[10] Juliano siguió en secreto las clases de Libanio en Nicomedia. Cf. *supra*, n. 8 al Disc. XIII.

alma, se les asemeja[11]. Domina las bajas pasiones mejor que gobierna las ciudades que están bajo su mando; de quienes antes que él ostentaron la misma realeza, ha hecho que unos parezcan unos ineptos y otros no tan importantes como antes, y a otros, habiéndolos imitado en algún aspecto[12], en otros los ha superado. Así pues, ¿con un acusador tan exce- 19
lente y más justo que los hijos que Europa dio a Zeus[13], creemos que, negando las imputaciones que se nos hacen, vamos a poner de nuestro lado a parte de nuestros oyentes? No es posible. Pues decidme. ¿Qué excusa convincente alegaremos? ¿Que suele actuar sin pruebas, como le dicte el azar? ¿Y quién de los que frecuentan el ágora conoce tan profundamente sus acciones cotidianas? ¿Es que entonces diremos que alimenta una ira más fuerte que su reflexión? ¿El que permitió vivir a quienes afilaron las espadas contra su persona[14]? ¿O acaso que se inventa vanas excusas para confiscar bienes? ¿La misma persona que condonó a los pueblos el impuesto atrasado del oro[15]? ¿O que se trata de una per-

---

[11] La concepción de la realeza en el s. IV presenta al monarca, tanto en la corriente cristiana como en la pagana, como un delegado de la divinidad. Por tanto, la semejanza con la divinidad *(homoíōsis theôi)* es uno de los rasgos principales del *speculum principis* en la tradición retórica. Cf. A. D. NOCK, «Deification and Julian», *Journ. of Roman Stud.* 47 (1957), 115-123, y G. DAGRON, *L'empire romain...*, págs. 135-144.

[12] Especialmente a Marco Aurelio, su modelo en el arte de gobernar. Cf. *Banq.*, 328b-d y 333b-335a.

[13] Minos y Radamantis, jueces de los muertos junto con Éaco. Cf. *Il.* XIV 322 y *Od.* XI 568-571.

[14] Cf. *supra, Disc.* XII 84 y n. *ad loc.*

[15] Referencia al edicto del 29 de abril del 362 *(Cod. Theod.* XII 13, 1) por el que se deroga el carácter forzoso del impuesto del *aurum coronarium,* reservándose el emperador la potestad de exigirlo en caso de necesidad. En su origen, el *aurum coronarium* era un donativo, concretamente una corona de oro, ofrecido por las ciudades al emperador con motivo de acontecimientos festivos y triunfos. Con el tiempo, terminó por convertir-

sona salvaje? ¿El que entra en los templos, se mezcla con sus súbditos, administra justicia con benevolencia, nos pregunta por los hijos y es feliz si puede hacernos algún bien?
20 Se presentarán muchos testigos para darle su apoyo, antioquenos: infinidad de ciudades, grandes regiones, la tierra y el mar, todos cuantos habitan el territorio que va desde las corrientes del Rin hasta nuestra tierra. Él podría venir aquí escoltado por todos estos que le brindan su afecto. Por consiguiente, si solamente nosotros le causamos desagrado y somos los únicos a quienes hace reproches, mientras que a los demás los colma de elogios, no es lógico que sea él quien haya cambiado su carácter, sino que nosotros le hemos mostrado una ciudad nada dócil.

21 Cuanto más examino lo sucedido, ciudadanos, más descubro que hemos sido responsables, y no víctimas, de una calumnia. Así es que, si es preciso explicar con más claridad los motivos de reproche y ser mordaz con vosotros, pero también haceros un servicio, no diré que ocultasteis los productos agrícolas y que, aunque teníais capacidad para hacer que el mercado reluciera, maniobrasteis para que reinara la escasez, ni que le declaraseis la guerra a la voluntad del Emperador. Pues mentiría a sabiendas de que muchos de los que tenéis grandes fincas, aunque veíais que vuestros pro-
22 pios criados pasaban penurias, no podíais abastecerlos. No obstante, sí que os reprocharía con gusto el que no mostraseis una voluntad superior a vuestra capacidad de actuar. ¿Qué es lo que estoy diciendo? Pobreza y buena voluntad pueden ir de la mano, señores de Antioquía, y puede que una misma persona no esté en condiciones de satisfacer con

---

se en un impuesto más. *Vid. infra, Disc.* XVIII 193, W. Ensslin, «Kaiser Julians..., 128-132, Th. Klauser, «Aurum coronarium», *Mitteil. des deutsch. archaeol. Inst. röm. Abteil.* 59 (1944), 129-153, y A. H. M. Jones, *The Later...*, págs. 28, 430 y 464.

hechos a quien le pide, pero sí con su deseo: teniendo los mismos anhelos, alegrándose cuando brilla la esperanza y mostrando desolación cuando la naturaleza del asunto se muestra contraria. Nosotros no hacíamos nada de esto, sino 23
que nos mostrábamos abiertamente disgustados con la ley y, aunque cumplíamos con lo que se nos ordenaba en ella, lo hacíamos a regañadientes. Aunque soportabais las fatigas de las tareas, no os parecía bien lo que se hacía. Yo pretendía que hubieseis compartido con el Emperador el deseo de que se produjese esta contención de precios y que hubierais mirado con reverencia su iniciativa, incluso aunque no hubiese sido eficaz, en la idea de que revelaba su espíritu humano, que buscaba socorrer a los pobres y consideraba espantoso que unos vivieran con lujo asiático mientras otros continuaban careciendo de lo básico y que, a pesar de que el mercado rebosaba de abundancia, a los más menesterosos sólo les fuera dado contemplar el disfrute de los pudientes. Esto es 24
lo que había que considerar y no teníais que haber censurado abiertamente al que contuvo los precios, sino a los comerciantes[16], que no se avenían a razones. Pues de ese modo, si las cosas no salían conforme a nuestros deseos, vosotros hubieseis quedado como los que se ufanaban de no oponerse en nada a la voluntad del Emperador. Así es como los soldados evitan también responsabilidades cuando un general les conduce a una misión que parece imposible y ellos, imitando la audacia de la propia persona que los exhorta, piensan que hay que avanzar a toda costa y, si fracasan, se duelen por no haber logrado su objetivo. Muy al contrario, 25
nosotros hemos consentido que surja un rumor tal, como que nos desanimábamos los días que traían consigo abundancia y que celebrábamos con fiestas la escasez de víveres,

[16] Cf. *supra*, n. 20 al *Disc.* XV.

como si, con lo primero, quedáramos refutados y, con lo segundo, obtuviésemos la victoria. El rumor que se tenía que haber difundido era que superábamos la aflicción del Emperador, porque, a pesar de la actual regulación de los precios, no se mantenía el esplendor del mercado.

26 «¿Eso es lo que piensas de mí?», diría tal vez Eubulo[17], dando un brinco, y luego el que está a su lado, y un tercero, un cuarto, y así, cada uno de los demás. Yo por lo menos no lo creo. Pues hace tiempo sería vuestro enemigo si tuviera conciencia de algo así. Pero tampoco estaría muy convencido de que no fue de aquí de donde partió el inicio que arrastró hacia ti este odio. De cuáles hombres, lo desconozco, pero me daba cuenta de que esta fama iba circulando.

27 «Sin duda, se trata de la obra de un sicofante». Nuevamente la virtud del Emperador nos obstruye esta vía de escape. Pues otro podría ser extraviado y engañado, pero vemos que tampoco en los juicios[18] se deja arrastrar por los que mienten, sino que recorre todas las posibilidades hasta doblegar el fraude y, como una falange, abre brecha en los embustes hasta que, en su implacable marcha, llega hasta la verdad desnuda.

28 Pero, si os parece bien, dejemos de lado el asunto del mercado y las vanas excusas relativas a las condiciones climáticas. Vayamos a esos viles desarrapados, cuyas carreras son más vergonzosas aún, que se han concedido a sí mismos

---

[17] Eubulo 2, un *principalis* de la curia antioquena, grupo al que van especialmente dirigidos los reproches de Libanio. Su mala fama en la ciudad debió de ser enorme, ya que en la hambruna del 354 le incendiaron la casa y tuvo que huir con su familia al monte para evitar la lapidación del pueblo (cf. *Disc.* I 103 y Amiano, XIV 7, 6). Era sofista y rival de Libanio.

[18] Juliano solía presidir personalmente los juicios, en Antioquía, en lugar del gobernador. Cf. *Disc.* XVIII 182 ss.

la impunidad de hablar mal de quien les venga en gana. ¿Pe-
ro es que al haber vertido sobre el monarca más modesto,
más justo y más razonable insultos[19] que, de lanzárselos
entre sí, con razón no se marcharían impunemente, han he-
cho que nuestra ciudad sea intachable o, por el contrario,
merecedora de las angustias que ahora la oprimen? Y no 29
vayáis a pensar que, porque teme por su buen nombre, está
molesto por lo que se dijo, pues no tienen un poder tan
grande aquellas inmundicias. Sólo le indigna el hecho de
que algunos de sus súbditos estén llenos de una insolencia
tan grande y que no tengan temor alguno, sino que, con co-
modidad, se atrevan a llevar a cabo en una monarquía lo que
no harían en una democracia —y eso que ese sistema se ca-
racteriza por un libertinaje mayor de lo que conviene—.
Esto es lo que ha provocado su desánimo. Así es que, cuan- 30
do aquellas canciones se propagaban por la ciudad, ¿quién
levantó su voz como para enfrentarse a una impiedad?
¿Quién se adelantó para pegarles? ¿Quién se sintió herido
en su corazón? ¿Quién le dijo a quien a su lado estuviera:
«¿No lo vamos a impedir? ¿No los detendremos? ¿No los
encarcelaremos? ¿No los mataremos?» Porque, creo yo, lo
adecuado hubiera sido que él hubiese permanecido tranquilo
y nosotros nos hubiéramos encargado de pedirles cuentas, y
que los insolentes hubiesen perecido antes de que él se ente-
rase de cuál fue la blasfemia.

«Se trataba de unos pocos», se argumentará. Precisa- 31
mente, por eso debían haber sido castigados, porque aquello
a lo que, aun siendo más numerosos que el resto, ni aun así
tenían que haberse atrevido, no vacilaron en llevarlo a cabo
a pesar de ser no más de veinte borrachos.

---

[19] Cf. *supra*, n. 17 al *Disc.* XV.

32 »Pero si no eran más que unos desgraciados, miserables, malhechores y cortadores de bolsas». Acabas de mencionar una segunda razón por la que se les tenía que haber despedazado, si sus delitos eran enormes, espantosos y de todos conocidos, y por ninguna parte había excusa.

33 »Los que iban corriendo eran extranjeros», se dirá. Sin duda, ellos delinquían con sus palabras, pero nosotros por permitirlas. Pues no querer impedir lo que ocurre, resulta igual que llevarlo a cabo, y, cuando uno no se encoleriza abiertamente con quienes han delinquido, se convierte en
34 cómplice de su delito. Se les debería haber dicho: «¡Hombre! ¿No eres fenicio y tienes una ciudad? Mejor que te vayas allí y te comportes como es debido, pero, si no eres capaz, sigue con tu locura en tu casa y llama fiesta a tu desenfreno. Nosotros no sabemos cantar esas obscenidades ni tampoco escucharlas. ¿Pero es que deseas bailar el *córdax*[20] en nuestra ciudad? ¡Muérete y no contagies al conjunto de la ciudad con tus males!»

35 ¿Qué diremos? O mejor dicho, ¿qué podríamos alegar como excusa por no haber hecho nada de esto? Alguno dirá: «Teníamos miedo de que, al oponernos a que se llevara a cabo lo que prescriben las leyes sagradas, se nos acusara de anular las fiestas». Sería preciso entonces que nosotros tuviéramos la certeza de que aquello era una fiesta: un grupo de cuchufleteros tan desvergonzados atacando a la más divi-
36 na persona. Admito que cierto tipo de burlas se entremezclan en algunas fiestas, pero, ante todo, son de poca importancia, soportables y no arrojadas por una lengua desenfrenada, pues no se dirigen a iguales, y por eso están suavizadas en su dureza. Si mis esclavos pudieran recopilar todos los in-

[20] Danza obscena de origen lidio. El verbo *kordakízō* es utilizado también por JULIANO en el mismo contexto *(Misop.*, 350b).

sultos de la humanidad y me vituperasen libremente tomando la fiesta como excusa, yo no aceptaría con agrado a los que satisfacen a los dioses con este tipo de servicio.

En efecto, hubiera sido propio de personas que se pre- 37
ocupan por su ciudad haber atajado desde antiguo este tipo de sucesos y no haber mirado con indiferencia cómo Constancio, tumbado boca arriba[21], era objeto de burla, pues había que tener en cuenta que, aunque el carácter de este emperador adolecía de indolencia, pese a todo, su fortuna merecía consideración. Y si no era, en absoluto, conveniente que esto se olvidase con los demás emperadores, cuando heredó el trono aquel que superaba a todos en todos los rincones del mundo, mucho menos aún se debían haber descuidado aquellas circunstancias que exigen un orden, sino que, hasta cuando aún no había llegado la ocasión, se debía haber puesto mucho cuidado en suprimir mediante la intimidación los actos de insolencia[22], pues, si esto se pasa por alto, el entendimiento es ofuscado por el propio desenfreno.
En una palabra, nuestro cambio de actitud tenía que haber 38
sido espléndido y nuestra ciudad debía haberse mostrado más armónica, como una cítara que va a parar a manos de un sublime citaredo, y esta armonía debía haber penetrado

[21] Los habitantes de Edesa volcaron la estatua de Constancio y la azotaron con correas, como si se tratara del propio Emperador. Cf. *Disc.* XIX 48 y XX 27.

[22] La curia era responsable en materia de orden público, de ahí que el emperador exigiera responsabilidades a ésta cuando se producían disturbios. En la obra de Libanio hay numerosos ejemplos: el abuelo de Libanio es ejecutado por Diocleciano en el 303 a resultas de la sedición de Eugenio *(Disc.* I 3); Galo, el hermanastro de Juliano, ejecuta a unos curiales y encarcela a otros a consecuencia de la revuelta popular durante la hambruna del 354 *(Disc.* I 96); los curiales de Antioquía temen el castigo de Teodosio por la revuelta de las estatuas del 387 *(Disc.* XIX a XXIII).

todos los actos públicos, todas las manifestaciones privadas,
el espíritu y la conducta de hombres, niños y mujeres.
39 Pero se ha demostrado que esta enemistad tomó su co-
mienzo a partir de nuestra locura, y que, con el tiempo, fue
en aumento. Concedo, si os parece, que ello es obra de la
fortuna, que no actuó con justicia. ¿Pero entonces, qué?
¿Vamos a permitir, como los malos marineros, que la nave
sea gobernada por la tempestad o, por el contrario, opon-
dremos alguna previsión al oleaje? Eso es lo que me parece
a mí y éste es el deseo del presente discurso: socorrer a la
ciudad, que es víctima de una enfermedad. Y todos los re-
proches que os he hecho se encaminan a este único empeño.
40 ¿Cuál es, por tanto, el remedio que queda? Mostrémo-
nos sinceramente doloridos, mostrémonos sinceramente acon-
gojados. Hagamos nuestra apología con el duelo y la cordu-
ra. Pues éste es el único reproche que se nos hace: que
practiquemos pensamientos más elevados de lo que debe-
mos y que nada pueda infundir temor a la ciudad. Que Argi-
rio[23] no me vaya a creer que su pudor personal basta para la
defensa, sino que todos le debemos dar a la ciudad el as-
pecto de una aflicción común y la ciudad entera debe emu-
41 lar el duelo de una sola casa. Cerremos durante un breve
tiempo el teatro[24], pidámosles a esos bailarines y actores

[23] Argirio el viejo, uno de los *principales* de la curia antioquena, que era padre de Obodiano, uno de los implicados en el juicio de Escitópolis (cf. *Ep.* 113) y amigo de Libanio. *Vid.* A. F. NORMAN, «The Family of Argyrius», *Journ. of Hellenic Stud.* 74 (1954), 44-48.

[24] Juliano sentía gran aversión hacia los juegos y espectáculos. Extraemos del *Misopogon* algunas citas : «Me prohíbo a mí mismo los teatros a causa de mi estupidez, y no admito dentro de la corte espectáculos» (339c); «Odio los juegos del hipódromo tanto como a los deudores del ágora. Raras veces voy a ellos en las fiestas de los dioses y no permanezco el día entero, como solían hacer mi primo, mi tío y mi hermano paterno. Veo seis carreras en total y eso no como un aficionado ni, en realidad,

que también hagan partícipes a los vecinos de los deleites que nos suelen prodigar, y que nos dejen pasar el verano sin gozo. Rebajemos el número actual de carreras de caballos fijándolas en seis, en lugar de las dieciséis de ahora. Esa excesiva e inútil iluminación[25], muestra de un lujo superfluo, que cuelga a la entrada de los baños, reduzcámosla a una cantidad mínima respecto de la que existe ahora. Juzguémonos a nosotros mismos, para que no nos juzgue el Emperador. Aceptemos de buen grado un castigo, para que no tengamos que sufrir, a la fuerza, uno mayor. Impidamos con nuestro propio voto que se produzca el suyo. Y si los que no 42
pueden prescindir del teatro se molestan, convenzámoslos para que se hagan cargo de la situación, y no se les tenga en cuenta si no prestan atención. Porque sería terrible que los complaciésemos a costa de la salvación común y que antepusiéramos el hecho de no molestar a quienes reconocen no poder vivir sin los espectáculos de la escena, a poner fin a la ira del Emperador. Porque, si es cierto que tememos una re- 43
vuelta, eso es precisamente lo que el Emperador reprocha a la curia: que dirijamos tan mal la ciudad que, por necesidad, los mejores tengan que seguir a la masa y tengan que sumi-

---

por Zeus, sin odio ni aversión, y contento me marcho» (340a). Fue este rechazo precisamente otro de los motivos de la enemistad de Juliano con un pueblo que sentía gran pasión por los espectáculos y que no perdonaba al monarca su austeridad: «Pero si la rusticidad de los celtas la soportaba fácilmente, la odia como es natural una ciudad feliz *(sc.* Antioquía), bienaventurada y muy habitada, en la que hay numerosos bailarines, numerosos flautistas, más mimos que ciudadanos y ningún respeto para sus gobernantes» (342a-b). *Vid.* R. Anastasi, «Libanio e il mimo», *Atti del V corso della scuola superiore di archeologia e civiltà medievali* (1984), 235-258. Acerca de los espectáculos de Antioquía, véase P. Petit, *Libanius et la vie...*, págs. 123-144.

[25] La iluminación nocturna de Antioquía era excepcional. Cf. *Disc.* XI 267 y Amiano, XIV 1, 9.

nistrar placeres al populacho o, de lo contrario, ser inmediatamente destruidos. Sin duda, creemos que son extraordinariamente numerosos los que en tiempo de hambre reclaman con insistencia los bailes. Sin embargo, se trata sólo de unos pocos que sacan buenos beneficios de jugar a los dados, fáciles de contar y además extranjeros, contra los que
44 tenemos la ley de deportación, si se envalentonan. Así es que pienso que todos cederán ante lo que decidáis, pero, si se produjera algún disturbio, será ese temor el que salve a la ciudad. Pues, sin duda, impone mucho respeto que el Emperador, por boca de los que desde aquí vayan al interior, se entere de que, en Antioquía, los que se ocupan de los asuntos públicos tratan de mejorar la ciudad llevándola a la estabilidad, pero que el pueblo se resiste y piensa que sólo hay dos alternativas: lujo o rebelión.

45 El que piense que no es un buen augurio que proponga un cambio de actitud sin que exista un motivo de temor evidente, posiblemente tomaría precauciones con razón. Sin embargo, dado que hierve una cólera tan grande y se presienten sus consecuencias, si nosotros mismos acortamos algunos de nuestros placeres, tal vez saciaríamos al dios que está llevando por mal camino nuestros asuntos. Evidentemente, si la ciudad se encuentra en buena situación, no la arrojaremos a un mal, pero, si su posición es vacilante, la
46 aseguraremos. Y podría encontrar su estabilidad, ciudadanos, y esto es lo más importante de mi discurso, que es contrario a los intereses de algunos, pero está de acuerdo con el deseo de la mayoría: que la ciudad se sobreponga y sea objeto de admiración. Pues hay que comprender bien lo siguiente: que ni postrados hacia el suelo, ni suplicando con ramas de olivo, ni con coronas, ni con gritos de dolor, ni creando embajadas, ni enviando al orador más hábil, conseguiréis aplacar su ira, a no ser que, poniendo fin a todas es-

tas habladurías, entregaseis la ciudad a Zeus y a los demás dioses[26], sobre los cuales, antes que el Emperador, os instruyó Hesíodo y, desde la misma infancia, Homero. Vosotros 47
creéis que se os debe honrar a causa de vuestra educación, y llamáis educación a la poesía[27], pero, para las cuestiones de mayor importancia, tomáis otros maestros y evitáis acudir a los templos, que ahora están abiertos a pesar de que habría que lamentarse si estuvieran cerrados. Luego, cada vez que se trae a colación a Platón o a Pitágoras, ponéis como excusa a vuestra madre, a vuestra esposa, a la administradora, al cocinero[28] y el tiempo que hace que tenéis esas creencias, y no os avergonzáis de ello, aunque debierais, sino que os dejáis arrastrar por aquellos a quienes teníais que gobernar y consideráis una razón contundente para seguir pensando insensatamente hasta el final el hecho de hacerlo desde antiguo —como si alguien que, en la juventud, ha practicado la

---

[26] Libanio aprovecha su posición privilegiada en la corte para pedir abiertamente la conversión de los curiales cristianos, que, como afirma Petit *(Libanius et la vie...*, pág. 201), eran mayoría (cf. *infra*, § 51).

[27] Los cristianos en su mayoría aceptaban la literatura clásica *(lógoi)*, aunque rechazaban su contenido religioso *(hierá)*, conceptos que eran indisolubles para los paganos. Véase P. Athanassiadi, *Julian...*, págs. 1-12. La polémica ley escolar de Juliano *(Cod. Theod.* XIII 3, 5 del 17 de junio del 362) pretendía poner fin a esta ambigüedad, impidiendo que los profesores cristianos enseñaran a los poetas clásicos. A la muerte de Juliano la ley fue derogada por Valentiniano y Valente *(Cod. Theod.* XIII 3, 6 del 11 de enero del 364).

[28] Es típico de la propaganda anticristiana recalcar el bajo nivel social e intelectual de los cristianos. En similares términos se expresa Juliano *(CGal.* 206a): «(...) La causa de ello es que nunca esperaron *(sc.* Jesús y Pablo) que vosotros llegarais jamás a tal grado de poder; pues se contentaban con engañar a las criadas y a los esclavos y, por medio de ellos, a mujeres y hombres como Cornelio y Sergio». Cf. también *Misop.* 356b-d y Celso, *Discurso verdadero contra los cristianos* I 1; III 50 y 55.

prostitución tuviera que mantener esta perversión en las restantes etapas—.

48 ¿Y para qué me voy a extender? Ahora la elección es vuestra: o continuar siendo objeto de odio o recibir una doble ganancia obteniendo el favor del Emperador y reconociendo a los que en realidad son señores del cielo. Pues solamente vosotros sacaréis provecho si os mostráis complacientes y, con la apariencia de dar, en realidad recibiréis.
49 Pero ninguna razón os hará cambiar de opinión, lo sé, y por eso he abreviado para no extenderme en vano. Pero he dicho todo esto para que, cuando esté cerca la amenaza y el Emperador, después de su campaña persa, trate a la ciudad como enemiga, no me rodeéis y os lamentéis diciendo que ha llegado el momento de los discursos. Pues si vosotros mismos los desdeñáis, ¿cómo esperáis que tengan algún poder con él?

50 A los que creen que serían víctimas de la injusticia, si, a pesar de que no les afectan las demás acusaciones y sacrifican a los dioses, fueran castigados juntamente con los impíos y culpables de todo lo demás, no les diré mi propio argumento, sino el que él me objetaría a mí. Pues si yo, en mi intento de defenderos, estableciera categorías entre vosotros ante él, le bastaría un solo verso del poeta que recibió de las Musas el laurel. Porque, aun concediendo que hay algunos que no son malvados, no hay que asombrarse de que en compañía de los malos se corrompan. Pues diría:

A menudo, hasta una ciudad entera participa de la maldad
[de un solo hombre[29].

51 Por ello, no es posible mostrar tanta desvergüenza cuando se trata de una cuestión tan antigua. Porque, ¿quién ignora

[29] Hesíodo, *Trabajos y días* 240. Cf. *supra, Disc.* XIV 31.

cómo se consumió por la peste el ejército de los aqueos a causa de la falta de Agamenón[30]? ¿O cuántos males padecieron cuando navegaban de vuelta a casa por culpa de la ofensa de Áyax[31]? ¿No es cierto que los atenienses pagaron común castigo por la insolencia de Pericles hacia los megarenses[32]? ¿Y los tebanos no padecieron enfermedades porque Edipo asesinó a Layo, a pesar de que lo mató sin saber quién era? Por consiguiente, ¿aun viendo que esta ley la tienen sancionada los dioses, se va a sentar Juliano para discernir a los buenos de los perversos, siendo éstos los más? Desearía creerlo, pero no puedo.

Por tanto, mientras todavía atraviesa ríos y presta su 52
atención al poder de los persas y estudia su ataque —dónde, cuándo y cómo lanzarse sobre los enemigos—, volvámonos nobles y honestos. Así como nuestros antepasados pusieron fin al lujo excesivo y se volvieron hacia la moderación, del mismo modo nosotros ahora, exhortándonos los unos a los otros, desterremos la actual fama de la ciudad y mostrémonos al Emperador dignos de su anterior esperanza. Él pen- 53
saba que esta ciudad era la que más se ajustaba a sus deseos y que eclipsaría a las demás por su buena disposición, que sería más acogedora que su propia patria[33]. Por eso, venía aquí con planes para embellecerla y agrandarla[34]. Pero ahora el amigo de Apolo nos odia y está convencido de que su odio es correspondido por los alumnos del dios, y anuncia

[30] *Il.* I 9 ss.

[31] *Od.* IV 499-511.

[32] Cf. ARISTÓFANES, *La paz* 606 ss.

[33] Constantinopla.

[34] Juliano pretendía hacer de Antioquía una «ciudad de mármol» (cf. *supra, Disc.* XV 52). Véanse H.-U. WIEMER, *Libanios...*, págs. 239-240 y la introducción.

54 que pasará el invierno en Tarso de Cilicia[35]. Si tal cosa sucediera, ¿podremos seguir viviendo? Dime, ¿con qué ánimos? ¿Diciendo qué cosa? ¿Cómo nos podremos dirigir la mirada entre nosotros? ¿Y cómo a los que vengan a visitarnos? ¡Oh Helios! ¿Existiendo Antioquía y estando aún en pie, el emperador en Tarso? ¿Y enviaremos embajadores a Cilicia, nosotros que recibíamos a los de allí? ¿El Cidno[36]
55 va a ser más afortunado que el río Orontes? Y la causa por la que se actúa así es más dura de soportar que una destrucción. No pudieron soportar a un buen gobernante quienes aguantaron a toda la prole de emperadores que no fueron como él; no toleraron la filosofía insita en el Emperador, sino que se sacudieron el mando. Luego, ¿no será enemigo vuestro, a partir de este momento, cualquier emperador? ¿No heredarán el aborrecimiento, junto con el cetro? ¿No evitarán a toda costa la ciudad indisciplinada? ¿No nos atacarán cuando llegue la ocasión? ¿No reprocharán la actual insensatez a todos los que sucesivamente habiten la ciudad? ¡Vaya hermosa previsión que vais a dejar como herencia a vuestros hijos! Señores, teman ustedes el precipicio ante el
56 que están. Yo temería un enemigo así, aunque fuese un particular. En su género de vida, Juliano no se aleja mucho del varón de Tiana[37], que, con dos frases, estigmatizó a nuestra ciudad. ¿Pero es que no vamos a ser sobrios? ¿No analizaremos en nuestro espíritu todo lo que va a suceder? ¿No

[35] Por una cruel ironía, fue a esta ciudad adonde llevaron su cadáver y donde recibió sepultura.

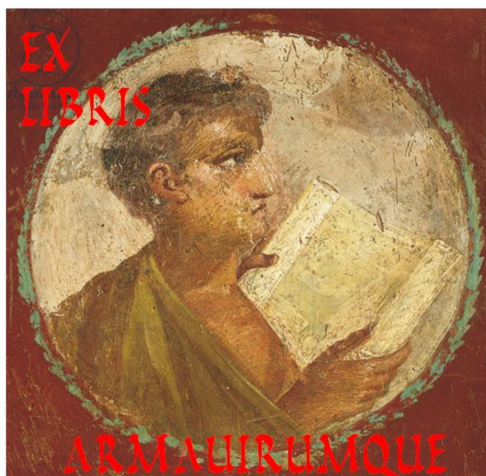
[36] Río de Cilicia (cf. JENOFONTE, *Anábasis* I 2, 23). El Orontes es el río que pasa por Antioquía (cf. *Disc*. XI 201-203).

[37] Apolonio de Tiana, quien, al ver la rudeza de los antioquenos, exclamó: «Apolo, transforma a los mudos en árboles para que, al menos, como cipreses produzcan algún ruido» (FILÓSTRATO, *Vida de Apolonio de Tiana* I 16, trad. de A. BERNABÉ, en el núm. 18 de esta colección). También censuró la afición de este pueblo por los baños calientes.

acudiremos a la carrera a los templos? ¿No convenceremos a unos y llevaremos a rastras a otros? ¿No haremos súplicas junto a los altares, mandando a paseo los hipódromos? ¿No enviaremos al mismísimo Coaspes[38] un anuncio que diga: «los antioquenos han preparado su defensa»? ¿No recibiremos de allí otro que diga: «el Emperador se ha congraciado»?

Si alguno dijera algo mejor que esto, yo seré el primero 57
en obedecer. Pero si, callando aquí, luego me llena de reproches en su casa, en el invierno me admirará entre lágrimas.

[38] Puede tratarse del río de Susa (cf. HERÓDOTO, I 188), afluente oriental del Tigris, o el de la India, cruzado por Alejandro Magno en su campaña contra este país (cf. Q. CURCIO RUFO, *Historia de Alejandro Magno* VIII 10, 22).



XVII

CANTO FÚNEBRE POR JULIANO

¡Ay, ay! Sin duda un gran duelo[1] se ha apoderado, no 1
sólo de la tierra aquea, sino también de todo el dominio que rige la ley romana. Pero, tal vez, es mayor el que embarga a la tierra que habitan los helenos, porque también ha contemplado más de cerca la catástrofe. No obstante, también se ha difundido por la tierra toda, como dije, esta desgracia que nos ha golpeado y nos ha partido el alma, pues ya no le vale la pena vivir a cualquier hombre que sea noble y que desee vivir honradamente. Se han terminado los honores pa- 2
ra los buenos y, en cambio, se muestran altivas las cofradías de los malvados y desenfrenados. De sus leyes, que ponían freno a la perversidad, unas ya han sido abolidas y a otras les pasará lo mismo, y las que quedan se mantendrán como letra muerta, pero sin aplicación práctica. Al género humano le ha pasado como a las ciudades cuyos muros han sido abatidos. Pues allí donde queda destruido el recinto amurallado, los bienes de quienes los han adquirido con justicia pasan a manos de los más poderosos, mientras los asaltantes se dedican al pillaje, a matar y a ultrajar a las mujeres cautivas y a los niños. Así, ahora, los sacrílegos tienen abiertos contra los virtuosos un ancho camino y enormes portones, y
ya nada se encuentra protegido. Ya alguien llamó a Héctor 3

[1] *Il.* I 254.

de Troya inexpugnable columna[2],

y con razón le daba este apelativo, pues, después de caer el héroe, Ilión se sostenía sobre barro y, en poco tiempo, iba a yacer junto a él. Ahora no se ha perdido la columna que sostenía una sola ciudad del Helesponto, ni una provincia, sino que el Imperio de los descendientes de Eneas, que es lo más noble que hay sobre la tierra y el mar, camina sobre una base nada firme. Incluso, es posible que se venga abajo, aunque no soplen vientos muy violentos: los que desde dentro lo ultrajan con su maldad y los que desde fuera lo atacan con las armas y ocupan sus tierras.

4 ¿A cuál de los dioses, pues, a cuál debemos echarle la culpa? ¿O se la debemos echar a todos por igual, por haber descuidado la guardia que le debían a aquella noble cabeza como pago por sus numerosas víctimas, sus continuas súplicas, los perfumes sin cuento y la sangre a raudales que corría de noche y de día? Porque no obsequiaba magníficamente a unos y a otros los descuidaba, como el famoso etolio que se olvidó de Ártemis en la recolección[3], sino que a todos los que nos trasmiten los poetas —padres e hijos, dioses y diosas, gobernantes y gobernados—, a todos les hacía libaciones y a todos les llenaba los altares de corderos y bueyes[4].
5 Así es que a menudo pensé que a este varón no le hacían

---

[2] Píndaro, *Olímpica* II 81-82.

[3] Como castigo por el descuido de Eneo, padre de Meleagro, quien se olvidó de Ártemis en una ofrenda a todos los dioses, la diosa envió al famoso jabalí de Calidón. Cf. *Il.* IX 533-540.

[4] Este celo le valió en Antioquía el apodo de *victimarius*. Según Amiano (XXV 4, 17) su afición por los sacrificios era tal, que se decía que si regresaba de la campaña persa se extinguiría el género bovino, y seguidamente lo compara con Marco Aurelio, de quien se escribió el siguiente dístico: «Los bueyes blancos al César Marco, salve. Si vuelves a vencer, estamos perdidos».

falta la velocidad de los caballos, ni el arte de los arqueros, ni el vigor de los soldados, ni cien mil de ellos, sino que, con los dioses a su lado, ejército escaso pero de enorme poder, con su sola vista convencería a los enemigos de que sería preferible deponer las armas. También teníamos la esperan- 6
za de que los rayos, truenos y demás dardos de los poderosos dioses bajarían sobre los persas. Pero, ¡ay de mí!, los dioses eran tan justos que, a pesar de que se banquetearon con abundante grasa y prometieron esplendorosas hazañas, al principio no rehusaron conceder éxitos iniciales, pero acabaron por confundirlo todo y nos despojaron también del propio Juliano, imitando así el cebo de los pescadores y arrastrándolo a la muerte por mediación de los vencidos asirios[5]. Según parece, era mejor aquella forma de pensar que 7
hasta ese momento era objeto de nuestras burlas[6] y que, declarándoos una guerra violenta, encarnizada e incesante, apagó el fuego sagrado, suspendió el deleite de los sacrificios, se presentó para volcar vuestros altares y darles patadas en el suelo. De los templos y santuarios, unos los cerró, otros los asoló y otros, después de declararlos impuros, los entregó a los disolutos para que los habitaran. Y para colmo, tras poner fin a cualquier práctica relacionada con vosotros,

[5] Juliano cayó herido en el costado por una lanza en una escaramuza con los persas, designados aquí con el gentilicio «asirios», el 26 de junio del 363. Cuando escribe el presente discurso, Libanio aún no se plantea la posibilidad de un asesinato y atribuye la muerte de Juliano a un enemigo aqueménida (cf. *infra,* §§ 23 y 32), y coincide en este caso con el contenido de su *Ep.* 1419 y la versión de AMIANO, XXV 3, 1-9. Habremos de esperar a discursos posteriores para conocer más detalles. Cf. *infra, Disc.* XVIII 268-275; XXIV 6-7; 17 ss. y las notas correspondientes.

[6] Es decir, el cristianismo, ridiculizado y combatido por Juliano en su discurso *Contra los galileos.* Libanio, airado, se dirige en segunda persona a los dioses, que incomprensiblemente abandonaron a su héroe en el momento decisivo.

8 estableció en vuestra heredad el ataúd de un muerto[7]. Sin ir mas lejos, ese Salmoneo o Licurgo, y más todavía, ese Melicides, pues ni tenía inteligencia ni valía mucho más que las imágenes de los cuadros o las figuras de barro, dirigió durante cuarenta años el mundo que él mismo ultrajó y, al fi-
9 nal, a duras penas murió a causa de una enfermedad[8]. Sin embargo, el que renovó las leyes sagradas e impuso un orden honesto en sustitución de la corrupción que imperaba, el que reconstruyó vuestras mansiones, puso en pie vuestros altares[9], convocó a la casta sacerdotal, que permanecía oculta en la penumbra[10], puso de nuevo en pie lo que quedaba de

---

[7] Se refiere a la costumbre cristiana de enterrar los restos de sus mártires no sólo en las iglesias, a las que Juliano denomina despectivamente «osarios», sino también en los recintos sagrados de los dioses, lo que provocaba la ira de los paganos. Recuérdese que Juliano tuvo que purificar el santuario de Apolo en Dafne desenterrando y trasladando los restos de San Bábilas.

[8] De acuerdo con Amiano (XXI 15, 3), Constancio murió a los cuarenta y cinco años de edad, tras un reinado de treinta y ocho años, de los que sólo veinticinco corresponden a su etapa de Augusto (337-361). Salmoneo fue el mítico rey de Élide que quiso suplantar a Zeus y fue fulminado por el rayo (cf. Apolodoro, I 9, 7); el rey tracio Licurgo expulsó violentamente de su territorio a Dioniso, por lo que fue cegado por Zeus (cf. *Il.* VI 130-140); Melicides o Melítides es un personaje popular ateniense paradigma de estupidez (cf. Aristófanes, *Las ranas* 991 y Luciano, *Amores* 53).

[9] Como se aprecia en el edicto de restitución de las propiedades de los templos (cf. *infra, Disc.* XVIII 126-129; XXIV 36). Según Scholl (*Historische Beiträge...*, págs. 101-109), Libanio alude sólo de pasada a este edicto porque, aun estando de acuerdo con su contenido, discrepaba con respecto a los métodos utilizados por Juliano.

[10] En la *Ep.* 89 de Juliano, dirigida en calidad de *pontifex maximus* al sacerdote Teodoro, queda claro el concepto que el Emperador tenía de cómo debía actuar su casta sacerdotal. Inspirándose en la reforma del sacerdocio pagano del emperador Maximino Daya y tomando no poco del modo de vida del clero cristiano, estableció que el nuevo sacerdote pagano debía ser un modelo de virtud y practicar la filantropía y la caridad:

vuestras estatuas, y sacrificó manadas, sacrificó rebaños, unos dentro y otros en el exterior, parte por la noche y parte bajo la luz solar; él, que hizo que toda su vida dependiera de vuestras manos, se ha marchado después de mostrarse durante un breve tiempo investido con la dignidad regia menor, y mucho más breve con la de Augusto[11], y después de haber dado a probar al mundo el buen gobierno, pero sin
tiempo para haberlo saciado. Nos ha ocurrido como si el ave 10
fénix[12] extendiera su vuelo por toda la tierra y no se posara en ningún lugar, ni campo ni ciudad. Así, la visión del ave resultaría confusa para los hombres. También ahora la dicha que él nos devolvió ha cruzado como un ser alado que no soportaba echar raíces, porque, según pienso, el mal había
conseguido reponerse de su derrota. Cuán mucho más so- 11
portable hubiera sido haber permanecido inmersos en una situación peor, sin conocer la armonía regia, que experimentar un cambio de corriente hacia lo mejor de la vida para retornar a la situación inicial, como una nave que se hace a la mar desde lugares carentes de puertos y, a causa de vientos contrarios, de nuevo es enviada contra los escollos

«Hay que compartir, pues, los bienes con todos los hombres, pero con los buenos de forma más liberal, y con los faltos de recursos y los pobres lo que baste para su necesidad; yo afirmaría incluso, aunque diga una paradoja, que sería santo hacer partícipes de vestidos y alimentos también a los enemigos, porque damos al ser humano y no a un carácter determinado» (290d-291a). Véase J. Bidez, *La vie...*, págs. 266-272.

[11] Aunque Juliano, nombrado César por Constancio en noviembre del 355, sólo fue universalmente reconocido como Augusto a la muerte de Constancio, ya utilizó dicho título a partir de la proclamación en París en febrero del 360.

[12] La famosa ave que viajaba a Heliópolis de Egipto, donde se inmolaba a sí misma en un altar, para luego renacer de sus cenizas. Cf. Heródoto, II 73; Tácito, *Anales* VI 28, y Plinio el Viejo, *Hist. Nat.* X 2.

12 para ser destrozada. El que no haya pasado apenas tiempo hasta el regreso de los males, como si la buena fortuna se hubiera limitado a echar una ojeada para, al instante, emprender la huida, ¡cuán amargo es, Heracles, y cuán amargos dioses aquellos que lo permitieron! Aquel prado, nada más florecer, se nos ha agostado al instante.

13 Sin embargo, yo llamaba afortunados a los que nacieron entonces, por haber sido engendrados y haber visto la luz en un momento como aquél, e, inversamente, sentía compasión por los que habían llegado a la vejez viviendo en el fango y habían consumido una gran cantidad de años en el desconocimiento de las cosas nobles, salvo el lapso de tiempo que tenían para saltar de alegría y bailar antes de morir. Pero no me daba cuenta de que también eran desafortunados los nacidos que venían a un lodazal y a una tierra enferma.

14 ¡Ay de aquella dulce nueva que desde poniente nos venía y causaba regocijo a las ciudades, cuando anunciaba tus combates y trofeos: el cruce del Rin, la mortandad de germanos y los cautivos apresados, la devolución de los romanos que anteriormente habían sido capturados, los tributos de los
enemigos, la reconstrucción de fortines arruinados, que
15 anunciaban la virtud y las obras de un dios[13]! ¡Ay de aquellas hazañas aún más admirables que vinieron a continuación: aquella marcha a través de tierras inhóspitas, el avance insospechado, los seis soldados que aterrorizaron a veinte mil, y cómo todos estaban levantados en armas contra él, pero la guerra fue suspendida sin combate[14]! ¡Ay de aquellos planes manifestados en teoría y probados en la práctica!
16 En el Bósforo, el Emperador espantó con un discurso a un

[13] Cf. la narración más detallada de las campañas de Juliano en las Galias *infra, Disc.* XVIII 40-89.

[14] La marcha de Juliano sobre Sirmio y la repentina muerte de Constancio. Cf. AMIANO, XXI 8-9 y 15.

hombre que por ignorancia afirmaba seguir como modelo a Diógenes el de Sínope, pero que, en realidad, no era nada, salvo desvergüenza[15]. El Emperador nos enviaba cartas de indescriptible belleza y nosotros nos reuníamos para escucharlas. Marchó a Frigia para ver a la madre de los dio- 17
ses[16]. Acto seguido, escuchó allí algún mandato de la diosa y apresuró su marcha. A continuación, desde Cilicia se pone en camino a paso lento, pues también esto era voluntad de Zeus. Por fin llegó a la gran ciudad de Antíoco[17], o si lo deseas, de Alejandro, que era amigo suyo y no le permitía dormirse en los laureles, como a cierto general ateniense, otro ateniense[18]. Como es sabido, aquí lo ocuparon 18
un sin fin de pleitos que juzgar[19], el dictado de numerosas

[15] En marzo del 362 el cínico Heraclio dio en Constantinopla una conferencia que escandalizó a Juliano por sus muestras de ateísmo. Como respuesta, el emperador escribió en una sola noche una diatriba, *Contra el cínico Heraclio,* en la que reprocha a Heraclio su desvergüenza y establece una clara diferencia, como aquí hace también Libanio, entre los verdaderos cínicos, representados por Antístenes, Crates, Diógenes y los primeros cínicos, y los contemporáneos, que nada tienen en común con aquéllos excepto la vestimenta. Más tarde, a principios de junio, utilizaría los mismos argumentos en otra diatriba, *Contra los cínicos incultos*. Cf. *infra, Disc.* XVIII 157 y el artículo de J. M.ª Candau, «Juliano y los cínicos», *Actas del VII congreso español de Est. Clás.*, tomo II, Madrid, 1989, págs. 117-122, y J. Bidez, *La vie...*, págs. 248-260.

[16] Cf. *supra,* n. 82 al *Disc.* XII. Gracias a una consulta a Cibeles, Juliano conoció un complot contra su vida del que logró escapar. Cf. *infra, Disc.* XVIII 162.

[17] Juliano entró en Antioquía en julio del 362.

[18] Se trata de Temístocles, quien siguió el modelo de Milcíades, el vencedor de Maratón (cf. Plutarco, *Temístocles* 3, 4-5).

[19] Gregorio Nacianceno, *Disc.* V 20-21 se burla del énfasis que ponía Juliano en los juicios presididos por él, como si tuviera parte en el pleito. Muy diferente es el cuadro que nos ofrece Amiano (XXII 9, 9-11 y 10, 1-6), donde se deja constancia de la imparcialidad y el sentido de la justicia de Juliano. Cf. *Disc.* XVIII 182-188.

leyes[20], la composición de obras que defendían a los dioses[21], la visita a los recintos sagrados, unos en la ciudad, otros a la entrada de ésta en los promontorios y otros en elevadas montañas[22]. No había nada tan difícil e inaccesible que no le pareciese sencillo, si tenía un santuario o lo había tenido en algún momento. Cuando los que vivían hasta las fronteras de Egipto y Libia se enteraron de que el Emperador se aplicaba con resolución a los templos, apenas si hacían uso de las casas, sino que hacían su vida en los templos.
19 Hubiera convenido entonces, ¡oh queridísimo!, no haber rechazado la embajada persa que solicitaba tratados de paz, cuya intención era contentarse con los términos que tú dispusieras[23]. Sin embargo, arrastraron tu espíritu en sentido contrario los padecimientos de la tierra colindante al Tigris, que fue devastada, desolada y había soportado frecuentes incursiones, cada una de las cuales trasladaba la riqueza del lugar al bando contrario. Por esa razón, considerabas que

---

[20] Destacamos, de entre las leyes dictadas en Antioquía y conservadas en el *Codex Theodosianus,* su reforma de la curia antioquena y el aumento del número de sus miembros *(Cod. Theod.* XII 1, 51-53, del 28 de agosto, 3 y 18 de septiembre del 362 respectivamente), la famosa ley escolar, por la que *de facto* los profesores cristianos podían ser apartados de la enseñanza *(Cod. Theod.* XIII 3, 5, del 17 de junio del 362), la ley sobre funerales por la que se prohibían los entierros diurnos y multitudinarios *(Cod. Theod.* IX 17, 5, del 12 de febrero del 363), la exención de pertenecer a la curia para los padres con más de trece hijos *(Cod. Theod.* XII 1, 55, del 1 de marzo del 363). De las no conservadas recordemos su edicto de precios máximos del mercado de Antioquía (cf. *supra,* n. 18 al *Disc.* XV).

[21] Sus discursos *Al rey Helios,* escrito con motivo de la festividad del dios (25 de diciembre del 362) y, sobre todo, su tratado *Contra los galileos,* compuesto aquel mismo invierno (cf. *Disc.* XVIII 178).

[22] Alusión a la visita de Juliano al templo de Zeus en el monte Casio (cf. *Disc.* XVIII 172 y AMIANO, XXII 14, 4-5).

[23] Sobre esta embajada de los persas, cf. *supra,* n. 73 al *Disc.* XII.

era traición no tomar venganza por amor a la paz. ¡Mira 20
ahora! La divinidad se interpuso. O mejor dicho, infligiste a
los persas un castigo desproporcionado a sus ofensas. Había
un territorio asirio, lo más hermoso que poseían los medos,
umbrío por las magníficas palmeras y las más variopintas
especies de árboles, que custodiaba su oro y plata por ser
considerada una plaza de máxima seguridad. Había cons-
truido un espléndido palacio real en su interior, con jabalíes,
ciervos y cuantas fieras salvajes existen allí, guardados en
recintos cercados y fortalezas inexpugnables que se eleva-
ban hasta la mitad del cielo, heredades comparables por su
tamaño a ciudades y otros signos de prosperidad que flore-
cían allí de modo espectacular[24]. Habiendo dirigido, pues, 21
su ataque contra este lugar, lo inundó y saqueó con tanta fa-
cilidad, dando incluso licencia a los soldados para festejarlo,
que los medos tendrán que enviar hacia allí una colonia y ni
la duración de la vida de un hombre bastará para reparar el
desastre. Por tanto, la inesperada escalada, la batalla noctur-
na, que precipitó una multitud incontable de persas, el tem-
blor insito en los miembros de aquéllos y la contemplación
a lo lejos de la tierra destruida con la ayuda de su cobardía,
todo ello formaba parte del castigo que les impuso.

¡Devuélvenos, oh tú, el cónsul de los dioses, a tu homó- 22
nimo, que te invocó infinidad de veces al comienzo del año!
Su colega, aun siendo un anciano, cumplió el año entero[25],
pero él ha naufragado a la mitad del camino. El yacía en el

---

[24] Los datos concuerdan con el sitio de Ctesifonte, bajo cuyas murallas Juliano celebró unas carreras de caballos, supuestamente con el objeto de desmoralizar a los habitantes de la ciudad (cf. *Disc.* I 133, XVIII 248-255 y XXIV 37, y Sozómeno, VI 1, 6).

[25] Pasaje de gran importancia para la datación del discurso, pues nos ofrece un seguro *terminus post quem:* la salida del cargo de Fl. Salustio, colega de Juliano, el 1 de enero del 364. *Vid.* la introducción.

suelo, mientras nosotros, con danzas y demás deleites, cele-
brábamos en Dafne a las ninfas, sin saber nada de lo que
nos había pasado.
23 ¿Quién fue el que forjó aquella pica destinada a tener un
poder tan grande? ¿Qué divinidad condujo contra nuestro
Emperador a tan audaz jinete? ¿Quién dirigió contra su cos-
tado la lanza? ¿O acaso no fue ningún dios, sino su vehe-
mente ardor, que lo impulsaba a recorrer las filas y exhortar
a un ejército incapaz, habituado a la ociosidad y que, en su
mayor parte, desconocía las heridas? Él se despreocupaba
hasta ese punto de su cuerpo, pero es asombroso que ni
24 Afrodita ni Atenea le librasen del peligro. Con ello no ha-
brían hecho sino imitar su antigua asistencia, una de las cua-
les salvó a Menelao y la otra a Paris[26], un varón que había
cometido una falta y que con razón causaba aversión. ¿Qué
es lo que se decía entonces en el cielo? ¿Quién se levantó
como acusador de Ares, como antaño hiciera Posidón[27],
cuando Juliano era transportado herido sobre su escudo, aún
con aliento, cuando el ejército no dejaba de lamentarse y se
les escapaban las armas de las manos, lo mismo que los re-
mos de los compañeros de Ulises en el mar de Sicilia[28]?
25 Entonces gemían las Musas: su llanto se oía en Beocia, en
Tracia, en sus amadas montañas[29], y, según creo, deplora-
ban la tierra, el mar y el aire, por el grado de desgobierno al
que habían llegado a parar y, entre otras cosas, por haber
26 quedado privadas del festín de los altares. También lloramos

---

[26] Cf. *Il.* IV 127-140 y III 373-382 respectivamente. Atenea salvó a Menelao de la flecha de Pándaro y Afrodita a Paris, cuando Menelao estaba a punto de estrangularlo en un combate singular.

[27] Cf. *Decl.* VIII *(Apología de Ares).*

[28] Cf. *Od.* XII 203-204.

[29] Las Musas de Pieria y las del Helicón, pues ambas advocaciones recibían las hijas de Zeus y Mnemósine.

nosotros a Juliano por gremios: los filósofos, al que investigaba junto con ellos la filosofía de Platón, los rétores, al diestro en componer discursos y en valorar al orador, y aquellos cuyas recíprocas discrepancias requieren justa sentencia, al que era un juez más justo que Radamantis[30]. ¡Ay, 27
desdichados labradores, cómo vais a ser ahora pasto de los encargados de las exacciones! ¡Ay del poder de la curia, que ya se precipita y rápidamente se ha convertido en una sombra de lo que era! ¡Ay de los gobernadores de las ciudades; cómo desaparecerá la utilidad de vuestro título, pues, como en las procesiones festivas[31], el que gobierna estará a merced del gobernado! ¡Ay de los gritos de los menesterosos agraviados, cuán en vano recurriréis al cielo! ¡Ay de los batallones de soldados, a quienes se les ha muerto su Emperador, que en campaña se alimentaba con la misma ración que los demás! ¡Ay de las leyes que, con justicia, parecerían emanar de Apolo y que ahora se hallan en el desprecio! ¡Ay de la oratoria, que, a un mismo tiempo, ha ganado y perdido su fuerza y su vigencia! ¡Ay de aquellas manos de los secretarios que eran superadas por el talento de su boca[32]! ¡Ay de la ruina general de la ecúmene! Éste era el segundo cata- 28
clismo en pleno verano o un incendio como el que es fama que se apoderó del mundo, cuando Faetón condujo el carro[33]. O mejor, este dolor es, con diferencia, mucho más

---

[30] Cf. *supra*, n. 13 al *Disc.* XVI.

[31] En fiestas como la de las Calendas (cf. *supra*, n. 17 al *Disc.* XV) era normal que el populacho se tomase ciertas libertades contra los poderosos.

[32] Cf. *infra*, *Disc.* XVIII 174.

[33] Faetón, hijo de Clímene y de Helios, le pidió a éste como prueba de su paternidad que le permitiese conducir el carro del sol. Pero Faetón no siguió las recomendaciones de su padre y Zeus, ante el temor de que se produjese una catástrofe cósmica, no tuvo más remedio que fulminar al

digno de compasión, pues en aquel caso la tierra estaba desierta, pero ahora el mejor es perjudicado por el que es peor y, como si de un rebaño se tratara, las ciudades sirven de pasto abundante para la maldad, a cuya costa podría ésta
29 alimentarse hasta engordar. Así pues, lo mismo que a un hombre que tiene su espíritu enfermo y está lleno de deseos vergonzosos más le vale perecer que vivir con lo más noble de su alma tiranizado por lo más abyecto, de igual modo más le valdría a la tierra quedar cubierta por incesantes tormentas, que ser edificada y alimentar una especie humana en la que la maldad es digna de respeto y la virtud está
30 deshonrada. ¡Respirad de nuevo, germanos! ¡Bailad de alegría, escitas! ¡Entonad peanes, sármatas! ¡Vuestro yugo ha quedado roto y vuestros cuellos vuelven a ser libres! Esto es, sin duda, lo que significa el templo de Apolo consumido por el fuego[34], pues el dios abandonó la tierra, que iba a ser infectada. Esto es lo que significan los terremotos que sacuden la tierra entera, ángeles de la futura confusión y desorden[35].

---

joven, cuyo cuerpo cayó en el río Erídano. Cf. Ovidio, *Metamorfosis* I 750-II 400.

[34] Sobre el incendio del templo de Apolo en Dafne, véase *infra, Disc.* LX.

[35] Cf. *Disc.* XVIII 292-293. Estos terremotos no deben confundirse con el terrible maremoto del 21 de julio del 365 *(vid.* Amiano, XXVI 10, 15-19, y F. Jacques, B. Bousquet, «Le raz de marée du 21 juillet 365. Du cataclysme local à la catastrophe cosmique», *Mélanges d'Arch. et d'Hist. de l'Éc. Franç. de Rome, Antiquité* 96 (1984), 423-461). Libanio se refiere probablemente a otros movimientos sísmicos anteriores a la fatídica fecha de la muerte de Juliano (26 de junio del 363), como, por ejemplo, el que causó graves daños en Nicea y Nicomedia el 2 de diciembre del 362 (cf. Amiano, XXII 13, 5), el que asoló Constantinopla a comienzos del 363 (cf. *Disc.* XV 71 y XVIII 177; 292, y Amiano, XXIII 1, 7) o el que arruinó las obras de reconstrucción del templo de Jerusalén el 19 de mayo del mismo año. Véanse M. Henry, «Le témoignage de Li-

Tú, ¡oh el mejor de los emperadores!, aunque llevaste a cabo grandes gestas, me considerabas a mí tu panegirista y habías elegido a mi retórica para que glorificase tus hazañas[36]. Mientras, yo me ejercitaba para esta empresa, con la intención de no estar por debajo de la altura de tus obras, como un luchador que colma de cuidados su cuerpo porque sabe que va a presentarse un poderoso rival. Por eso ahora tomo la palabra y seguiré hablando de ti, y no empañaré tus gestas con el silencio, y otros escucharán mis cantos, aunque el autor de las victorias se encuentre enterrado, después de haber truncado las hermosas y nobles esperanzas de la tierra. 31

Recibió una herida Agamenón[37], pero era el rey de 32
Micenas. También Cresfontes[38], pero éste lo era de Mesenia. Igual ocurrió con Codro[39], pero obedecía a un oráculo, y Áyax[40], pero era un general mezquino. Así le pasó a Aquiles, pero cedía a los placeres amorosos y a la cólera, y,

---

banius et les phénomènes sismiques du IV[e] siècle de notre ère : essai d'interprétation», *Phoenix* 39 (1985), 36-61, y H.-U. Wiemer, *Libanios...*, págs. 252-253.

[36] Libanio iba a recibir de Juliano el encargo de componer un *basilikòs lógos* cuando éste volviera de su campaña persa. Cf. la *Ep.* 1220, 5 de Libanio.

[37] Agamenón fue asesinado por su esposa Clitemnestra a su regreso de Troya. Cf. Esquilo, *Agamenón* 1343 ss.

[38] Uno de los Heráclidas, a quien correspondió en suerte el trono de Mesenia. Al poco tiempo, fue asesinado junto con dos de sus hijos. Cf. Apolodoro, II 8, 4-5, y Pausanias, IV 3, 3-8.

[39] Rey de Atenas que sacrificó su vida para evitar el cumplimiento de un oráculo délfico que predecía la caída de Atenas en manos de los peloponesios siempre y cuando éstos no mataran al rey de la ciudad.

[40] Se refiere al impío Áyax, hijo de Oileo y rey de los locrios (cf. *Il.* II 527-535 y *Od.* IV 499-511), y no al hijo de Telamón.

además, era turbulento. También Ciro, pero tenía hijos[41], o
Cambises, mas era un pobre loco. Alejandro perdió la vida,
pero no por mano de un enemigo, y además era un hombre
que podía dar pie a la censura. Sin embargo, el rey que go-
bernaba desde el poniente hasta la salida del sol, con un al-
ma rebosante de virtud, que aún era joven y no era padre
33 todavía, ha sido abatido por algún aqueménida. Al oír la
noticia, levanté la vista al cielo aguardando que cayeran
gotas de lluvia mezcladas con sangre, como las que soltó
Zeus por Sarpedón[42], pero no las vi. No obstante, tal vez el
dios las vertió por el cadáver de Juliano, pero la mayoría no
las vio, como es natural entre el combate, la polvareda y la
sangre que manaba de cuantos morían.

34 ¡Oh santuarios, templos y estatuas desterradas del pala-
cio real! Él os erigió para que fueseis testigos directos de
sus actos, pero ahora sois expulsadas por los que, sin res-
peto alguno, se atreven a justificarse diciendo que purifican
el lugar. ¡Oh tú, que has provocado en los demás ríos de lá-
grimas por tu causa y no has hallado un llanto *de un solo
día de duración,* como dice aquel verso[43], sino que haces
que sigamos de duelo y seguirás haciéndolo *mientras que el
35 agua fluya y florezcan elevados árboles*[44]! Ha ocurrido que,
al anunciar un heraldo tu muerte, a pedradas fue sepultado al
instante, como si se hubiese convertido en tu asesino o estu-
viese anunciando lo imposible. Era como si hubiese anun-
ciado que un dios había perecido. También ha sucedido que

---

[41] Libanio insiste en la importancia de la malograda sucesión de Juliano, cuestión que parece no haber preocupado en absoluto al Emperador (*vid. supra,* n. 52 al *Disc.* XIII).

[42] Cf. *Il.* XVI 458-461.

[43] En *Il.* XIX 229, Ulises recomienda a Aquiles llorar a los muertos un solo día.

[44] Cf. PLATÓN, *Fedro,* 264d.

alguno ha pasado sin llorar delante de la tumba de su hijo, pero, cada vez que alguien posaba su mirada en tu estatua, al instante surgían manantiales de lágrimas, invocándote unos como padre, otros como hijo, y todos como su común protector.

¡Ay de la orfandad que se ha apoderado de la tierra, la 36
misma que tú sanaste cuando yacía enferma, como un buen médico, y a la que, de nuevo, has entregado a la fiebre y a sus males de antaño! ¡Ay de mi desdichada canicie[45]! ¡Ay de mi doble pena, que, en parte, se une al llanto general por el Emperador y, en parte, se lamenta por un camarada y
amigo! Tú, para prestarme auxilio, te apresurabas a declarar 37
como heredero mío a mi hijo ilegítimo[46], mas yo aplazaba el empeño en la idea de que yo moriría antes y que tú le echarías una mano en este asunto. Sin embargo, las Moiras no tenían decretado lo mismo. Sino que yo estaba elaborando un discurso que serviría como remedio para tu reconciliación con la ciudad[47], pero tú te nos has ido y el remedio ha
quedado en el silencio. Incluso, me he quedado totalmente 38
bloqueado para la composición de discursos, como algunas

[45] Libanio contaba cincuenta años de edad cuando compuso el presente discurso.

[46] Desde su instalación en Antioquía, Libanio vivió con una mujer de origen servil (cf. *Ep.* 1063, 5) con la que tuvo en el 355 un hijo, Cimón o Arabio, que, al ser bastardo, no podía heredar los bienes de su padre, en virtud de una ley de Constantino *(Cod. Theod.* IV 6, 2, del 29 de abril del 336). Esta cuestión preocupó vivamente a nuestro sofista, que desplegó todos los recursos a su alcance para conseguir un trato de excepción. Temporalmente, se solucionó el problema, cuando una ley del 16 de agosto del 371 *(Cod. Theod.* IV 6, 4), firmada por Valentiniano y Valente, permitía la transmisión parcial de bienes a hijos naturales (cf. *Disc.* I 145). Pero más tarde, entre 379 y 381, Teodosio la revocó. Sin embargo, gracias a la intercesión de la curia antioquena, Libanio obtuvo el ansiado trato de favor por parte del Emperador (cf. *Disc.* I 195-196).

[47] El *Disc.* XV.

madres que se quedan estériles a causa de grandes desgracias. Especialmente, pierdo por completo la concentración y no sin dificultad retorno a mi sentido. Sin duda, hubiera sido mejor quedar en la total ignorancia de todo, dando muestras de locura y no de dolor, puesto que ya ningún dios convierte a un hombre que sufre en una piedra, ni en un árbol, ni en un pájaro.

XVIII

DISCURSO FÚNEBRE POR JULIANO

Hubiera sido preciso, público mío, que se hubiese cumplido todo aquello que esperábamos, no sólo yo, sino todo el mundo: que el Imperio Persa en estos momentos estuviese arruinado, que gobernadores romanos, y no sátrapas, administrasen su territorio[1], que nuestros templos estuviesen adornados con los despojos traídos de allí y que el autor de la victoria recibiese los epinicios sentado sobre el trono real. Porque, a mi parecer, esto hubiera sido justo, adecuado y digno de los sacrificios sin cuento que él ofreció. Sin em- 2
bargo, dado que la envidiosa divinidad fue más poderosa que nuestras razonables esperanzas y, ya cadáver, es transportado desde los confines de Babilonia el que muy poco se apartó del cumplimiento de su empresa, y que todos los ojos vertieron ríos de lágrimas, como era natural, pero no es posible impedir su fallecimiento, hagamos lo único que nos queda y lo que más le hubiera gustado a él: contar algo de su vida a otros oyentes, ya que a él mismo le ha sido truncada la posibilidad de escuchar el encomio de sus actos. Pues, 3
en primer lugar, lo trataríamos injustamente, si él se atrevió a todo para recibir alabanzas pero nosotros le privásemos de

[1] A pesar de lo que afirma Libanio (cf. *infra*, par. 282), la expedición de Juliano tenía como objeto el castigo, no la conquista de Persia. La promesa de hibernar en Tarso demuestra claramente que se trataba de una sola campaña estival. Véase al respecto H.-U. Wiemer, *Libanios...*, pág. 187, y A. Marcone, «Il significato...», 343-345.

los laureles. En segundo lugar, sería lo más vergonzoso de todo no concederle, cuando ya está muerto, los honores que le hubiésemos tributado en vida. Porque, aparte de que sería una muestra de la más extrema bajeza adular a quienes todavía existen y echarlos en el olvido cuando ya se han ido, a los vivos, si no con un discurso, se les podría complacer de otras muchas maneras. Pero, con respecto a los difuntos sólo nos queda una: los encomios y los discursos que inmortalizan sus actos virtuosos.

4 Debo reconocer que, en mis sucesivos intentos de escribir su panegírico, descubrí que mi elocuencia era inferior a la magnitud de sus gestas, y ¡por los dioses! jamás me disgusté si la virtud de mi amigo el Emperador superaba la capacidad del rétor que lo amaba. Porque yo consideraba que era ganancia común para las ciudades el que la persona que recibía el poder para la salvación del Imperio no permitiera que la elocuencia de nadie se pudiese equiparar a sus hazañas. Pues, quien no fue capaz de ponderar como merecían tan sólo sus bravas gestas junto a Océano[2], ¿cómo iba a serlo hoy, que tengo la obligación de transmitir a la posteridad, en un único discurso, aquellas proezas además de su
5 expedición contra los persas[3]? Pienso que, si él encontrase

---

[2] Libanio se refiere a las campañas de Juliano César en las Galias.

[3] A pesar del desastroso final de la campaña persa, a la que, posiblemente, se opuso el propio Libanio y una buena parte del sector pagano, nuestro autor pretende demostrar que dicha empresa fue un completo éxito. ¿Es ésta la verdadera opinión de Libanio o no es más que un argumento retórico para hacer frente a las críticas cristianas, que veían en la muerte del Apóstata una manifestación de la ira de Dios? ¿Es cierto que la campaña fue un éxito sólo empañado por la desgraciada muerte de Juliano y el vergonzoso tratado de paz firmado por Joviano, quien cedió a Sapor cinco provincias, además de quince fortalezas, entre las que se encontraban Nísibis y Singara? Para Amiano (XXV 7), aunque el ejército romano quedó en una situación muy difícil tras la muerte de Juliano, a

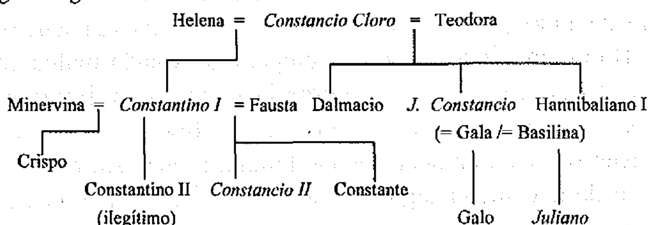
el modo de que los dioses subterráneos le permitiesen subir para ayudarme a componer este discurso de ahora y, sin que todos los demás lo pudiesen ver, participar conmigo de esta empresa, ni aun así daría la medida exacta de los hechos, sino que la forma de exponerlos sería más bella que la actual, pero tampoco tanto como sería justo. Por consiguiente, ¿qué debemos pensar que me ocurrirá al hacerme cargo de tamaña empresa sin una colaboración como la suya? Si no me 6
hubiese dado cuenta de que antes tampoco ignorabais que la victoria se la llevaban sus gestas pero, con todo, os solazabais con mis discursos, más me hubiera valido guardar silencio. Pero, como también entonces os mostrabais resueltos a ensalzar mis composiciones y no cejabais en vuestro amor por ellos, trataré de hacer justicia a mi Emperador y amigo considerando que no existe una justa excusa para el silencio.

Hubo, en efecto, no pocos emperadores nada malos en 7
entendimiento, pero que no eran ilustres por su linaje, y otros que eran diestros para preservar el Imperio, pero que se avergonzaban de decir de qué familia procedían, hasta el punto de que sus panegiristas tenían que esforzarse mucho

causa de la falta de víveres, no menos complicada era la del rey persa, el cual había sufrido numerosas bajas en las escaramuzas habidas con los romanos y cuyos súbditos experimentaban un terror excepcional por la presencia del ejército invasor. De hecho, el rey tomó la iniciativa de buscar una salida negociada, por lo que Joviano envió a Arinteo y al prefecto Salutio para negociar la paz. Sin embargo, la dilación de las negociaciones agravó la hambruna entre los romanos, lo que forzó la firma del bochornoso acuerdo. Así pues, no es exagerado pensar que, de no haber muerto, Juliano podía haber regresado triunfante a Tarso, especialmente si hubiese logrado contactar con los treinta mil hombres de Procopio y Sebastiano, a quienes Juliano había ordenado marchar a Armenia para sumarse a la ayuda del rey Arsaces y luego descender por Corduena y Moxoena hasta Asiria, donde se efectuaría la unión de los dos ejércitos (cf. Amiano, XXIII 3, 5). Desgraciadamente, ésta se produjo en Tilsapafa, cuando todo había terminado (cf. Amiano, XXV 8, 16).

para curar esta herida. En cambio, nada hay en Juliano que
8 no ofrezca materia para el elogio. Empezando por su prosapia, su abuelo fue emperador[4], el cual, a fuer de despreciar las riquezas, se ganó especialmente el afecto de sus súbditos. Su padre[5] fue hijo y hermano de emperador, y con más derecho a poseer la realeza que el que en realidad la detentaba[6]. Con todo, permaneció en paz, lo felicitó cuando usurpó el trono y se pasó la vida honradamente, manteniéndose
9 fiel en su afecto. Tras casarse con la hija de un noble y juicioso prefecto[7], a quien su victorioso enemigo mostró sus

[4] El tetrarca Constancio Cloro, quien estableció la dinastía de los Segundos Flavios, de la que ofrecemos a continuación un resumido árbol genealógico:



[5] Julio Constancio, hijo de Constancio Cloro y medio hermano de Constantino. Cf. *supra*, n. 32 al *Disc.* XIV.

[6] Constantino I, que reinó con la dignidad de Augusto del 306 al 337 y como único monarca del Imperio tras la derrota de Licinio, en el 324. Véase la burla que Juliano hace de su tío en *Banqu.*, 328d-329d.

[7] Basilina, madre de Juliano, que murió pocos meses después de nacer éste (cf. *Misop.* 352b). En su honor dio Juliano su nombre a la ciudad bitinia de Basilinópolis. Era hija de Julio Juliano, prefecto del pretorio de Oriente bajo Licinio, cargo que continuó ejerciendo tras la derrota de éste por Constantino (cf. la *Ep.* 60 de JULIANO y SÓCRATES, *Hist. Eel.* III 3, 21). Hijo de éste era también Juliano, tío homónimo del Emperador, el cual renegó del cristianismo cuando su sobrino se apoderó del Imperio y aceptó el cargo de *comes Orientis* (cf. la *Ep.* 701 de Libanio). Su pasado cristiano no le impidió cumplir con celo las órdenes de confiscar los bienes de la iglesia de Antioquía.

respetos y exhortó a sus propios funcionarios a que gober-
naran tomándolo como modelo, engendró a este excelso va-
rón y honró a su suegro dándole su nombre al hijo. Una vez 10
que Constantino hubo perecido a resultas de una enferme-
dad, fue pasada a cuchillo casi toda su familia, padres e hi-
jos por igual. Sólo él y su hermano paterno, mayor que él,
escapan a la masacre, librando al segundo una enfermedad
que hizo pensar que bastaría para su muerte y al primero su
edad, pues hacía poco que había acabado su lactancia[8].
Mientras que Galo se aplicaba más a otros menesteres que a 11
los discursos, por considerar que, de esa manera, se granjea-
ría menos envidia, a Juliano, por el contrario, su dios parti-
cular lo empujaba a aficionarse por la retórica y se ocupó de
su estudio acudiendo a la escuela en la segunda ciudad en
importancia detrás de Roma[9]. Él, que era nieto, sobrino y
primo de emperador[10], iba a clase sin caminar orgullosa-
mente, sin causar desórdenes, sin pretender que se le mirase
con admiración entre una nube de sirvientes y el alboroto
que ello lleva aparejado. Muy al contrario, un magnífico eu-
nuco[11] era el guardián de su moderación, así como otro pe-

---

[8] Cf. *supra*, n. 18 al *Disc.* XIII. Según Filostorgio (II 16), en el manto funerario de Constantino se encontró una nota que acusaba a los hijos de Teodora de haberlo envenenado, motivo por el que el ejército se tomó venganza. Según una tradición cristiana, fueron unos sacerdotes cristianos los que salvaron a los niños *de la sangre, del tumulto y de la matanza,* como dijera JULIANO *(Heracl.*, 229d) parafraseando a HOMERO *(Il.* XI 164). Véase al respecto J. BIDEZ, *La vie...*, págs. 14-15.

[9] Constantinopla *(vid. supra*, n. 6 al *Disc.* XIII). A juicio de Libanio, lo excepcional de la enseñanza de Juliano es que un miembro de la familia imperial acudiera a clase *(eis didaskaleîon)* en vez de recibir las enseñanzas en privado. *Vid. Misop.* 351a-b y 352c., y J. BOUFFARTIGUE, *L'Empereur Julien...*, pág. 15.

[10] Constancio Cloro, Constantino I y Constancio II, respectivamente.

[11] Su fiel pedagogo, el eunuco Mardonio, del que Juliano habla con veneración (cf. *Heracl.* 235a y *Misop.* 351b-353a). Fue Mardonio el que

dagogo al que no le faltaban estudios. Su ropa era modesta, no miraba a los demás por encima del hombro, se adelantaba a dirigirle la palabra a los demás, no desdeñaba al pobre, acudía cuando se le ordenaba, esperaba hasta que se le llamara, se quedaba allí donde tenían que estar los demás, escuchaba las mismas lecciones que el resto, salía como uno más y en ningún momento buscaba un trato de favor. Hasta tal punto fue así, que, si alguien de fuera hubiera entrado y echado una mirada al grupo de alumnos sin saber quiénes eran ni su procedencia, no habría podido descubrir por señal alguna su superior fortuna.

12 Sin embargo, no era igual a ellos en todo, ya que, en lo tocante a seguir y comprender las explicaciones, a guardarlas en la memoria y a no cansarse de trabajar, se distanciaba enormemente del resto. Como me daba cuenta de ello, me dolía en mi interior por no poder sembrar yo mismo en un espíritu como el suyo. Pues un sofista incompetente[12], como pago por denostar a los dioses, tenía a su cargo al joven, que

---

se encargó de su educación (cf. *supra*, n. 6 al *Disc.* XIII) y le enseñó a amar a Homero y los clásicos. Véanse al respecto las excelentes páginas de J. Bidez, *La vie...*, págs. 17-21. El otro pedagogo podría ser el eunuco Euterio, *praepositus sacri cubiculi* de Juliano, al cual envió a la corte de Milán con la misión de defenderlo de las acusaciones de Marcelo y de llevar el segundo panegírico de Juliano a Constancio (cf. Amiano, XVI 7, 2-7 y XX 8, 19). Juliano le envió su *Ep.* 29 poco después de entrar en Constantinopla.

[12] El sofista cristiano Hecebolio (cf. *supra*, n. 8 al *Disc.* XIII). Renegó de su fe en tiempos de Juliano para de nuevo abrazar el cristianismo a la muerte de éste (cf. Sócrates, *Hist. Eccl.* III 1, 10 ; 13, 5-6 y 23, 5). Fue, posiblemente, el destinatario de la *Ep.* 194 de Juliano. Las clases que Juliano recibió en Constantinopla de Nicocles y Hecebolio son datadas por la mayoría de los estudiosos tras el encierro en *Macellum*, en los años 341-347, que Libanio omite aquí. *Vid. supra*, n. 8 y 15 al *Disc.* XIII, J. Bidez, *La vie...*, págs. 22-34 y J. Bouffartigue, *L'Empereur Julien...*, págs. 28-39.

también había sido educado en aquella creencia sobre los
dioses y soportaba la mala calidad de sus discursos, a causa
de la guerra que su maestro hacía a los altares. Ya era un 13
adolescente, y el carácter regio de su naturaleza se eviden-
ciaba por numerosas e importantes pruebas. Este hecho no
dejaba conciliar el sueño a Constancio, quien, por temor a
que una ciudad importante y con gran influencia, que se
equiparaba con Roma en todos los aspectos, se viera arras-
trada a la virtud del joven y le causara luego disgustos a él,
lo envió a la ciudad de Nicomedes pensando que no era tan
peligrosa, y le dio libertad para formarse. Él no acudió a mí,
aunque ya daba allí mis clases y había preferido aquella
tranquila ciudad a la que estaba llena de peligros, pero no
dejaba de ser alumno mío, ya que compraba mis discur-
sos[13]. La razón de que renunciase a mis discursos y evitara a 14
su autor era que aquel «admirable» sofista lo había sujetado
firmemente con numerosos e importantes juramentos, para
que ni se convirtiera, ni fuese llamado alumno mío, ni fuera
inscrito en la lista de mis discípulos. Él, aunque le repro- 15
chaba que le hubiese obligado a dar su palabra, no quiso
transgredir sus juramentos, pero, como estaba ansioso por
mí, encontró la manera de no perjurar y, a la vez, no perder-
se mis discursos, ganándose, a cambio de importantes rega-
los, los servicios de un barquero que le traía las explicacio-
nes diarias. Sin duda, su carácter manifestó en este asunto
de modo especial su fortaleza. Pues, aunque apenas si tenía
trato personal conmigo, me imitaba mejor que los que asis-
tían regularmente a mis clases; por un camino más oscuro,
sobrepasaba en la producción de frutos el luminoso que

[13] Cf. *supra,* n. 8 al *Disc.* XIII. Era natural que un príncipe heredero cristiano como Juliano no pudiera acudir a las clases de un acendrado pagano como Libanio.

aquéllos seguían. De ahí que, según creo, exista cierto parentesco entre mis discursos y los que posteriormente fueron compuestos por él, y que diera la impresión de que se trataba de uno de mis antiguos discípulos.

16 Mientras él se ocupaba de estos menesteres, a su hermano le tocó en suerte participar de la realeza en calidad de César. Pues, como a Constancio se le alzó una doble contienda, primero la guerra pérsica y, a continuación de ésta, la que sostuvo contra el tirano[14], le hacía falta sin dilación un colega en el mando. Galo fue enviado desde Italia para hacerse cargo de la protección de la parte oriental, y lo que antes le ocurrió a su padre, ahora le estaba pasando a él: que era
17 hermano de un emperador. Así pues, Galo atravesó Bitinia con su escolta y ambos se entrevistaron[15]. Mas el destino de su hermano no transformó su carácter, ni tampoco tomó el hecho de que aquél vistiese la púrpura como excusa para la indolencia, sino que aumentó el deseo que tenía por la oratoria e intensificó los esfuerzos que hacía en su afán por alcanzarla. Porque consideraba que, si se mantenía en la condición de particular, en lugar de la realeza poseería la

---

[14] La revuelta de Magnencio, que estalló el 18 de enero del 350 *(vid. infra,* n. 28), y la subsiguiente de Vetranio forzaron a Constancio a nombrar César a Galo el 15 de marzo del 351. Tras casarlo con su hermana Constancia, lo envía a Antioquía para hacerse cargo del frente oriental, ya que los persas habían tomado las armas contra el Imperio. Sin embargo, su carácter agreste, reconocido por su propio hermano (cf. *SPQAth.*, 271d-272d) y corroborado por los informes de Amiano (XIV 1), provocó graves altercados en la ciudad, que empañaron sus éxitos militares. Fue ejecutado sin juicio previo el año 354 *(vid. supra,* n. 24 al *Disc.* XII).

[15] Posiblemente, esta entrevista tuvo lugar en Nicomedia (cf. J. Bidez, *La vie...*, pág. 66, y J. Bouffartigue, *L'Empereur Julien...*, pág. 38), donde, tal vez, residió Juliano hasta el 351, fecha de la que data su viaje a Pérgamo y su conversión definitiva al paganismo (cf. *supra,* n. 21 al *Disc.* XII).

sabiduría, una posesión más divina, y, si era conducido al cetro, con la sabiduría adornaría la monarquía. Por eso apro- 18
vechaba la luz solar para sus estudios y, al caer la noche, hacía uso de las antorchas, y no hacía que sus riquezas fuesen mayores, aunque era fácil, sino más honesto su ánimo. Y un día que coincidió con los que estaban imbuidos de la filosofía de Platón[16] y escuchó hablar elogiosamente de los dioses y démones, que son los que, en verdad, han creado y preservan todo este mundo. También se informó acerca de qué cosa es el alma, de dónde viene y a dónde se dirige, con qué acciones se hunde y con cuáles se levanta, con cuáles es arrastrada al suelo y con cuáles se alza al cielo, qué es lo que la encadena y lo que la libera, cómo se podría evitar lo primero y conseguir lo segundo. Entonces fue cuando

con un discurso potable lavó las amargas enseñanzas que [había escuchado[17]

y, tras expulsar toda la cháchara anterior, en su lugar penetró su espíritu la hermosura de la Verdad, como si a un gran templo regresaran estatuas de dioses que, previamente, habían sido ultrajadas en el fango. Con respecto a estas cues- 19
tiones era otra persona, pero fingía las creencias anteriores, ya que no le era posible manifestarlas en público. En ese momento, Esopo habría compuesto una fábula, no haciendo que el asno se ocultara bajo la piel de un león, sino el león

[16] Para su iniciación en Pérgamo con los neoplatónicos, véase la n. 21 al *Disc.* XII. El contacto con Máximo de Éfeso determinó que Juliano considerase a Jámblico como la cumbre del pensamiento filosófico, equiparable en grandeza a Platón, y a Juliano el Caldeo el modelo de teúrgia (cf. *Helios* 146a-b; 150c-d; 157c-d, y *MatDeor.* 172d y *Ep.* 12).

[17] Paráfrasis de PLATÓN, *Fedro* 243d.

bajo la de un asno[18]. También él sabía lo que era mejor saber, pero daba la impresión de que pensaba lo que era en-
20 tonces más seguro. Como el rumor se extendía por doquier, todos los discípulos de las Musas y de los demás dioses se ponían en marcha o se hacían a la mar ansiosos de contemplarlo, de relacionarse con él, de hacerle preguntas y escuchar sus respuestas. Pero no era fácil para los que venían volverse a marchar, ya que la sirena los retenía, no sólo por sus palabras, sino por su natural disposición para la amistad. Pues, con su enorme capacidad para dar afecto, enseñaba a los demás a corresponderle, de modo que no sin dificultad se separaban de él, si habían intimado sinceramente.

21 Juliano tenía una extensa cultura que había almacenado y solía desplegar: poetas, rétores, escuelas de filósofos, y estaba muy versado en la lengua griega y no poco en la otra[19]. En efecto, se preocupaba de ambas. Y una misma súplica salía de la boca de las personas sensatas: que aquel joven se convirtiese en señor del Estado, que detuviera la ruina de la civilización y se pusiera al frente de personas en-
22 fermas quien sabía sanar tales dolencias. Evidentemente, no me atrevería a afirmar que él hiciera ascos a estas súplicas, ni voy a jactarme de ello para defenderlo, sino que también él lo deseaba, pero no por afán de lujo y poder, ni por os-

[18] Cf. la fábula 188 de Esopo y la 139 de Babrio en el vol. 6 de esta colección.

[19] *I.e.*, el latín, que Libanio cita siempre con desprecio (cf. *supra* n. 86 al *Disc.* XII). Juliano afirma en *Heracl.* 235c-d que, en su búsqueda del conocimiento y de la sabiduría, ha recorrido el camino más largo, la *enkýklios paideía* o *enkýklia mathēmata:* «Nosotros al menos gozamos de una correcta dirección, caminando no por el atajo, como dices tú, sino por un rodeo *(kýklōi)*». Por tanto, además de las disciplinas del *quadrivium* (aritmética, geometría, música y astronomía), había aprendido las del *trivium* (gramática, retórica y filosofía). Véase al respecto J. BOUFFARTIGUE, *L'Empereur Julien...*, págs. 504-510.

tentar la púrpura, sino para devolver a las provincias, a costa de su propio sacrificio, todo aquello de lo que habían sido despojadas, y no menos la adoración de los dioses. En efec- 23
to, su corazón quedaba afectado de modo especial cada vez que contemplaba los santuarios derruidos, las ceremonias mistéricas suspendidas, los altares volcados, los sacrificios sin celebrar, los sacerdotes expulsados y la riqueza de los templos repartida entre los más libertinos. De manera que, si algún dios le hubiera prometido que la enmienda de esta situación se produciría por mediación de otros, creo que, con todo su empeño, habría evitado la monarquía. Él aspiraba, no a gobernar, sino a que las ciudades fueran prósperas.

Por tanto, mientras florecía en las almas de la gente 24
culta este deseo de que la tierra fuese curada gracias a su inteligencia, se produjo una calumnia contra Galo y se descubrieron escritos que contenían la evidencia de una conspiración. Una vez recibieron su castigo los culpables —pues no iba a darles una corona el que había sufrido semejante afrenta—, le pareció a Constancio que quien había impuesto la pena merecía el mismo castigo que él había infligido. Así fue como Galo pereció sin poder defenderse, pues llegó antes la espada que su defensa[20]. Inmediatamente después, Ju- 25
liano era sacado de donde estaba y se hallaba entre soldados armados, que le miraban torvamente, le hablaban con rudeza y evidenciaban con sus actos que la prisión era, en comparación, algo soportable[21]. Añadíase que ni siquiera estaba confinado en un solo lugar, sino que, para su desgracia, lo trasladaban de un lado para otro. Y sufría estas vejaciones

---

[20] *Vid. supra*, n. 24 al *Disc.* XII.

[21] En efecto, tras la muerte de Galo, Juliano fue llevado a la corte de Milán, donde fue sometido a una estrecha vigilancia, sin que se le permitiera ver al emperador. *Vid. Disc.* XII 35-37 y XIII 18 y las notas correspondientes.

sin que se le acusase de nada importante ni baladí. ¿Pues cómo iban a acusarlo si estaba a más de treinta[22] jornadas de su hermano, y las cartas que le enviaba, no muy a menudo por cierto, se limitaban sólo a los saludos[23]? Por tal motivo, ni siquiera había quien pudiera formular una calumnia contra él. Pero, con todo, era acosado de la forma expuesta por ningún otro motivo que el hecho de que tuvieran ambos
26 un mismo padre. De nuevo en esta circunstancia se podría admirar de su persona que no adulase al asesino hablando mal del muerto y que no exasperase al vivo con palabras elogiosas hacia su hermano, sino que a uno lo honraba con su duelo secreto y al otro no le daba pie para asesinarlo, aunque lo deseaba vivamente. Pues tan bien y convenientemente puso freno a su lengua, a pesar de que mucho se lo impedían las tristes circunstancias que lo asediaban, que gracias a su firmeza logró taparles la boca a los más perver-
27 sos. Ciertamente, ni siquiera estas precauciones bastaban para salvarlo, ni lograban poner freno a la ira de Constancio, que se encolerizaba sin fundamento. Pero Ino, la hija de Cadmo, es decir, la esposa de Constancio[24], vio que Juliano

---

[22] En el texto se nos habla de más de trescientas jornadas *(stathmoîs pleíosin è triakosíois)*, cifra, a todas luces, hiperbólica, ya que, a razón de veinte kms. por jornada, resultan más de seis mil kms. Aun suponiendo que Juliano estuviera en Éfeso y Galo en Antioquía (recuérdese que el supuesto encuentro se produjo en Constantinopla, según Amiano, XV 2, 7), la distancia no concuerda. Es, por tanto, muy posible que, en lugar de «trescientas jornadas», haya que entender «treinta» *(triákonta)*, lo cual estaría más en consonancia con la distancia entre una ciudad jonia y Constantinopla (Nicomedia, según Sócrates, *Hist. Ecl.* III 1, 22 ss.).

[23] La misma justificación encontramos en *SPQAth.* 273a.

[24] La emperatriz Eusebia, que es comparada a Ino (cf. *supra,* n. 55 al *Disc.* XIV), la salvadora de Ulises. Eusebia se casó con Constancio II el año 354 y tenía gran influencia sobre él, como demuestra su eficaz defensa de Juliano entre la hostilidad de los cortesanos, que veían en el joven filósofo un posible vengador de la irregular ejecución de Galo. El senti-

se encontraba en medio de una tempestad y se apiadó de él. Con incesantes súplicas convenció a su marido para que, enamorado de Grecia como estaba y, sobre todo, del ojo de la Hélade, Atenas, lo enviase a la tierra amada. En cuanto a 28
este mismo hecho, ¿cómo no va a ser, sencillamente, propio de un espíritu enviado por los dioses el hecho de que, colocado en la situación de elegir el lugar, no prefiriese jardines, ni mansiones, ni palacios, ni fincas en la costa, ni la opulencia de otros lugares, que no eran pocos —todo lo cual estaba a su disposición en Jonia—, sino que considerase de poca importancia todo lo que se estima como importante, en comparación con la ciudad de Atenea, madre de Platón, Demóstenes y del resto de su variada ciencia? Por consiguiente, 29
se presentó allí a escape, con la intención de añadir nuevos conocimientos a los que ya poseía y de platicar con los maestros que pudieran darle más de lo que tenía. Pero, cuando los trató, se dio a conocer y trabó conocimiento con ellos, más que experimentar admiración, fue él quien la causó; Juliano fue el único estudiante de cuantos acudían a Atenas que abandonó la ciudad habiendo enseñado más a los demás que habiendo aprendido él. Por consiguiente, continuamente se le podía ver rodeado de un enjambre de muchachos, ancianos, filósofos y rétores. En efecto, también los dioses le prestaban su atención, pues sabían bien que él les haría recuperar sus fueros. Cuando hablaba, era, a un 30
tiempo, admirable y tímido, pues no hay nada que dijese sin rubor. Así, todos gozaban de su carácter apacible y los mejores disfrutaban de su confianza, entre los cuales se encontraba, en primer lugar, nuestro correligionario: el único inta-

---

miento de amistad y gratitud de Juliano era tan fuerte, que compuso un sincero panegírico en su honor: *Elogio de la emperatriz Eusebia*. *Vid. supra*, n. 15 al *Disc.* XIII. Sobre la piedad de la Emperatriz, véase AMIANO, XVII 7, 6.

chable entre los hombres, el que, con su virtud, ha derrotado por completo la censura[25].

31 La intención del joven Juliano era vivir en Atenas y pasar allí sus días. Para él éste era el colmo de la felicidad. Pero, como las circunstancias reclamaban un segundo emperador, dado que las ciudades de a orillas del Rin habían quedado destruidas y los generales allá enviados empezaban a tener aspiraciones por encima de lo que les era permitido[26], fue llamado al trono el que se dedicaba a la filosofía en Atenas, ya que, por su propia actividad filosófica, inspiraba confianza a quien le había causado los mayores males. Pues, aunque había sido el asesino de su padre y de sus hermanos, de unos hacía ya tiempo y de Galo recientemente, con todo, confiaba en que su fidelidad se mantendría firme y que su carácter podría más que sus motivos para ha-
32 cerle reproches. Seguramente, al convocarlo, Constancio no erraba en sus esperanzas, pero nada había que persuadiera a Juliano de que tuviese confianza y de que este honor no acabase en una trampa, pues eso es lo que le permitía conjeturar la sangre derramada. Pero como no había escapato-

[25] Tal vez se trate de Celso *(vid. supra,* n. 54 al *Disc.* XV). Reiske, en cambio, lo identifica con Salustio.

[26] Se trata de la revuelta del franco Silvano, *magister peditum* de las Galias, quien, ante las intrigas de un tal Dinamio, jefe del servicio de acémilas de Constancio *(actuarius sarcinalium principis iumentorum),* que había falsificado un escrito suyo y lo presentó como prueba de una supuesta trama para alzarse con el poder, no tuvo más remedio que proclamarse Augusto para salvar la vida. Este hecho ocurrió el 11 de agosto del 355, pero, poco tiempo después, el 7 de septiembre de ese año, fue asesinado por una parte de sus tropas que habían sido sobornadas. Este suceso influyó en la elección de Juliano en noviembre, pues la presencia de un miembro de la familia imperial mantendría a raya a cualquier militar que desease seguir el ejemplo de Silvano. Véanse. *SPQAth.* 273d-274a; Amiano, XV 5; Aurelio Víctor, *Libro de los Césares* 42, 16, y R. Scholl, *Historische Beiträge...,* págs. 34-39.

ria, invocó entre lágrimas a la diosa y se puso en camino suplicándole su protección[27]. Al asociarse a la realeza fue enviado de inmediato a una prueba que requería las manos de Heracles. Pues la situación de los galos, los últimos de los cuales habitan a orillas del Océano, era como sigue.

Cuando le hacía la guerra a Magnencio[28], que le había 33
arrebatado a otro el mando y gobernaba velando por el cumplimiento de las leyes, Constancio pensaba que era preciso mover todos los resortes para aniquilar a aquel hombre. Así fue como, con unas cartas abrió a los bárbaros las fronteras romanas y les dio permiso para apoderarse de cuanta tierra pudieran. Al concederles dispensa y quedar sin vigor 34
los tratados en virtud de las misivas, los bárbaros irrumpieron aprovechando la ausencia absoluta de quien se lo pudiera impedir, dado que Magnencio tenía en Italia sus fuerzas, y convirtieron en presa de los misios[29] a las prósperas ciudades galas. Las aldeas eran saqueadas, derribados los mu-

---

[27] Cf. las súplicas de Juliano a Atenea en *SPQAth.* 275a.

[28] Magno Magnencio (303-353), de origen germánico, llegó a ser *comes rei militaris* de los Jovianos y Herculianos (cf. ZONARAS, XIII 6, y ZÓSIMO, II 42, 2) y se proclamó Augusto el 18 de enero del 350, tras lo cual arrebató a Constante la parte occidental del Imperio (cf. *supra,* n. 13 al *Disc.* XIV). Constancio se enfrentó a Magnencio y lo derrotó en la batalla de Mursa (28 de septiembre del 351), tras lo cual, Magnencio se estableció en Aquileya. Después de un nuevo enfrentamiento en Tesino y una nueva derrota de Magnencio, éste pasó a las Galias, donde sufrió los ataques de los alamanes, promovidos, de acuerdo con nuestro autor, por Constancio II (cf. *supra, Disc.* XIII 35). Entre tanto, el Emperador iba despojándolo de sus posesiones, hasta que, en julio del 353, cruzó los Alpes y el decisivo encuentro tuvo lugar en *Mons Seleuci* (actual Montsaléon) el 10 de agosto, tras el cual Magnencio se quitó la vida. Cf. *EEC* 26b-c y 33c-40c, *SR* 55c-58c, ZÓSIMO, II 42-53 (consúltense las notas de J. M.ª CANDAU a estos pasajes en el n.º 174 de esta colección) y W. ENSSLIN, «Magnentius», *RealEnzyclopädie*, XIV 1 (1928), cols. 445-452.

[29] Cf. *supra, Disc.* XII 40, XIV 26 y n. *ad loc.*

ros, eran transportados los bienes, las mujeres y los niños, y
los hombres seguían la comitiva para ser esclavizados, lle-
vando los desgraciados sobre sus hombros su propia rique-
za. Y el que no era capaz de convertirse en esclavo ni de
contemplar el ultraje de su esposa y de su hija, era degolla-
do entre llantos. Una vez trasladados a tierra enemiga nues-
tros bienes, los vencedores cultivaban nuestra tierra con sus
35 propias manos y la suya con las de los cautivos. A su vez,
las ciudades que habían conseguido evitar la conquista gra-
cias a la resistencia de sus murallas, no disponían de tierra,
excepto una cantidad mínima, y se consumían a causa del
hambre sus habitantes, que recurrían a cualquier cosa que
les pudiera alimentar, hasta que el número de personas que-
daba tan diezmado, que las propias ciudades eran campos y
ciudades a un tiempo, y el terreno deshabitado intramuros
era suficiente para practicar la agricultura. En efecto, se un-
cían los bueyes, se arrastraba el arado, se esparcía la si-
miente y brotaba la espiga; existía el segador y el grano, to-
do ello de puertas para dentro, pero no se hubiera podido
determinar si eran más desgraciados los cautivos o los que
aún permanecían en sus casas[30].

36 Y el que había comprado la victoria a un precio tan alto, al principio se sentía satisfecho y se ufanaba. Mas, cuando su enemigo fue derrotado y su traición salió a la luz, y como Roma casi proclamaba a gritos el desmembramiento de su Imperio, no se atrevió a expulsar a los que festejaban su victoria poniendo en peligro su propia vida, sino que consideró oportuno que se hiciera cargo de las operaciones militares

[30] Esta descripción concuerda con Tréveris (Trier), que quedó gravemente diezmada por las invasiones de los francos en el 355 (cf. *supra, Disc.* XII 44, y AMIANO, XVI 2, 12), que destruyeron, entre otras ciudades, Colonia, Estrasburgo, Brumath, Saverne, Seltz, Spira, Worms y Maguncia. Cf. *infra,* § 46.

el joven que, recién salido de la escuela, era arrastrado al oficio de las armas. Pero lo más inaudito de todo era que rezase para que la misma persona se mostrase, al mismo tiempo, superior e inferior al enemigo. Lo primero se debía a su ansia de ganar territorio y lo segundo a su envidia. Y 37
que lo envió a esta misión no menos para que pereciese que para someter al enemigo, lo demostró en seguida. Pues, a pesar de que disponía de un ejército con un número de hombres tal, que en tiempos pretéritos habían bastado para salvaguardar tres monarquías juntas[31] —numerosos infantes y gran cantidad de jinetes, cuyo aspecto más temible, en mi opinión, era la invulnerabilidad de su equipamiento[32]—, con todo, dio la orden de que lo escoltaran sus peores trescientos infantes[33], ya que Juliano encontraría acantonados a sus soldados en su destino. Y éstos no eran otros sino los que sabían de memoria lo que era ser derrotados y cuya ocupación principal, desde tiempo atrás, había sido soportar asedios. Sin embargo, ninguno de estos problemas consiguió pertur- 38
bar su ánimo, ni que diera muestras de temor, sino que, a pesar de que era aquélla su primera experiencia con las armas y la guerra, y pese a que se disponía a sacar soldados aterrorizados contra otros acostumbrados a la victoria, vistió con tanto desparpajo su armadura, como si desde el principio hubiese manejado un escudo en lugar de libros, y tal era el arrojo con que avanzaba, que se diría que encabezaba un ejército de diez mil Áyax. A no dudarlo, eran dos los facto- 39
res que hacían que fuese de esa manera: uno, la sabiduría y

---

[31] Cuando Constancio compartía el mando con sus hermanos, Constante y Constantino II.

[32] En especial, los catafractos, cuya armadura recubría completamente el cuerpo del soldado. Cf. Amiano, XVI 2, 5.

[33] La escolta de Juliano se componía exactamente de trescientos sesenta hombres.

su conocimiento de que la inteligencia podía más que la fuerza, y el otro, su creencia de que los dioses combatían a su lado, pues sabía que Heracles había escapado de la Éstige gracias a que Atenea inclinó la balanza a su favor[34].

40 Al punto, se hizo manifiesto por un signo el testimonio
de la buena disposición que hacia él tenían los dioses. Ha-
biéndose puesto en marcha desde Italia mediado el invierno,
cuando era seguro que perecería por causa del frío y de las
nevadas todo aquel que no se pusiera a salvo bajo un techo,
hizo su viaje disfrutando de un sol tan resplandeciente, que
avanzaban diciendo que la estación era primaveral. El in-
41 vierno había sido derrotado antes que los enemigos. Y, sin
duda, también lo siguiente fue indicio de una fortuna inme-
jorable. Cuando atravesaba el primer pueblecito de la tierra
que recibió de Constancio, una corona hecha de ramas de
olivo —pues los ciudadanos suelen suspender en el aire
muchas de éstas, colgadas de cuerdas que son extendidas
desde los muros hasta las columnas—, una de estas coronas
con las que embellecemos las ciudades se desató, fue a caer
sobre la cabeza del Emperador y se ajustó perfectamente. Se
produjo un clamor general, ya que, en mi opinión, la corona
ponía de manifiesto sus futuros trofeos y que venía para al-
zarse con la victoria[35].

42 Por tanto, si quien lo enviaba le hubiese permitido desde un principio pasar a la acción y emplear su inteligencia, aquellas tierras habrían experimentado de inmediato el cambio, pero, en realidad, él no tenía autoridad para nada salvo para llevar la clámide, sino que eran los generales los

[34] Cf. *supra, Disc.* XIII 28.

[35] Amiano, XV 8, 21-22, nos transmite otra anécdota relacionada con esta marcha de Juliano. Cuando el nuevo César entró en Vienne, una anciana ciega preguntó que quién había llegado. Al ser informada de quién era, vaticinó que éste restauraría los templos.

que decidían[36]. Pues así lo tenía decidido quien lo había enviado: que ellos dispusiesen y él obedeciese. Mas Juliano se contentaba, pues se acordaba de Ulises y sus compañeros[37]. A los generales les agradaba en sumo grado dormirse en los laureles. Y este hecho es lo que hacía más fuertes a los enemigos: que siguieran manteniendo su posición anterior a pesar de la llegada del Emperador. No obstante, aunque se le 43
cerrara el paso a la acción y recorriera las provincias sólo como espectador —porque esto era lo único que le estaba permitido—, su nombre y su presencia tuvieron tal poder, que uno de los ciudadanos que se encontraban encerrados durante un tiempo prolongado y en la más extrema debilidad dio un salto y capturó a un bárbaro que trabajaba la tierra junto a la muralla; luego un segundo capturó a otro y así sucesivamente. Y unos pocos ancianos, que habían dejado ya las armas a causa de su vejez, consiguieron rechazar un ataque nocturno de numerosos jóvenes[38]. Éstos trajeron escalas y las aplicaron sobre las puertas desiertas, pues ésa es la manera como se han apoderado de la mayor parte de las ciudades. Pero ellos, en cuanto se dieron cuenta, convirtieron en arma todo lo que se ponía a su vista y acudieron a la

---

[36] Cf. *supra,* n. 33 al *Disc.* XII. Además del *magister* Marcelo, a cuyo cargo estaba la dirección de los asuntos militares, Juliano debía someterse a otros altos funcionarios, como el cuestor Salutio, el prefecto de las Galias Florencio o el *comes sacrarum largitionum,* Úrsulo. En el 358, fueron enviados por Constancio II a las Galias el *notarius* Gaudencio y el *magister officiorum* Pentadio con el encargo de mantener bajo estrecha vigilancia al César.

[37] Juliano se contiene ante esta insultante situación igual que Ulises soportaba la muerte de sus hombres a manos de Polifemo, con el fin de encontrar una ocasión más propicia para vengarse. Cf. *Od.* IX 299-305.

[38] Se trata del asedio de *Augustodunum* (moderna Autun), del que Juliano tuvo noticia a su llegada a Vienne y en cuyo auxilio acudió en junio del 356. Cf. AMIANO, XVI 2, 1.

carrera con sus ancianos pies, al tiempo que pronunciaban a voces el nombre del Emperador. Y vencieron los ancianos, como los de Mirónides[39], matando a unos con sus propias
44 manos y pereciendo otros al arrojarse desde lo alto. También desde otro frente se produjo contra los bárbaros una acometida de unos jóvenes, que antes no acostumbraban a actuar así. Los bárbaros se daban la vuelta y huían, mientras que los nuestros masacraban a los enemigos a placer, pues, aunque no veían al Emperador, su cercanía les daba bríos. Otros, que pensaban establecerse en otro lugar, se quedaron
45 tras expulsar el miedo de sus almas. Cuando los bárbaros, desde un bosque frondoso, lanzaron un ataque sobre la retaguardia de nuestro ejército en marcha, la situación cambió tanto, que terminaron por ser degollados los que esperaban causar estragos[40]. El que exterminaba a un enemigo, traía la cabeza como prueba de su muerte y se le pagaba por ello, de modo que el mayor empeño consistía en cortar cabezas. Pues aquel sapientísimo varón aprovechó su avaricia para limpiar de cobardía sus espíritus, de manera que el deseo de obtener ganancias los animaba a ser audaces. Y los bárbaros que buscaban refugio en los islotes que forma el Rin[41], se

[39] El estratego ateniense Mirónides tomó a los más jóvenes y a los más viejos del ejército acantonado en Egina y con ellos venció a los corintios en Mégara. Cf. Tucídides, I 105.

[40] De Autun, Juliano se dirigió a Reims, donde se encontró con Marcelo y el predecesor de éste en el cargo, Urcisino. Allí se decidió atacar a los alamanes en *Decem pagi* (hoy Dieuze). El ejército se puso en marcha sin excesivas precauciones, lo que propició las emboscadas de los enemigos. En el relato de Amiano, XVI 2, 10, se nos dice que, aprovechando la densa niebla, los bárbaros se colocaron en la retaguardia, y que se habrían perdido dos legiones, si los auxiliares no hubieran acudido rápidamente a los gritos de socorro. Nótese cómo Libanio convierte un descuido táctico de Juliano en materia para el elogio.

[41] Cf. Amiano, XVI 11, 8-10.

convertían en presa de algunos de nuestros hombres, que cruzaban el río a nado o en barco, y nuestras ciudades se banqueteaban a costa de su ganado. Como de las dos ciuda- 46
des más importantes, a una la encontró devastada por incontables invasiones, y a la otra despoblada y arrasada por un reciente ataque[42], a ésta le echó una mano para levantarla de nuevo y allí estableció una guarnición, mientras que a la otra, que se encontraba desfallecida en su totalidad, hasta el punto de verse obligada a procurarse alimento de donde no es costumbre, la reconfortó con las mejores esperanzas. Al 47
contemplar esto el rey[43] de una porción no insignificante de

---

[42] Estas dos ciudades son Colonia y Tréveris respectivamente (no Brumath, como supone Norman apoyándose en Amiano, XVI 2, 12). Aunque no dice nada expresamente, Amiano (XVI 3, 3) nos informa de que Juliano pasó por Tréveris en dirección a Sens, y no hay que olvidar que Tréveris era, junto con Colonia, una de las ciudades galas más importantes, como especifica claramente Libanio en este pasaje. Colonia había sido destruida entre noviembre y diciembre del 355 por los francos y recuperada diez meses más tarde (cf. Amiano, XVI 3 y *SPQAth.* 279b). En su deseo de atribuirse el éxito de la recuperación de Colonia, en el pasaje citado, Juliano pretende hacernos creer que la reconquista de dicha ciudad tuvo lugar en el 357, poco antes de la batalla de Estrasburgo, cuando él ya tenía el mando del ejército, sin caer en la cuenta de que poco antes nos informa de que la ciudad fue recuperada diez meses después de su caída. Además, sabemos por Amiano (XV 8, 18-19) que él se enteró de su caída en Turín, camino de Vienne, en diciembre del 355. Por tanto, la reconquista tuvo lugar en agosto del 356, es decir, antes de la destitución de Marcelo (cf. *infra,* § 48) y de que Juliano se hiciera cargo del mando militar. Nótese cómo Libanio ordena correctamente los acontecimientos: reconquista de Colonia (§ 46), destitución de Marcelo (§ 48) y batalla de Estrasburgo (§§ 56-62). En cuanto a Tréveris, los ataques de los francos no consiguieron derribar los muros, pero sí debilitar tremendamente a la ciudad. Consúltense G. W. Bowersock, *Julian...*, págs. 36-37, y R. Scholl, *Historische Beiträge...*, págs. 20-39.

[43] Según nos dice Amiano (XVI 3, 2), entrando Juliano en Colonia, recibió numerosas propuestas de paz de unos aterrorizados reyes francos.

la tierra bárbara, se presentó ante Juliano justificándose con el argumento de que él no había causado grandes perjuicios, pidiendo la firma de acuerdos y prometiendo su alianza. Como le parecía importante lo que proponía, arregló con él un pacto de corta duración, pues hacía que fuese más moderado el miedo a las consecuencias.

48 Por tanto, su influencia se manifestó en este asunto y en otros aún más importantes cuando sólo recorría la región y todavía no disfrutaba de licencia para llevar a cabo todo lo que proyectaba. Mas, una vez que cesó aquel general que sentía pánico ante los enemigos y, en cambio, se mostraba soberbio con los suyos[44], y llegó como sustituto un varón con excelentes cualidades y no inexperto en las lides bélicas, desapareciendo así la mayor parte de los obstáculos, entonces, y sólo entonces, le llegó el momento al Empera-
49 dor para demostrar cabalmente sus aptitudes. Considérese lo siguiente. Cuando el Augusto decidió que había que cruzar la frontera y acometer a los bárbaros —eso es lo que el César deseaba vivamente hacía tiempo, como un caballo ansía correr, y se sentía molesto ante la necesidad que le retenía—, Constancio, al darse cuenta de que la fuerza de aquél era escasa e insuficiente para la empresa, envía de sus propios efectivos un ejército dos veces superior, treinta mil soldados, al frente de los cuales puso a un jefe que le parecía que
50 sabría utilizar estas tropas[45]. Ambos contingentes tenían que

[44] Juliano pasó el invierno del 356-357 en Sens, donde sufrió el asedio de numerosas fuerzas enemigas. A pesar de su proximidad, el *magister* Marcelo se negó a prestar ayuda a su César. Sus posteriores insidias ante la corte de Constancio II no dieron fruto, ya que el Augusto lo destituyó fulminantemente y nombró en su lugar al competente Severo. *Vid. SPQAth.* 278a-b, AMIANO, XVI 4 y 7; J. BIDEZ, *La vie...*, págs. 144-148, y G. BOWERSOCK, *Julian...*, págs. 39-40.

[45] Barbación, que tan torpe actuación tuvo en la campaña del 357. Cf. *supra*, n. 41 al *Disc.* XII.

convertirse en un único ejército y, como no era mucha la distancia que mediaba entre las dos secciones, el Augusto, temiendo que el otro participase en la victoria y creyendo que le bastarían sus propios efectivos, ordena que ya no se produzca la fusión y que crucen en solitario. Pero, cuando trataba de pontear el río con sus naves, los bárbaros cortaron madera más arriba y soltaron, corriente abajo, gruesos troncos que, topándose con las naves, a unas las destrozaban y a otras las atravesaban y hundían. Fracasado este primer in- 51
tento, se batió en retirada con sus treinta mil. Pero a los bárbaros ya no les bastaba con no sufrir daño, sino que creían que les correspondía infligirlo. Así es que, una vez cruzado el río, se dedicaban a perseguirlos y a matarlos cuando los habían capturado. Luego, se retiraban entonando cantos de victoria y enlazaban una acción con otra; mejor dicho, de las palabras pasaban a las consecuencias. Pues cuando se halla- 52
ban de nuevo en casa, Juliano abasteció de trigo las guarniciones y las ciudades recolectando las mieses que los bárbaros habían cultivado, valiéndose para ello, en la medida de lo posible, del trabajo de sus soldados[46]. A continuación, reconstruyó las edificaciones derruidas y, estableciendo sus cuarteles de invierno lejos del Rin, debía informar rápidamente al Emperador de las tentativas de los enemigos por medio de una serie de relevos, dado que la extensión del yermo impedía percibir sus tretas con antelación. Cuando los bárbaros se enteraron de que romanos segaban en tierra romana lo que ellos habían sembrado, montaron en cólera, como si les hubieran saqueado las tierras de sus ancestros. Así es que enviaron un emisario y, mostrando por mediación de aquél las cartas que hacían suya esa tierra, le decían que estaba contraviniendo la decisión del Augusto y que

[46] Cf. Amiano, XVI 11, 11-12.

debía mostrarse de acuerdo con estas condiciones o, al menos, respetar los acuerdos tomados; que, en caso de no
53 aceptar ni lo uno ni lo otro, le esperaba la guerra[47]. Sin embargo, Juliano, alegando que el emisario había venido para espiar, pues el jefe de los bárbaros[48] no habría llegado a tal audacia, lo hizo detener. Y como tenía en su memoria las arengas que escuchó pronunciar en los libros de historia a aquellos antiguos estrategos y sabía perfectamente que un discurso, como prólogo a la acción, hace que el soldado vaya animoso a la refriega, pronunció uno[49] que, con sumo gusto, habría incluido en esta obra, pero, ya que la norma de los panegíricos no me permite una digresión tan extensa, podría al menos decir que

al punto hízoseles la guerra más dulce[50]

54 que antes permanecer ociosos. Parecióle que la caballería debía ocupar ambos flancos[51], que la zona media estuviese en manos de los hoplitas y que los mejores de una y otra sección rodeasen al Emperador. Era preciso que los enemigos no se enterasen de ello, mas no permitió que quedase en secreto la maldad de algunos desertores[52]. Cuando ellos

---

[47] Cf. AMIANO, XVI 12, 3.

[48] Los reyes alamanes Cnodomario y Vestralpo fueron los que impulsaron el ataque contra Juliano, al que se fueron sumando sucesivamente otros reyes: Urio, Ursicino, Serapión, Suomario y Hortario. Las tropas bárbaras se establecieron en las cercanías de Estrasburgo *(Argentoratum)*. Cf. AMIANO, XVI 12, 1.

[49] Reproducido por AMIANO (XVI 12, 9-12).

[50] Cf. *Il.* II 453.

[51] Comienza la descripción de la batalla de Estrasburgo (verano del 357), sin duda, la gesta más gloriosa lograda por Juliano.

[52] El desertor que informa a Cnodomario de la vulnerabilidad de Juliano procedía del ejército de Barbación. Los alamanes veían la ocasión

cruzaban el río, el Emperador no quiso impedirlo, aunque
hubiera podido hacerlo, sino que no deseaba lanzarse y
combatir contra una pequeña sección. Pero cuando ya eran
treinta mil, bajó por ellos antes de que se multiplicase mu-
chas veces su número. Pues los bárbaros tenían tomada la
resolución, como se pudo oír más tarde, de que ninguno de
sus combatientes se quedase en casa. Por tanto, ambas deci- 55
siones son dignas de admiración: no salir al encuentro de los
primeros y no aguardar a todo el contingente que se estaba
movilizando. Pues, por un lado, lo primero no tenía mérito y
lo segundo comportaba el mayor peligro, y por otro, lo pri-
mero es propio de un hombre corto de entendimiento y lo
segundo de un irreflexivo. Por ese motivo, no impidió que
cruzase un número de hombres muy superior al que él con-
ducía, pero, con su ataque, detuvo el flujo que acudía en
ayuda de aquéllos. Los bárbaros, enterados de todo esto, 56
alinearon frente a sus mejores tropas a los más valientes de
su ejército y al flanco derecho le asignaron como apoyo un
pelotón que ocultaron bajo un canal elevado, pues los hacía
invisibles un espeso cañaveral, dado que el terreno era hú-
medo. Sin embargo, no les pasaron desapercibidos a los
ojos de los romanos situados en la parte más a la izquierda,
sino que, nada más verlos, se lanzaron a la carrera entre
gritos de guerra y, tras ponerlos en fuga, los persiguieron.
Así, mediante aquéllos llevaron la confusión a la mitad de
su ejército, pues la huida huida[53] provocaba, la de los pri-
meros causaba la de los segundos. Aconteció en aquel com- 57
bate algo similar a lo que ocurrió en la batalla naval de los

propicia para aplastar al César, acantonado cerca de Saverna con sólo trece mil hombres, y comenzaron a cruzar en masa el Rin.

[53] En la traducción respeto el poliptoton del original: *phygês phygḗn tekoúsēs*.

corintios contra los corcirenses[54]. Pues en esa batalla sucedió que ambos bandos vencieron y fueron vencidos, ya que se imponía el flanco izquierdo de cada parte, de manera que era comprimida la sección derecha de los romanos en torno
58 al Emperador, unas tropas escogidas por otras. Ni siquiera los portaestandartes, que están especialmente adiestrados para mantener la posición, cumplían esta norma. Y, cuando empezaron a retirarse, el Emperador, dando enormes gritos e imitando las palabras del Telamonio —pues éste dijo que no existía la posibilidad de regreso para los griegos una vez destruidas las naves[55]—, dijo que, de ser derrotados, las ciudades quedarían cerradas para ellos y nadie les daría el sustento; añadió como colofón que, si tenían resuelto emprender la huida, tendrían que matarle primero y luego ya podrían escaparse, porque no lo permitiría mientras aún le quedara vida. Entre tanto, señalaba a los bárbaros que eran persegui-
59 dos por los que se habían dado la vuelta. Una vez escucharon estas palabras y vieron estos hechos, avergonzándose de lo primero y regocijándose por lo segundo, se revolvieron y trabaron combate de nuevo. Así se reparó esta vergüenza y todos se aplicaron a la persecución, de manera que hasta los que, en la colina, guardaban las acémilas de transporte sentían vivos deseos de tomar parte en los acontecimientos. Cuando iban hostigando a los enemigos y su carrera se hizo visible, hicieron creer a los bárbaros que su fuerza era ma-
60 yor y ya no había quien deseara aguardarlos. Como consecuencia de ello, la llanura quedó oculta por ocho mil cadáveres y el Rin quedó cubierto con los cuerpos de quienes se ahogaron por no saber nadar. Llenas estaban de muertos las islas del río, pues los vencedores se habían lanzado contra

---

[54] Cf. TUCÍDIDES, I 49.

[55] Cf. *Il.* XV 504-513.

los que se habían escondido en sus bosques. A los bárbaros que estaban muy lejos les anunciaron la batalla los cadáveres y las armas que eran arrastrados por la corriente. Y lo 61
más importante. Cuando, en esta cacería, iban echando las redes a los de las islas, capturaron a su jefe[56] además de a sus súbditos. A éste lo llevaron con las manos atadas, sin despojarlo de sus armas. Se trataba de un hombre de gran talla y belleza, que hacía volver hacia sí las miradas de todos, tanto por su cuerpo, como por su armamento. En esto, 62
el sol se sumergió tras haber contemplado tamaña gesta. El Emperador, que había sometido a este hombre a un juicio por los actos que había osado llevar a cabo, le tributó su admiración en tanto utilizó palabras llenas de orgullo, pero cuando, mostrándose temeroso por su vida y negociando su salvación, terminó por añadir palabras ruines a las nobles razones del principio, por así decirlo, lo aborreció. Sin embargo, no le causó ningún daño ni lo cubrió de cadenas por respeto a su reciente fortuna y porque reflexionaba sobre el poder tan grande que un solo día tuvo.

¿Qué fiesta de las que están establecidas entre los grie- 63
gos se podría comparar con aquella tarde, cuando los que habían combatido compartieron su bebida y rivalizaban en el recuento de los enemigos que habían abatido en combate, unos riendo, otros cantando, otros jactándose, y cuando hasta el que se abstenía de comer a causa de sus heridas tenía como suficiente consuelo esas mismas heridas? Sin duda al- 64
guna, éstos vencían de nuevo en sus sueños a los bárbaros y el placer que consiguieron con sus esfuerzos durante el día lo disfrutaban también durante la noche, porque después de tiempo, muchísimo tiempo, consiguieron erigir un trofeo

---

[56] Cnodomario, a quien Juliano envió a Constancio cargado de cadenas. Cf. *infra*, § 66, *SPQAth*. 279c-d, y AMIANO, XVI 12, 58-61.

sobre los bárbaros y, por lo inesperado del hecho, se rego-
65 cijaron en mayor medida. ¿Es que acaso Juliano hizo mejores a quienes eran malos por naturaleza, como un dios que les infundiera su ímpetu? En ese caso, ¿qué cosa hay más grande que tener un poder sobrehumano? ¿O, acaso, era la ineptitud de los jefes lo que echaba a perder su naturaleza virtuosa? ¿Y qué hay más honroso que llevar a los que son buenos a demostrar de qué son capaces? ¿O, por ventura, algún dios, sin ser visto, hacía que prosperasen los actos de éstos? Si eso es así, ¿qué hay más precioso que combatir al lado de semejantes aliados? Pues también a los atenienses les confiere mayor gloria, según creo, haber llevado a cabo en compañía de Heracles y Pan lo que se cuenta de Maratón, que si hubieran sido capaces de ello sin la participación de estos dioses[57].

66 Después de tan importante victoria, cualquiera habría licenciado el ejército y, presentándose en una ciudad, se habría regalado la vista con carreras de caballos y los placeres de la escena, dando así reposo a su espíritu. Pero él no. Muy al contrario: a los portaestandartes, para que aprendieran a guardar la formación, les aplicó un castigo, dejándoles vivir, pero atribuyendo a la victoria el que no les diera muerte. Por otro lado, a aquel gran hombre, su rey, nuncio de su propio infortunio, se lo envía cautivo a Constancio, pues pensaba que él mismo debía arrostrar las fatigas y cederle a aquél los laureles de tamaña gesta, cual Aquiles que renuncia a su
67 botín en favor de Agamenón[58]. Constancio celebró un triun-

[57] Cf. Heródoto, VI 105.

[58] Libanio se hace eco de la identificación Juliano = Aquiles / Constancio = Agamenón establecida por Juliano en *SR* 49c-51c. Igual que Aquiles reprocha a Agamenón que éste se aproveche del esfuerzo de los demás reyes aqueos (cf. *Il.* I 149-171), Juliano reprocha a Constancio II que se apropie injustamente de los méritos de su victorioso César. El pa-

fo con motivo de su captura, se jactaba y era ilustre a costa de los peligros de su colega, puesto que también al otro rey que había cruzado en compañía del primero y que le aconsejaba que no combatiera, Juliano le infundió tal temor con lo sucedido, que lo precipitó en su huida a las manos de Constancio. Y ahora, por intercesión de Juliano, éste era dueño de ambos reyes, uno por haberse entregado y el otro tras haber sido capturado en combate.

Pues a lo que iba. No tuvo la misma reacción que esos 68
vencedores a los que las victorias entregan a los placeres y a la despreocupación. Por el contrario, una vez inhumó a los caídos en el combate, no les permitió a los soldados deponer las armas, a pesar de que lo deseaban con fuerza, sino que, consciente de que lo que se había hecho era lo que correspondía a hombres que acuden en auxilio de su tierra patria y de que los hombres de bien debían tomarse venganza por los daños que habían padecido, los llevó contra el territorio de los enemigos, enseñándoles y repitiendo que era muy poco lo que les quedaba por hacer, y que, más que un trabajo, era un placer, ya que los bárbaros se asemejaban a una fiera
herida que espera el golpe mortal. Y no se engañaba. Pues, 69
nada más cruzar su ejército[59], los bárbaros en edad militar ocultaron a sus esposas e hijos en los bosques y buscaron la salvación en la huida, mientras él arrasaba con fuego las aldeas y sacaba a la luz todo lo que estaba escondido. Los árboles no supusieron estorbo alguno. De inmediato, se presentó ante él una embajada para hacerle propuestas moderadas y acordes con las desgracias del momento. Dichas pro-

ralelismo es tan evidente, que difícilmente pudo pasar desapercibido a Constancio II y a sus perspicaces cortesanos.

[59] Tras la victoria de Estrasburgo, Juliano cruzó el Rin en una expedición de castigo, saqueando e incendiando los poblados alamanes. Cf. AMIANO, XVII 1.

puestas eran que detuviera su avance y que, cesando su destrucción, en lo sucesivo tuvieran con ellos relaciones amistosas. Es cierto que se firmaron acuerdos, pero la vigencia de los mismos fue solamente durante el invierno, época en la cual se podría encontrar una tregua incluso sin
70 tratados[60]. Por consiguiente, ésa fue la tregua que concedió a sus derrotados enemigos. Mas él mismo no estimó oportuno permanecer inactivo. En mitad del invierno, a mil francos[61], para los que igual deleite suponen la nieve y las flores, que estaban saqueando unas aldeas, en medio de las cuales se encontraba una fortaleza abandonada, los envolvió y les obligó a encerrarse en ella. Una vez los hubo tomado por el hambre, se los envió encadenados al Augusto, cosa realmente extraordinaria, ya que su costumbre era vencer o caer. Mas, con todo, fueron hechos prisioneros, pasándoles lo mismo, creo yo, que a los espartanos de Esfacteria[62]. Así pues, cuando el Emperador los recibió, los calificó como un regalo y los enroló en sus propias tropas, confiando en que estaba integrando en ellas una suerte de bastiones. Pues ca-
71 da uno de ellos valía por muchos hombres. Pues bien, esta importante gesta invernal es sólo una, pero hay otra que no le va a la zaga. Y es que, como, de repente, un pueblo entero se puso a hacer incursiones por el país, él acudió a la carrera con la intención de ayudar a apartar el peligro a los soldados que tenían encomendada la tarea de proteger la zona. Pero éstos, al enterarse de que Juliano se ponía en marcha, se adelantaron y, con sus propios medios, expulsa-

[60] Según Amiano (XVII 1, 11-12), los jefes alamanes, a la vista de que Juliano estaba reconstruyendo una antigua fortaleza de Trajano enclavada en su territorio, se apresuraron a pedir la paz, que Juliano les concedió por un plazo de diez meses.

[61] Episodio narrado por Amiano, XVII 2.

[62] Cf. Tucídides, IV 38.

ron a los enemigos, que sufrieron no pocas bajas. Así es como el Emperador vencía lo mismo con su presencia, que con la mera intención de acudir. Y estas hazañas las llevaba 72
a cabo por aquel tiempo levantándose de entre sus libros. Mejor dicho, cuando avanzaba contra los enemigos, lo hacía en compañía de sus libros. Pues, en todo momento, tenía en las manos libros o armas, ya que consideraba muy importante que la sabiduría le fuera de utilidad a la guerra y pensaba que un monarca, más que combatiendo, logra que la balanza se incline a su favor siendo capaz de tomar decisiones. Por ejemplo, ¿cómo es posible que las dos estratagemas 73
siguientes no fueran utilísimas para los demás y propias de una inteligencia muy ingeniosa: primero, el hecho de aumentar el celo de los hombres de valía mediante la concesión de honores, que conseguía para ellos pidiéndoselos a quien tenía la facultad de otorgarlos; en segundo lugar, el que permitiera a los soldados tomar posesión de los bienes que saqueasen a los enemigos? Este recurso es, sin duda, semejante a aquel de que todo soldado que trajera la cabeza de un enemigo recibiese públicamente dinero como pago a su valor. Como la fama de estos dos procedimientos se ex- 74
tendía por el mundo entero, cualquier soldado que fuese amante de la acción sentía afecto por él. También lo amaban los que se dedicaban a la oratoria, y, entre los habitantes de Atenas, cuantos tenían alguna idea noble acudían a visitarlo, como antaño iban los sofistas a Lidia a conocer a Creso[63]. Sin embargo, Creso le mostraba a Solón sus tesoros de dinero, como si no poseyera nada más digno de estima que esto. En cambio, Juliano abría a cuantos venían a él los tesoros de su alma, en los que se podían hallar los dones de las Musas.

---

63 Cf. Heródoto, I 28-33.

Incluso celebraba a sus visitantes con los versos que él sabía y que hoy se pueden consultar y leer.

75 Así es que, después de compartir este delirio báquico con los servidores de Hermes y de Zeus[64], cuando la ocasión dio la señal de combate, al punto se puso en marcha y, tras presentarse como un rayo junto al río, causó tal espanto a un pueblo entero[65], que prefirieron emigrar y formar parte de su imperio más que del suyo, pues consideraban más agradable vivir bajo su mando. Éstos le pidieron tierras y las recibieron. Juliano empleaba contra los bárbaros a otros bárbaros que consideraban que era mejor perseguir en su
76 compañía a los demás, que acompañarlos en la huida. Y todo esto lo llevó a cabo sin lucha. Pero, una vez que decidió cruzar de nuevo el río y, por su escasez de naves, obligó a que lo cruzaran a nado los caballos y los hoplitas, avanzaba sin que nadie se lo impidiera saqueando unas cosas y llevándose otras. Demasiado tarde venían a implorarle los des-
77 dichados, pues debían haberlo hecho antes del fuego. Pero él, que pensaba que había llegado el día en que iba a curar las heridas de los galos, al principio los despidió ignominiosamente, pero, cuando se presentaron de nuevo trayendo a sus propios reyes como suplicantes[66] y, con el cetro en las

---

[64] Es decir, se aplicó a la correspondencia con los rétores, cuyo patrón es el dios Hermes. En cuanto a la expresión *Diós opadoí*, cf. Platón, *Fedro* 252c.

[65] En la campaña del 358, Juliano se adelantó a la estación, ya que los bárbaros no acostumbraban a salir de campaña antes del mes de julio, y, tras cruzar el Rin, se presentó de improviso en territorio germano. Primero se dirigió contra los francos salios, a los que sometió con gran facilidad. Seguidamente repitió el mismo éxito con los cámavos, quienes le imploraron de rodillas la paz. Cf. Amiano, XVII 8.

[66] Libanio silencia, por razones obvias, un conato de motín que, a duras penas, logró sofocar Juliano, debido a que los soldados habían consumido sus víveres antes de que madurase el grano de los cámavos, y es-

manos, se inclinaban al suelo, les recordó sus numerosos ultrajes y sus incontables daños y les exhortó a comprar la paz al precio de la reparación de estos males: levantando las ciudades y restituyendo a sus habitantes. Los bárbaros estu- 78
vieron de acuerdo y no le traicionaron. Se traía madera y hierro para la construcción de viviendas, y todos los cautivos eran liberados de regreso a casa, adulados por quienes antes los flagelaban, para que no tomaran represalias contra ellos. Y aquellos a quienes habían apresado y no devolvían, certificaban que habían muerto. La veracidad de ello era juzgada por los que habían sido liberados. Cuando, según 79
dicen, el mar se les mostró por primera vez a las tropas de Ciro después de haber cruzado multitud de montes y pasado fatigas sin cuento, ello les impulsó a gritar y a llorar de alegría, y se abrazaban los que habían compartido aquellos peligros[67]. Éstos, no cuando vieron el mar, sino cuando se volvieron a ver los unos a los otros, hicieron lo mismo, tanto los que contemplaban a sus parientes que habían escapado a la esclavitud, como los que recobraban a sus familiares y su patria. Les acompañaban en el llanto, incluso, cuantos no tenían lazos de parentesco con ellos y contemplaban los

---

taban hambrientos y ateridos de frío. Para su suerte, el rey alamán Suomario se presentó implorando la paz. La condición impuesta por Juliano fue la restitución de los prisioneros galos y el suministro de víveres para su ejército. Poco después, siguió el mismo ejemplo el rey Hortario, el cual prometió también devolver los prisioneros, pero, como faltara a su palabra y no devolviera todos, Juliano retuvo como rehenes a cuatro de sus más aguerridos capitanes, hasta que no se produjese la liberación total de los galos. Además, como castigo le obligó a aportar los materiales necesarios para la reconstrucción de las ciudades galas destruidas. Cf. *supra*, n. 25 al *Disc.* XIII; AMIANO, XVII 10, y ZÓSIMO, III 4, el cual confunde en una sola campaña las tres invasiones de tierra germana por parte de Juliano.

[67] Alusión al conocido pasaje de JENOFONTE, *Anábasis* IV 7, 21-27.

abrazos. Se derramaban lágrimas más agradables que las de antaño, pues aquéllas se vertían porque se separaban, pero aquel día lloraban porque se reunían.

80 Así fue como la guerra dispersó y volvió a reunir a los galos: primero al ser dirigida por unos mandos cobardes y luego por valientes. De nuevo se llenaban las curias y las aldeas, la artesanía y las vías para ganar dinero crecieron; otra vez los padres entregaban a sus hijas y los jóvenes se casaban; volvía a haber viajes, y las fiestas y procesiones
81 tornaban a su antiguo esplendor. De modo que, si alguien le diera a este varón el apelativo de fundador de aquellas ciudades, no se equivocaría. Pues reconstruyó ciudades que habían dejado de existir, y a otras que casi habían quedado despobladas, les salvó a sus habitantes e hizo que ya no sintieran un terror como aquél. A no dudarlo, ya ninguno de los bárbaros, al llegar el invierno, se hacía a la vela para llevar a cabo las rapiñas de costumbre, sino que se quedaban en casa y se comían lo suyo, no más por respeto a los tratados, que por miedo a la guerra, ya que también a los que aún no habían firmado acuerdos, el miedo a lo que les podía pasar les animaba a permanecer tranquilos.

82 Así pues, ¿qué es lo que hizo durante esta paz? Tenía la mirada puesta en la mayor isla de cuantas hay bajo el sol, la que circunda Océano[68]. En efecto, envió allí a unos audito-

[68] En la narración que Juliano nos hace de la campaña del 358 (*SPQAth.* 279d-280c) el orden es diferente. Primero restableció las comunicaciones comerciales con Britania equipando una flota de seiscientas naves (Zósimo, III 5, 2 eleva este número a ochocientas), cuatrocientas de las cuales construyó en sólo diez meses y luego, para despejar la desembocadura del Rin, atacó a los salios y a los cámavos (cf. *supra*, n. 65). En el mismo pasaje Juliano nos explica cómo el prefecto Florencio abogó por pagar a los bárbaros dos mil libras de plata para que éstos permitieran el paso de la flota, propuesta apoyada por Constancio, más proclive a la negociación que a la guerra.

res para controlar un gasto que, nominalmente, tenía una finalidad militar, pero que, de hecho, no era sino una fuente de ingresos para los mandos del ejército. A quienes cometieron estos delitos les aplicó un justo castigo, pero hizo algo mucho más importante y saludable para los galos. Pues 83
antiguamente el trigo solía venir de la isla cruzando el mar y atravesando el Rin por el territorio de los bárbaros, los cuales, puesto que eran más poderosos, ya no permitían su paso. Así pues, los cargueros, que desde hacía tiempo estaban en dique seco, se pudrían y sólo unos pocos navegaban. Sin embargo, tras descargar las mercancías en los puertos, había que emplear carros para el trigo en lugar de llevarlo por el río, y esta situación suponía un gasto enorme. Por consiguiente, puesto que deseaba renovar esta ruta y consideraba espantoso no devolver el transporte de trigo a la situación de antaño, con gran rapidez sacó a la luz un número de naves mayor que el de antes y estudiaba a fondo de qué manera el río podría acoger el trigo.

Mientras estaba en esto, un ciudadano denunció a un 84
gobernador. Florencio[69], en su calidad de prefecto, presidía el juicio, pero, como sabía lo que era robar y también en

[69] Las relaciones entre el prefecto de las Galias, Florencio, y Juliano fueron siempre tensas, aunque en no pocas ocasiones se vieron obligados a colaborar. Ya en el invierno del 357-358 habían discrepado sobre la cantidad de impuestos que había de recaudarse en las Galias (cf. AMIANO, XVII 3, 1-6). Tampoco hizo caso el César de su propuesta de sobornar a los germanos para permitir el paso de los barcos por el Rin (cf. la nota anterior) y, para colmo, ni siquiera le apoyó en este proceso de *repetundis* contra su protegido. En *SPQAth.*, 282c y *Ep.* 14 Juliano deja claro que lo único que deseaba en este turbio asunto era el triunfo de la justicia, sin importarle las consecuencias, que fueron terribles para él, ya que le supuso que Constancio, ante las quejas de Florencio, retirase de su lado al más íntimo de sus colaboradores: el cuestor Salutio. Cf. *supra*, nota 34 al *Disc.* XII.

aquella ocasión había recibido un soborno, descargó su ira contra el demandante por consideración hacia su colega[70]. Sin embargo, como no pasaba desapercibida su prevaricación, sino que había quienes comentaban entre sí el asunto y este escándalo le aguijoneaba los oídos, hizo que el César ocupase el asiento de juez. Juliano al principio intentaba
85 rehusar, pues no tenía encomendada también esta tarea. Florencio actuaba de esta manera no para que se dictara una sentencia justa, sino porque creía que aquél se pondría de su parte, aun a costa de parecer injusto. Pero, cuando vio que para Juliano la verdad tenía más importancia que hacerle un favor a él, se dolió en su alma y al varón con el que el Emperador tenía una relación más íntima y que era como un padre para él, consiguió sacarlo de la residencia real acusándolo calumniosamente, en unas cartas, de incitar contra
86 él al joven. Por ese motivo, Juliano lo honró con un discurso que pone de manifiesto el dolor que aún sentía por aquella separación; a un tiempo gemía de dolor y, a la vez, se aferraba a los amigos que aún le quedaban. Pero, a pesar de haber sido víctima de tan grandes agravios, no por ello se
87 envileció su espíritu. Tampoco creía que debiera recibir satisfacción por los perjuicios que éstos le causaron a costa de la hegemonía de los romanos. Muy al contrario: descendió hasta el mismo Océano y reconstruyó la ciudad de Heraclea[71], obra de Heracles. Hizo entrar los barcos en el Rin[72],

---

[70] Entiéndase que en el arte de robar, no en cuanto al cargo que ambos ocupaban.

[71] Cf. Amiano, XVIII 2, 4.

[72] La campaña del 359 tenía como objetivo la pacificación de las Galias, para lo cual Juliano, junto con Florencio y el *magister* Lupicino, sucesor de Severo, decidió cruzar el Rin, tendiendo un puente hacia territorio germano. Gracias a la estratagema de Juliano, narrada a continuación, el puente se construyó entre territorio romano y los dominios del rey alamán Hortario, el cual había permanecido fiel a los tratados de paz (cf.

mientras que, quienes se esperaba que fueran a impedirlo, se sofocaban de ira, pero no eran capaces de impedírselo. Él continuaba su avance evitando el territorio de los pueblos con tratados de paz vigentes, con la idea de no causarles forzosamente un perjuicio al marchar contra los enemigos pasando por su suelo. Así pues, mientras las naves hacían su navegación a lo largo del río, el ejército enemigo seguía su marcha desde la otra orilla, con la intención de impedirles cualquier intento de unir las riberas con puentes. Consi- 88
dérese, en este episodio, cómo era Juliano el más diestro en las cuestiones de estrategia y cómo no había empresa tan imposible que él no demostrase que era fácil de hacer. Pues cuando, habiendo recorrido y examinado detenidamente la ribera del lado contrario, divisó un lugar perfecto para, una vez tomado, ofrecer seguridad a los conquistadores, dejó en pos de sí algunos barcos y una pequeña porción de sus fuerzas, escondidos en una ensenada que estaba ubicada en la margen de su propio territorio, mientras que él mismo proseguía la marcha y obligaba a los enemigos a seguir su mismo itinerario. Al atardecer, acampó y dio a aquellos que había dejado atrás la señal de que cruzasen el río y se apoderasen del lugar. Ellos obedecieron y se hicieron con el 89
control de la zona. El resto de los hombres se dio la vuelta y se aplicó a la construcción de los puentes, partiendo de su propio territorio y terminando en la zona conquistada. Este hecho hizo creer a los bárbaros que había más puentes y pensaban que desconocían no pocas de las desgracias en que se veían envueltos. Fue entonces, precisamente, cuando

---

supra, n. 66) y cuyas tierras respetó Juliano. Ante la llegada de las legiones romanas, se sucedieron las embajadas en petición de paz, unas espontáneamente, como los hermanos Macriano y Hariobaudes y el rey Vadomario, otras después de ver saqueado su territorio, como en el caso de Urio, Ursicino y Vestralpo. Cf. AMIANO, XVIII 2, 7-19.

elogiaban a cuantos habían buscado refugio en la paz y se presentaban pidiendo conseguir los mismos tratados en idénticos términos. Y él, que estaba quemando y devastando su territorio, cuando por fin quedó satisfecho, firmó la paz. De nuevo tuvieron lugar la liberación de prisioneros de guerra y todas las restantes escenas de llanto similares a las anteriores[73].

90 Así fue como intercambiaron sus fortunas los galos y los bárbaros de los alrededores: los primeros volvían a florecer y los segundos se precipitaban en la ruina; unos vivían entre fiestas y otros entre gemidos; los bárbaros veían arruinada su supremacía, que creían sería eterna, y los galos recobraban su poder, que nunca más pensaban tener. Y, como todas las voces celebraban a la misma persona, en la idea de que este éxito no se debía más a las armas que a la inteligencia de Juliano, le sobrevino la envidia de quien le debía las coronas de la victoria[74]. Así pues, reclamó y mandó a buscar lo más floreciente de su ejército[75] y a los hombres que estaban preparados para situaciones de emergencia, mientras que sólo permitía que permanecieran a su lado las tropas de más

---

[73] Cf. *supra*, § 79.

[74] En la corte de Constancio II se prodigaban las burlas a Juliano, a raíz del protagonismo que se atribuía el César en sus victorias, explicadas en términos épicos en los informes enviados a Constancio. Entre los epítetos que le daban los cortesanos para adular a su celoso primo, estaban el de «victorino», «chivo» (en clara alusión a su barba de filósofo), «topo hablador», «mono purpurado» y «griego frustrado», entre otras lindezas. Cf. Amiano, XVI 12, 67 y XVII 11, 1.

[75] Constancio envió a las Galias a Decencio para pedir a Juliano sus mejores tropas para el frente persa (cf. *supra*, n. 54 al *Disc.* XII y n. 30 al *Disc.* XIII). La orden se dirigía a los jefes militares Lupicino y Síntula, y exigía de Juliano que se mantuviera al margen. En ausencia de Lupicino, que había sido enviado a Britania para sofocar una rebelión de los pictos y de los escoceses, Decencio se vio obligado a tratar directamente con el César.

edad, que contribuían más con su número, que con sus actos. La excusa era la guerra persa y el hecho de que la paz 91
de los galos no hacía necesaria la presencia de soldados, como si los juramentos no fuesen fácilmente pisoteados por la perfidia de los bárbaros y no fuese preciso unir a los tratados la seguridad de las armas. Sin embargo, creo yo, para hacer frente a los persas, no le hacía falta un ejército más numeroso que el que entonces tenía, pues tenía suficiente con sólo una parte de éste. Además, ya en numerosas ocasiones reunió un ejército igual, pero jamás entabló combate, puesto que tenía la firme decisión de contemporizar en cualquier circunstancia[76]. Pero muy distinto era su plan. En 92
efecto, lo que deseaba era poner fin a sus gestas y que su fama dejase de aumentar, o mejor aún, anhelaba arruinar la que ya tenía echando encima de Juliano y de sus pocos y provectos soldados a la juventud de los bárbaros. Sin duda, 93
deseaba que se extendiera por doquier la noticia contraria a la que por aquel entonces circulaba: que Juliano era cercado y asediado, y que nada contenía a los enemigos, sino que se apoderaban de ciudades y las asolaban nuevamente, y que araban y cultivaban tierra ajena[77]. Porque sabía que, a pesar de que Juliano era habilísimo estratego, le pasaría lo mismo que al piloto de una gigantesca nave que se ha quedado sin sus marineros. Pues ni siquiera su arte podría sustituir en la nave al conjunto de la tripulación. Así es como el más «ex-

[76] Si bien es cierto que, en la crítica a Constancio II, subyace siempre la polémica religiosa, no se debe negar la tibieza con que este monarca manejó a Sapor II, el cual pretendía, a corto plazo, apoderarse de Mesopotamia y Armenia y, a largo plazo, reconquistar el imperio de los antiguos Aqueménidas, cuya frontera llegó un día hasta Macedonia (cf. *SR* 63a-b y AMIANO, XVII 5). La agresiva campaña que posteriormente puso en marcha Juliano pretendía acabar con esta situación. Véase A. MARCONE, «Il significato...», 336-337.

[77] Cf. AMIANO, XX 4, 1-2.

celente» Emperador envidiaba el poder que él mismo había entregado a quien había hecho que se tambalease el poderío de los bárbaros.

94 Así pues, como aquel noble varón había caído en un callejón sin salida y veía que, obedeciera o no, el resultado era su perdición, pues quedar despojado de su fuerza militar suponía la inmolación a manos de los enemigos y, si la conservaba, a manos de los amigos, prefirió sufrir lo que fuera obedeciendo antes que dar la impresión de que desobedecía, pues estimaba más llevadero el golpe de los enemigos, que el que iba a asestarle su pariente. De este modo, pues, permitió que actuasen a su antojo los aduladores del Augusto. Éstos pasaban revista a todo su ejército, empezando por su propia guardia de corps y seleccionando sucesivamente a aquellos hombres en los que más confiaba Juliano, hasta que le dejaron solamente unos soldados que sólo valían para rezar[78].

95 Él lo sobrellevaba no sin lágrimas, pero, con todo, se resignó a soportarlo. Pero, cuando comenzaron a ser retiradas indiscriminadamente las tropas diseminadas por el país, de todos los lugares se elevó al cielo un lamento de pobres y ricos, siervos y libres, campesinos y ciudadanos, hombres y mujeres, jóvenes y ancianos, que creían que los enemigos ya casi les habían invadido y pensaban que renacerían las desgracias que, con tanta dificultad, habían sido erradicadas. Pero, sobre todo, aquellas mujeres que les habían dado hijos a los soldados, mostrando a los niños, especialmente a los lactantes, a los que agitaban como si de un ramo de olivo se

[78] Es decir, además de malos soldados, eran cristianos. Así solía referirse con desprecio Juliano a los soldados cristianos. Cf. Zósimo, III 3, 2.

tratase, les pedían que no los traicionaran[79]. Cuando el César se enteró de esto, aconsejó a los enviados procedentes de Italia que llevasen a los soldados a otra ciudad, de modo que estuviesen muy lejos de aquella en la que él tenía su residencia y hacía su vida[80]. Pues temía, creo yo, que hicieran lo que, por fortuna, hicieron. Pero como aquéllos no prestaron atención a sus palabras, sino que hicieron entrar en la ciudad a los soldados más cualificados de las compañías, de los cuales dependía el resto del ejército, el populacho en su totalidad les rogaba que se quedasen y salvasen todo aquello por cuya defensa tantas penalidades habían sufrido. Ellos, por su parte, se compadecían de los suplicantes y comenzaban a sentir aversión por la partida. Al percatarse de ello, el Emperador les arengó desde la tribuna de costumbre[81], que se encuentra a la entrada de la ciudad, diciéndoles que no había lugar para deliberar en cuestiones sobre las que el Augusto ya había tomado una decisión. Aquéllos escucharon en silencio su larga arenga y no le dirigieron palabra alguna, pero ya por la tarde, o mejor dicho, en torno a media-

96 (al margen, línea 1) · 97 (al margen, línea «ban a sentir aversión…»)

[79] Juliano dio permiso a los hombres que debían ir con Constancio II para que les acompañasen sus familias, concediéndoles el privilegio de utilizar para el transporte el *clavularis cursus*, un servicio de carros de gran capacidad destinado al transporte rápido de tropas. Véase AMIANO, XX 4, 11.

[80] Sobre las razones que movieron a Juliano a establecer sus cuarteles de invierno en París, en lugar de Tréveris, Lyon, Vienne o Arles, como hicieron otros emperadores, véase J. BIDEZ, *La vie...*, pág. 164. A pesar de las recomendaciones de Juliano, en el sentido de que las tropas no fueran congregadas en París, por temor a que se produjeran tumultos (cf. *SPQAth.* 283d-284a), Decencio hizo caso omiso. Juliano guardó silencio para no parecer que se oponía a la petición de Constancio II. Amiano *(ibid.)* no dice nada de la oposición de Juliano a la resolución del notario Decencio.

[81] Comienza el relato del pronunciamiento de febrero-marzo del 360. *Vid. supra*, n. 56-57 al *Disc.* XII y n. 29-31 al *Disc.* XIII.

noche[82], vistieron sus armas y, tras rodear el palacio imperial, a grandes gritos le ofrecían la dignidad y el título su-
98 premos. Juliano se indignó por lo sucedido, pero no podía hacer otra cosa que impedir que alguno tuviera acceso a los

[82] Según Bowersock (*Julian*..., pág. 51), la incertidumbre de Libanio a la hora de situar en el tiempo el comienzo de la revuelta se debe a que ha de suplir el vacío de algunos acontecimientos que fueron suprimidos de la versión oficial, porque podían poner en tela de juicio la supuesta inocencia de Juliano en el pronunciamiento. Uno de ellos nos lo ofrece el propio Juliano en su temprana versión de los hechos (*SPQAth.* 283a-285d), la difusión entre los petulantes y celtas de un libelo anónimo en el que se criticaba a Constancio y se le acusaba de traidor a los galos. Después tendría lugar la arenga a la que se refiere también nuestro autor, en la que Juliano pidió a las tropas que se sometieran a la voluntad de Constancio II y que, según nuestro autor, escucharon en silencio sin provocar disturbio alguno. Amiano (XX 4, 10) y Zósimo (III 9, 1) recogen también la difusión del anónimo, dato que a todas luces tomaron de la historia perdida de Eunapio, de la que Oribasio, el médico de Juliano, parece haber sido la fuente principal de información. El otro acontecimiento, que conocemos por las versiones de Amiano y Zósimo, arroja mucha luz en el asunto. Entre la alocución a los soldados y el momento en que éstos rodean el palacio tiene lugar una cena de despedida entre Juliano y sus oficiales de rango, hecho que debió de encender aún más la ira del estamento militar y nada propio de alguien dispuesto a obedecer las órdenes de Constancio. Si comparamos estas versiones, derivadas de la obra perdida de Eunapio, con la noticia que este autor nos transmite en *Vidas de los sofistas,* 476, según la cual Juliano hizo venir de Grecia un hierofante para llevar a cabo unos ritos secretos, sólo conocidos por Oribasio y un tal Evémero, y gracias a los cuales conocería de antemano el fin de la tiranía de Constancio, parece claro que la actitud de Juliano durante la proclamación de París fue cualquier cosa menos pasiva y que se puede hablar claramente de un complot para incitar a los soldados a la revuelta. El orden de los acontecimientos debió de ser como sigue: 1) Juliano arenga a las tropas por la tarde; 2) tiene lugar la cena en la que Juliano y sus colaboradores encienden los ánimos de los oficiales; 3) éstos se dedican, ya de noche, a distribuir, entre las tropas, libelos anónimos contra Constancio y en favor del César; 4) bien avanzada la noche los soldados se congregan en torno del palacio profiriendo grandes gritos.

cerrojos del interior. Al mostrarse el día, echaron abajo las puertas y, mostrando sus espadas, lo arrastraron hacia aquella misma tribuna. Se produjo entonces una larga pugna entre sus razones y el vocerío, pues él exponía los argumentos con los que pensaba que les apartaría de su propósito, y ellos esperaban imponerse con el griterío. Mientras recha- 99
zaba la cinta dorada y se amparaba en la antigua costumbre, un hombre alto y, por lo demás, excelente se colocó detrás de él y le coronó la cabeza con un collar como los que él llevaba[83]. Así fue como le hizo entrega de la más alta dignidad. Por tanto, vencido por la necesidad e incapaz de calmar el hirviente impulso de tantos soldados, comenzó a dar muestras de su forma de pensar empezando por los mismos que le habían otorgado ese poder. Pues, en lugar de buscar 100
la forma de entregarles una recompensa y halagarlos con grandes regalos, hizo proclamar que su voluntad había de ser considerada como ley; que, efectivamente, era decisión suya que no se reclamara castigo alguno ni se les aplicara la espada a ninguno de cuantos se habían opuesto a los acontecimientos, y que, ni siquiera, se les asustase con la mirada ni se les molestara de palabra, sino que debían comportarse con quienes habían conspirado como si, en realidad, hubiesen colaborado con ellos. Sin embargo, ¿quién no hubiera 101
incitado contra aquéllos a los soldados, si éstos se hubiesen mostrado sólo indiferentes? Pero él no era así. Él no deseaba que, por un derramamiento de sangre, su realeza se manchara con la acusación de tiranía. Por ese motivo, les ordenó comportarse con moderación. Así pues, quienes temblaban de miedo reaparecían radiantes y llenos de confianza. Permanecían cerca del trono llenos de agradecimiento por no

[83] Amiano, XX 4, 18 señala que este soldado era un tal Mauro, portaestandarte de los petulantes.

102 haber perecido. Pero no le compensaron de forma adecuada por estos favores, pues no se sintieron atados por este beneficio, como dice el proverbio, sino que hasta desearon matarlo, dándole alas con falsas esperanzas al eunuco que estaba más próximo al lecho real. Cuando el asesinato estaba ya cerca, un soldado fue poseído por Apolo y conoció lo que iba a suceder. Éste llamó en su auxilio a la multitud y ellos acudieron a la carrera y siguieron el rastro de la trama[84]. Y lo más grande de todo: ni siquiera fue degollado el que se prestó como brazo ejecutor de este crimen.

103 Al ver que los partidarios de Constancio conspiraban de cerca y que, en ocasiones, hasta se atrevían a sugerir que lo mejor era que descendiera a su anterior estado y que renunciase al actual, considerando que solamente los dioses eran los únicos consejeros fidedignos en una situación tan trascendental, les preguntó y escuchó como respuesta que debía
104 perseverar en su posición[85]. Así es que, tras aceptar la decisión que le venía del cielo y el común parecer de sus fuerzas armadas, despachó a las ciudades gobernadores honestos en lugar de los malvados, y cultos en lugar de los ignorantes. Luego reunió un ejército a partir de hombres que se habían visto obligados a una vida de rapiña: se trataba de los que

---

[84] Cf. AMIANO, XX 4, 22.

[85] AMIANO, XX 5, 10 afirma que Juliano contó a sus más íntimos colaboradores que, en la noche previa a la proclamación, se le apareció el genio del Imperio *(genius publicus)*, quien le dirigió las siguientes palabras: «Tiempo ha, Juliano, que aguardo escondido en el dintel de tu palacio, ardiendo en deseos por elevar tu dignidad, y, en algunas ocasiones, me tuve que retirar como si hubiese sido rechazado. Si ni siquiera soy aceptado ahora, cuando la mayoría concuerda en sus sentimientos hacia tu persona, me iré humillado y triste. Pero retén esto en lo más hondo de tu corazón: ya nunca más viviré contigo.»

habían compartido con Magnencio[86] el peligro y que, tras su fracaso, se habían adueñado de los caminos y obtenían el sustento por procedimientos ilegales. A éstos los invitó a tomar las armas y les dio seguridad para que se dejaran ver. De este modo logró que ellos dejasen de transgredir la ley y
los caminantes de tener miedo. A continuación marchó en 105
dirección al Rin y, tras mostrarse a los bárbaros y afianzar con nuevos juramentos los acuerdos, se apresuró hacia el combate que no deseaba, o mejor dicho, hacia la herencia del cetro sin lucha contra su pariente, pues sabía lo que iba a suceder por habérselo escuchado a los dioses[87].

Pero se me ha pasado por alto algo que merece la pena 106
mencionar. Así es que debo decirlo. Cuando de ambos bandos se crearon embajadas[88], de las cuales, las que venían de allí[89] reclamaban que Juliano conservara su dignidad a cambio de no tener, en la práctica, un poder superior al de

[86] Cf. *supra*, n. 28. El episodio narrado aquí corresponde a la campaña del 358, durante la operación de limpieza de la desembocadura del Rin (cf. *supra*, n. 68). Juliano recurrió al salteador Carietón y sus hombres para hacer frente a las incursiones nocturnas de los cuados. Según el relato de Zósimo (III 7), la estratagema fue muy eficaz: por la noche se encargaba Carietón de saquear y diezmar a los bárbaros y, durante el día, el ejército de Juliano terminaba el trabajo exterminando a los supervivientes, lo que obligó a este pueblo a firmar la paz con Roma.

[87] Según Eunapio, Juliano hizo venir a un hierofante de Eleusis cuyos vaticinios le animaron a derrocar la tiranía de Constancio II (cf. *supra*, n. 82). Amiano, XXI 2, 2, nos informa de que, cuando Juliano se encontraba en Vienne, se le apareció en sueños un fantasma que le recitó en cuatro hexámetros un claro vaticinio: «Cuando Zeus del ínclito Acuario los amplios límites alcance / y Cronos se dirija al grado veinticinco de Virgo, / entonces el rey Constancio, en la tierra asiática, / de su amada vida alcanzará abominable y doloroso fin.» *Vid.* Zósimo, III 9, 6 y Zonaras, XIII 11, 9.

[88] Cf. *supra*, n. 32 al *Disc.* XIII.

[89] Es decir, de las Galias.

antes, en tanto que las que partían de aquí[90] decían que, sin remisión, debía renunciar a esta distinción y seguir siendo el de antes en todos los aspectos, lo que significaba su perdición, la de la mayor parte de su ejército, así como la de sus confidentes y amigos, a él le importaba muy poco su propia inmolación, pero consideraba espantoso llegar a ser traidor
107 de sus seres más queridos. Como la situación era ésta y Constancio recurrió de nuevo al mismo tipo de lucha, llamando en su ayuda a los bárbaros[91] por medio de unas cartas, igual que hizo anteriormente, en las que les pedían como favor que esclavizasen el territorio de los romanos, consiguió que perjurara sólo uno de entre muchos reyes. Este rey lo mismo se dedicaba al pillaje, que llevaba una vida regalada en los campos, los cuales había recibido como pago, y, como si se tratase de un hombre bondadoso, com-
108 partía la mesa con los generales de aquí[92]. Sin embargo, a este rey que había osado romper los pactos lo capturó mientras se daba a la bebida y, tras pasar a su territorio, le aplicó un castigo no desdeñable por su perjurio. Así es que, cuando, llenos de espanto, concurrieron a su presencia los pueblos que habían respetado con lealtad los pactos y que sentían una vergüenza terrible por las faltas de aquél, y hubieron sumado nuevos juramentos a los anteriores, Juliano subió a una elevada tribuna en medio de la tierra bárbara y, mientras contemplaba desde arriba, como si de súbditos se tratase, a los dirigentes de aquéllos, que estaban de pie entre la multitud, unas veces les recordaba los tratados y otras los ame-
109 nazaba. Dicho esto, se marchó. Y ya se había logrado reunir

[90] De Oriente, donde se encontraba Constancio.

[91] Cf. *supra, ibid.*

[92] Vadomario, confiado en que Juliano desconocía sus actos hostiles, acudió a un banquete celebrado a este lado del Rin, donde fue arrestado por orden de Juliano. Cf. AMIANO, XXI 4.

un ejército, de cuyo número no se admiraría uno más que de su ardor. Los soldados se obligaban entre sí con firmes pactos y votos a llevar a cabo cualquier cosa y a sufrir cualquier calamidad por la victoria, comprometiéndose a que sólo una cosa fuera temida: la vergüenza que se derivaría de no observar la promesa.

Como este juramento se extendía entre todos los solda- 110
dos, un hombre, o mejor, un marica llamado Nebridio[93], que era prefecto por haber recibido este cargo del Augusto, censuraba lo que estaba sucediendo y condenaba el juramento de los soldados. De modo que emprendió la huida llamando bárbaros a cuantos habían prestado juramento. Así de servil era. De esta manera, se atrajo contra su persona todas las iras y toda la violencia, pero, aunque con justicia debería haber sido destrozado por el primero que, con razón, lo hubiera golpeado, consiguió ponerse a salvo como envuelto en una nube[94]. Y, posiblemente, se le podría censurar a Juliano la filantropía mostrada entonces, pero, en efecto, así de grande era la humanidad de nuestro Emperador.

Por consiguiente, desde allí se precipitó Juliano como 111
un torrente invernal[95], superando continuamente cualquier

---

[93] Constancio lo nombró, en el 360, prefecto de las Galias en sustitución de Florencio (cf. AMIANO, XX 9, 5-8 y *Ep.* 1315 de Libanio). Se negó a apoyar la marcha de Juliano, motivo por el que casi es linchado por el ejército. Juliano le permitió retirarse a salvo a su Etruria natal (cf. AMIANO, XXI 5, 11-12 y 8, 1).

[94] Como el pérfido Paris es salvado de las manos de Menelao por Afrodita en *Il.* III 380-382.

[95] En la primavera del 361, Juliano tuvo conocimiento de los preparativos de Constancio II para lanzarse sobre las Galias, por lo que, tras solucionar el problema de las incursiones promovidas por Vadomario, se apresuró a marchar sobre Iliria, tal vez para evitar una maniobra similar a la empleada por Constancio contra Magnencio. El pronunciamiento pactado de Vetranio en Iliria le cerró entonces al usurpador la llave de Asia.

impedimento, tomando puentes por sorpresa, apareciendo mientras los demás dormían, obligándolos a mirar hacia otro lado, mientras los atacaba por la retaguardia, haciendo que esperasen una cosa y experimentasen otra distinta, sirviéndose del medio terrestre cuando no había ríos a la vista, pero navegando con unos pocos hombres siempre que era posible, permitiendo que las tropas fronterizas permanecieran estacionadas en su sitio, pero ocupando las propias ciudades que se encontraban a su paso, persuadiéndolas, forzándolas, burlándolas. Así fue como ocurrió aquella ocasión en que envió a una bien fortificada ciudad a sus propios hombres después de haberlos vestido con las armas de los soldados a los que previamente había derrotado. Los habitantes pensaron que eran sus propios hombres los que se acercaban y,
112 abriéndoles las puertas, acogieron a los adversarios. Y he aquí lo más dulce de todo: que, después de haber sometido a

---

Así es que, a comienzos de julio, Juliano inicia la marcha y divide en tres partes su ejército. Nevita y Jovino, con diez mil hombres cada uno, siguen dos rutas paralelas: el primero atraviesa Retia y Norico entre los Alpes y el Danubio, mientras que el segundo avanza por el norte de Italia. Con tres mil hombres Juliano cruzó la Selva Negra navegando por el Danubio. El prefecto de Italia, Tauro, y el de Iliria, Florencio, el antiguo enemigo de Juliano, abandonan sus puestos ante el avance vertiginoso de las tropas del usurpador (cf. Amiano, XXI 9, 4, y Zósimo, III 10, 4). El 10 de octubre Juliano se encuentra en Bononia, a 19 millas al norte de Sirmio (actual Mitrowitza), donde le esperaba el *magister equitum* Luciliano. Juliano toma por sorpresa la ciudad y captura a Luciliano mientras dormía (cf. Amiano, XXI 9, 6-8). Juliano cometió entonces un grave error: la guarnición de Sirmio, que se había rendido voluntariamente, fue enviada a las Galias, pero éstas aprovecharon su paso por Aquileya para encerrarse en la ciudad, que era la llave de Italia. Jovino empleó en su asedio varios meses y sólo recuperó la ciudad tras la muerte de Constancio. Cuando los hombres de Nevita se reunieron con los de Juliano, éste se dirigió a Naíso, donde se conoció la repentina muerte del Augusto. Véase J. Bidez, *La vie...*, págs. 191-195.

Italia la bella, después de haber sometido a los muy belicosos ilirios, a muchas y poderosas ciudades y un territorio suficiente para conformar un vasto imperio, en ningún momento necesitó de batallas y muerte, sino que le bastó su inteligencia y el hecho de que todos desearan tenerlo como su señor. Pero la alianza más importante que tenía eran las 113
cartas que el cobarde y traidor escribiera a los bárbaros y que Juliano leía a las ciudades cuando navegaba y marchaba por tierra. Las leía también a los ejércitos, al tiempo que comparaba estas «nobles» epístolas con sus propios esfuerzos. Estas cartas hacían que, quien las oyera, se rebelase contra Constancio, en tanto que a Juliano le valían más adeptos, a pesar de que conducía una insignificante porción del ejército que aquél poseía. Pero, a pesar de su debilidad, 114
los macedonios hicieron defección de inmediato, se sublevó la Hélade y aprovechó esta ocasión que él pedía a los dioses en silencio y sin altares, pues no los había. Por consiguiente, se volvieron a abrir el templo de Atenea y los de los restantes dioses, ya que el Emperador en persona se encargaba de su apertura y los honraba con exvotos, ofreciendo él mismo los sacrificios y animando a los demás a hacer lo propio. Y, 115
como sabía que hasta algunos dioses habían sido juzgados entre los atenienses[96], consideró oportuno rendir cuentas por sus actos ante ellos. Por tal motivo, el Emperador convirtió en jueces a los Erectidas enviándoles por escrito su defensa[97]. Pues entendía que la dicha del tirano consiste en no ser juzgado, pero que lo propio de un rey es dar explicaciones de sus actos. Como hecho accesorio de su marcha, puso fin, por medio de unas cartas, a una disputa que se había abatido

[96] Cf. JENOFONTE, *Recuerdos de Sócrates* III 5, 10.

[97] Su discurso *Al senado y al pueblo de Atenas*. Cf. *supra*, n. 62 al *Disc.* XII.

sobre las familias de sacerdotes[98] y dividía la ciudad en uno u otro sentido, pues deseaba que se cumplieran en concordia y en paz los ritos patrios en honor de los dioses.

116 Después de mucho tiempo, los atenienses podían sacrificar y pedían a los dioses aquello que les iban a conceder aunque nadie se lo suplicase. Por su parte, Juliano, tras dividir en tres partes sus fuerzas, prosiguió su marcha, a pesar de que Tracia estaba totalmente ocupada por sus adversarios, puesto que confiaba en imponerse a éstos de inmediato
117 y, una vez llegado al Bósforo, controlar el estrecho. Pero entonces, unos caballos le trajeron de Cilicia a unos mensajeros que le iban a comunicar el fallecimiento del Augusto en Las Fuentes, al que, pese a que profería mayores amenazas que Jerjes y reflexionaba sobre qué es lo que iba a hacer con el cuerpo de su enemigo —pensaba, antes de capturarlo, que ya tenía en su poder al que marchaba contra él—, Zeus, como dice Sófocles,

que de una insolente lengua odia visceralmente las mues-
[tras de jactancia[99],

le puso freno por medio de una enfermedad y se lo llevó
118 consigo. Ciertamente, a los demás esta noticia les parecía una invención, un fraude, una estratagema, y que había que desconfiar. Pero Juliano mandó buscar de cierto cofrecillo un libro y reveló oráculos mucho más antiguos que aquella noticia y que eran confirmados por ésta; dio a conocer cómo venían por orden de un dios, el cual le anunciaba que la

[98] Como señala Scholl (*Historische Beiträge...*, pág. 91), la intervención de Juliano en las querellas religiosas del nuevo clero pagano puede equipararse a Constantino y su mediación en las controversias de la Iglesia.

[99] *Antígona* 127.

victoria estaría limpia de sangre y le exhortaba a darse prisa, no fuera que, por estar demasiado lejos, alguien osara arrebatarle la realeza[100]. Así pues, aunque había leído los orá- 119
culos, había visto que la guerra había tenido un desenlace tan favorable y de tanta trascendencia, y se había enterado de la muerte de un hombre que tenía para con él los sentimientos de un jabalí, con todo, no se aplicó a banquetes y bebidas, ni a los placeres de los mimos, sino que, a pesar de que los oráculos se habían cumplido, que la tierra y el mar habían quedado bajo su mando, que nadie le hacía frente y todo estaba en manos de una sola persona con el beneplácito de todo el mundo, que no se veía obligado a hacer nada que no deseara y tenía completamente abiertas para él las puertas del palacio real, se entregó al llanto y sus lágrimas corrían por el cumplimiento de los vaticinios. Nada había más 120
firme que su carácter, pero su primera pregunta se refirió al muerto: dónde se encontraba el cuerpo y si éste recibía los honores que le correspondían. Así de noble se mostraba con quien habría imitado contra él la actitud de Creonte[101]. Y no se detuvo aquí su respeto hacia el finado, sino que bajó al puerto de la gran ciudad, después de haber congregado al pueblo en su totalidad, y lloraba mientras el cuerpo era transportado aún por el mar. Se aferraba al féretro con las manos después de haber depuesto todas las insignias reales, a excepción de su clámide, porque no consideraba justo culpar al cuerpo de los designios de su alma[102].

Una vez que fue honrado Constancio con los homenajes 121
que eran pertinentes, comenzó por el culto de los dioses de

---

[100] Para Juliano, era fundamental tomar posesión del trono en Constantinopla, a fin de evitar revueltas promovidas por seguidores de Constancio, mientras él se encontraba en Naíso.

[101] Cf. Sófocles, *Antígona* 198 ss.

[102] *Vid. supra,* n. 63 al *Disc.* XII.

la ciudad, haciendo libaciones a la vista de todo el mundo, causando así el regocijo de quienes lo seguían y las burlas de los que no deseaban acompañarlo, puesto que él trataba de persuadir y no le parecía digno emplear la fuerza. Aunque, en verdad, a los corruptos les amenazaba el pánico y se esperaba que empezasen a sacar ojos, a cortar cabezas, que corriesen ríos de sangre por los asesinatos, que el nuevo señor hallase formas de coacción no vistas, y que le pareciesen poca cosa el fuego, el hierro, ser arrojado al mar, ser enterrado vivo, ser mutilado o ser descuartizado. En efecto, esto es precisamente lo que llevaban a cabo sus antecesores,
122 y se temían torturas mucho más crueles que éstas. Pero él solía censurar a quienes habían llevado a cabo aquellas prácticas, en la idea de que así no conseguían lo que pretendían, y personalmente no encontraba provecho alguno en la coacción de aquella época. Porque, si bien es posible curar por la fuerza a quienes tienen el cuerpo enfermo, no se podría erradicar una creencia falsa sobre los dioses amputando y aplicando fuego, sino que, aunque la mano sacrifique, el entendimiento censura a la mano y maldice la debilidad de su cuerpo, pero sigue sintiendo veneración por sus creencias anteriores, y la suya es tan sólo una mera apariencia de conversión, no un cambio de credo[103]. En consecuencia, acontece que estos conversos obtienen más tarde el perdón, mientras que los que encontraron la muerte reciben honores junto con
123 sus dioses[104]. En consecuencia, como reprobaba este tipo de conductas y se daba cuenta de que, con las ejecuciones, había aumentado el poder de los cristianos, evitó esa práctica,

---

[103] Igual argumento encontramos en *Disc.* XXX 28-29, dirigido en el 386 al emperador Teodosio. La obra y la vida de Libanio evidencian su convicción de que la fuerza no servía para nada en cuestiones de conciencia.

[104] Se refiere al culto de los cristianos a sus mártires.

que rechazaba por completo, y a cuantos tenían capacidad para hacerse mejores, los iba conduciendo hacia la verdad, pero no obligaba por la fuerza a quienes amaban lo peor. Con todo, no cesaba de proclamar: «¿A dónde os precipitáis, hombres? ¿No os avergonzáis de considerar la sombra más luminosa que la luz, ni os percatáis de que padecéis la enfermedad de los impíos gigantes? No eran sus cuerpos, que les permitían arrojar sus legendarios dardos, lo que les hacía diferentes de los demás, sino que lo que dio origen al mito fue el hecho de que, como vosotros, ultrajasen a los
dioses[105]». Juliano sabía que quien se aplica al culto divino 124
con conocimiento, se preocupará ante todo de su alma y de la piedad, que, sin duda, es el primero de los bienes del espíritu. Pues la misma, la misma[106] importancia tiene ésta en la vida humana, que la quilla en la nave y el cimiento en una casa. Porque, aun cuando a todos hubiese convertido en hombres más ricos que Midas, hubiera conseguido que cada ciudad fuese más esplendorosa que la antigua Babilonia y recubierto con oro su recinto amurallado, pero, a pesar de ello, no hubiese corregido ninguno de los yerros relativos a lo divino, tal vez habría actuado como un médico que se ocupa de un cuerpo lleno de males en todos y cada uno de
sus miembros y que logra curar todo excepto los ojos. Por 125
ese motivo, se aplicaba, en primer lugar, a la curación de las almas, convirtiéndose en su guía en busca del conocimiento de los que en realidad habitan el cielo, considerando más íntimos que sus propios parientes a cuantos tenían este tipo de instrucción, juzgando al amigo de Zeus como su amigo y su enemigo a quien lo era del dios; mejor dicho, consideraba su amigo al amigo de Zeus, pero no era enemigo suyo todo

[105] Esta cita es una adaptación de PLATÓN, *Clitofonte* 407b-c.
[106] Mantengo la *geminatio* del original.

el que aún no era amigo de aquél. Ya que no excluía a quienes creía que, con el tiempo, podrían cambiar de idea. Con su encanto los iba persuadiendo y a los que al principio mostraban el más absoluto rechazo, al final consiguió que se mostraran haciendo corrillo en torno a los altares.

126 Por tanto, como iba diciendo, en primer lugar rehabilitó la piedad, como si de un exiliado se tratara, construyendo unos templos, restaurando otros y llevando a otros sus estatuas[107]. Pagaban dinero los que habían utilizado las piedras de los templos para construirse sus viviendas[108]. Y podía verse cómo eran transportadas en naves o en carros las columnas para nuestros expoliados dioses. Por doquier podían contemplarse altares, fuego, sangre, grasa, humo, misterios y adivinos libres de temor, y, en las cumbres de los montes,

---

[107] Antes de acabar el año 361, Juliano promulgó en Constantinopla su célebre edicto de tolerancia religiosa (cf. Amiano, XXII 5, 2-4), por el que se restablecía el culto a los dioses. También se pretendía poner fin a las querellas religiosas entre las distintas facciones de la Iglesia. En virtud de este decreto, el conflictivo obispo Atanasio pudo regresar a su sede de Alejandría. Para Amiano, este decreto tenía un fin perverso en el fondo: que la restitución del equilibrio de fuerzas dentro de la Iglesia, roto por la clara tendencia arriana de su predecesor, provocase disensiones y luchas entre los cristianos: «La experiencia —concluye Amiano— le había enseñado que no hay bestias más peligrosas para los hombres que la mayoría de los cristianos para sus correligionarios.»

[108] Antes de acabar el año 361, promulgó varios edictos para asegurar la tolerancia religiosa. El edicto, hoy perdido, que decretaba la reconstrucción de los templos, creó graves conflictos, ya que el Emperador persiguió con celo a cuantos se habían apropiado, para uso particular, de columnas, estatuas y otros objetos propiedad de los santuarios, y les obligó a devolverlos o a pagar una suma equivalente al valor de lo sustraído (cf. *infra, Disc.* XXIV 36). El edicto se encontró con la resistencia, no sólo de los afectados, sino también de no pocos gobernadores que trataron de evitar un conflicto religioso. Para más información, véanse J. Bidez, *La vie...*, págs. 230-233, y R. Scholl, *Historische Beiträge...*, págs. 101-109.

flautas, procesiones y el mismo buey sirviendo, al mismo tiempo, como objeto de culto de los dioses y como banquete para los hombres. Dado que al Emperador no le resultaba 127
fácil salir diariamente del palacio para dirigirse a los templos, pero el continuo trato con los dioses era de suma utilidad, edificó en el centro del palacio un santuario al dios que nos trae el día, y participó e hizo participar en sus misterios recibiendo la consagración y consagrando a su vez a otros. Además, erigió altares en honor de todos los dioses y su primera tarea al levantarse de la cama era tener trato ininterrumpido con las potencias celestes por medio de los sacrificios y superar a Nicias en esta práctica[109]. Hasta ese ex- 128
tremo extendía los límites de su celo con respecto a estos asuntos, pues los ritos que habían desaparecido los devolvía a su anterior situación y, además, añadía otros nuevos a los antiguos. Lo que le animaba a tener esta confianza era su templanza. Hasta podía tener su dormitorio contiguo a un templo, en virtud de su dominio de los placeres, pues nada hacía por la noche indigno de semejantes vecinos. Así pues, 129
lo que prometió a dioses y hombres sobre lo divino antes de acceder al trono, lo cumplió de forma tan deslumbrante cuando lo ocupó, que se complacía al contemplar aquellas ciudades que tenían sus templos aún en pie y las consideraba dignas de experimentar los más grandes bienes, en tanto que a las que habían derribado todos o la mayor parte de ellos, las denominaba impuras. A éstas, aunque les hacía partícipes de su auxilio, como súbditas que eran, no lo hacía sin disgusto. Por todo ello, al actuar de esta guisa, colocando a los dioses al frente de la tierra y reconciliándolos con nosotros, se asemejaba a un armador que añade otro gober-

[109] Cf. Tucídides, VII 50, 4.

nalle a una gran nave que ha perdido el suyo, con la diferencia de que él nos devolvió a nuestros propios salvadores.

130 Una vez que hubo administrado de esta forma los asuntos primeros y principales, dirigió su mirada al servicio de palacio y se dio cuenta de que una muchedumbre inservible era mantenida inútilmente (mil cocineros, no menos barberos, aún más escanciadores, un enjambre de camareros, más eunucos que moscas rodean en primavera a los pastores, e incontables zánganos de las más diversas procedencias), ya que el único refugio que había para los perezosos y para gente sólo buena para comer era ser llamado y considerado servidor del Emperador, y con dinero se conseguía rápidamente la inscripción. Así pues, a esos a los que los fondos imperiales apacentaban en vano, los consideró, no como servidores, sino como un azote, y los expulsó de inmedia-
131 to[110]. Con ellos echó también a los muchos secretarios[111] que, a pesar de poseer un arte servil, se creían con derecho a tener como súbditos a los prefectos. No era posible vivir cerca de su casa ni dirigirles la palabra cuando uno se topaba con ellos, pero robaban, saqueaban, forzaban a vender, y algunos de éstos no pagaban el precio, otros no el justo, otros daban largas, e incluso algunos, si se trataba de huérfanos, entendían que el pago era el no hacerles algún mal. Se paseaban como los enemigos comunes de cuantos poseían algo valioso, como un caballo, un esclavo, un árbol, un terreno o un jardín. Pues les parecía que todo ello era

[110] Aun reconociendo que la mayoría de estos servidores estaban corruptos, Amiano (XXII 4, 1-2) considera indiscriminada esta purga, ya que entre los despedidos también los había honrados. *Vid. Disc.* II 58; MAMERTINO, *Grat. actio Iuliano,* 11, y J. BIDEZ, *La vie...*, págs. 213-218.

[111] En *Disc.* II 44, Libanio se lamenta por la importancia adquirida en la corte imperial por los *notarii* o *hypographeîs,* en detrimento de los rétores.

más suyo que de sus dueños. Y el que cedía sus bienes familiares a los poderosos, era el mejor de los hombres y se marchaba llevando este título a cambio de su hacienda, pero aquel a quien le parecía espantoso sufrir estos atropellos, era un asesino, un hechicero, estaba saturado de delitos y tenía pleitos pendientes por numerosas faltas. En su afán por con- 132
vertir a los demás de ricos en menesterosos, y a sí mismos de menesterosos en ricos, extendiendo su insaciabilidad a los límites del mundo civilizado, exigían lo que les venía en gana, supuestamente en nombre del monarca. Y no era posible negarse, sino que hasta sufrían su rapiña ciudades de gran solera. Así, sus obras de arte, que habían superado el paso del tiempo, eran transportadas por mar para hacer que las casas de los hijos de unos bataneros fueran más radiantes que los palacios imperiales. Y, siendo así que aquéllos eran 133
intolerables, encima, por cada uno de ellos surgían numerosos emuladores —como las perras que imitan a sus amas, dice el refrán—[112]. Pues no había uno solo de sus criados que no se comportase desenfrenadamente, ya fuera encadenando, desgarrando, robando, golpeando, expulsando, maltratando, o bien creyéndose con derecho a que le labrasen la tierra, a ser transportado sobre carros de tiro y, en suma, a ser un señor y tan importante como su amo lo era con respecto a él. A éstos, en efecto, no les bastaba con hacerse 134
ricos, sino que, además, se indignaban si no participaban también de la dignidad de su amo, como si, por este procedimiento, tratasen de ocultar su condición servil. También llevaban lo mismo que sus dueños el cinturón[113] que hace que tiemblen las calles, la guarnición y la ciudad. Así es que

[112] Cf. PLATÓN, *República* 563c.

[113] El cinturón era el distintivo de los cargos militares. Cf. *Disc.* II 57 y LXII 14.

a esta especie de Cerberos y monstruos de mil cabezas Juliano los devolvió a la condición de particulares, tras añadir que considerasen ganancia el que no perdieran la vida.
135 Desterró de las puertas de su palacio a una tercera categoría de perversos fámulos, que robaban, hurtaban y eran capaces de decir o hacer cualquier cosa con tal de obtener ganancias: aquellos que habían privado a su propia patria de recibir provecho de ellos, escapando de las curias y de la norma de desempeñar liturgias por pertenecer a la clase de los mensajeros[114]. Se dejaban comprar para convertirse en espías y, en apariencia, eran vigilantes, para que el Emperador no ignorase nada de cuanto se tramaba contra su persona, pero,
136 en realidad, no eran sino traficantes. Pues lo mismo que los comerciantes abren sus puertas desde el alba y se aplican al mercado, así es como ellos hablaban de ganancias con sus secuaces, los cuales conducían bajo su látigo a los artesanos, acusándolos de haber injuriado a la monarquía, aunque, en realidad, no habían dicho palabra. Y esto no lo hacían para arrancarles la piel a golpes, sino para que los desdichados comprasen el derecho de no padecer este tormento. Y nadie estaba fuera del alcance de sus dardos, ya fuera ciudadano, meteco o extranjero, sino que, quien en nada había delinquido y era víctima de calumnias, perecía si no pagaba, mientras que, cediendo, se salvaba hasta quien hubiese lle-
137 vado a cabo las mayores atrocidades. Pero su mayor fuente de ingresos era conseguir pruebas de alguna ofensa contra la monarquía. Porque, en lugar de entregar al reo a la cólera de los agraviados, con tal de obtener dinero, prestaban su auxi-

[114] Sobre los *agentes in rebus*, *vid. supra*, n. 11 al *Disc.* XIV. Recuérdese cómo Libanio escribe el citado discurso para evitar el ingreso de Aristófanes en la curia de su natal Corinto, tras perder su cargo como *agens*. Para la reforma del servicio de posta *(cursus publicus)*, *vid. supra*, n. 42 al *Disc.* XIII.

lio a los conspiradores en lugar de a quienes habían depositado su confianza en ellos. Es más, enviando a personas 138 honestas jóvenes lozanos e infundiéndoles así el temor de perder su reputación, y atribuyendo supuestas pruebas de practicar la hechicería a personas que muy lejos estaban de esta acusación[115], lograban cosechar estas dos excelentes fuentes de ingresos; más bien, una tercera aún más suculenta que estas dos. En efecto, dando licencia a los que, desde los antros en que suelen cometerse estas fechorías, osan falsificar moneda, se lucraban consiguiendo dinero legal a cambio del falso. En suma, de sus vías de ingresos, una era clandestina 139 y continua, la otra pública y manifiesta, adoptando la apariencia de una práctica legal y no mucho menos frecuente que la primera. De manera que, cada vez que les venía a la memoria una provincia, también añadían de inmediato la cantidad de dinero que se podía sacar de allí.

En efecto, estos «ojos del rey», aunque afirmaban que 140 sacaban todo a la luz y que hacían moderados a los malvados por el hecho de que no podían pasar desapercibidos, en realidad abrían todo tipo de vías a la perversidad y sólo les faltaba proclamar que los malvados actuasen impunemente. Los mismos encargados de obstaculizar los delitos eran los que protegían a los delincuentes, como perros que colaboran con lobos. Por ese motivo, tomar parte de estas minas era como encontrar un tesoro. Porque quien llega como Iro, en breve tiempo se transforma en Calias[116]. Por consiguiente, 141 como, uno tras otro, agotaban los recursos y las ciudades se

[115] El propio Libanio fue acusado, en varias ocasiones a lo largo de su vida, de haber practicado la magia negra. Consúltese C. Bonner, «Witchcraft in the Lecture Room of Libanius», *Transac. and Proceed. of the Amer. Philol. Assoc.* (1932), 33-44.

[116] Iro es el mendigo de *La Odisea* y Calias el famoso potentado ateniense. Cf. *Ep.* 143.

hacían cada vez más pobres, pero más prósperos quienes se dedicaban a este tráfico, nuestro Emperador, desde hacía tiempo, estaba apesadumbrado y prometía poner fin a esta situación si alcanzaba el poder. Así es que, cuando tuvo ese poder, lo llevó a efecto y disolvió por completo aquella corporación, suprimiendo su denominación y su rango, del cual se valían para asolarlo y minarlo todo. Entre tanto, él mismo utilizaba a sus propios servidores para el correo, pero sin
142 darles libertad para actuar de aquel modo. Esta medida supuso que las ciudades llegasen a ser verdaderamente libres, pues, si bien al frente de ellas había un hombre con poder para cometer estos abusos, no le era posible respirar libremente. Al contrario, por aquí uno era desterrado, por allá otro estaba amenazado, mientras que, para quien no tenía que experimentar este castigo, en lugar de padecerlo estaba
143 establecido el temor a sufrirlo. Por otra parte, de los mulos de la posta pública, a unos los reventaban los arriba citados con un trabajo continuo y a otros los mataban de hambre, mientras ellos se preparaban Síbaris a costa del hambre de aquellos animales. Y lo que causaba este trabajo tan enorme como para agotar su vigor era el hecho de que todo aquel que lo deseara pudiera equipar con facilidad una biga y llevársela y que, en este particular, tuviera la misma validez la letra del Emperador, que la de un espía. Por eso las acémilas no podían estar quietas ni un momento, ni disfrutar de un establo. Los golpes no lograban levantar a una débil bestia y ponerla en marcha, y hacían falta veinte de ellas, o más, para arrastrar un carro. En su mayor parte, unas caían a tierra y perecían nada más ser desuncidas, y otras lo hacían bajo el yugo, antes de ser liberadas. Y como consecuencia de tal situación, no podían despacharse los asuntos que requerían rapidez, de manera que, nuevamente, las ciudades recibían
144 un perjuicio en materia económica. Y la prueba más evi-

dente de este lamentable estado de cosas era el invierno, ya que era en esa estación cuando quedaba interrumpido, sobre todo, el relevo de mulos; los acemileros se escapaban y se establecían en las cumbres de las montañas, mientras que las mulas yacían en el suelo y los presurosos viajeros no podían hacer nada salvo gritar y fustigarles las ancas. También los magistrados perdieron la ocasión de gestionar no pocos asuntos por culpa de la lentitud en este servicio. Y paso por alto referirme a caballos que han sufrido lo mismo y a asnos que han padecido tormentos mucho más espantosos. Esta situación era la ruina de quienes asumían esta liturgia. En 145
efecto, Juliano frenó también esta beodez suspendiendo de forma inequívoca los recorridos innecesarios y haciendo ver que era peligroso tanto conceder, como recibir, este tipo de favores, y enseñando a sus súbditos a adquirir o alquilar acémilas. Contemplábase entonces un espectáculo al que no se daba crédito: conductores ejercitando a sus muías y palafreneros a sus caballos. Porque, así como antes las bestias estaban indispuestas por causa de la fatiga, de igual modo, también entonces se temía que lo estuvieran por la prolongada inactividad. Y este hecho hizo más prósperas las casas de sus súbditos.

También dio muestras de idéntica previsión con respecto a las curias de las ciudades[117], que antaño florecían por su 146

---

[117] El saneamiento de las curias municipales ocupó seriamente a Juliano, del cual conservamos seis leyes sobre esta materia: *Cod. Theod.* XII 1, 50-55 *(ELF* 47D, 99, 119, 120 y 142), promulgadas entre el 13 de marzo del 362 y el 1 de marzo del 363. Juliano puso especial énfasis en suprimir las exenciones injustas y en aumentar el número de curiales, para poder dar mayor vida y autonomía a los municipios. La expulsión de los miembros inútiles del servicio imperial (como es el caso de Aristófanes en *Disc.* XIV) y la supresión de la *excusatio* para los miembros del clero cristiano, fueron sus medidas más polémicas. Véanse J. Bidez, *La vie...*, págs. 236-241, y G. W. Bowersock, *Julian...*, págs. 73-74.

número y riqueza, pero que luego ya no eran nada a causa de la deserción de sus miembros, excepto unos pocos, pues unos se refugiaron en la función militar y otros en el Senado. A algunos otra cosa distinta era lo que les acogía: éstos se dedicaban a dormir y a complacer a su cuerpo, y se burlaban de cuantos no seguían su mismo camino[118]. Los que se quedaban, al ser pocos, se hundían y el desempeño de las liturgias, finalmente, llevó a la mendicidad a la mayor parte.
147 Y, sin embargo, ¿quién ignora que la fuerza de la curia es el alma de una ciudad? Pero Constancio, aunque de palabra socorría a las curias, de hecho era su enemigo, pues desvió hacia otros menesteres a los que escapaban de éstas y concedió exenciones ilegales. Así pues, los curiales tenían el aspecto de arrugadas viejecitas andrajosas y gemían por sentirse saqueados, mientras que los encargados de la justicia reconocían que habían padecido, y seguían padeciendo, terribles males, pero que, por más dispuestos que estuvieran a
148 socorrerlos, no tenían poder para ello. Mas era preciso que un día también éstas recobrasen su vigor. Sin duda, aquella ley digna de grandes elogios la cual decía que se debía llamar a la curia a cualquier hombre y que fuera inscrito de no tener un poderoso motivo para la dispensa, enderezó de tal modo la situación, que se criticaba el espacio de las curias por ser pequeño para la muchedumbre que entraba en ellas[119].
149 Porque no había secretario o eunuco que los exonerase a cambio de dinero, sino que los eunucos, como correspondía a su condición, prestaban servicios propios de esclavos, sin mostrarse en absoluto altivos por sus túnicas, mientras que

---

[118] Posible alusión al clero cristiano que, como los miembros del servicio imperial y los senadores, tenían el privilegio de no poder ser reclamados por la curia de su ciudad.

[119] Según manifiesta el propio Juliano (*Misop.* 367d) aumentó la curia antioquena con doscientos nuevos miembros.

los primeros cumplían cuantos deberes requieren mano, tinta y pluma. En las demás cuestiones, sabían comportarse con moderación, pues habían aprendido de su maestro a conformarse con una pobreza acorde con la justicia. También ahora se podría encontrar a muchos que, gracias al trato con Juliano, son más honestos que los filósofos. También estoy convencido de que todos los demás que por aquel tiempo prestaron servicio en los distintos escalafones de la administración, no sentían interés alguno por los beneficios, sino que anhelaban la fama por encima de todo. Acordaos 150
de cómo nos inclinábamos antes hacia el suelo, como ante relámpagos, cuando los magistrados avanzaban, mientras que a los de Juliano les estrechábamos la mano, cuando en el mercado desmontaban del caballo y conversábamos con ellos, y cómo consideraban más hermoso no sentirse superiores al resto, que inspirar temor.

Ciertamente, a los emperadores les resulta fácil estable- 151
cer leyes, ya que tienen esa facultad. Lo que no es tan fácil es dictar leyes apropiadas, pues esto ya requiere sabiduría. Sin embargo, él estableció una legislación, con la que logró que los hombres que vivieron antes de su reforma sufrieran un gran perjuicio. En cuanto a las leyes de otros emperadores de antaño que eran similares a las suyas, pero que habían sido derogadas por la arrogancia de algún soberano, de nuevo les restituyó su validez, porque consideraba que, para obtener gloria, es más digno ser de utilidad a las leyes ajustadas a derecho, que perder el tiempo prestando vana atención a las ya establecidas.

Y bien, ocupémonos ahora de aquellos que recibieron su 152
castigo[120]. De los tres que acabaron su vida en el patíbulo, el

---

[120] Sobre las actividades del tribunal de Calcedonia, cf. *supra*, n. 41 al *Disc.* XIII. Los tres personajes aquí citados son respectivamente, Pablo

primero recorrió el mundo entero intrigando y se había hecho acreedor a mil muertes en ambos continentes, hasta el punto de que, cuantos conocían a este hombre, se dolían por no poder matarlo una vez muerto, y hacer esto tres veces y muchas más. El segundo, aparte del hecho de tener esclavizado a Constancio pese a ser él mismo un esclavo y, lo que es aun más terrible que esto, un eunuco, había resultado ser más que responsable del cruel fin de Galo[121]. El tercero, ciertamente, fue arrebatado por la ira del ejército, porque éste, según decían, había privado a los soldados de unos donativos imperiales. Sin embargo, después de desaparecer, obtuvo un cierto consuelo al cederle el Emperador a su hija
153 una porción no insignificante de los bienes paternos. Ciertamente, los que le habían injuriado a él (pues los había; había quienes animaban a terceros a hacerse con el cetro sin abstenerse en absoluto de pronunciar cualquier palabra), no pagaron el justo castigo[122]. No perdieron la vida, pero apren-

Cadena (cf. *supra,* n. 2 al *Disc.* XIV), Eusebio 11, *praepositus sacri cubiculi,* y Úrsulo, *comes sacrarum largitionum.* Los tres fueron condenados a muerte por el tribunal. En el caso de Úrsulo, AMIANO (XXII 3, 7-9) coincide con Libanio en que la sentencia fue injusta y estuvo motivada por el odio de los militares, a raíz de unos comentarios en los que el *comes* censuró la falta de arrojo de los defensores de Amida (cf. AMIANO, XX 11, 5).

[121] AMIANO, XVIII 4, 3, refiriéndose a la influencia que Eusebio ejercía sobre Constancio, exclama en tono de burla: «sobre quien *(sc.* Eusebio), si hay que decir la verdad, Constancio tenía mucho poder». Según este historiador (XIV 11, 21), fue Eusebio, acompañado del tribuno Malobaudes, la persona a quien Constancio encomendó el interrogatorio del César Galo en Flanona antes de ser ejecutado (cf. *supra,* n. 24 al *Disc.* XII).

[122] Algunos enemigos de Juliano escaparon de la muerte, como Paladio, Tauro y Florencio. El primero fue desterrado a Britania, el segundo a Vercellae y el tercero, a pesar de haber sido condenado a muerte *in absentia,* logró permanecer oculto hasta la muerte de Juliano. Cf. AMIANO, XXII 3, 3-6.

dieron a controlar su lengua pasando una temporada en unas islas. Así es como Juliano sabía castigar convenientemente cuando otros eran víctimas de injusticia, pero se mostraba magnánimo con respecto a los ataques a su persona.

También realizó su entrada oficial en la sede del Sena- 154
do[123] e hizo sentar en torno suyo a los miembros de la gran curia, que, en efecto, desde hacía mucho tiempo estaba despojada de este honor. Pues, anteriormente, era convocada en el palacio imperial para permanecer en silencio y escuchar cuestiones de escasa importancia, y el emperador no acudía a ella para tomar asiento junto con los senadores, porque, por su incapacidad de expresarse, evitaba un lugar que requería un rétor. Él, por el contrario, a la manera como Homero se refería al diestro orador[124],

como sabía expresarse con aplomo

deseaba este tipo de reuniones, concediendo a quien lo desease la facultad de dirigirse a su persona con entera libertad y exponiendo él mismo sus ideas, ora

parca y armónicamente,

ora

a copos de nieve invernales semejantes[125],

unas veces emulando a aquellos elocuentes varones de Homero y otras superándolos en los aspectos en que cada uno de ellos sobresalía. Y cuando se encontraba en el uso de la 155

[123] Fue en diciembre del 361, cuando Juliano hizo su entrada triunfal en Constantinopla y recibió el reconocimiento general del Senado.

[124] El orador es Ulises.

[125] Cf. *Il.* III 214 y 222.

palabra, manifestando unas veces su elogio, otras haciendo reproches y otras advirtiendo, alguien le anuncia que se acerca su maestro[126], un varón jonio, un filósofo que había sido llamado desde Jonia. Y él,

tras levantarse de en medio de un salto[127]

de entre los senadores, se dirigió a la carrera a las puertas, pues experimentaba el mismo sentimiento que Querefonte con Sócrates —sin embargo, aquél era Querefonte y estaba en la palestra del Taureo, mientras que éste era el señor del mundo y estaba en el Senado—, mostrando así a todos y proclamando con sus actos que la sabiduría es algo más venerable que la realeza, y que, si algo noble moraba en su
156 persona, ello era un don de la filosofía. Cuando ya se habían abrazado y besado como es costumbre entre dos particulares o, si se desea, como entre dos reyes, lo introdujo en la sesión, aunque no pertenecía al Senado, porque no pensaba que estuviera haciendo un honor al hombre con el lugar, sino al lugar con la presencia de este hombre. Después de haber explicado ante todos en qué clase de persona se había convertido gracias a Máximo, se marchó llevándolo de su mano. ¿Qué es lo que quería hacer con esto? No sólo pagar la deuda que tenía contraída con él por su educación, como tal vez alguien pudiera suponer, sino también incitar a la cultura a la juventud toda; incluso me atrevería a añadir que a los mayores, dado que hasta los ancianos fueron estimulados a acudir a las clases. Pues todo aquello que recibe el desprecio

126 Máximo de Éfeso. *Vid. supra,* n. 10 al *Disc.* XIII.

127 Pasaje tomado de Platón, *Cármides,* 153b. Amiano, XXV 4, 17 reprueba la espontaneidad del joven monarca, que contrastaba con la rigidez del protocolo de Constancio.

de los gobernantes es descuidado por todos, mientras que todos practican lo que goza de su estima[128].

Él, como entendía que la retórica y los ritos sagrados de 157
los dioses eran hermanos[129], y se daba cuenta de que lo segundo estaba totalmente erradicado y de lo primero la mayor parte, actuaba con vistas a que, por fin, volvieran a sus fueros y los hombres sintieran, de nuevo, amor por la elocuencia, unas veces mediante la concesión de honores a cuantos dominaban el arte y otras componiendo discursos él mismo. Por ejemplo, dio a conocer por aquel entonces dos discursos[130], ambos compuestos en un solo día, o, mejor dicho, en una noche. Uno de ellos asestó un duro golpe a un bastardo imitador de Antístenes, que había definido la materia de su discurso con una audacia irracional[131], y en el otro expuso muchas y hermosas razones acerca de la madre de
los dioses. A esta misma política pertenecía su costumbre 158
de poner las ciudades bajo el mando de los que sabían expresarse y de acabar con la costumbre de que fueran pilotos de las provincias unos bárbaros que, capaces de escribir con rapidez pero carentes de cerebro, habían hecho volcar el casco de la nave. Juliano, en cambio, al ver que habían sido desdeñados hombres que conocían hasta la saciedad a los poetas y escritores, entre los cuales existía el conocimiento de cuál es la virtud de un gobernador, a éstos fue a quienes

---

[128] Cf. Platón, *República* 551a.

[129] Sobre el carácter indisoluble de la literatura clásica y religión pagana, véase *supra,* n. 27 al *Disc.* XVI.

[130] Se trata de los discursos *Contra el cínico Heraclio* y *A la madre de los dioses,* escritos en Constantinopla en marzo del 362. Cf. *supra,* n. 15 al *Disc.* XVII.

[131] En su conferencia, el cínico Heraclio se había atrevido a compararse con Zeus y a Juliano nada menos que con Pan. Es fácil imaginarse la indignación del piadoso Emperador por el irreverente trato hacia los dioses y hacia su majestad.

159 confió las provincias[132]. Así, cuando se puso en marcha hacia Siria, cada uno lo recibió en la frontera con un discurso, regalo mucho más noble que cerdos, aves y ciervos, los cuales se solían llevar en silencio a los emperadores. En efecto, entonces, en lugar de esta clase de animales, se le llevaron discursos e iban recibiendo la comitiva gobernadores que eran oradores. De éstos, el gobernador de Cilicia[133], ex alumno mío y muy querido por Juliano, pronunció su encomio cuando él había terminado su sacrificio y se encontraba de pie ante el altar. Fluía sudor en abundancia de ambas partes, de un lado, el sudor del que hablaba, y del otro, el de quien sentía cariño por el orador.

160 A partir de entonces, el prado de la sabiduría volvió a florecer. Las esperanzas de alcanzar honores se trasladó a la adquisición del arte retórica y a los sofistas las cosas les iban mejor, puesto que unos comenzaban su instrucción de su mano y otros, retornando después de mucho tiempo a su lado, llevaban a sus escuelas sus barbas y el esfuerzo de sus dedos. Así fue como procuró que de nuevo floreciesen las artes de las Musas y que se tuviese por más noble lo que en

[132] Si bien es cierto que Juliano confió a intelectuales puestos de alta responsabilidad (Norman cita los ejemplos de Salustio y Ninfidiano), no pocos se negaron a colaborar con el nuevo Augusto. El caso más notable es el del prestigioso filósofo Temistio. Es falso que, como afirma Libanio, Juliano sólo echara mano de pensadores para cubrir los altos puestos de la administración imperial. El extraño consulado del 362, cubierto por el competente rétor Claudio Mamertino y el germano Flavio Nevita, refleja claramente esta actitud ambigua de Juliano. Cf. J. Bouffartigue, *L'Empereur Julien...*, pág. 600.

[133] El antioqueno Celso 3, alumno de Libanio en Nicomedia y compañero de estudios de Juliano en Atenas (cf. Amiano, XXII 9, 13). Fue gobernador de Cilicia en el 362, por lo que Juliano lo visitó cuando pasó por esa provincia camino de Antioquía. También fue *consularis Syriae* en el 363-364 y Valente lo llamó en el 365 para ocupar otro cargo, lo que da idea de su competencia.

verdad era lo mejor y no tuviesen más vigencia las actividades adecuadas para los esclavos, que las que son propias de hombres libres.

Y en verdad, ¿qué cosa más importante se podría decir 161 que el hecho de haber logrado que, en lugar del extremo menosprecio de que eran objeto, volviesen a ser honrados los dioses y el que es su don supremo: la retórica? Pues él se puso a disposición de los sofistas a lo largo toda su marcha, apartándose del camino más corto para visitar los templos y soportando fácilmente la longitud del camino, su aspereza y la canícula. Efectivamente, también allí fue grande el pre- 162 mio que recibió por su piedad, al conocer, gracias a los dioses del lugar, que estaba siendo objeto de una conspiración y cuál era el modo de salvarse de ella. Gracias a esta advertencia, cambió el ritmo de su marcha, avanzó más rápidamente que antes y logró evitar la emboscada[134].

Cuando puso pie en Siria, liberó a las ciudades de sus 163 deudas[135] e hizo acto de presencia en los recintos sagrados, y conversó con los decuriones ante las estatuas. Tomó la resolución de partir de inmediato para castigar a los persas, pues no le parecía adecuado contemporizar ni dejar pasar en

---

[134] Libanio se refiere vagamente a las conjuras tramadas entre los soldados para acabar con la vida de Juliano (cf. *supra, Disc.* XII 84; XV 43; XVI 19 e *infra,* par. 172 y 199). Sin embargo, más que una conspiración militar, como defiende D. Conduché, «Ammien Marcellin et la mort de Julien», *Latomus* 24 (1965), 359-380, parecen haber sido pequeñas conjuras de soldados cristianos molestos por la política julianea de discriminación religiosa dentro del ejército. Cf. E. Bliembach, *Libanius...*, págs 123-124, y R. Scholl, *Historische Beiträge...*, págs. 142-144.

[135] El perdón de los impuestos atrasados debió de estar motivado por la mala cosecha del año 362, que provocó la crisis de abastecimiento de ese año. Cf. H.-U. Wiemer, *Libanios...*, págs. 290-291.

la inactividad la estación propicia[136]. Mas, como el estado de los soldados y de los caballos se lo impedía y le reclamaban un breve aplazamiento, él se mostraba reticente, pues en su alma le hervía el deseo. Con todo, terminó por ceder a la necesidad, no sin antes proclamar que habría quien se burlaría de él diciendo que no había duda de que era pariente de su predecesor[137].

164 Analicemos a continuación cómo era también nuestro Emperador en la inactividad y si cada ocasión trajo o no consigo acciones dignas de encomio. Le llegó una carta procedente de Persia en la que se solicitaba que acogiese una embajada y se entablasen conversaciones para zanjar las diferencias[138]. Como consecuencia, todos los demás dábamos saltos de alegría, aplaudíamos y le pedíamos a gritos que la aceptase. Pero él ordenó rechazar con desprecio la carta y dijo que lo más indigno de todo sería que ellos iniciasen negociaciones, mientras las ciudades aún yacían en ruinas, y le envió como respuesta el mensaje de que en absoluto eran necesarias las embajadas, dado que en breve él iría a verlo personalmente. Indiscutiblemente, este hecho constituía una victoria antes del choque y un trofeo antes de la batalla, lo cual sabemos que suele acontecer en los torneos gimnásticos cada vez que, al que es el mejor atleta con diferencia, le
165 basta con hacer acto de presencia. No debería sorprenderse uno demasiado de que, cuando nuestro Emperador se encontraba ya en nuestra ciudad, el persa experimentase tal sensación. Pero, lo que tal vez sí sea digno de asombro, es

---

[136] Como Juliano entró en Antioquía el 18 de julio del 362, aún daba tiempo de hacer una rápida incursión en territorio persa, antes de la llegada del invierno.

[137] En el sentido de que seguía la misma táctica de Constancio de contemporizar con los persas.

[138] Cf. *supra, Disc.* XII 76 y XVII 19.

que temblase de miedo quien estaba habituado a inspirarlo. ¿Y cómo no va a eclipsar cualquier maravilla el hecho de que, después de haber despojado Constancio a este país de sus armas y sin estar aún presente Juliano en estas tierras, tras haber heredado de aquél el trono, ningún persa se atreviese a lanzar ataques contra ciudad alguna, sino que temblaban con la mera mención de su nombre?

Esto fue lo que resolvió acerca de la embajada: que lo 166
sucedido no requería palabras, sino armas. En lo que se refiere a los soldados que tenía de antes, consideraba que todo estaba en orden, pues gozaban éstos de un buen estado físico, se regocijaban ante la perspectiva de luchar, su armamento era de una factura nada desdeñable y combatían invocando a los dioses. En cuanto a los hombres que se habían sumado a su contingente, encontró que tenían buena vista y tamaño, y que portaban armas relucientes como el oro, pero que, de mucho huir de los enemigos, experimentaban al ver a los persas la misma sensación que dice Homero[139] del hombre que en los montes se encuentra una serpiente o, si se desea,
lo que los ciervos sienten ante los perros. Por tanto, como 167
consideraba que el espíritu de los soldados sufría menoscabo, no sólo por la incapacidad de sus dirigentes, sino también por el hecho de hacer la guerra sin la ayuda de los dioses, dedicó nueve meses a procurarles esta influencia decisiva[140], porque entendía que una masa de hombres, la solidez del hierro, la fuerza de los escudos y todo lo demás eran
simple fruslería si los dioses no colaboran en la batalla. Así 168
pues, para lograr esta cooperación, actuaba para conven-

[139] *Il.* III 33-35.

[140] A pesar de algunos casos aislados (cf. *supra,* n. 134), apenas si hubo oposición dentro del ejército a la restauración del culto pagano y a la promoción de militares paganos. Cf. H.-U. Wiemer, *Libanios...*, págs. 177-178, y G. W. Bowersock, *Julian...*, págs. 106-107.

cerles de que la diestra que iba a asir la lanza también hiciera lo propio con la libación y el incienso, de manera que, cuando cayeran sobre ellos los dardos, pudieran suplicar a quienes tienen poder para apartarlos. Y, si no bastaban las palabras, el oro y la plata ayudaban en la tarea de persuadirlos. Así, por medio de una exigua paga, el soldado obtenía una ganancia mayor, a saber: por oro ganaba la amistad
169 de los dioses, señores de la guerra. Porque nuestro Emperador no era de la opinión de que fuera preciso llamar en su ayuda a los escitas, ni tampoco reunir una gran multitud que, por su propio número, estaba destinada a causar perjuicios y a crear numerosas complicaciones[141], sino solicitar la mano mucho más temible de los poderosos dioses. Pues éstos son los aliados que entregaba a los que hacían los sacrificios: Ares, Eris, Enió, Dimos y Fobos, cuyos movimientos de cabeza hacen volverse al enemigo. De modo que si uno afirmase que él disparaba contra los persas y los hería mientras pasaba el tiempo a orillas del Orontes, la verdad acompañaría a sus palabras.

170 No puedo negar que, en este empeño, se invirtieron grandes sumas de dinero, pero, en efecto, es más honesto este dispendio, que el que se invierte en los teatros, aurigas y cuantos se enfrentan a fieras que han sido reservadas para la ocasión. Ninguna de estas atracciones llamaba la atención de este varón que, cuando por obligación tenía que sentarse en el hipódromo, tenía su vista fija en otros asuntos, hacien-

---

[141] Cf. Amiano, XX 8, 1 y XXIII 2, 7, donde, en contra de lo que dice Libanio, vemos cómo Juliano cruza el Éufrates con sus auxiliares escitas *(cum exercitu et Scytharum auxiliis)*. Será Teodosio el emperador que finalmente se decida a emplear abiertamente la ayuda de los pueblos bárbaros para frenar las invasiones del norte, motivo por el que se atrajo numerosas críticas. Cf. S. Williams, G. Friell, *Theodosius. The Empire at Bay*, Londres, 1994, págs. 23-35.

do honor al mismo tiempo al día y a sus propios pensamientos: al día por hacer acto de presencia y a sus reflexiones por perseverar en ellas. Ninguna lucha, competición, ni 171
griterío alguno podía apartarle el ánimo de sus meditaciones, ya que, hasta cuando ofrecía un banquete a una multitud heterogénea, aunque permitía a los demás beber con arreglo a la costumbre, él mismo entremezclaba la conversación con la bebida, participando en el festín sólo lo suficiente como para no dar la impresión de que se mantenía al margen. ¿Quién, pues, de los que suelen hablar de filosofía en pequeños conventículos controló de tal modo su estómago? ¿Quién se abstuvo así de probar este y aquel alimento, cuando veneraba a tal o cual dios: Pan, Hermes, Hécate, Isis y cada uno de los restantes? ¿Quién soportó con placer tan numerosos ayunos mientras tenía trato con los dioses? Sin 172
duda, se hacía realidad lo que cuentan los poetas: uno de los dioses, descendiendo del cielo, le tocó la cabellera y, tras dirigirse a él y escuchar sus palabras, desapareció. Sería demasiado largo explicar todos sus contactos, pero digamos que, cuando subió al monte Casio a visitar al Zeus Casio en pleno mediodía, logró contemplar al dios y, después de verlo, se levantó y recibió un consejo gracias al cual pudo una vez más evitar una emboscada[142]. Si, en efecto, hubiera sido 173
posible que, aun siendo un hombre, pudiese hacer vida común con los dioses, habría convivido con ellos si le hubiesen hecho partícipe de su propio rango, pero, como no se lo

[142] Posiblemente, se trata del mismo episodio narrado por AMIANO, XXII 14, 4-5. Mientras Juliano hacía sacrificios a Zeus Casio, se arrodilló ante él Teodoto, originario de Hierápolis y ex gobernador de Egipto, quien le suplicó el perdón por haberle pedido en su momento a Constancio II que le trajese la cabeza de Juliano. Dando muestras de una gran generosidad, Juliano le perdonó alegando que era su deseo disminuir el número de sus enemigos y aumentar el de sus amigos.

permitía su cuerpo mortal, los propios dioses lo acompañaban actuando como maestros de lo que había que hacer y lo que no. Es verdad que Agamenón tenía como consejero a Néstor, el pilio, un hombre muy anciano, pero era humano al fin y al cabo. Juliano, por el contrario, ninguna necesidad tenía, en estos menesteres, de persona alguna, puesto que, en las deliberaciones, él era el más agudo de los hombres, sino que las recomendaciones se las enviaban quienes todo lo saben.

174 Tales eran los protectores que velaban por su persona y en cuya compañía estaba las más de las veces, pues estaba sobrio en todo momento y no agobiaba su estómago con excesivas cargas, como se hace ahora. Como un ser alado, despachaba sus asuntos, respondiendo en un solo día a continuas embajadas, enviando cartas a las ciudades, a los oficiales del ejército, a los gobernadores de la ciudades, a amigos que se encontraban fuera y a los que estaban presentes, escuchando despachos, examinando peticiones, y haciendo que parecieran torpes las manos de sus secretarios por la velocidad de su lengua. Él fue el único capaz de conciliar tres trabajos diferentes: escuchar, hablar y escribir. Pues prestaba sus oídos al que daba lectura a los documentos, su voz al que escribía y su diestra a quienes le pedían que firmara. Añadíase el hecho de que no errara en ninguna de estas ta-
175 reas. Según eso, el descanso era exclusivo de sus servidores, ya que lo suyo era ir dando saltos de una tarea a otra. Cada vez que hacía un receso en las tareas de gobierno, tras desayunar lo suficiente para vivir, no les iba a la zaga a las cigarras, sino que recitaba, entregándose a su montaña de libros, hasta que por la tarde le reclamaba nuevamente el cuidado por el bienestar de todos. Luego venía un almuerzo más moderado que la comida precedente, un sueño acorde con la cantidad de comida ingerida y, de nuevo, otros secretarios

que se habían pasado el día en la cama. Porque sus servido- 176
res necesitaban descanso y se relevaban entre sí. Él, sin embargo, alternaba un tipo de tarea con otra y era el único que se echaba encima todos los trabajos, superando en sus acciones las metamorfosis de Proteo[143]: él era, al mismo tiempo, sacerdote, escritor, adivino, juez, soldado y, en virtud de todo ello, salvador nuestro. Posidón sacudió la gran capital 177
sita en Tracia[144] y se extendía la noticia de que, en el caso de que alguien no aplacase al dios, la desgracia de la ciudad persistiría. Entonces Juliano, cuando se enteró de ello, se puso de pie en medio del jardín y, recibiendo en su cuerpo la borrasca mientras que los demás estaban a cubierto bajo las techumbres, todos lo contemplaban llenos de estupor. Aquel hombre divino continuó resistiendo y, al final de la tarde, logró amansar al dios y conjurar el peligro. Días después, vinieron a informarle y él calculó el día en que habían cesado los temblores. Y ni siquiera la tempestad le infligió daño alguno a su cuerpo[145]. Cuando el invierno hacía más 178
largas las noches, se aplicó, entre otros muchos y hermosos discursos, a los libros que pretenden que el hombre de Palestina es Dios e hijo de Dios, demostrando con una larga polémica y la fuerza de sus argumentos que estas creencias no son sino irrisión y garrulería[146]. En esta misma polémica

---

143 Cf. *supra*, n. 84 al *Disc.* XII.

144 *I.e.*, Constantinopla.

145 Cf. *supra*, *Or* XV 71. Se trata, como nos dice AMIANO (XXIII 1, 7), del terremoto que devastó Constantinopla mientras comenzaban los preparativos de la campaña persa (iniciada en marzo del 363), y no el que acabó con lo que quedaba de Nicomedia y destruyó parte de Nicea el dos de diciembre del 362 (cf. AMIANO, XXII 13, 5), como supone erróneamente Norman (pág. 396).

146 Cf. SÓCRATES, *Hist. Eccl.* III 1. Se refiere a la composición del *Contra los galileos* de Juliano (cf. la *Ep.* 90), conservado fragmentariamente gracias a la refutación escrita por Cirilo, obispo de Alejandría, en-

se había mostrado Juliano más sabio que el anciano de Tiro[147], pero este tirio hubiera estado contento y habría aceptado lo dicho con benevolencia, como si hubiese sido derrotado por un hijo.

179 Éste es el provecho que nuestro Emperador sacó de la longitud de las noches. Otros, en semejante coyuntura, se habrían interesado por los placeres de Afrodita. Pero él estaba tan lejos de buscar si alguien tenía una hija o una esposa hermosa, que, de no haber sido porque una vez Hera lo unció al yugo del matrimonio[148], hubiese terminado por conocer las relaciones sexuales sólo de oídas. Pero lo cierto es que, después de llorar la muerte de su esposa, no tocó a otras mujeres, ni antes ni después, puesto que era capaz de controlarse y, al mismo tiempo, le reclamaba su preocupa-
180 ción por consultar los oráculos. Pasaba el tiempo en esta ocupación, empleando a los mejores adivinos aunque él mismo no era inferior a ninguno en esa arte, hasta el punto de que los adivinos no podían engañarle, ya que sus ojos exa-

---

tre los años 433 y 441 (editado por K. J. Neumann, *Iuliani imperatoris librorum contra Christianos quae supersunt*, Leipzig, 1880). Pocos pasajes de Libanio han suscitado tanto la ira de los copistas, que no ahorran insultos contra nuestro orador. *Vid.* la nota de Foerster a este pasaje (pág. 314).

[147] El neoplatónico Porfirio de Tiro, quien escribió a finales del s. III un tratado *Contra los cristianos*, en la línea de los argumentos establecidos por el *Discurso verdadero contra los cristianos* de Celso. Ambos tratados sirvieron de base al mencionado tratado de Juliano.

[148] En casi idénticos términos se expresa Amiano (XXV 4, 2). Según Wiemer (*Libanios*..., págs. 115-118) debieron de existir motivaciones religiosas en esta renuncia de Juliano al sexo. Juliano se casó con Helena, hermana de Constancio, tras su nombramiento como César. De la unión nació un hijo que murió en el parto. Se decía que la emperatriz Eusebia, que no había podido darle hijos a Constancio II, ordenó la muerte del niño para evitar que se convirtiera en heredero al trono (Amiano, XVI 10, 18-19). *Vid.* G. W. Bowersock, *Julian*..., págs. 14-16.

minaban al mismo tiempo las señales divinas. E, incluso, a veces salió vencedor ante uno de esos que son especialistas en esa técnica. Tan vasto y fértil era el ingenio de nuestro Emperador. Algunas cosas las averiguaba con su inteligencia y, en lo referente a otras, consultaba a las divinas potencias. De ahí que, a quienes no parecía que fuera a confiarles cargos, se los entregaba, y a los que se creía que iba a encomendárselos, no se los daba, porque hacía una cosa u otra con arreglo al parecer de los dioses.

Ciertamente, son muchas las pruebas que demuestran 181
que fue un recto protector del Imperio y que anteponía el interés general al suyo propio, pero más claro aún sería con lo siguiente. En cierta ocasión que uno de sus amigos le animó para que engendrase hijos que heredasen el trono, respondió que eso era precisamente lo que le hacía vacilar, que fuesen de naturaleza perversa y, tras heredar por ley el poder, causasen la ruina del Estado y experimentasen el mal de Faetón[149]. Así es como juzgaba su propia falta de hijos más soportable que la ruina de las ciudades.

Por si fuera poco, tampoco evitaba las fatigas relativas a 182
la función judicial[150], excusándose por no poder dividirse en

---

[149] *Vid. supra,* n. 33 al *Disc.* XVII. Es evidente que la sucesión del noble Marco Aurelio por el cruel Cómodo pesaba como una losa sobre la conciencia de Juliano, quien mostraba nulo interés por la sucesión al trono, para desesperación de Libanio y de los defensores de la fe pagana, que veían en Juliano el comienzo de una nueva era. *Vid.* G. W. Bowersock, *ibid.* y *supra,* n. 52 al *Disc.* XIII.

[150] Cf. *supra,* n. 19 al *Disc.* XVII. Amiano (XXII 10, 5-6) nos cuenta una anécdota que ilustra el sentido de la imparcialidad del Emperador. En cierta ocasión que una mujer pleiteaba con un oficial de palacio, como éste apareciera ataviado con el temible cinturón del cargo para impresionar a la demandante, Juliano exclamó: «Continúa con tu demanda, mujer, si consideras que este hombre te ha perjudicado en algo, pues se ha puesto el cinturón para sujetarse la ropa y marchar más libremente por el

tantas partes, sino que, aun pudiendo dejar el trabajo que esto conlleva en manos de sus prefectos, que eran muy diestros para juzgar y los más incorruptibles del mundo, con todo, se mostró actuando como un juez más y se desnudó para la contienda. A no ser que alguien quiera torcer el sentido de la palabra y diga que él no se tomaba los juicios como una competición, sino como un entretenimiento y un juego.
183 Y con esa facilidad, precisamente, rechazaba los engaños de los abogados y escogía con la inefable velocidad de su inteligencia la porción de justicia que tenía cada parte, distinguiendo los razonamientos verídicos de los falsos y venciendo los sofismas con la ley. Y no se oponía a los ricos cuando decían lo justo, ni estaba de parte de los pobres cuando obraban con desvergüenza, ya porque mirase con malos ojos a los primeros por su fortuna o sintiera una compasión inoportuna por los segundos, sino que, apartando su pensamiento de las partes en litigio, presentaba su veredicto atendiendo a la naturaleza de los hechos. De manera que, en ocasiones, resultaba vencedor un hombre adinerado y per-
184 dedor un pobre[151]. Y ello a pesar de que podía, si ése era su deseo, transgredir las leyes sin que lo llevasen al tribunal y sin tener que rendir cuentas por ello. Sin embargo, hasta tal extremo pensaba que, en sus veredictos, debía mantenerse más puntilloso con lo establecido que el más insignificante de los jueces, que en una ocasión en que una persona odiada por él a causa de sus anteriores ofensas estaba violando la justicia con unas cartas falsas, él se dio perfecta cuenta, pe-

---

fango; muy poco es el perjuicio que puede hacer a tu causa». Véase J. Bidez, *La vie...*, pags. 245-246.

[151] Libanio compara implícitamente a Juliano con los emperadores reinantes, Valentiniano y Valente, que favorecían sistemáticamente a los pobres en sus pleitos con los ricos. Véase P. Petit, *Libanius et la vie...*, pág. 232.

ro, como la víctima no podía denunciar la carta, falló a favor del delincuente. Añadió que no le pasaban desapercibidas sus malas artes, pero que, como el perjudicado no hacía nada, él, obedeciendo sumiso a la ley, se veía forzado a emitir su voto a favor de quien había obrado con perfidia. De modo que el vencedor se marchó más afligido que el perdedor, pues éste había sufrido menoscabo en sus tierras, pero aquél en su fama. De tal manera encontró el modo de no alterar la
ley y castigar al que obraba injustamente. Una vez quedó 185
abierto el tribunal del Emperador y todos tuvieron libertad para buscar refugio en él, cuantos, por abuso de poder, poseían los bienes de los más débiles, tras habérselos robado descaradamente unos y bajo la apariencia de una compraventa otros, se acercaban a él con la intención de devolvérselos, unos por interponer sus dueños una reclamación y otros sin que éstos dijeran nada, anticipándose así por temor a sus veredictos; cada uno de los que habían delinquido re-
sultaba ser su propio juez. De manera que lo que cuentan 186
que sucedía en tiempos de Heracles —que quienes habían sufrido algún daño, no importaba en qué parte de la tierra o del mar se encontrasen, no tenían más que llamar al héroe, aunque no estuviera presente, y su nombre era suficiente para prestarles socorro—, esa misma facultad sabemos que tenía nombrar a Juliano. Ciudades y aldeas, plazas y casas, continente e islas, jóvenes y ancianos, hombres y mujeres, todos ellos rechazaban a sus agresores diciendo que reinaba determinada persona, y muchas veces esa misma palabra
contuvo una mano presta a asestar un golpe. Aquel tribunal 187
recibió también a ciudades que pleiteaban por la preeminencia, las más importantes de Siria detrás de la nuestra[152], y

[152] Laodicea y Apamea respectivamente. El sabio que representaba a Laodicea era Apolinario *(vid.* Suidas, *s. v. Apolinários Laodikeús),* pero

una de ellas era más hermosa por el hecho de que también disfrutaba de los encantos del mar. Una vez pronunciados largos discursos en los que los primeros se explayaron explicando todos los detalles relativos a la belleza de su ciudad y a la sabiduría de cierto ciudadano, mientras que los de la ciudad del interior aludieron a la virtud de un extranjero y de un conciudadano, el primero de los cuales había elegido esa ciudad para dedicarse a la filosofía y el segundo había acogido de buen grado a éste y a sus discípulos, Juliano dejó de lado el esplendor de la piedras de ambas ciudades y, tras comparar a sus respectivos hombres, dio el honor de la pre-
188 eminencia a la que era superior en este concepto. ¿No es cierto que, cuando emitía este veredicto, estaba animando a las ciudades a practicar la virtud, despreocupándose de la hermosura de seres inanimados, en la idea de que así no podían ganar la preeminencia ante un juez honrado?

189 Hace un rato precisamente me refería a su accesibilidad en las cuestiones sacras, pero ahora puedo decir algo aún más importante: que hasta cuando presidía un juicio, hacía uso en grado sumo de esta cualidad con los rétores y las personas por las que éstos se desvelaban, dándoles libertad para elevar la voz, gesticular con las manos, adoptar cualquier tipo de actitud, hacer burlas de la parte contraria y, en suma, emplear cualquier recurso que las partes en litigio

---

venció en el certamen Apamea, patria de Sópatro y donde enseñó el filósofo Jámblico desde el 320 (cf. *Disc.* LII 21 de Libanio y las *Ps.Ep.* 183 y 184 de Juliano). Sobre Sópatro véase *Suda, s. v. Sṓpatros Apameús*, Eunapio, *Vidas de los sofistas,* 462 ss., y Zósimo, II 40, 3. Juliano admiraba sobremanera a este sucesor de Jámblico: en la *Ep.* 98, dirigida a Libanio, describe con emoción cómo en Batnas, camino de Persia, pudo saludar al suegro del filósofo. Véanse también las *Ps.-Ep.* 182, 184 y 185 de Juliano. A su vez, Libanio tuvo como alumno a un sobrino de Sópatro 2, hijo del anterior, llamado Jámblico en honor del gran maestro. *Vid.* las *Ep.* 570 y 571 de Libanio.

confiaban en que les sirviera para imponerse. Incluso, a menudo se dirigía a cada uno diciéndole: «¡oh compañero!». Esta 190
expresión también la empleaba con todos, no sólo con los rétores, y, sin duda, era entonces la primera vez que un monarca se permitía con sus súbditos esta palabra, más poderosa para ganarse simpatías que un encantamiento. Pues ni las manifestaciones de pánico o de silencio, ni plegar la mano e inclinarse al suelo y mirar hacia el calzado antes que al rostro, ni el hecho de ser contemplados como esclavos en vez de como hombres libres, tanto en las palabras como en los actos, nada de ello creía que incrementase el prestigio de la realeza, sino el que ninguno de cuantos tuviesen trato con él pudiera sentir mayor admiración por todo aquel aparato que por su propia persona. Hasta cuando llevaba la clámide pur- 191
púrea, que no era posible dejar de vestir siendo emperador, la llevaba como si no se diferenciase en absoluto del resto del vestuario. Así es que, cuando la usaba, no se examinaba detenidamente en un espejo, ni comprobaba el tinte, ni tampoco pensaba que, por tomar mejores atavíos, ya era mejor persona, ni el mejor cuando vestía la mejor, ni medía la dicha de su reinado por la excelencia de su tinte, sino que, en este asunto, dejaba que tintoreros y tejedores hicieran lo que les viniese en gana. Él personalmente pensaba que, en la fecundidad de su inteligencia y en la utilidad que de ésta se derivaba para las ciudades, estaba el poder hacer excelso su reinado y, en virtud de ello, más ilustre su persona. La dia- 192
dema de oro permaneció sobre su cabeza porque así lo decretaron los dioses. En mi opinión, también pensaba así por mediación de los dioses, puesto que, por lo que a él respecta, no pocas veces intentó despojar su cabeza del oro, pero quien se lo impedía era superior a él.

Este oro me ha traído al recuerdo las áureas coronas 193
que, por mediación de embajadores, le enviaron las ciuda-

des, rivalizando entre sí por el peso: ésta de mil estateras, aquélla de dos mil, y una tercera que pesaba más que las otras dos. Sin embargo, él las reprendió por el tamaño de las coronas, ya que sabía perfectamente que una cantidad semejante de oro se había reunido no sin dificultad, y estipuló por ley que le llegasen coronas de setenta estateras, pues consideraba que unas y otras le hacían idéntica honra, y que era codicia buscar ganancias bajo la apariencia de hono-
194 res[153]. Los correos que llevaban sus decretos y otros muchos rescripta no inferiores a éste e incluso mejores, tanto distaban de exigir un pago por tales servicios, que ni siquiera lo aceptaban cuando se lo ofrecían de buen grado. Existía, pues, un enorme peligro para los ingresos nada honestos, pues era evidente que el perceptor no podría pasar desapercibido y que, por fuerza, recibiría su castigo. De ese modo, el buen nombre del Emperador no se cubría de oprobio por la maldad de sus servidores.

195 Y mientras estaba ocupado en estos menesteres, de repente surgió en el hipódromo un clamor del pueblo, que estaba hambriento, porque la tierra había sido dañada por el clima y la ciudad por los ricos, que no sacaban al mercado sus excedentes de producción acumulados de tiempo atrás, sino que habían acordado conjuntamente el precio del trigo[154]. Por tanto, convocó a una reunión a los labradores, artesanos, comerciantes y, en una palabra, a cuantos intervienen en la tasación de las mercancías, y les obligó por ley a comportarse moderadamente. Él mismo fue el primero en

---

153 Cf. *supra*, n. 15 al *Disc.* XVI.

154 Sobre la crisis de abastecimiento del 362, *vid. supra*, n. 18 al *Disc.* XV. Las primeras protestas del pueblo, que se quejaba de que abundaban los productos pero a un precio muy elevado, las recibió Juliano en el teatro. Acto seguido, reunió a los notables de la ciudad para pedirles solidaridad con sus conciudadanos. Cf. *Misop.*, 368c-d.

obedecer sacando su trigo al mercado[155]. Cuando percibió que la curia combatía esta ley y que ésta se aprovechaba de su trigo, pero mantenía escondido el suyo[156], —alguno de quienes desconocen la situación de entonces creerá que va a oír hablar de lanzas, espadas, fuego y mar; pues, según el parecer general, éstos son los castigos que se merecen aquellos súbditos que le hacen la guerra al Emperador, ya que desobedecer deliberadamente, desentonar cuando es posible armonizar y utilizar todas las tretas para dejar sin vigor decisiones que él deseaba que tuvieran plena vigencia, eso no es otra cosa que una guerra sin armas—. La justa pretensión 196
del poder recomendaba que se impusiesen castigos como éstos o aún más duros, y cualquier otro, a no dudarlo, se habría lanzado como un huracán sobre quienes lo habían insultado. Él, por el contrario, refrenando por completo su cólera y controlándola de modo especial en aquel momento, les perdonó los castigos que merecían y obtuvo satisfacción de ellos con un encarcelamiento más nominal que real[157]. En efecto, ninguno de los decuriones estuvo encerrado detrás de las puertas. Mas bien, ni siquiera les sobrevino la noche en este breve y ligero arresto, sino que medió poco tiempo entre que unos servidores los metiesen allí y otros los sacasen. Además, ellos almorzaron y durmieron, pero él no hizo ninguna de las dos cosas, ya que los curiales estaban contentos por no haber experimentado perjuicio alguno,

[155] Para la importación de trigo por parte de Juliano, *vid. supra,* n. 9 al *Disc.* XV.

[156] Mantengo el anacoluto del original.

[157] Durante los disturbios callejeros, era corriente que los emperadores encarcelasen durante la investigación a los miembros de la curia. Así actuó Galo durante la crisis del 354 (cf. *Disc.* I 96) y Teodosio durante la Revuelta de las Estatuas del año 387. Consúltese al respecto J. H. W. G. Liebeschuetz, *Antioch. City and Imperial Administration in the Later Roman Empire,* Oxford, 1972, págs. 103-105.

mientras que él se dolía por las molestias que habían pasado y afirmaba que el mayor agravio que podía recibir de la ciudad era que se le obligase a decretar un castigo de esta ín-
197 dole. Pensaba que este percance, aun siendo totalmente insignificante, era de la mayor importancia y que no encajaba con su forma de ser. Y no aguardó a que alguno de sus amigos tuviera que reprocharle lo sucedido, sino que él mismo censuraba su actuación, no porque hubiera afectado a inocentes, según creo yo, sino porque no era propio de él hacerle a la curia cosas de este jaez ni aun cuando ésta le hubiera ofendido.

198 En este sentido, cuando poco después la ciudad se atrevió a osadías mayores[158] —aunque lo que digo se refiere a mi patria, no obstante, nada hay más venerable que la verdad—, pasó por encima de los castigos típicos de los monarcas y recurrió a los del orador. De modo que, aunque tenía potestad para aplicar tormentos y ejecutar, castigó a la ciudad con un discurso[159], haciendo, pienso yo, lo mismo que tiempo atrás cuando atacó a un romano[160] que había tenido una osadía parecida. A éste hubiera sido justo confiscarle sus posesiones, por no decir otra cosa. Sin embargo, él no lo privó de su hacienda, pero sí lo zahirió con el dardo de
199 una carta. Contra quien tan indolente era para ejecutar, nuevamente conspiraron diez soldados para matarlo y esperaron el día en que se estudiarían las tácticas militares. Pero una borrachera oportuna, anticipándose a la ocasión, ofreció prue-

---

[158] Nos hemos referido a los insultos que los antioquenos dispensaron a Juliano *supra*, n. 17 al *Disc.* XV.

[159] El *Misopogon*.

[160] Cf. la *Ep.* 82 de Juliano a Nilo. Esta carta es citada también por Libanio en su *Ep.* 758.

bas del complot y se conoció lo que hasta entonces estaba oculto[161].

Es probable que alguien se asombre de que, si era afable 200
y humano, y unas veces no aplicaba castigos, y otras, más suaves que los contemplados en la legislación, tuviera continuamente a algunos de sus subordinados en su contra. La causa de ello la daré a conocer cuando me refiera a su final, tan penoso para mí. Ahora vale la pena decir respecto de los íntimos de Juliano tan sólo que, de los que estaban con él, unos eran y parecían buenos, y que otros lo parecían pero no eran tales. A los primeros nada en absoluto pudo cambiarlos, pero, en cuanto a los segundos, el tiempo sacó al descubierto su carácter. Pues cuando se hizo cargo de la realeza 201
sin mancha y se erigió en dueño de los tesoros y de los demás bienes que conforman la riqueza del Emperador, algunos estaban a su lado desinteresadamente[162] y no acrecenta-

[161] Podría tratarse de la ejecución de los mártires Juventino y Maximino (cf. GREGORIO NACIANCENO, *Disc.* IV 83 ss., TEODORETO, *Hist. eccl.* III 15, y JUAN CRISÓSTOMO, *In sanctos martyres Iuventinum et Maximum*, 571-578). Véanse P. PEETERS, «La date de la fête des SS. Juventin et Maximin», *Anal. Bolland.* 42 (1924), 77-82, G. W. BOWERSOCK, *Julian...*, pág. 107 y Norman (n. *ad loc.*). H.-U. WIEMER, *Libanios...*, págs. 174 y 236 identifica esta conjura con la de los guardianes Romano y Vincencio, a quienes Juliano conmutó la pena de muerte por la de destierro (cf. AMIANO, XXII 11, 2). En este mismo sentido se pronuncian E. BLIEMBACH, *Libanius...*, pág. 124, y R. SCHOLL, *Historische Beiträge...*, pág. 142.

[162] En *Disc.* I 125 Libanio presume de su desinteresada relación con Juliano: «Así es que, viendo que cualquier clase de ganancia era despreciada por mí y que mi único afán no era otro que ver cómo eclipsaba las gestas del pasado, solía decir que los demás amaban su riqueza, pero que yo lo amaba a él, y que ni la que lo trajo al mundo hubiera podido superar el afecto que yo le profesaba». Tal era su falta de interés, que hasta rehusó el ofrecimiento que le hizo Juliano de devolverle unas tierras de su

ban su hacienda personal aprovechando su acceso a él, sino que consideraban suficiente ganancia amarlo y ser amados, y ver que el amado ostentaba con sabiduría un poder tan vasto. Y aunque con frecuencia él les animaba, y ¡por Zeus! hasta les suplicaba aceptar tierras, caballos, casas, plata y oro, ellos rechazaban estos regalos alegando que ya eran su-
202 ficientemente ricos. Así actuaban los más honestos. En cambio, los que desde antiguo estaban ávidos de ganar dinero y fingían despreciarlo, esperaban la ocasión y la aprovechaban cuando ésta se presentaba[163]. Pedían y, cuando habían recibido, volvían a pedir, y no paraban de tomar dinero. Nada en el mundo había que pudiera colmar su insaciabilidad. Juliano cedía por magnanimidad, pero dejaba de considerarlos virtuosos. Claro que se dolía cuando lo engañaban, pero tenía paciencia por vergüenza del tiempo pasado y le daba más importancia a tener fama de ser un amigo fiel, que terminar su relación con ellos a pesar de su condición[164].
203 No ignoraba la naturaleza de ninguno de cuantos tenían trato con él. Regocijándose por sus amigos virtuosos y considerando a los demás una desgracia, mantenía su apego hacia los primeros pero no excluía a los segundos. A un sofista que tenía un carácter superior a su título le testimoniaba su admiración, pero llenaba de reproches a un filósofo que resultó ser inferior a su apariencia; le impulsaba a soportarlo

---

abuelo paterno, propiedades que habían sido confiscadas por Diocleciano (cf. *Disc.* I 3).

[163] Para Wiemer (*Libanios...*, pág. 45), Libanio tiene en mente a Máximo de Éfeso.

[164] Juliano le daba una gran importancia a la amistad, como revela el que repitiera a menudo la anécdota de Alejandro, quien, al ser preguntado por el lugar donde se encontraba su riqueza, respondía: «en casa de mis amigos». Cf. Amiano, XXV 4, 15.

todo su deseo de no dar la impresión de que, una vez en el trono, deshonraba a sus antiguas amistades.

Me da la impresión de que estáis ansiosos por escuchar 204
su última y más importante empresa, la que condujo cuando atacó a los persas y su territorio[165]. Y no tiene nada de sorprendente, si es que hace mucho tiempo que estáis estupefactos por este asunto, porque conocéis el desenlace —que cayó mientras vencía—, pero lo restante sólo fragmentariamente, ya sea porque parte de esta historia no la hayáis escuchado en absoluto, y el resto no como sucedió realmente.
Lo que os impulsa a desear oír este relato es la considera- 205
ción del poder de los persas y cómo solían vencer al ejército de Constancio[166], pese a ser tan grande su número, y cómo este Juliano nuestro no sintió miedo de lanzarse a un propósito y una osadía de tanta envergadura. Pues Constancio, sin contar las demás islas y las que hay en el Océano, tenía en su poder el territorio que va desde las mismas costas del Océano hasta las corrientes del Eufrates, que, además de todos los recursos posibles, produce hombres de gran estatura y ánimo valeroso, de los cuales podría crearse un ejército
inquebrantable. A pesar de ello, este monarca, magno por su 206
poder militar, que tenía a su disposición infinidad de ciudades ilustres, recibía grandes cantidades del impuesto, extraía oro en abundancia de sus minas, ocultaba bajo el hierro el cuerpo de la caballería con más esmero que los persas[167] y hasta a los caballos preservaba de las heridas por medio de

---

[165] Comienza la más detallada narración de la campaña persa que nos ha dejado Libanio. Como se verá, no son grandes las discrepancias con el relato de Amiano (libros XXIII, XXIV y XXV 1-4).

[166] Nuevamente, encontramos la crítica a la política militar de Constancio. Cf. *supra*, n. 76.

[167] Se refiere a los caballeros acorazados o catafractos.

armaduras, éste, tras heredar de su padre[168] una guerra que requería el coraje de un rey y un espíritu diestro en emplear adecuadamente su poder, no estudiaba la manera de apoderarse de los bienes de sus enemigos o, al menos, el modo de que los suyos no pasasen a manos de éstos, sino que actuaba como si hubiese jurado luchar en favor de sus rivales. Cada año, al comenzar el verano, ponía en marcha su ejército cuando los enemigos, nada más entrar la primavera, atacaban nuestras fortificaciones y, cruzando el Eufrates y estableciendo en torno a su persona tan numeroso ejército, con la intención de huir si los enemigos hacían acto de presencia, consideraba que lo más adecuado desde el punto de vista militar era no combatir, aunque sólo le faltaba oír los lamentos de los asediados, y no llevar ayuda a sus compa-
207 triotas que estaban siendo aniquilados[169]. ¿Y cuál era el provecho de su inactividad? El persa derribaba murallas, asolaba ciudades y retornaba a su tierra con bienes y personas en su poder, mientras que Constancio enviaba legados para examinar las consecuencias del saqueo y daba gracias a Fortuna por no haber experimentado un daño superior. Luego regresaba pasando por las ciudades a la luz del día y escuchaba de la población las aclamaciones de costumbre tras una victoria. Y esto era lo que sucedía todos los años: el

[168] En efecto, en la fase final de su reinado, Constantino se enfrentó con el belicoso rey Sapor II (309-379). Precisamente, le sobrevino a Constantino la muerte mientras preparaba esta guerra (22 de mayo del 337). *Vid.* el *Disc.* LIX 60-75 de Libanio y la correspondencia entre los dos monarcas en Eusebio, *Vida de Constantino* IV 8-13. Una traducción inglesa de las fuentes antiguas sobre los conflictos entre Constantino y Sapor se ofrece en M. H. Dodgeon, S. N. C. Lieu, *The Roman...*, págs. 143-163.

[169] Las tropas de Constancio llegaron tarde al sitio de Amida y Singara, plazas que fueron conquistadas por el rey persa. *Vid. supra,* n. 54 al *Disc.* XII y n. 27 al *Disc.* XIII, y Amiano, XIX 1-8 y XX 6-7.

persa cruzaba; él vacilaba. Se lanzaba contra las murallas; él se ponía en movimiento. Estaba a punto de tomar la ciudad de turno; él se informaba de ello. La conquistaba; él tenía suficiente con no haber combatido. El persa se vanagloriaba de las multitudes de prisioneros; Constancio de las carreras de caballos. Al persa lo coronaban las ciudades; él a los aurigas. ¿Pero es que no tengo yo razón en darle a ése el título de aliado de los persas? Pues permitir hacer algo cuando puede impedirse es casi lo mismo que colaborar con las propias manos. Y no se piense que no estoy informado ni de 208
aquella batalla nocturna, en la que ambos ejércitos se separaron tras haber causado y sufrido bajas[170], ni de la batalla naval que tuvo lugar tierra adentro, en la que con trabajo pudieron salvar aquella ciudad que tantas desgracias padeció[171]. Porque, precisamente, esto mismo es lo lamentable: que, habiendo heredado espíritus que sabían lo que era inspirar terror a los enemigos, los habituara al pánico y debilitara su noble naturaleza con costumbres cobardes. Que la 209
fuerza de la costumbre es enorme en todos los asuntos, lo demuestran los sabios y lo confirma también el mito. La práctica tiene poder para transformar al más noble y al más abyecto en lo contrario, y, si se aplica al primero, lo hace inferior a su natural o, a la inversa, mejor si se aplica al segundo. La práctica ha logrado que mujeres montasen caballos y las hizo más poderosas que los hombres en el manejo

---

[170] En la batalla de Singara, del año 344 ó 348. Cf. *Disc.* LIX 99-120 de Libanio, Juliano, *EEC* 22d-25b, y Amiano, XVIII 5, 7.

[171] El tercer sitio de Nisibis del año 350. *Vid. EEC* 27b-29a y *SR* 62b-67a, Zonaras, XIII 7, 1-14; Zósimo, III 8, 2, y M. H. Dodgeon, S. N. C. Lieu, *The Roman...*, págs. 193-207. La ciudad estaba muy cristianizada, motivo por el que Juliano le negó su ayuda cuando recibió una embajada de dicha ciudad suplicándole protección ante un inminente ataque persa (cf. Sozómeno, V 3, 5 = *ELF* 91).

de las armas[172]. Si a quien participa de la virtud por naturaleza se le obligase a vivir en medio de orgías y borracheras, la virtud le abandonaría y, habiendo aprendido estos vicios, viviría complaciéndose más en éstos que en las excelencias de una vida honesta. Incluso, le resultaría odioso su antiguo estado y la costumbre terminaría por sacudirse su naturale-
210 za. Algo así afirmo que habían experimentado los soldados de Constancio bajo su reinado, ya que tomaban las armas y no se les permitía caer sobre el enemigo, sino que se les enseñaba a dormir al abrigo de las tiendas, mientras que sus allegados eran capturados, a no temer la vergüenza y a tener miedo de morir. Al principio, los soldados estaban contrariados por ello, como corresponde a gente animosa, luego
211 menos, más tarde lo toleraban y, al final, lo aprobaban. Por eso, cada vez que se levantaba una polvareda desde lejos, como si la causaran unos caballos, el soldado no se levantaba para acudir al choque, sino que se daba la vuelta para huir. Y cuando aparecía un escuadrón de caballería, no necesariamente numeroso, rogaban al cielo que la tierra se abriera bajo sus pies, ya que preferían sufrir lo que fuera antes que ver cara a cara de cerca al persa, de modo que, al tiempo que se les arrebataba el valor, perdían también la confianza. Tan universalmente reconocido era el temor de los soldados, que cuando reclamaban que los ciudadanos en cuya ciudad se acantonaban les colmasen de atenciones, con la palabra «persas» conseguían que dejasen de molestarlos. Y cuando alguno les decía en tono de burla que venía el persa, ellos enrojecían y se apartaban de un salto. A decir verdad, cuando eran conducidos contra sus compatriotas sa-

[172] Alusión a las Amazonas.

bían asestar golpes y recibirlos[173], pero la guerra pérsica había alojado en su interior un pánico tan atroz, acumulado durante largos años, que se podría decir que hasta se estremecían de horror al verlos en pintura.

Por tanto, a soldados tan echados a perder como éstos 212
los condujo aquel ser admirable contra los persas, y seguían a Juliano recordando poco a poco el valor que antaño tenían, confiando en que podrían atravesar indemnes el fuego si seguían los planes de aquél. ¿Y cuáles eran éstos? Cons- 213
ciente de que la importancia de mantener en secreto los proyectos es enorme, porque en nada aprovecharía que se declarasen de antemano, pero sería de gran utilidad mantenerlos ocultos, no hizo públicos ni el momento de la invasión, ni la ruta de su ataque, ni el tipo de recursos militares, ni ninguno de los designios que revolvía en su espíritu, porque sabía que todo lo que se divulgaba llegaba de inmediato a oídos de los espías[174]. Antes de que llegase el invierno, 214
dio al prefecto la orden de llenar de barcos el Eufrates[175] y

[173] Constancio II tuvo que enfrentarse a otras seis usurpaciones, además de la de Juliano, y de todas ellas salió victorioso. Cf. *supra*, n. 32 al *Disc.* XII.

[174] Como en sus campañas galas, Juliano dio prioridad al factor sorpresa, ya que esperaba, mediante un ataque madrugador y veloz, asestar un golpe de efecto a los persas. En Amiano, XXIII 2, 2 se nos informa de que Juliano ni siquiera reveló a su aliado, el rey armenio Arsaces, el lugar donde debía encontrarse con él. Como A. Marcone, «Il significato...», 346-347, señala, tampoco tomó Juliano la vía de ataque lógica y esperada, Edesa-Nísibis-Tigris, sino que, contra lo esperado, descendió por el Eufrates.

[175] Siguiendo al historiador Magno de Carras, Malalas, XIII pág. 328, 21-329, 2 nos transmite la noticia de que, cuando Juliano llegó a Hierápolis, mandó que se construyera en Samosata la flota que debía seguir el curso del Éufrates y acompañarle en la campaña. De acuerdo con los cálculos de Amiano (XXIII 3, 9), ésta se componía de mil cargueros, cincuenta naves de guerra y otras tantas embarcaciones para pontear. Fi-

éstos de provisiones, con lo cual desbordaba las esperanzas de todos sus hombres. Habiendo cruzado a toda prisa el río, no se dirigió a la próspera y populosa ciudad de las cercanías[176], porque pensaba que él vería a la gente y sería visto, y que recibiría los honores que es costumbre tributar a los emperadores, sino que, como sabía que la ocasión requería astucia, se presentó en una ciudad que tiene un gran templo de Zeus antiguo. Tras venerar al dios y suplicarle que le concediese arruinar las tierras de los persas, separó de sus fuerzas veinte mil soldados[177] y los envió al Tigris con or-

---

nalmente, Juliano se vio obligado a incendiarlas tras el fracaso del sitio de Ctesifonte (cf. *infra,* par. 262-263). La expedición salió el cinco de marzo en dirección a Hierápolis, pasando ese mismo día por Litarba, el seis por Berea y el ocho por Batnas. El día diez entró en Hierápolis, donde ocurrió una desgracia que traía malos presagios: una columnata de la puerta de entrada de la ciudad se desplomó sobre los hombres de Juliano y mató a cincuenta de ellos. Allí permaneció tres días hasta que la flota hizo acto de presencia. Cf. AMIANO, XXIII 2, 6, y ZÓSIMO, III 12, 1-2.

176 Juliano cruzó el Éufrates y entró en Osroena. En lugar de dirigirse a Edesa, ciudad que, como Nísibis, se destacaba por su adhesión al cristianismo (cf. SOZÓMENO, VI 1, y TEODORETO, *Hist. ecl.* III 26, 1), marchó a Batnas de Osroena, donde, nuevamente, recibió malos presagios: otros cincuenta hombres perdieron la vida en un accidente mientras forrajeaban. Luego, se dirigió a marchas forzadas a Carras (18 de marzo), donde, según SOZÓMENO *(loc. cit.),* Juliano hizo sacrificios en honor de Zeus. También en esa ciudad se repitieron los malos augurios: Juliano recibió aterradoras visiones que coincidieron con el incendio del templo de Apolo Palatino en Roma, desastre en el que corrieron peligro los *Libros Sibilinos.* Cf. ZÓSIMO, *loc. cit.,* y AMIANO, XXIII 2, 7-3, 2, el cual nos dice que los sacrificios fueron en honor de la luna.

177 AMIANO, XXIII 3, 4-5 cuenta que, mientras Juliano se encontraba en Carras, entregó a su pariente Procopio (cf. *infra, Disc.* XXIV 13) y al *comes* Sebastiano treinta mil hombres, para que contuviesen las acostumbradas incursiones de la caballería persa en la orilla izquierda del Tigris. A su vez, también les recomendó que se uniesen al rey armenio Arsaces para devastar el Quilicomo, región fértil de Media, para luego regresar por Corduena y Moxoena hasta Asiria, donde debían enlazar con Juliano.

den de que protegieran la región de cualquier calamidad que pudiera sobrevenirle y de que acudieran en su ayuda cuando, en su momento, los llamase. A continuación, el armenio 215 debía hacer también algo parecido: después de atravesar la mejor tierra del persa prendiéndole fuego, como es natural que haga el enemigo[178], debía reunirse con el Emperador y, una vez congregados, expulsarían de sus fronteras a los enemigos, si éstos emprendían la huida, o los aplastarían, si se resistían. Una vez dadas estas órdenes, él mismo avanzaba sin perder de vista el Éufrates, que le suministraba agua en abundancia y le permitía el transporte del alimento en barcos[179]. Al contemplar Juliano una multitud de camellos y 216 cómo unos, enlazados con otros, iban cargados con fardos que contenían el más delicioso vino, traído cada uno de una tierra distinta, y cuantos recursos ha inventado el hombre para hacer más agradable la degustación del vino, cuando preguntó y se enteró de qué era lo que transportaban, ordenó que las fuentes de placer no siguiesen el camino. Pues decía que lo adecuado era que un buen soldado bebiese solamente vino ganado con la lanza, que también él era uno más de los

---

Cf. *supra*, n. 3. En esa misma ciudad, Juliano habría designado supuestamente a Procopio como su sucesor en el trono, entregándole en secreto una clámide púrpura (cf. Zósimo, IV 4, 2, y Amiano, XXIII 3, 2).

[178] Acepto la interpretación de M. di Marco, «Note all' *Epitafio per Giuliano* di Libanio», *Giornale Ital. di Filolog.* 36 (1984), 91-94, quien corrige la puntuación de Foerster. *Vid.* nota textual.

[179] Tras fingir que se dirigía al Tigris, Juliano gira inesperadamente hacia el sur, en dirección a Calínico (27 de marzo), tomando así nuevo contacto con el Eufrates. Allí recibió una embajada de jefes sarracenos que lo aclamaron como el señor del mundo y le obsequiaron una corona de oro. También allí contactó de nuevo con la flota, mandada por el tribuno Constanciano y el *comes* Luciliano. Cf. Amiano, XXIII 3, 6-9; Zósimo, III 13, 2-3, y *Ep.* 98 (401d-402a) de Juliano.

soldados y que era justo que tuviese la misma dieta que los demás.

217 Tras detener de esta forma todo comportamiento conducente a la molicie, continuó su marcha con sólo y exclusivamente los recursos que eran necesarios en aquella situación, ofreciéndole la tierra pasto suficiente para las bestias de carga con su excelente hierba, pues en aquel país ya se
218 había establecido la primavera. En su avance, vieron una fortaleza ubicada en una península que formaba el río, que, nada más mostrarse, fue tomada, pero no por las armas, sino por el temor[180]. Ya que, nada más vieron que las elevaciones que tenían enfrente quedaban cubiertas por el ejército, no soportando el resplandor de las armas, abrieron las puertas y, tras entregarse, se pusieron en marcha para establecerse en nuestro territorio. La abundancia de provisiones que tenían suponía la manutención de todos para muchos días, de manera que, aunque estaban atravesando un largo desierto, podían disfrutar de todo cuanto hay en las ciudades[181].

---

[180] Se trata de la conquista de la fortaleza de Anatha, el 11 de abril. Los barcos bloquearon la isla por la noche, pero, al amanecer, un habitante que salía por agua dio la voz de alarma. Juliano entabló negociaciones con los habitantes, los cuales llegaron a un acuerdo con Hormisdes, hermano de Sapor y heredero legítimo al trono de Persia, que acompañaba a Juliano bajo la promesa de recuperar el cetro real (cf. *infra*, § 258 y Zósimo, II 27). Tras la evacuación, el fuerte fue reducido a cenizas y su población trasladada a Calcis de Siria (cf. Amiano, XXIV 1, 6-10, y Zósimo, III 14, 2-3). Posiblemente, algunos de estos prisioneros informaron posteriormente a Libanio de la buena marcha de la campaña de Juliano (cf. *Ep.* 1367, 6). También se desprende de su *Ep.* 1402, 1-3 que recibió informes de algunos sarracenos. *Vid.* H.-U. Wiemer, *Libanios...*, págs. 225-226.

[181] Libanio pasa por alto otros sucesos ocurridos entre la llegada a Calínico y la toma de Anatha, como el paso por Circesio, donde recibió una carta de Salustio en la que pedía a su amigo Juliano que suspendiera

Había otra fortaleza[182] en una isla fortificada en todo su 219
perímetro con una muralla que la cercaba por completo, la cual no dejaba sobresalir ni siquiera el espacio suficiente como para poner el pie. Así pues, consideró afortunados a sus habitantes por la naturaleza del lugar y, dándose cuenta de que, si emprendiese vanos intentos, daría satisfacción a los enemigos, ya que la misma locura supone dejar pasar lo que se puede tomar, que luchar contra lo que no se puede tomar, les amenazó con regresar rápidamente contra ellos. Después de haber instalado en sus espíritus un temor nada desdeñable y haber inquietado su ánimo con estas palabras, nuevamente siguió su camino a través del desierto y alcanzó la tierra de los asirios[183], que hace prósperos a sus habitantes en parte por la abundancia y vistosidad de sus frutos, que requieren poca semilla, y en parte por su producción de viñas y palmeras y por los restantes bienes, regalos todos ellos
de una buena tierra. Los soldados, viendo todo esto y parti- 220

la expedición (AMIANO, XXIII 5, 1-4) ; el paso por Zaitha, el cuatro de abril (AMIANO, XXIII 5, 7, y ZÓSIMO, III 14, 2) y el paso, el seis de abril, por Dura Europo, destruida por los persas, donde se hallaba la tumba del emperador Gordiano (AMIANO, XXIII 5, 8-12, y ZÓSIMO, *ibid.)*.

[182] La fortaleza que AMIANO (XXIV 2, 1-2) llama *Thilutha* (cf. ZÓSIMO, III 15, 1). Juliano no podía perder tiempo tomando por la fuerza todas y cada una de las fortalezas fronterizas, por lo que decidió pasar de largo tras obtener la promesa de sus habitantes de someterse al vencedor una vez terminada la guerra. De igual modo hizo con fortalezas como Achaiachala (cf. AMIANO, *ibid.)*.

[183] La ruta seguida desde Achaiachala hasta Pirisabora fue la siguiente: Baraxmalcha, Diacira (15 de abril), ciudad que había sido abandonada por sus habitantes, Sitha, Megia y Ozogardana (22 de abril), donde Hormisdes, que dirigía un grupo de reconocimiento, fue atacado por el surena (cargo persa equivalente al prefecto romano) y el maleco (filarco entre los sarracenos). Con los persas a la vista, Juliano llegó a Macepracta, junto al comienzo del Naarmalcha o «canal del Rey». Cf. AMIANO, XXIV 2, 2-6.

cipando de estas riquezas que había en abundancia en cada aldea —numerosas y grandes son las aldeas que se levantan por todo el país de los asirios, la mayoría de las cuales pueden compararse con ciudades no muy extensas—, el ejército, como decía, al encontrarse con esto, no se quejó de la fatiga sufrida por el viaje. Pues el premio de tener tierra cultivada era digno de los trabajos pasados a través del de-
221 sierto. Allí se dedicaron a cortar palmeras, arrancaron viñas, pusieron mano en los graneros y los asolaron con furia, comieron, bebieron, aunque sin llegar a emborracharse, dado que no se lo permitía el miedo, ya que uno había sido ejecutado hacía poco por embriagarse, sino que conservaban sus fuerzas y se cuidaban de estar sobrios. Los desdichados asirios, desde los montes, contemplaban de lejos sus desgracias. Sin embargo, emprendieron la huida y se alejaron después de abandonar el llano, que les era hostil, y oponer al
222 enemigo el río, que era su aliado. Pero ¿de qué forma el río les auxiliaba a ellos y nos combatía a nosotros? El río Eufrates, que es caudaloso y que equivale a muchos ríos juntos, jamás lleva poca agua, pero sí aumenta su caudal cuando las tormentas primaverales transforman en agua la nieve que en invierno se instala en Armenia. Los labradores de las tierras colindantes excavan canales por aquí y por allá y disponen del río de la misma manera que los egipcios del Nilo, de forma que el agricultor decide si el agua entra en
223 las zanjas o no. Cuando, en efecto, el ejército lanzaba su ataque, los asirios abrieron todas las compuertas a la corriente y llenaron los canales, y, por mediación de éstos, el resto de la tierra[184]. Éste fue el mayor esfuerzo que los nues-

[184] Libanio altera el orden de los acontecimientos, ya que este episodio es posterior a la conquista de Pirisabora (cf. *infra,* § 229). Mientras el ejército se dirigía a Ctesifonte siguiendo el Naarmalcha, los persas abrieron las esclusas del canal y convirtieron en una laguna el terreno por

tros tuvieron que realizar, pues les molestaba que todo el terreno formase una laguna y que el agua de las zanjas les subiese a unos hasta el pecho, a otros hasta el rostro e, incluso, había a quienes les pasaba por encima. Así pues, el ejército hizo un esfuerzo supremo para salvarse a sí mismo, el armamento, las provisiones y las bestias. A los que sabían na- 224
dar les resultaba una ayuda esta técnica, pero los que no sabían tenían que hacer un esfuerzo mayor. Por consiguiente, unos ponteaban, mientras que otros preferían mostrarse audaces antes que esperar. Los que marchaban por una loma elevada y estrecha tenían la ventaja de no mojarse, pero su estrechez la hacía insegura. Quienes evitaban aquella vía se dejaban llevar en las aguas; el esclavo tendía su mano al amo y éste tiraba del esclavo. Pero, por más que pasaran por 225
tantas penalidades, los soldados no se lamentaron, no lloraron, no se quejaron de la expedición, no dejaron escapar una palabra amarga, ni siquiera la meditaron en su interior, sino que gozaban de la situación actual como si estuvieran cruzando los jardines de Alcínoo[185]. En el fondo, creo yo, tenían la esperanza de algo mejor y además su Emperador arrostraba de buen grado las mismas penurias que el resto. Pues Juliano no extendía sobre las cabezas de los soldados 226
una tarima para caminar él solo sobre ella sin esfuerzo entre los sufridos soldados, como tal vez hubiera hecho otro en su lugar, sino que, surcando el primero con su cuerpo el fango, el légamo y el agua, animaba de este modo, con hechos y no con palabras, a los demás y mostraba su túnica empapada a soldados y bagajeros.

---

donde debía avanzar el ejército. Cf. Amiano, XXIV 3, 10-11, y Zósimo, III 19, 3-4.

[185] *Vid. supra,* n. 16 al *Disc.* XIII.

227 Los asirios, que habían provocado la formación de esta enorme laguna, confiaban en que su astucia haría retroceder a nuestro ejército o lo ahogaría. Pero los nuestros, habiendo escapado de la trampa como si todos ellos tuviesen alas o Posidón hubiese apartado las aguas para que pasaran, arremetieron en gran número, no ya contra fortalezas, sino contra una populosa ciudad de los asirios que llevaba el nombre del monarca de entonces[186], con una segunda muralla dentro de otro muro, de manera que podría decirse que había una ciudad más pequeña dentro de una mayor, como esos cubos
228 que contienen otros en su interior. Cuando se produjo el ataque de Juliano, el pánico hizo que los habitantes se congregasen dentro del recinto amurallado más corto, pensando que era más resistente. Cuando nuestros hombres alcanzaron el primer muro y se acercaban al segundo, fueron asaeteados por los arqueros que disparaban desde arriba y perecieron algunos. Pero, después de levantar un terraplén por encima de la muralla, pusieron bajo el yugo a las fuerzas congregadas por medio de una capitulación. Las condiciones de ésta era que jamás los entregasen a los persas, ni siquiera bajo un tratado. Pues conocían la costumbre que aquéllos tienen de aplicar en estos casos la pena de desuello. Lo cual es también prueba de que habían sido capturados, no por haber actuado con cobardía, sino después de haber luchado con todas sus fuerzas.

[186] La toma de Pirisabora, entre el 27 y el 29 de abril, fue, sin duda, el éxito más notable de la campaña, junto con la de Maiozamalcha (vid. *infra*, par. 235-241). La conquista de esta ciudad era de vital importancia, ya que era la llave del canal que conducía a Ctesifonte, objetivo prioritario de Juliano. *Vid.* Amiano, XXIV 2, 9-22, y Zósimo, III 17-18. El nombre de la ciudad de Pirisabora (llamada Bersabora por Zósimo) proviene del persa *Peroz-Shapur*, que significa «Sapor victorioso».

Así es como toda empresa estaba por debajo de nuestro 229 Emperador y nada se le resistía a ese hombre, sino que era duro con los enemigos, pero también lo era con aquellos de sus hombres que no aceptaban la máxima de vencer o morir. Por ejemplo, cuando aquellos caballeros que fueron enviados en delantera en busca de forraje lucharon tan mal que, incluso, su hiparco perdió la vida[187], entregó a la muerte a los que esperaban recibir honores por encima de los demás. Pero no lo hizo enviando la orden del castigo desde su tienda, sino que se introdujo entre ellos cuando regresaban e hizo descender del caballo a numerosos hombres armados, aunque él no tenía ni tres lanceros. Hasta tal punto había enseñado a los soldados a obedecer las órdenes y a aceptar todo lo que dictase el mando. Así pues, tras salir al encuentro 230
de los caballeros, que a voces buscaban a su jefe muerto, e imponer el justo castigo a quienes no le habían prestado socorro, haciendo ver así a todos los demás qué clase de castigos aguardaban a quienes se entregasen a la molicie, entró en su tienda más digno de admiración que antes. En su de- 231
seo de causar el mayor daño posible en la tierra del enemigo, hizo continuas pausas en su marcha, con la intención de que el resto del ejército permaneciese dentro de la empalizada, en tanto que los soldados de infantería ligera y los más decididos tendrían la oportunidad de explorar el país, dispersándose cada uno por un sitio diferente. Éstos descubrie-

[187] Tras la caída de Pirisabora, el surena tendió una emboscada a tres turmas de caballería que hacían labores de vigilancia. Uno de los tribunos perdió la vida en la refriega y los persas se apoderaron de un estandarte. Juliano montó en cólera y, acto seguido, se dirigió personalmente con sólo su escolta personal al lugar de la escaramuza y ahuyentó fácilmente al enemigo. Como represalia, degradó a los dos tribunos supervivientes y diezmó las turmas según la costumbre militar: haciendo matar a los designados por la suerte. Cf. Amiano, XXIV 3, 1-2, y Zósimo, III 19, 1-2.

ron viviendas subterráneas y se presentaron con los hijos de los asirios junto con sus madres, superando el número de cautivos al de sus captores. Pero ni aún así había escasez de alimentos.

232 Acto seguido, se aplicaron a la misma tarea: excavar zanjas[188]. O, mejor dicho, a la parte más difícil del trabajo, puesto que había más agujeros que tierra, la mayoría de las veces profundos. También aquí Juliano resultó ser clarísi-
233 mamente el salvador del ejército. Pues cada uno aconsejaba que se siguiese una ruta diferente, más larga pero libre de agua. Pero él sostuvo que eso era precisamente lo que más temía del camino: la sed y quedarse privado de cualquier clase de agua. Añadía que, si en esta opción había fatigas, en aquélla les esperaba la ruina, y que era mucho mejor marchar sufriendo molestias a causa del agua, que echarla de menos y no tenerla. Y trajo a colación a un antiguo general romano[189] que, por una insensatez semejante, había causado su propia destrucción y la de los hombres que mandaba, y al punto tomó un libro y les expuso aquella completa ruina. Con estas palabras hizo que enrojecieran de vergüenza aquellos que no decían lo oportuno y persuadió a los de-
234 más para que no vacilasen en absoluto. En seguida, se hicieron más numerosas las palmeras sobre la tierra, y gracias a ellas los puentes proliferaron y la mayoría tuvo facilidades para cruzar. Había gran porfía para meterse en el agua y adelantar a los que marchaban sobre el puente. La fuerza de los enemigos había quedado en entredicho y el agua había

---

[188] Se refiere, ahora en el orden adecuado, a las obras que ordenó realizar Juliano para atravesar la laguna que provocaron los persas junto al Naarmalcha (cf. *supra*, §§ 222-224). Según Amiano, XXIV 3, 10-11, Juliano logró vadear la laguna gracias a unos odres hinchados, barcas de cuero y estacas de tronco de palmera.

[189] Se trata de Craso. *Vid.* Plutarco, *Craso* 20-31.

sido derrotada, aunque se esperaba que hubiera obtenido una victoria completa.

En poco tiempo, también iba a demostrarse la debilidad 235 de otro baluarte[190]. Había situada en una isla una ciudadela que, por las dimensiones de la elevación y el muro, se alzaba hasta la mitad del cielo. Tal era la altura de ambos. En efecto, la parte inferior, a excepción de un tramo bastante corto, estaba revestida de un espeso cañaveral que ocultaba a quienes se abastecían de agua, los cuales, gracias a que podían bajar sin que los del exterior se percataran de ello, sacaban provecho del río con entera libertad, escondidos bajo el follaje de las cañas. La muralla era más poderosa que las máquinas de asedio, en parte por estar construida sobre una isla a la que incluía por completo dentro de su perímetro, y en parte por ser tan escarpada. Añadíase también el hecho de que los ladrillos cocidos que la componían estaban ensamblados con asfalto. Según eso, la resistencia de la 236 fortaleza aconsejaba no hacer tentativas. Pero el hecho de que algunos, haciendo una salida, se lanzasen contra la vanguardia del ejército y a punto estuvieran de herir incluso al Emperador, les empujó a ponerles sitio por la cólera que les causó el haber sufrido aquel daño[191]. Así pues, los nuestros

---

[190] La ciudad de Maiozamalcha, conquistada entre el 10 y el 13 de mayo. Cf. AMIANO, XXIV 4, y ZÓSIMO, III 20-22. La lejanía del ejército de Sapor propició la conquista de la plaza, que el surena no pudo evitar con su acoso.

[191] Según AMIANO *(ibid.)*, mientras Juliano hacía a pie un reconocimiento de la plaza, acompañado de unos pocos hombres, diez persas salieron por una puerta oculta y se abalanzaron sobre ellos. Dos de los atacantes reconocieron a Juliano por sus insignias e intentaron acabar con él, pero el Emperador logró parar sus golpes con el escudo y matar a uno de ellos, mientras que al otro lo acribillaron sus hombres. También Zósimo relaciona este atentado con el empeño personal de Juliano por apoderarse de la fortaleza.

los asediaban y los persas, desde arriba, se reían, se mofaban, los insultaban, les arrojaban dardos y los herían. Pensaban que lo que hacían era como si intentasen conquistar el
237 cielo. Pero el propio Juliano fue el primero en emprenderla con piedras y dardos contra los que estaban sobre la muralla, y alguno caía con la flecha clavada en su cuerpo. Acto seguido, enlazó la isla con el continente por medio de un puente, y los que se aplicaban a los trabajos tenían como protección las cubiertas de cuero de los navíos. Pues, después de poner hacia abajo la parte superior de éstos y ocultarse debajo, haciendo que el suelo de los barcos les sirviese de techumbre, nuestros soldados hacían su trabajo para entrar dentro de los muros, mientras que, a los persas, el fuego y cualquier arma arrojadiza de nada les servían contra este ingenio que no podían atravesar con las puntas de los dar-
238 dos, ni romper con piedras, ni quemar con fuego. No obstante, esto no les causaba inquietud, sino que, a pesar de que sabían que los enemigos estaban perforando la muralla e ideaban todo tipo de artimañas, celebraban sus fiestas día y noche como si sus esfuerzos no hubieran de tener fin. Los nuestros insistían y no desfallecían, sino que iban abriéndose paso progresando hacia arriba. La anchura del túnel excavado era la de un hombre, y el primero que logró izarse se deslizó furtivamente en medio de la noche hacia el interior de una torre. A éste le siguió un segundo hombre, y a aquél
239 un tercero, y todos querían estar entre los que subían. A una anciana que se encontraba acostada en aquel lugar, sola con un niño, cuando se dio cuenta de lo ocurrido, la obligaron a guardar silencio y, tras ocupar las puertas de las torres, dieron a los de abajo la señal convenida para el grito de guerra. Cuando éste estalló con estrépito y los guardianes, con el susto, bajaron de un salto de su lecho, no les hizo falta más que matar a cuantos se les ponían delante; precisamente, la

mayor parte se suicidó arrojándose de lo alto del muro. Continua era la cacería de los que intentaban esconderse y nadie prefería hacer prisioneros antes que matarlos, así que los dejaban caer desde arriba. Las puntas de las lanzas que venían de abajo se encontraban con hombres vivos, medio muertos y muertos del todo. Pues el propio impulso bastaba para su muerte. Tales fueron las danzas que celebra- 240
ron durante la noche en honor de los dioses guerreros y también se las mostraron al dios que se levanta en el cielo. Sólo desobedecieron al Emperador en lo siguiente. Él les había ordenado cogerlos vivos y compadecerse de los cautivos, pero ellos, que guardaban en la memoria los dardos y veían a los que habían sido heridos, como la cólera movía su diestra, compensaron las penurias pasadas en las obras con una carnicería y pidieron obtener el perdón del Emperador si habían actuado bajo la influencia de este sentimiento. Por tanto, una vez exterminada la población, a continua- 241
ción fue destruida la ciudadela, que recibió más completo aniquilamiento que las de aquel lugar. Porque, en la medida en que destacaba sobre las demás por su construcción, tanto más atrajo sobre sí la decisión de hacerla desaparecer por completo. Doble era, pues, el daño sufrido por los persas, ya decidieran reemplazar o no la fortaleza. Tan brillante y so- 242
brehumana era la gesta llevada a cabo, que los autores de la captura pensaban que ya nada podría resistírseles, mientras que, por el contrario, la confianza de los enemigos se desvaneció al mismo tiempo que su muralla y creían que, sin duda, todo estaba podrido para ellos. Incluso el Emperador, que por más que llevase a cabo enormes gestas las consideraba minucias, no pudo por menos de considerar esta acción como grandiosa. Al menos, en este caso dijo lo que nunca antes: que había dado al sirio (refiriéndose a mí) pretexto para componer un discurso. ¡Y cuán admirable pretexto, oh

tú, el más querido para mí! ¿Pero qué placer puedo encontrar en la vida, si no te tengo?

243 Volvamos adonde estábamos. Tras experimentar la fortaleza la destrucción que he descrito, la noticia de lo ocurrido motivó que durante la mayor parte del trayecto no apareciera ninguno de los posibles oponentes. De manera que hasta los bagajeros se acercaban a las aldeas y tomaban lo que sus habitantes dejaron de llevarse cuando se marcharon. O, para decirlo con mayor exactitud, tomaban una parte y lo que no se podían llevar, o lo tiraban al río, o le prendían fuego. Como, naturalmente, sucedió con una residencia real del Persa ubicada junto al río, que disponía de todo el esplendor persa que suele haber en la arquitectura, en los jardines, en la lozanía de sus plantas, en el aroma de sus flores y que, en un campo que tenía enfrente, criaba una piara de cerdos salvajes con los que se ejercitaba el Persa y que, en aquel momento, surtió de alimento a todos los romanos. Este palacio real que, según dicen, no es en absoluto menos importante que el de Susa, fue incendiado, y a éste le siguió un segundo, e incluso un tercero, menos esplendoroso que aquéllos, pero no carente de belleza[192].

244 Llevando a cabo acciones como éstas, llegaron a las ciudades largo tiempo anheladas[193], las que adornan la tierra

---

[192] Libanio parece confundir los hechos, ya que AMIANO (XXIV 5, 1-2) y ZÓSIMO (III 23, 1-2) coinciden en que, tras la toma de Maiozamalcha, el ejército de Juliano encontró, hacia el 15 de mayo, un palacio de construcción romana (pues cerca se encontraba la antigua ciudad de Seleucia del Tigris, destruida el año 165, cuya visión les causó gran placer), que no destruyeron en absoluto. También dieron con un cercado, que Zósimo nomina «caza del Rey», donde se reservaban variadas especies salvajes para la caza real. Juliano ordenó perforar por varios sitios el cercado y sus hombres se ejercitaron en el tiro.

[193] Ctesifonte y Coche (llamada Zocase por Zósimo), ciudad construida junto a las ruinas de la antigua Seleucia del Tigris. Ambas ciudades

babilonia en lugar de la antigua Babilonia. El río Tigris fluye entre ambas y sobrepasándolas en no poca distancia recibe en su caudal al Eufrates[194]. En ese punto, no era posible descubrir qué era lo que había que hacer. Porque, si pasaban de largo nuestros soldados con los barcos, no era posible acercarse a las ciudades; si marchaban contra ellas, perderían las naves; si navegaban a contracorriente, ello supondría un enorme esfuerzo y los barcos se encontrarían entre las dos ciudades. ¿Quién logró, por tanto, solucionar este 245
problema? No Calcante, ni tampoco Tiresias, ni algún otro adivino. Tomó Juliano unos cautivos de los que habitaban razonablemente cerca de allí y les pidió información sobre un canal navegable que aparecía en unos libros[195], obra de

---

estaban ubicadas frente a frente en las dos orillas opuestas del Tigris, Coche en la occidental y Ctesifonte en la oriental.

[194] El Naarmalcha o «canal del Rey» unía los cauces del Tigris y del Éufrates al sur de las dos ciudades, de ahí que llevar la flota por esa vía fuera contraproducente, pues había que llevar río arriba los barcos.

[195] Las fuentes pueden ser Heródoto, I 193 o Polibio, V 51 (*vid.* R. Scholl, *Historische Beiträge...*, pág. 4). El canal mencionado es el llamado «de Trajano», de unos cinco Km. de longitud, que unía el Naarmalcha con el Tigris a unos dos Km. al norte de Coche y Ctesifonte. Los persas, conscientes de su valor estratégico para un invasor, lo habían cegado y habían disimulado su ubicación cultivando encima. Incomprensiblemente, Amiano confunde este canal con el Naarmalcha. *Vid.* G. W. Bowersock, *Julian...*, pág. 113; Amiano, XXIV 6, 1-3; Zósimo, III 24, 2; Gregorio Nacianceno, *Disc.* V 10, y Sozómeno, VI 1, 5, quien sigue en su relato casi literalmente a Libanio. Por su parte, las narraciones de Amiano y Zósimo presentan una secuencia de los hechos diferente. Según Amiano, antes de abordar esta obra, Juliano había acampado cerca de Coche y visitó las ruinas de la antigua Seleucia, donde pudo contemplar ahorcados los cadáveres de los parientes de quienes rindieron la plaza de Pirisabora. Allí mismo tuvo lugar la ejecución de Nabdates, comandante de Maiozamalcha que se rindió a Juliano y que acusaba de traidor a Hormisdes (XXIV 5, 3-4). Luego nos informa de cómo un grupo de persas salido de Ctesifonte se enfrenta con tres cohortes romanas,

un antiguo rey, y que conectaba el Eufrates con el Tigris por
246 encima de las dos ciudades. Uno de los prisioneros, por su juventud, no sabía nada del asunto, pero el otro, ya en la vejez, lo confesó todo por la fuerza y porque veía que nuestro Emperador hablaba de estos lugares como si fuera uno de los nativos. Pues aunque nunca había estado allí, hacía tiempo que había contemplado esa región gracias a la literatura. En efecto, el anciano le explica dónde se encuentra el canal y cómo estaba cerrado y se cultivaba después de haber
247 quedado su entrada cubierta de tierra. A una señal del Emperador, fueron retirados todos los obstáculos y de los dos canales el primero se veía seco, mientras que el segundo conducía en dirección al Tigris las naves, que lo surcaban acompañando la marcha del ejército[196]. El Tigris, que se inundó al recibir por añadidura el caudal del Eufrates, inspiró gran terror a los ciudadanos de ambas ciudades, porque
248 se pensaba que no perdonaría sus murallas. En aquel momento, hizo acto de presencia lo más selecto de las fuerzas persas y ocuparon la ribera opuesta con centelleantes escudos, caballos relinchadores, arcos experimentados y elefan-

mientras otro grupo cruza el Tigris y se apodera de un buen número de acémilas y de prisioneros. Juliano, irritado por ello, se presenta ante una fortaleza (¿la Minas Sabazá de Zósimo?), sita en el camino de Ctesifonte, donde una lluvia de dardos lanzada por los persas casi acaba con su vida. La fortaleza es tomada a duras penas y reducida a cenizas (XXIV 5, 5-12). Ligeramente diferente es el relato de Zósimo: llegada a Minas Sabazá, a treinta estadios de Zocase (= Coche en Amiano) y conquista de la plaza. Es allí donde Juliano contempla los cuerpos crucificados de los familiares de un traidor que propició la caída de una ciudad (¿Coqué?) en manos del emperador Caro el año 283; suplicio de Nabdates o Anabdates (III 23, 3-4); ataque persa y robo de acémilas (III 24, 1). Véanse las notas de J. M.ª Candáu a los pasajes citados de Zósimo.

[196] Es de suponer que el cauce del Naarmalcha fue desviado al canal recién abierto, de modo que el aumento del canal del Tigris amenazase la integridad de Coche y Ctesifonte.

tes de imponente tamaño, a los que costaba el mismo trabajo pasar por encima de una falange, que por un campo de espigas. Éstos eran los hombres que estaban apostados frente a los nuestros, y entre ambos se interponía el curso del río: un brazo, el que había sido forzado a discurrir por allí, más cerca, y el otro, más lejos, con un segundo ejército de los persas. A su vez, la retaguardia se hallaba devastada salvajemente y no ofrecía la oportunidad de regresar por el mismo camino[197]. Sin duda, la situación requería una audacia pro- 249
digiosa por parte de nuestros soldados, si es que no querían perecer de hambre. Todos, en su turbación, miraban hacia una sola persona. Juliano tuvo desde el principio la actitud propia de un hombre confiado, puesto que allanó el terreno para construir un hipódromo y convocó a sus caballeros para participar en una competición, estableciendo premios para los corceles[198]. Además de sus propios hombres, también los enemigos eran espectadores de estos juegos —unos desde abajo, acampados cerca del escenario de las carreras, y otros desde lo alto de las almenas—, y consideraban afortunado a Juliano por encontrarse en el gozo propio de los vencedores, lamentando su propia incapacidad para impedir esta fiesta. Mientras el ejército se entretenía con las carreras de 250
caballos, por orden suya las naves quedaron vacías de sus cargas, en teoría para inspeccionar si las raciones de comida eran malgastadas, pero su verdadera intención era que de-

[197] Sózómeno, VI 1, 6 subraya con gran acierto la precaria situación del ejército de Juliano, cogido entre dos ríos caudalosos y una retirada inviable por la devastación de los campos. La única salvación estaba en una huida hacia delante.

[198] Cf. *Disc.* I 133 y XXIV 37; Festo, *Breviario* 28, y Sozómeno, *loc. cit.* En su comentario a este pasaje, Bliembach sostiene que Libanio, como civil que era, ha entendido mal estas pruebas, que no eran sino prácticas militares.

seaba que los soldados embarcasen súbitamente y de improviso[199]. Así es que, una vez hubieron almorzado los oficiales, los convocó a reunión y les hizo ver que la única vía de salvación que les quedaba para poder disfrutar nuevamente de tierras intactas era cruzar el Tigris. Los demás no tuvieron nada que objetar al plan, pero el oficial que tenía bajo su mando la mayor parte del ejército se opuso asustado por la
251 altura del barranco y la multitud de enemigos[200]. Él, tras alegar que la naturaleza del lugar seguiría siendo la misma aunque ellos contemporizasen, pero que los enemigos serían más numerosos[201], encargó la misión a otro hombre[202] y predijo que lograría imponerse, aunque no sin recibir una herida, y que ésta la recibiría en la mano, añadiendo en qué parte de la mano y que, a su vez, necesitaría escaso trata-
252 miento médico. Ya las naves transportaban a los hombres que iban a combatir y él se mantenía en pie mirando hacia el cielo. Cuando recibió de allí la señal, se la pasó a los taxiarcos, y éstos a los demás con el mayor silencio que era posi-

---

[199] Juliano ordenó descargar de las naves las máquinas bélicas y los víveres, para embarcar en ellas a sus soldados. Según Amiano (XXIV 6, 4-7) dividió la flota en tres partes, dos bajo su mando directo y una tercera, compuesta de cinco naves, a cargo del *comes* Víctor, con la orden de que éste ocupara, mediante un ataque nocturno, la orilla oriental del Tigris, que era controlada por el ejército persa. Éstos descubrieron el ardid y atacaron con fuego las naves romanas, pero Juliano engañó a sus hombres haciéndoles creer que el fuego era la señal convenida, de modo que el resto cruzó el río con total éxito. Cf. Zósimo, III 25, Gregorio Nacianceno, *loc. cit.* y Sozómeno, VI 1, 7.

[200] Amiano y Zósimo *(ibid.)* coinciden en señalar que la operación no contaba con el respaldo de los generales y que sólo se llevó a cabo por empecinamiento de Juliano.

[201] Si se presentaba el grueso del ejército de Sapor.

[202] Víctor *(vid. supra,* n. 199). Según Zósimo (III 25, 7) fue herido por un disparo de catapulta y según Amiano (XXIV 6, 13) recibió un flechazo en el hombro.

ble. Los hombres emprendieron la navegación y desembarcaron, haciéndose ya visibles a los enemigos que tenían cerca y recibiendo sus dardos. Pero, a pesar de todo, una elevación que no se habrían atrevido a abordar expeditos a pleno día, en tiempos de paz y sin que nadie se lo impidiese, la escalaron de noche los hoplitas con los enemigos sobre sus cabezas. El cómo lo hicieron, ni siquiera ahora podríamos explicarlo si se nos preguntase. Hasta tal punto esta acción no era propia de hombres, sino de algún dios que con sus
propias manos suspendía en lo alto a cada soldado. Así 253
pues, promoviendo la muerte en su escalada, abatían a unos mientras se levantaban y, apareciéndose a otros como una pesadilla, los mataban mientras aún dormían. Los que despertaban recibían tanto mayor daño que quienes dormían, cuanto que eran conscientes de lo que les pasaba, ya que ni
siquiera éstos podían rechazar a sus hostigadores. Como 254
suele acontecer en la noche y en la sombra[203], muchas espadas eran descargadas contra los cuerpos y otras muchas contra los árboles, y sólo el ruido ocasionado por el golpe los distinguía. Se podía escuchar el lamento de los que habían sido heridos, lo estaban siendo o lo iban a ser , así como el de cuantos caían muertos y el de los suplicantes. Nuestros hombres proseguían su marcha degollando y, con los cuerpos de los caídos, quedaba oculta una extensión de
tierra equivalente a la que cubrirían seis mil cadáveres[204]. Y 255

[203] La batalla se extendió desde la noche hasta el mediodía. Cf. Zósimo, III 25, 5.

[204] Aunque la mayoría de las fuentes coinciden en considerar esta batalla como un éxito de las armas romanas ante los persas, a los que de nada sirvieron sus catafractos ni sus elefantes, la cifra de muertos ofrecida por Libanio es, a todas luces, exagerada. Amiano, XXIV 6, 15, y Zósimo, *loc. cit.* coinciden en que los persas caídos sumaron dos mil quinientos, frente a poco más de setenta soldados romanos. Sozómeno, VI

si no se hubiesen demorado en torno a los muertos por el deseo de recoger despojos, y se hubieran precipitado hacia las puertas y las hubiesen abierto o quebrantado, habrían conquistado la muy celebrada Ctesifonte[205]. Es verdad que se quedaban con el oro, la plata y los caballos de los que dejaban de existir, pero, nada más hacerse de día, se vieron en la obligación de combatir contra los caballeros, los cuales, al principio, causaron serios problemas, pero luego, confundidos por un único soldado que surgió de detrás de un vallado, se dieron a la fuga. Por otro lado, el resto del ejército cruzó y, mientras los persas dirigían sus asombrados ojos a todas partes, los que los mataban iban lavando sus cuerpos en el río, y el persa Tigris fluía teñido por la sangre de los persas.

256 Calcúlese el número de ataques que contra nuestro territorio han lanzado los persas y la actividad desplegada en cada uno de ellos, y luego compárese esta sola ofensiva con aquellas continuas agresiones; al punto descubrirá que, aunque aquéllas eran brillantes, ésta es mucho más meritoria, dado que sus ataques tenían lugar sin que nadie les saliera al encuentro, en tanto que Juliano se atrevió a lanzar este asalto aunque había soldados que le hacían la guerra. Hasta tal punto es así, que, si se les preguntase a los persas si desearían no haber llevado a cabo las gestas que habían protagonizado, a cambio de no padecer los daños que habían experimentado, todos, comenzando por su rey, dirían que los perjuicios causados entonces habían superado con creces
257 sus éxitos. Se podría comprender también a partir de lo si-

---

1, 8, por el contrario, se limita a observar que hubo gran mortandad en ambos bandos.

[205] Zósimo, III 25, 6 confirma estos actos de rapiña, pero Amiano (XXIV 6, 13) afirma que fue Víctor quien prohibió a sus hombres entrar en la ciudad por el temor a verse encerrados en un callejón sin salida.

guiente. En ninguna de las invasiones persas, Constancio fue forzado a recurrir a la petición de un armisticio, pero Sapor, cuando tuvieron lugar los hechos que he mencionado, despachó a un enviado para pedir que la guerra se detuviera en aquel punto y que el vencedor, absteniéndose de causarle más daño, considerase su imperio como amigo y aliado[206]. El emisario que se presentó para esta misión, que 258
pertenecía a la nobleza, compareció ante el hermano[207] del que le enviaba, que, a la sazón, nos acompañaba en la campaña contra aquél, y, abrazando sus rodillas, le pidió que concertara una entrevista con el Emperador. Él complacido se puso en movimiento a toda prisa, como si fuese a llevar una buena noticia, y se lo explicó a Juliano esperando regalos por sus palabras. Sin embargo, le ordenó no decir nada del asunto, que despidiera al emisario sin que éste pudiera decir palabra y que simulara que la razón de este encuentro había sido su parentesco con aquél. Pues no juzgaba oportuno poner fin a la guerra y consideraba que la palabra «paz» era formidable para embotar al soldado. Porque éste, a mi juicio, si tiene la convicción de que es posible no combatir, si se le forzara a ello, combatiría mal. Por ese motivo, pres- 259
cribió que la dulce palabra «armisticio» no traspasara la frontera de los dientes. Y sin embargo, ¿quién no hubiese demostrado a sus hombres cuán grandes acciones había sido capaz de realizar al mando del ejército y no hubiera convocado una asamblea para escuchar los términos de la propuesta? Este hombre, muy al contrario, aunque había sido llamado para la firma de acuerdos, se arrojaba contra las murallas e invitaba a los sitiados a la lucha diciéndoles que

206 SÓCRATES, *Hist. Ecl.* III 21, 4-8 también menciona esta embajada.

207 Hormisdes. Sobre su papel como mediador ante sus compatriotas persas, *vid.* ZÓSIMO, III 18, 1.

lo que hacían era cosa de mujeres y de hombres lo que evi-
260 taban. Cuando le decían que tenía que buscar al rey persa y mostrarse ante él, le invadía el deseo de visitar y cruzar la ciudad de Arbela[208], ya fuera con combate o sin él, de suerte que su victoria fuese materia de cantos junto con la que, en el mismo lugar, consiguiera Alejandro. Además, tenía el propósito de poner pie en todo el territorio que delimita el poder de los persas, o, para ser más exactos, también en el de los pueblos limítrofes, pese a que aún no se habían reunido con él ninguna de las otras dos secciones del ejército, ni la propia ni la aliada[209]; ésta por la ofensa de quien gobernaba este pueblo, y la primera porque, según dicen, al ser asaeteados algunos hombres que se bañaban en el Tigris al comienzo mismo de su separación, entendió que era prioritario hacer la guerra a los autores del atentado. Al mismo tiempo, la rivalidad existente entre los jefes de la expedición permitió que los soldados relajasen la disciplina. Ya que, cada vez que uno se ponía en marcha, el otro recomendaba acampar para ganarse el favor de los hombres y lograba imponer su
261 criterio. Sin embargo, estos inconvenientes no arredraban a nuestro Emperador, sino que no aplaudía su ausencia, pero pretendía actuar como si los tuviese a su lado y apuntaba en su cálculo a Hircania y a los ríos de los indios. Cuando el ejército ya se disponía a emprender la marcha, estando unos en camino y otros preparándose para partir, un dios lo apartó del plan y, como dice el verso, le aconsejaba que se acor-

[208] La ciudad de Arbela se encontraba en el camino que, siguiendo el Tigris en dirección norte, llevaba a Carras y Nísibis, por donde posiblemente Juliano tenía pensado regresar. La decisión de retirarse tierra adentro se tomó posiblemente en Abuzatá, en torno al 5 de junio. Cf. Amiano, XXIV 7, 1-3, y Zósimo, III 26, 1.

[209] Se refiere, naturalmente, a las tropas armenias de Arsaces y las romanas de Procopio y Sebastiano. Cf. *supra*, n. 3 y 177.

dase del regreso[210]. De acuerdo con su proyecto anterior, 262
entregó los barcos al fuego[211], pues era mejor esto que dejarlos a disposición de los enemigos. Posiblemente, hubiera hecho lo mismo si el plan primero no hubiera sido aprobado y hubiese prevalecido la decisión de regresar. Ya que el Tigris, que se precipitaba rápido y caudaloso contra las proas, hacía que, por fuerza, los buques precisasen numerosas manos y era necesario que los que remolcaran sobrepasasen la mitad de los efectivos. Ello significaba la derrota de los que combatieran y que, después de éstos, todo lo demás pasase a
sus manos sin lucha. Aparte de esto, la quema de las naves 263
anulaba la tendencia de los hombres a la pereza. Pues el que no quería hacer nada se quedaba durmiendo en el barco bajo el pretexto de estar enfermo. Sin embargo, al no haber naves, todo el mundo estaba con las armas en ristre. Además, que no se podían conservar tantas naves, por muy fuerte que fuera su deseo, lo demostró el hecho de que ni siquiera las que quedaron, un total de quince[212] que habían sido conser-

---

[210] *Il.* X 509.

[211] Nótese el interés que se toma Libanio por justificar esta polémica decisión de Juliano. Es indudable que, una vez tomada la decisión de retirarse por tierra hacia el norte, la quema de las naves se hacía inevitable, dados los esfuerzos que requería remontarla río arriba. AMIANO, XXIV 7, 1-4, explica que la decisión fue tomada por lo inexpugnable de Ctesifonte y la proximidad de Sapor, y que se fió de guías poco seguros (cf. ZÓSIMO, III 26, 1-3). Entre los escritores cristianos se extendió la teoría de que un anciano persa se dejó capturar y, ofreciéndose como guía, extravió el ejército de Juliano por parajes inhóspitos durante varios días. Cf. SOZÓMENO, VI 1, 9-12, *Artemii passio*, 69, y GREGORIO NACIANCENO, *Disc.* V 11-12, el cual sostiene que fue precisamente ese anciano persa el que, después de ganarse la confianza del fatuo emperador, le convenció de lo inútil que era seguir manteniendo la flota.

[212] De acuerdo con el relato de AMIANO *(ibid.)*, Juliano dejó doce naves pequeñas para pontear, número que ZÓSIMO *(ibid.)* eleva a dieciocho barcos romanos y cuatro persas.

vadas para ser utilizadas como puentes, ni siquiera éstas hubo medio de salvarlas. Ya que la corriente, que era más fuerte que la técnica de los marinos y que la restante multitud de obreros, las arrojaba junto con sus ocupantes a las manos de los enemigos. De manera que, si los que se vieron perjudicados tuvieran que criticarlo por haber incendiado las naves, con toda probabilidad el persa sería el primer censurador. Y de hecho, según dicen, muchas veces se quejó por ello.

264 Así era como avanzaban, abasteciéndose del agua del Tigris[213], con el río a mano izquierda, y atravesaban una región más fértil que la anterior, de manera que iban añadiendo confiadamente nuevos cautivos a los que ya tenían. Después que dejaron atrás una tierra cultivada y se encontraron en medio de una región devastada, pese a no ser en absoluto de inferior calidad[214], Juliano transmitió la orden de que el ejército hiciera acopio de provisiones para veinte días, pues ésta era la distancia que había con aquella excelente ciudad que limitaba ya con nuestro territorio[215]. Fue entonces, precisamente, cuando el ejército regular persa fue visto por primera vez: una masa en absoluto indisciplinada con grandes cantidades de oro en su armamento[216]. Al lanzarse con-

---

[213] El 16 de junio se reunió nuevamente la plana mayor del ejército, probablemente en Noorda (la actual Djisr Nahrawan), a 40 Km. de Ctesifonte. Buena parte de los oficiales entendía que la retirada debía realizarse por el mismo lugar por el que habían venido, a lo que se opuso Juliano, quien alegaba que era imposible encontrar víveres suficientes en un territorio ya devastado por ellos. Así pues, la retirada se emprendió por Corduena. Cf. AMIANO, XXIV 8, 2-5, y ZÓSIMO, *ibid.*

[214] AMIANO, XXIV 7, 7 nos informa de que los persas iban incendiando al paso del ejército de Juliano las mieses ya en sazón.

[215] Como señala Norman, esta ciudad debe de ser Bezabda.

[216] De acuerdo con Amiano (XXIV 8, 5-7), el ejército de Sapor se presentó ante el ejército romano el 16 de junio, junto al río Duro. Allí tu-

tra ellos una avanzadilla nuestra y secundarlos, a continuación, el grueso del ejército, ni la caballería ni la infantería aguantó el empuje de nuestros escudos, sino que se dieron la vuelta de inmediato y emprendieron la huida, pues ésta es la única táctica guerrera que tienen bien ejercitada. A partir 265
de ahí, ya no hubo ni una sola batalla a campo abierto, sino simplemente arterías y cobardes irrupciones[217] contra los hombres más apartados por parte de unos pocos jinetes que se lanzaban sobre ellos surgiendo de trincheras y que, ni aun así, mataban a más hombres de los que ellos perdían. Ya que el hoplita, deslizándose por debajo de la lanza del caballero, despanzurraba al caballo con la espada y daba en el suelo con ambos, con lo que podía golpear a placer al jinete, que estaba impedido en su armadura de hierro. Así es que 266
éstos eran los daños que sufrían los que avanzaban contra los nuestros, en tanto que los que imponen su ley desde lejos, los arqueros, arrojaban sus dardos sobre el desguarnecido flanco derecho de nuestros soldados y les obligaban a prestarles atención y a avanzar con lentitud. Pero avanzaban, a pesar de todo, y la nube de dardos no los neutralizaba

---

vo lugar una escaramuza entre un grupo de exploradores romanos y unas turmas persas. *Vid.* AMIANO, XXV 1, 1-3, y ZÓSIMO, III 26, 4-5.

217 Sapor empleó contra Juliano una guerra de desgaste que le dio buen resultado. El calor, el hambre y el hostigamiento continuo de los persas lograron bajar la moral de los hombres del enemigo. Libanio omite deliberadamente los penosos acontecimientos acaecidos tras el combate junto al Duro: llegada a Barsaftás y a Hucumbra (Simbra en Zósimo), el 17 de junio; la aparición de los efectos del hambre entre los soldados de Juliano; el paso por Danabe, Sinque y Aquete el 20 de junio, donde encontraron también quemadas las mieses; el ataque de los persas cuando el ejército pasaba por la aldea de Maranga (Maronsa según Zósimo) el día 22 y la pérdida de algunos barcos; llegada a Túmara del Tigris el 25 de junio, donde fue repelido un nuevo ataque persa. *Vid.* AMIANO, XXV 1-2, 1, y ZÓSIMO, III 27-28, 3.

totalmente. Pues nuestro Emperador, moviéndose con su caballo a todos los puntos, prestaba auxilio a los que pasaban apuros, sacando escuadrones de los sitios seguros y llevándolos a donde hacían falta, y enviando a los mejores estrategos a la retaguardia.

267 Hasta estos acontecimientos, Juliano proseguía su marcha triunfal y me resulta dulce hablar de ello. Pero lo que sigue, ¡oh dioses y divinidades! ¡Oh cambios de la fortuna! ¡Hacia qué relato me veo arrastrado! ¿Deseáis que pase por alto lo que resta y que detenga mi discurso en estos hechos tan propicios? ¡Ojalá recibáis bienes sin cuento como pago a vuestro llanto, público mío! ¿Qué os parece que debemos hacer: llorar o hablar? Me da la impresión de que, aunque estáis aterrados por el hecho en sí, me reclamáis que prosiga la narración. Debemos, por tanto, hablar y poner fin a una creencia falsa acerca de su muerte.

268 Cuando el persa ya desfallecía, estaba claramente abatido, temía que los nuestros, ocupando lo más selecto de su territorio, instalasen allí sus cuarteles de invierno[218], ya había escogido algunos embajadores y confeccionado una lista de regalos, entre los que se encontraba también una corona, y estaba a punto de enviarlos al día siguiente en actitud suplicante y de permitir que él impusiera las condiciones del tratado, entonces se desgajó una sección del destacamento que se había adelantado para rechazar a quienes los atacaban. Levantándose de repente un huracán y formando una nube de polvo que favorecía a los que deseaban infligirnos algún daño, el Emperador, con la idea de volver a reunir con el grueso del ejército la sección que se había diseminado, se apresuró hacia el lugar acompañado de un solo criado. Pero una lanza arrojada por un jinete contra él, que estaba des-

[218] Es evidente la exageración retórica de esta afirmación.

protegido —pues, creo yo, ni siquiera se cubrió, debido a su completa superioridad—, le atravesó el brazo y penetró en su costado[219]. Aquel noble varón cayó a tierra y, al contem- 269
plar cómo le caía la sangre, en su deseo de ocultar lo sucedido, montó de nuevo sobre el caballo. Como la sangre delataba el golpe recibido, gritaba a cuantos se iba encontrando que no les preocupase la herida, puesto que no era mortal. Pero, aunque así hablaba, fue derrotado por su desgracia. Lo llevaron a su tienda y a su blando lecho: la piel de león y el heno, porque así era su yacija. Cuando los mé- 270
dicos dijeron que no había salvación y el ejército se enteró de la noticia, todos rompieron en lamentos, todos se golpeaban el pecho, la tierra se empapaba con las lágrimas de todos, las armas, cayéndoseles de las manos, quedaban en el suelo y pensaban que ni siquiera un mensajero lograría regresar a casa. El persa consagró a los dioses salvadores los 271
regalos que debía enviar a Juliano, se hizo servir la mesa acostumbrada, aunque anteriormente utilizaba el suelo para comer, se hizo arreglar al uso la cabellera, que estuvo descuidada durante todo el tiempo que duraron los peligros; en suma, al morir aquél, tomó las mismas disposiciones que habría tomado si el ejército enemigo, con todas sus fuerzas

[219] Aunque las distintas fuentes presentan variaciones de detalle, en general los hechos parecen claros: el 26 de junio, Juliano sale a caballo sin su coraza para asistir a un destacamento que se enfrenta a un inesperado ataque persa. En la refriega, el Emperador es herido de lanza (Zósimo dice que el arma era una espada) en el costado y es llevado, aún con vida, a su tienda, donde morirá rodeado de sus colaboradores. Cf. Amiano, XXV 3; Zósimo, III 29; Eunapio, *fr.* 20 y 26; Festo, *Breviario,* 28, pág. 68, 11-16; Gregorio Nacianceno, *Disc.* V 13-14; Juan Crisóstomo, *De S. Babyla contra Iulianum et gentiles,* XXII 123; Sócrates, *Hist. Eel.* III 21, 9-18; Sozómeno, VI 1, 13-16; Teodoreto, *Hist. ecl.* III 25, 5-7; Filostorgio, VII 15; Malalas, 331, 21-333, 6, y Zonaras, XIII 13, 16-21.

reunidas, hubiese desaparecido en los abismos de la tierra. Efectivamente, ambos bandos se hacían la idea de que los asuntos de los romanos dependían de su voluntad: los nuestros, en tanto que estaban de duelo porque pensaban que estaban perdidos, y ellos, en cuanto que danzaban por creer que ya tenían en sus manos la victoria.

272 También se podría reconocer la virtud de Juliano a partir de sus últimas palabras. Cuando todos los que se encontraban a su alrededor rompieron a llorar y ni siquiera los filósofos eran capaces de reprimirse, él reprendía a éstos no menos que a los demás porque, si bien había llevado una vida digna de llevarlo a las islas de los Bienaventurados, ellos le lloraban como si por su forma de vivir hubiera merecido el Tártaro. Así pues, su tienda se parecía a la prisión que acogió a Sócrates[220]: los que le asistían, a los que asistieron a aquél; la herida mortal, en lugar del veneno; sus palabras, a las de aquél; y el hecho de que, igual que Sócrates, fuera
273 Juliano el único que no llorase. Cuando sus amigos le pidieron que designase al heredero del trono, al ver que no había cerca nadie que compararársele pudiera, dejó que el ejército tomase la decisión[221]. A éstos les encargó que buscasen la

[220] Amiano, XXV 3, 15-23 refiere cómo Juliano, tras arengar a sus amigos en su tienda, sostuvo con Prisco y Máximo una conversación filosófica, al estilo socrático, sobre la nobleza del alma *(super animorum sublimitate)*. La muerte de Juliano fue utilizada como arma ideológica en la pugna que los paganos sostuvieron con los cristianos: a las versiones negativas de los autores cristianos, los paganos, como Amiano y Libanio, reaccionaron comparando la muerte de su admirado monarca con Sócrates, una figura respetada universalmente por pensadores cristianos y paganos al mismo tiempo. Véanse J. Geffcken, *Kaiser Julianus*, Leipzig, 1914, pág. 168, y G. Scheda, «Die Todesstunde Kaiser Julians» *Historia* 15 (1966), 380-384.

[221] Amiano, XXV 3, 20 confirma la decisión de Juliano de no designar a nadie como sucesor suyo al trono, temiendo, en parte, no elegir a la

salvación a toda costa, pues él mismo había soportado todo tipo de fatigas en su empeño por mantenerlos sanos y salvos.

Tal vez alguno desee oír quién fue el que lo mató. Su 274
nombre no lo sé, pero prueba palmaria de que no fue un adversario el que acabó con él, es el hecho de que ningún soldado enemigo fue recompensado por herirlo. Y eso que el rey persa, por medio de heraldos, llamó al que lo había matado para darle una recompensa y a pesar de que le esperaban grandes premios si aparecía. Pero, a pesar de todo, nadie se jactó de ello, ni siquiera atraído por la recompensa[222].

---

persona adecuada y, en parte, exponer al elegido a un grave peligro. Al día siguiente de la muerte de Juliano, se reunieron los oficiales y le ofrecieron el trono a Saturninio Secundo Salutio, quien lo rechazó en virtud de su avanzada edad y su estado de salud, razón por la que es elegido el *comes domesticorum* Joviano. Cf. Amiano, XXV 5, y Zósimo, III 30.

[222] Si bien en *Disc.* XVII 23 Libanio carecía de información sobre quién mató a Juliano, en este discurso y en *Disc.* XXIV 6ss defiende con ahínco la tesis de su asesinato por obra de los cristianos, teoría que silencia en *Disc.* I 133 y *Ep.* 1419. A la explicación mística de la muerte de Juliano difundida por algunos autores cristianos, que vieron en la muerte del Apóstata un castigo por su impiedad (*vid.* los testimonios de Sócrates, *Hist. Ecl.* III 21, 14-15; Teodoreto, *Hist. ecl.* III 25, 6 y *Artemii passio,* 69-70, que originaron la célebre leyenda medieval), Libanio opone una explicación más natural: el emperador fue asesinado por un cristiano o por un sarraceno (cf. *infra, Disc.* XXIV 6) sobornado por un cristiano. Véanse J. Bidez, *La vie...*, págs. 334-336; R. Scholl, *Historische Beiträge...*, págs. 110-112; G. W. Bowersock, *Julian...*, págs. 116-117, y A. Marcone, «Il significato...», 354-355. I. Hahn, «Der ideologische Kampf um den Tod Julians des Abtrünnigen», *Klio* 38 (1960), 226, sostiene que la razón del silencio de nuestro autor en *Disc.* XVII se explica por lo inoportuno del momento de la composición de ese discurso, cuando la vehemencia de la reacción cristiana a la noticia de la muerte de Juliano acallaba cualquier versión opuesta. En cambio, cuando escribe el *Disc.* XVIII, en los primeros años del reinado de Valentiniano y Valente, se presenta la ocasión de denunciar el crimen.

275 Sin duda, tenemos que estar muy agradecidos a los enemigos por no haberse arrogado la fama de hacer lo que no habían hecho, sino que nos permitieron buscar entre nosotros mismos al asesino. Ya que aquéllos a quienes no convenía que viviera eran los que, no viviendo conforme a las leyes, hace tiempo conspiraban contra él y, al presentárseles entonces la ocasión, lo llevaron a efecto, forzándoles a ello su anterior iniquidad, que no disponía de licencia bajo el reinado de aquél. Sobre todo, lo mataron porque honraba a los dioses, lo contrario de lo que ellos pretendían.

276 Lo mismo que Tucídides dice en favor de Pericles[223] —que con su muerte demostró clarísimamente cuánto significaba su persona para el Estado—, también se podría decir sobre Juliano. Porque, si bien todo lo demás seguía siendo exactamente igual que antes —los hombres, el armamento, los caballos, los taxiarcos, las tropas, los prisioneros, los bienes y las provisiones—, al producirse únicamente un cambio con respecto a quien reinaba, toda la empresa se
277 arruinó. En primer lugar, nuestros hombres ya no aguantaban a los que antes perseguían. Luego, seducidos por la palabra «paz», pues ésta era la artimaña que empleaban los enemigos, todos proclamaban a gritos que la aceptaban y anhelaban. Y el que reinaba era el primero que se dejaba arrastrar[224]. El medo, comprendiendo que los nuestros se habían entregado a la inactividad, contemporizaba, se dila-

---

[223] Tucídides, II 65.

[224] Sobre el tratado de paz firmado por Valente, *vid. supra,* n. 3. Es posible que Libanio esté respondiendo aquí a los elogios que, por este tratado, dispensó a Valente en su *Disc.* V, 66a-c el filósofo pagano Temistio. Sobre esta cuestión, vid. P. Petit, *Libanius et la vie...*, págs. 185-186, y H.-U. Wiemer, *Libanios...*, págs. 263-264, quien opina que, si bien ambos autores mantuvieron posturas encontradas, no por ello hay que suponer que exista relación entre ambos textos.

taba en preguntas y respuestas, aceptando este punto y dando largas en este otro, consiguiendo, con numerosas embajadas, que se les acabara el sustento. Cuando los nuestros 278
tuvieron escasez de pan y de todos los restantes alimentos, los imploraban y la necesidad les había forzado a transigir en cualquier cosa, por terrible que fuera, sólo entonces reclamó su insignificante recompensa: ciudades, territorios y provincias, los antemurales de la seguridad romana. El Emperador asintió y se desprendió de todo. Y no le pareció que había hecho nada espantoso. De modo que yo, muchas ve- 279
ces, me he sorprendido de que el persa no quisiera apoderarse de más territorio, aunque tenía la oportunidad de hacerlo. Pues, ¿quién le habría llevado la contraria, si hubiera extendido su deseo hasta el Eufrates? ¿Quién, si lo hubiese hecho hasta el Orontes o hasta el Cidno? ¿Quién, si hubiera pedido hasta el Sangario o, incluso, hasta el mismo Bósforo? Pues él estaba destinado a enseñar a sus conciudadanos romanos que, para satisfacer su sed de mando, su molicie, su ebriedad y su lujuria, se habría conformado, incluso, con lo que hubiese quedado. De manera que, si alguien se alegra de que esto no haya sucedido, sepa que debe agradecérselo a los persas, que exigieron una mínima parte de lo que pudieron tener. Así fue como regresaron estos hombres, des- 280
pués de haber arrojado sus armas para que aquéllos se las quedasen, desnudos, como si saliesen de un naufragio, la mayoría de ellos mendigando. El que traía medio escudo, un tercio de la lanza o una de las grebas sobre los hombros, ése era considerado un Calímaco[225]. Y la única excusa para toda esta ignominia era la muerte del hombre que hubiera hecho que fuesen los enemigos quienes padeciesen esta desgracia.

---

[225] Calímaco fue un polemarco de Maratón. Cf. HERÓDOTO, VI 109 ss.

281 ¿Por qué, dioses y deidades, os empeñasteis en que no salieran bien sus empresas? ¿Por qué no hicisteis dichosa a la raza que tiene conciencia de vosotros y al autor de su felicidad? ¿Qué reproche tenéis que hacer a su proyecto? ¿Qué desaprobáis de cuanto llevó a cabo? ¿No levantó altares? ¿No erigió templos? ¿Acaso no colmó de atenciones magníficamente a dioses, héroes, éter, cielo, tierra, mar, fuentes y ríos? ¿No hizo la guerra a quienes os la habían declarado a vosotros? ¿No era más casto que Hipólito, justo como Radamantis, más inteligente que Temístocles, más valeroso que Brásidas? ¿No robusteció la civilización, que estaba como sin ánimo? ¿No era enemigo de los malvados y suave con los justos? ¿No era, acaso, hostil con los intempe-
282 rantes y amigo de los razonables? ¡Oh gran ejército! ¡Oh destrucción general y trofeos sin cuento! ¡Oh desenlace indigno de ese proyecto! Nosotros pensábamos que todo el territorio de los persas sería una provincia romana[226], que se administrarían según nuestras leyes y recibirían de aquí a los gobernadores, que pagarían tributos, que cambiarían de lengua, que vestirían de forma distinta y se cortarían las cabelleras. Creíamos que sofistas formarían como rétores a los hijos de los persas en Susa; que nuestros templos, adornados con los despojos traídos de allí, enseñarían a la posteridad la magnitud de esta victoria, y que el autor de estas hazañas organizaría certámenes retóricos en los que se compondrían encomios de sus gestas; que mostraría su admiración por

[226] Naturalmente, no fue intención de Juliano conquistar Persia. Como el propio Libanio expone en su *Ep.* 1402, 3, hubiera sido un gran éxito de su empresa aupar a Hormisdes al trono de Persia. Véanse P. Petit, «L'empereur Julien vu par le sophiste Libanius», en R. Braun, J. Richer, *L'Empereur Julien. De l'histoire à la légende (331-1715)*, París, 1978, págs. 80-81; R. Scholl, *Historische Beiträge...*, pág. 136, y H.-U. Wiemer, *Libanios...*, pág. 187.

unos sin rechazar a los otros y disfrutaría con los primeros sin disgustarse con los demás. Creíamos que la retórica tendría un éxito sin precedentes y que las tumbas[227] cederían ante los templos, cuando todos, sin excepción, por voluntad propia acudiesen corriendo a los altares, consagrasen templos los mismos que antes los destruían y sacrificasen con sus propias manos los que antes rehuían la sangre. Pensábamos que la economía particular de cada ciudadano progresaría hasta alcanzar el bienestar, entre otros incontables motivos, por la pequeñez de los tributos[228]. Pues se dice que esto era precisamente lo que Juliano suplicaba a los dioses en medio de los peligros: que la guerra se resolviera en modo tal, que tuviera la posibilidad de devolver el tributo a su antigua situación.

Estas y otras esperanzas aún mayores nos las arrebató 283
un grupo de deidades celosas y nos trajo encerrado en un féretro al atleta que tan cerca estaba de la corona. Como es natural, el lamento recorrió tierra y mar. Con razón unos acabaron su vida con sumo placer después de perderlo y otros, considerando noche ininterrumpida la época que le precedió, noche la que le siguió y luz verdaderamente pura el tiempo que duró su reinado, se lamentan por no haber
muerto aún. ¡Ay de las ciudades que habrías construido! 284
¡Ay de las deterioradas que habrías restaurado! ¡Ay de la retórica, a la que habrías elevado en dignidad! ¡Ay de las demás virtudes, cómo habrían cobrado vigencia! ¡Ay de la justicia, que nuevamente había descendido a la tierra desde el cielo y que de nuevo al cielo partió desde aquí[229]! ¡Ay de

---

227 Alusión despectiva a las iglesias cristianas, donde solían enterrarse los huesos de sus mártires.

228 Cf. Amiano, XXV 4, 15.

229 Según Amiano (XXII 10, 6 y XXV 4, 19), el propio Juliano solía repetir esta cita del poeta Arato de Cilicia (*Fenómenos* 130), quien ha-

la inconstancia de la fortuna, que presta nos da la espalda! ¡Ay de la dicha general, que terminó tan pronto como había comenzado! Lo que nos ha ocurrido es como si a un hombre sediento que acerca a sus labios una taza de agua fresca y cristalina, alguien se la arrebata cuando comienza a probarla
285 y se aleja con ella. Si es que era preciso que nosotros nos quedásemos sin él, más nos hubiera valido no haber disfrutado de su presencia desde el principio, que perderlo antes de quedar saciados. Mas ahora, tras hacernos saborear su compañía, no para que gozásemos de ella, sino para que gimiéramos por saber de qué cosa ya no disfrutábamos, nos ha sido arrebatado, como si Zeus hubiese mostrado el sol al género humano y, a continuación, lo hubiera retenido a su lado haciendo que ya no hubiera día.

286 Sin embargo, para los más honestos no es equiparable la satisfacción por que el sol siga desempeñando la misma función y recorra el mismo camino. Porque la pena que tenemos por él, que ahoga nuestro espíritu y enfanga el entendimiento, nubla también nuestros ojos con no sé qué tinieblas, y poco diferimos de quienes viven en continua penumbra. ¡Pues qué clase de desgracias vienen a añadirse a la muerte del Emperador! Respetables son ahora los que disertan públicamente contra los dioses, pero los sacerdotes son procesados contra derecho. Se imponen multas por las ofrendas con las que se honraba a la divinidad y por las víctimas que el fuego recibía[230]. O mejor dicho, quien tiene medios deposita el dinero de su patrimonio, pero el que no

bía imaginado a la Justicia regresando al cielo, cansada de la violencia del género humano, en el sentido de que, con su reinado, la diosa había regresado a la tierra.

[230] Se refiere a la ley de Valente, del 9 de septiembre del 364 *(Cod. Theod.* IX 16, 7), que prohibía las prácticas mágicas y los sacrificios nocturnos.

los tiene perece cargado de cadenas. De los templos, unos 287
están asolados y otros, a medio terminar, permanecen como
motivo de burla para los infectos. Algunos filósofos sufren
ultrajes físicos[231]. Si el Emperador le concedió a alguno la
posesión de un bien, éste se torna deuda y se le añade la
acusación de robo. Así pues, se le desnuda y, atormentado
por los rayos del sol en pleno verano y a mediodía, se le
obliga a entregar, además de lo que había tomado, lo que, a
todas luces, ni había recibido ni podía, pero no para que lo
entregase (¿cómo iba a dar lo que no podía?), sino para que,
al no poder hacerlo, se prolongase su tortura por el potro y
el fuego. Maestros de retórica, que anteriormente pasaban 288
todo el tiempo al lado de los sucesivos gobernadores, son
expulsados de sus puertas, como si de asesinos se tratase[232],
mientras el grupo de jóvenes que antes frecuentaba sus cla-
ses, viendo este espectáculo, huye de la retórica como de al-
go sin vigor y busca refugio en otras disciplinas más pujan-
tes. Los curiales esquivan el justísimo servicio en defensa
de sus patrias y persiguen una exención injusta, sin que ha-
ya quien detenga al infractor. Todo está repleto de vendedo- 289
res: continentes e islas, aldeas y ciudades, plazas, puertos y
callejuelas. Están en venta casa, esclavos, ayo, nodriza, pe-
dagogo, tumbas de antepasados, y por doquier hay pobreza,
mendicidad y lágrimas. Los labradores piensan que más
cuenta les tiene pedir limosna que trabajar la tierra. Y el que
hoy puede dar, mañana necesitará que le den. Escitas, sár- 290

[231] Algunos conocidos partidarios de Juliano fueron procesados, en marzo del 364, cuando los nuevos emperadores, Valentiniano y Valente, tras su nombramiento, cayeron enfermos en Constantinopla. Los monarcas panonios sospechaban que eran víctimas de un hechizo, pero en la investigación no se encontraron pruebas (*vid.* AMIANO, XXVI 4, 3-4, y ZÓSIMO, IV 2, 1-2).

[232] Libanio parece protestar aquí por su pérdida de influencia.

matas, germanos y toda la raza bárbara, que estaba satisfecha de vivir bajo los tratados de paz, de nuevo afilan sus espadas[233] y ponen en marcha sus ejércitos contra nosotros. Ahora cruzan el río, amenazan, actúan, capturan cuando nos persiguen y se imponen si son perseguidos, como unos criados perversos que se sublevan contra unos huérfanos a la muerte de su amo.

291 Ante esta situación, ¿qué persona con sentido común no se revolcaría por el suelo, se echaría ceniza encima y, arrancándose el bozo el joven y sus canas el anciano, gemiría por su propia suerte y la del mundo civilizado, si es que todavía
292 se le puede dar ese nombre? La propia Gea percibió perfectamente lo sucedido y, rasurándose como convenía a la ocasión, honró a este varón sacudiéndose, como un caballo a su jinete, tantas y tantas ciudades, muchas de ellas en Palestina y todas las de Libia[234]. Arrasadas están las más importantes de Sicilia y yacen, a excepción de una sola, todas las de los griegos. También está destruida la bella Nicea y la más grande por su belleza sufre sacudidas y no puede tener con-
293 fianza en el futuro. Estas desgracias proceden de Gea o, si

[233] Cf. Amiano, XXVI 4, 5, y Zósimo, IV 3, 4-5.

[234] G. R. Sievers, *Das Leben...*, pág. 253, identifica este terremoto con el que asoló Nicea el 11 de octubre del 368. Norman, en su nota a este pasaje, señala que se trata de los frecuentes terremotos que, según Amiano (XXVI 10, 15), sacudieron el Imperio el año 365, fecha de la composición del presente discurso. H.-U. Wiemer, *Libanios...*, págs. 262-265, por el contrario, opina que tal vez sea ésta una *amplificatio* retórica y que Libanio sitúe tras la muerte de Juliano el terremoto que asoló Nicea y Nicomedia el 2 de diciembre del 362 (Cf. *supra*, n. 35 al *Disc.* XVII), ya que el citado terremoto de Palestina está atestiguado el 13 de mayo del 363, antes de morir Juliano, o bien que se trate de movimientos sísmicos no atestiguados en otras fuentes literarias. En todo caso, parece claro, concluye este autor, que aún no se había producido el maremoto del 21 de julio del 365, pues Libanio no habría dejado de referirse a él.

se prefiere, de Posidón. Las Horas, por su parte, nos enviaron también hambruna y epidemias que diezmaron por igual a hombres y rebaños, como si no fuera voluntad divina que los seres de la tierra floreciesen, una vez que Juliano había cambiado de vida.

¿Qué tiene, pues, de asombroso que, estando así la si- 294
tuación, alguien como yo considere un castigo no haber muerto todavía? De verdad, yo no esperaba que los dioses recompensaran de ese modo a aquel admirable varón, sino con la procreación de hijos, una avanzada vejez y un largo reinado. ¡Oh Zeus! De los reyes lidios, estirpe de Giges, de 295
mano impura, uno llegó a reinar hasta treinta y nueve años, otro cincuenta y siete, e incluso a aquel impío lancero le faltaron dos años para llegar a cuarenta[235]. A Juliano sólo le has concedido alcanzar el tercer año sobre el trono supremo[236], aunque debías haberle juzgado digno de reinar por más tiempo o, en caso contrario, nunca menos que Ciro el Grande[237], pues también él había observado para con sus súbditos una actitud paternal.

Cuando traigo a la memoria la reprimenda con la que 296
Juliano se dirigió a los que le lloraban en la tienda[238], creo que también ahora me censuraría esta parte del discurso dedicada a lamentos fúnebres. Me da la impresión de que, de ser posible, se acercaría hasta aquí y se dirigiría a nosotros en los siguientes términos: «Ya que deploráis mi herida y

[235] Ardis, Allates y Giges, respectivamente. Cf. Heródoto, I 14-16 y 25. Libanio comete un error, ya que Heródoto afirma que Ardis reinó cuarenta y nueve años.

[236] En realidad, Juliano fue Augusto en solitario durante menos de veinte meses (3 de noviembre del 361-26 de junio del 363).

[237] De acuerdo con Heródoto (I 214), Ciro el Grande reinó por un período de veintinueve años.

[238] Cf. Amiano, XXV 3, 15-20.

mi muerte en plena juventud, os diré que no pensáis cuerdamente, si creéis que vivir con los dioses es peor que vivir con los hombres. Pero, si suponéis que no me han hecho partícipe de ese lugar, desconocéis todo lo que se refiere a mí y os sucede una cosa muy absurda, puesto que estáis convencidos de que conocéis muy bien a quien no conocéis
297 en absoluto. Además, ni siquiera consideréis espantoso que pereciera en la guerra por el hierro. Así se marchó Leónidas, así Epaminondas y, de igual modo, Sarpedón y Memnón, hijos de dioses. Y si la brevedad del tiempo os causa aflicción, que Alejandro, el hijo de Zeus, os traiga consuelo.»

298 Esto es lo que diría él, pero yo podría añadir a estas razones alguna cosa. En primer lugar, una sola e importantísima: que los designios de las Moiras son inamovibles y que, tal vez, una Moira persigue la tierra de los romanos, como antaño la egipcia. Como era preciso que nuestra tierra sufriera menoscabo[239] y, viviendo Juliano, hubiera impedido su realización al traernos la felicidad, tuvo que ceder ante el curso de lo peor, a fin de que no prosperasen quienes te-
299 nían que pasarlo mal. Una segunda idea revolvemos en nuestro interior. Si se nos fue joven, lo hizo después de superar con sus acciones la vejez de cualquier monarca. Pues, ¿de qué emperador que haya vivido tres veces más que él se recuerdan gestas tan numerosas e importantes? Por tanto, debemos conformarnos con tener su fama en lugar de su

[239] U. Criscuolo, *Sulla vendetta...*, pág. 10, pone de relieve cómo, a raíz de la muerte de Juliano, el llamado «partido pagano» interpreta los *fata imperii* en el sentido de que se produce una peligrosa involución con respecto al problema bárbaro. Este tema es ampliamente tratado en el *Disc.* XXIV, donde se interpreta la derrota de Adrianópolis y la muerte de Valente como consecuencia de la errónea política seguida por los emperadores cristianos, más proclives a la conclusión de tratados *(foedera)* con los enemigos, que a una política beligerante.

persona y no dolernos a causa de su muerte más de lo que debemos regocijarnos por lo que precedió a ésta. Él es el 300
que, aun estando fuera del territorio romano, imponía, al mismo tiempo, su autoridad. Aunque estaba físicamente en tierra enemiga, tenía la suya bajo el dominio de su realeza, teniendo el mismo poder para mantener la paz en todo el Imperio lo mismo si estaba dentro, que fuera. Pues el bárbaro ni tomó las armas transgrediendo los acuerdos, ni tampoco brotó desde dentro ni una sola revuelta, hecho al que con frecuencia muchos se atrevieron aun cuando los emperadores estaban al frente de sus asuntos. En verdad, esta inmovilidad la causaban el afecto y el temor. Mejor dicho, si el terror mantenía a raya a los enemigos y el afecto a los súbditos, ¿cómo no va a merecer que se le admire por ambas cosas: inspirar temor a los enemigos e infundir simpatía a sus ciudadanos o, si se prefiere, los dos sentimientos a ambos? En consecuencia, que nos quite la pena esta consi- 301
deración y, además, aquella certeza de que ningún súbdito podrá decirse jamás en su interior que no estuvo gobernado por alguien superior. Pues, ¿quién era más adecuado que él para ocupar el trono, si es cierto que quien sobresale por encima de los demás en inteligencia, elocuencia y restantes virtudes merece estar al frente de los que son menos buenos? A él ya no podríamos verlo de nuevo, pero sí es posi- 302
ble contemplar sus escritos, muy numerosos y todos ellos compuestos con arte. Ciertamente, la mayoría de los escritores que se han hecho viejos escribiendo evitan más géneros literarios de los que se atrevieron a abordar. Por consiguiente, no hay más razones para hacerles honores por lo que compusieron, que para censurarlos por lo que no escribieron. Sin embargo, Juliano, que hacía la guerra a la vez que daba forma a sus obras, dejó tras de sí todo tipo de composiciones, venciendo a todos en todos los géneros y a

303 sus propias obras con el arte de sus epístolas. Cuando yo
tomo estas obras en mis manos, tengo cierto consuelo. Gra-
cias a estas producciones, vosotros también soportaréis
vuestro dolor. Éstos son los hijos inmortales que dejó tras de
sí, a los cuales el tiempo no podrá borrar, como hace con los
colores de los retratos.
304 Y ya que hice mención de imágenes, numerosas ciuda-
des le han situado a él en las moradas de los dioses y como
a un dios lo veneran. Ya hay quien le pidió con súplicas al-
gún beneficio y no dejó de lograr su objetivo[240]. Con tanta
naturalidad ha ascendido para reunirse con aquéllos y com-
partido, junto a los propios dioses, su poder divino. Por
tanto, excelentes varones eran aquéllos que casi lapidan al
primer mensajero de su muerte, como si hubiera proferido
305 éste una blasfemia contra un dios[241]. Por otro lado, me con-
suelan los persas que representan su ataque en las pinturas.
Pues se cuenta que, al compararlo con el fuego de un rayo,
dibujan un rayo y escriben su nombre al lado, demostrando
con ello que lanzó contra ellos calamidades superiores a la
306 naturaleza humana. Sus restos mortales los acogió un ce-
menterio a las afueras de Tarso de Cilicia[242], pero debería
haberlo conservado el de la Academia, cerca de Platón, de
modo que los sucesivos estudiantes y profesores pudieran

---

[240] *Vid.* al respecto A. D. Nock, «Deification and Julian», *Journ. of Roman Stud.* 47 (1957), 115-123.

[241] Zósimo, III 34, 2 nos cuenta cómo los habitantes de Carras lapidaron al mensajero que les trajo la noticia de la muerte de Juliano.

[242] El cadáver de Juliano fue llevado a Tarso de Cilicia, donde recibió sepultura (cf. Amiano, XXV 9, 12-13, y Zósimo, III 34). Este autor nos transcribe su epitafio, muy parecido al que transcriben Zonaras, XIII 13, y Cedreno, I, pág. 539: «Cruzó el Tigris de caudal impetuoso y aquí yace Juliano, que fue tan virtuoso emperador como guerrero poderoso (trad. J. M.ª Candáu)». *Vid.* al respecto J. Arce, «La tumba del emperador Juliano», *Lucentum* 3 (1984), 181-191.

rendirle los mismos honores que a Platón. A él se le deben componer cantos convivales, peanes y toda especie de encomios. A él lo debemos invocar como aliado contra los bárbaros, cuando inician las guerras; a él, que, teniendo la oportunidad de captar todo lo venidero gracias a la mántica, creyó que había que conocer con antelación si arruinaría a los persas, mas no le dio importancia al hecho de si regresaría sano y salvo, demostrando con actos que era amante de
la gloria, no de la vida. Por tanto, ser gobernado por una 307
virtud semejante es la dicha más grande de todas. Aunque estemos sin él, debemos hacer que su gloria sea nuestra medicina, ya que hay más motivos para jurar por él, junto con los dioses, tocando su sepultura, de los que tienen algunos bárbaros para hacer lo propio con sus hombres más justos.

¡Oh pupilo de los dioses! ¡Oh alumno de los dioses! ¡Oh 308
camarada de los dioses! ¡Tú, que ocupas la pequeña porción de tierra de tu sepultura y que antaño dominabas maravillosamente la civilización entera! ¡Tú, que venciste a los de otras razas en el combate, y a los de tu misma raza sin combatir! ¡Tú, más añorado que los hijos para sus padres, más que los padres para sus hijos, más que los hermanos para sus hermanos! ¡Oh tú, que llevaste a cabo grandes hazañas y proyectabas otras aún mayores! ¡Oh protector y confidente de los dioses! ¡Oh tú, que pisoteaste todos los placeres salvo los de la retórica! Éste es el homenaje de nuestra humilde elocuencia, que tú solías considerar importante.

XXIV

SOBRE LA VENGANZA POR LA MUERTE DE JULIANO

No es esto lo que necesitan los asuntos de Estado, Emperador[1]: duelo, lamentos y noches pasadas en insomnio para nada. Porque, si algo de esto nos valiera para enmendar de algún modo lo sucedido, hace tiempo nuestra situación habría marchado viento en popa gracias a tu desánimo y al de todos nosotros[2]. Debemos, según eso, poner fin a esta actitud y tomar una importante y noble determinación, como consecuencia de la cual podamos causar a nuestros enemigos el duelo que ellos ahora nos causan. Porque, de ese modo, en lugar de gemir, estaríamos inmersos en el placer de la acción. En realidad, hubiera sido menester que los oráculos desempeñasen aún hoy su función de antaño y a quienes tuviesen necesidad de escucharlos les dijeran y revelaran qué debían hacer para que de sus acciones resultase lo mejor. Porque así no habrías tenido necesidad de consejo, ni de consejeros humanos, al llegarte de los mismos dioses el co- 1 2

[1] Pese a que algunos manuscritos añaden al título *pròs Ouálenta,* es claro que el discurso no está dirigido a Valente, cuya muerte en la batalla de Adrianópolis es citada claramente en par. 4, sino a Teodosio. Véase la introducción.

[2] Todo el exordio está impregnado de un gran pesimismo que sirve al orador para introducir su tesis: la situación de emergencia que vive el Imperio, a raíz de la derrota de Valente en Adrianópolis, está causada por un castigo divino motivado por la impunidad del asesinato de Juliano.

nocimiento de lo que conviene hacer[3]. Pero, ya que éstos guardan silencio y, por ello, la tierra es más desdichada y el descubrimiento de lo que es provechoso compete al cálculo humano, ten paciencia mientras te hablo de la actual desventura, Señor, y, si te parece que digo algo interesante, préstame atención. Si, por el contrario, crees que desvarío, haz el favor de acoger con agrado mi intención y aplícate a otro menester que te resulte más provechoso.

3 Hay quienes acusan a los estrategos, otros a los soldados: a los primeros porque en teoría no habían instruido a los hombres bajo su mando y a los segundos por su supuesta cobardía innata. Sin embargo, yo siento un gran respeto por sus frecuentes combates; siento respeto por el modo en que aceptaron la muerte al mantenerse firmes en su puesto, y siento respeto por la sangre que tiñó de rojo Tracia, una porción no pequeña de Macedonia y la mayor parte de la
4 tierra de los ilirios[4]. Pero, si la sangre la borraron las lluvias y el tiempo, aún se conservan las montañas de huesos. Y, entre estos huesos, aquellas tierras dicen que se encuentran

[3] Como era el caso de Juliano (cf. *supra, Disc.* XVIII 103, 105, 127, 162, 172-173 y 180). Los sucesores de Juliano (Joviano, Valentiniano y Valente) legislaron contra las prácticas adivinatorias.

[4] Las invasiones de los hunos y alanos de los territorios de los godos forzaron a éstos a desplazarse hacia territorio romano. Los refugiados, godos cristianizados dirigidos por Fritiguerno y Alavivo, cruzan el Danubio, en el otoño del 376, con el consentimiento de Valente y son establecidos en Tracia en calidad de *dediticí*. Sin embargo, con el tiempo, los godos, que se veían maltratados por los oficiales romanos, se sublevaron y saquearon el territorio tracio. La situación se agravó hasta el punto de que el propio Valente se vio forzado a intervenir. El 30 de mayo del 378 se presenta en Constantinopla para dirigir personalmente las operaciones. El 9 de agosto de ese año, sin esperar los refuerzos que le enviaba su sobrino Graciano, hace frente a los sublevados en Adrianóplis, donde, tras una desgraciada batalla, sufre una derrota total. Cf. Amiano, XXXI 3-13, y Zósimo, IV 20-24.

los de los taxiarcos, los de los jefes de centurias y los de los restantes cargos militares. En medio de ellos cayó en combate el Emperador[5], aunque los caballos reales, cuya velocidad no desconocemos en absoluto, estaban a su disposición y por más que sus palafreneros se los ofrecían y le suplicaban que, por el bien del Estado, montase y se pusiese a salvo. Él, diciendo que no valía la pena vivir después de que tantos hombres yacieran muertos, tuvo por sepultura la multitud de soldados que fueron abatidos después de caer él.

Por consiguiente, que nadie me hable de cobardía, blan- 5
dura o laxitud, ni atribuya a ello el que los bárbaros se hayan hecho más fuertes que nosotros. Muy al contrario: la naturaleza de estos soldados y de los que estaban a su mando eran análogas a la de quienes los precedieron y, en lo que respecta a técnica y dedicación, no les iban a la zaga. Tan grande era su amor por la gloria que, aunque combatían contra la canícula y la sed al mismo tiempo que contra el hierro y el fuego, consideraban la muerte más dulce que la retirada. Así que, ¿por qué motivo han conseguido imponerse a nosotros en esa ocasión? A mi modo de ver, alguno de los dioses, encolerizado con nosotros, les ayudó en el combate. Diré cuál me parece que es el principal motivo que ha causado su cólera.

El ilustre Juliano recibió su herida en el costado cuando 6
trataba de reunir la sección de su falange que se había desgajado y, para ello, conducía su caballo entre gritos y ame-

[5] La versión más extendida sobre la muerte de Valente afirma que el Emperador, acompañado por unos cuantos hombres, se refugió en una aldea no fortificada a la que los godos prendieron fuego, motivo por el que no pudo ser reconocido el cuerpo del monarca. Cf. Zósimo, IV 24, 2; Sozómeno, VI 40, 3-5; Sócrates, *Hist. Eccl.* IV 38, y Amiano, XXXI 13, 12-17. Estos dos últimos autores añaden una segunda versión con arreglo a la cual Valente fue abatido por una flecha.

nazas[6]. El que lo asaltó e hirió era cierto tayeno[7] que llevaba a cabo un encargo de su propio jefe. A su vez, a éste le iba a reportar el crimen una recompensa que le pagarían aquellos que estaban empeñados en que Juliano pereciese. Así que, aprovechando la ocasión que se le presentó cuando sobrevino aquel tumulto, la ventisca y la polvareda, asestó
7 el golpe y se quitó de en medio. Juliano cayó fulminado y, a continuación, tras subirse al caballo, continuó preocupándose por la seguridad de su falange. Y aunque veía que manaba sangre en abundancia, no cejó en sus desvelos, hasta que perdió el sentido. Tras ser llevado a su tienda en ese estado y siendo, entre todos los que lloraban a su alrededor, el único que no experimentaba este sentimiento, no se quejó de la campaña, sino que, felicitándose por ella y afirmando que no estaba afligido por tener que morir, sino porque el ejército quedaba huérfano, entregó el alma mientras contempla-
8 ba ya a los dioses a cuyo lado se encaminaba. Otro emperador vino después[8]. Deber de éste era vengar de inmediato al muerto y hacer del castigo de su asesino el proemio de su reinado. Con todo, le pareció que la venganza era superflua e inútil. Así fue como el cadáver fue transportado mientras se reían los que habían maquinado una desgracia tan grande.

---

[6] Cf. *supra, Disc.* XVIII 268 ss.

[7] Se ha discutido mucho sobre la lectura *Taïēnós tis*. Por ejemplo, Olearius y Cobet proponen la corrección *khristianós tis;* Monnier *tapeinós tis* y Buettner-Wobst *tôn hēmetérōn tis*. Sin embargo, la teoría de que fue un sarraceno el autor de la muerte de Juliano está atestiguada suficientemente en algunos autores cristianos (cf. Gregorio Nacianceno, *Disc.* V 13; Sozómeno, VI 1, 13, y Filostorgio, VII 15). Según G. W. Bowersock, *Julian...*, pág. 117, la forma *Taïēnós* sólo puede explicarse como una transcripción griega del gentilicio siríaco *ṭayyāyē*, aplicado a los sarracenos. Este hecho refuerza la teoría de que el informador de Libanio fuera de origen sirio.

[8] Joviano.

Durante los numerosos contactos que se produjeron con los persas para tratar la paz, se podía escuchar que ninguno de ellos había recibido honores por la autoría de su muerte, a pesar de que se esperaba una recompensa.

Por consiguiente, creo que los dioses se enojaron con él 9
y por esa razón fue forzado a firmar aquel tratado de paz[9] en virtud del cual los enemigos obtuvieron más de lo que hubieran pedido en sus súplicas: Armenia toda, una ciudad fronteriza[10] que suponía una ventaja enorme y muchas e inexpugnables fortalezas. No obstante, tal vez este empera- 10
dor no tuvo la oportunidad de hacer investigaciones de esta índole, y creo que es evidente lo que quiero decir. Pero, cuando le sobrevino su rápida muerte[11] y los dos hermanos[12] accedieron al cetro, persistió la misma indolencia con respecto a la venganza de Juliano. Sin embargo, no fue pequeña la preocupación de éstos por su tumba[13], a pesar del gasto que se producía: mandaban delegados y enviaban inspectores a quienes pedían informes a su regreso. En suma, deseaban dar la impresión de que se ocupaban activamente del esplendor de aquel lugar. Y, sin duda, esta actitud era correcta, pe- 11

[9] Sobre el tratado de paz de Joviano, *vid. supra*, n. 3 al *Disc.* XVIII.

[10] Nísibis.

[11] Joviano murió tras un breve reinado de ocho meses (del 26 de junio del 363 al 17 de febrero del 364). La mayoría de las fuentes señalan como causa de su muerte una enfermedad que le sobrevino durante su viaje desde Antioquía a Constantinopla (Zósimo, III 35, 3; Eutropio, X 18, 2 y *epit.*, 44; Sócrates, *Hist. Ecl.* III 26; Orosio, VII 31, 3; Sozómeno, VI 1, 1; Filostorgio, VIII 8, y Zonaras, XIII 14), pero Amiano (XXV 10, 12-13) nos informa de que existieron dudas sobre su muerte, que Juan Crisóstomo *(Patr. Graeca* 62, pág. 295) atribuye a un envenenamiento.

[12] Valentiniano y Valente.

[13] Juliano fue enterrado en un primer momento en Tarso de Cilicia (cf. *supra*, n. 242 al *Disc.* XVIII), pero, posteriormente, fue trasladado a Constantinopla, donde sus restos descansaron en la Iglesia de los Santos Apóstoles. Véase J. Arce, «La tumba...», 181-191.

ro no la anterior. Pues no nos causaban más agrado por lo
que hacían, que aflicción por lo que dejaban de hacer. En
verdad, hubieran sido más virtuosos llevando a cabo lo que
descuidaron y descuidando aquello por lo que tanta solicitud
mostraron, que actuando como en realidad hicieron. Ya que
nadie podría regocijarse tanto con la belleza de la tumba de
quienes han perecido injustamente, como con el castigo del
asesino. Por tanto, aunque estaba muy extendido el rumor
de que quien lo mató procedía de nosotros y que sería es-
pantoso no perseguirlo judicialmente, ellos no acosaron a
quienes era menester, ni tampoco convocaron a sus conseje-
ros para investigar el crimen, por más que las calamidades
12 de entonces incitaban a reflexionar sobre este asunto. Los
sármatas atravesaron el Istro sin temer el indestructible ejér-
cito del Augusto principal[14], saquearon la provincia de los
ilirios, que florecía en todos los aspectos, y trasladaron a su
país una enorme cantidad de riquezas, fruto del trabajo de
mucho tiempo. Se podría admirar el dolor del gobernador[15]
de aquella provincia, a causa del cual pensó que aquel año
no era el de su investidura consular[16], sino el año de las lá-

[14] El augusto principal es Valentiniano y las invasiones, las de los sármatas y cuados en el año 374. Véanse Zósimo, IV 16-17, y Amiano, XXIX 6. Precisamente fueron las insolentes cartas de los cuados las que provocaron en el emperador romano un estado de furor tal, que le causó la muerte.

[15] Se trata de Claudio Petronio Probo (cf. Amiano, XXIX 6, 9-11), que, en realidad, era *praefectus praetorio per Ilyricum* y organizó la defensa de *Sirmium*.

[16] Ante la evidente incoherencia —pues Probo fue cónsul tres años antes de la invasión—, los editores han propuesto correcciones: Olearius propone sustituir *hypátou stolês* por *hypárchou stolês*, lo que resolvería el problema, ya que Probo era prefecto *(hýparchos)*. En sentido contrario se manifiesta Norman, a cuyo juicio «the confusion of title is probably the deliberate act of Libanius, to dramatize the seriousness of the disaster, rather than due to manuscript corruption.»

grimas. ¿Pero de dónde hay que pensar que ha surgido la osadía de los que son más débiles que nosotros? Yo creo 13 que de lo mismo, puesto que la insurrección del tirano[17], que condujo a las ciudades a la ruina completa y por culpa de la cual el Augusto más joven infligió y sufrió grandes daños, también creo que tiene el mismo origen, y mucho más aún el levantamiento que le sucedió[18]. En el primer caso su protagonista, entre otras cosas, resultaba ser pariente de Juliano y jugó así sus dados porque tenía miedo, estaba escondido esperando ser capturado en cualquier momento y escapaba de una muerte que veía venir. Pero, en el segundo caso, el hecho de que hombres que habían recibido beneficios, alcanzado honores y se contaban entre los amigos del Emperador, que compartieran su mesa y conspirasen de tal manera, ¿cómo no va a surgir de donde he dicho? La enor- 14

[17] Alusión a la revuelta de Procopio, quien aspiraba al trono en calidad de legítimo sucesor de Juliano (cf. *supra,* n. 177 al *Disc.* XVIII), iniciada el 28 de septiembre del 365. Tras ser derrotado en Nacolea y ejecutado por Valente, el 28 de mayo del 366, sus partidarios fueron duramente perseguidos. Cf. Zósimo, IV 5-8, y Amiano, XXVI 5, 8-9, 11.

[18] Los críticos no coinciden en la interpretación de este pasaje: para Reiske, se trataría de la revuelta de Eugenio del 392, lo que parece a todas luces improbable. Foerster opina que Libanio sigue refiriéndose a la revuelta de Procopio, en tanto que Norman y Criscuolo *(Sulla vendetta...,* pág. 19) identifican este levantamiento con la conjura de Teodoro del 371. Sin embargo, el asunto de Teodoro no fue exactamente un levantamiento, sino una investigación criminal que puso en marcha Valente sobre una consulta a un adivino llevada a cabo por un grupo de paganos encabezado por Fidustio y en la que participó sin duda Libanio. Los inculpados lograron descubrir que el nombre del sucesor de Valente comenzaba por las letras Θ E O, por lo que supusieron que el designado era el notario Teodoro. Como es sabido, la consulta fue mal interpretada, pues el verdadero sucesor fue Teodosio. Cf. *Disc.* I 171-174 de Libanio, y Amiano, XXIX 1, 29-32.

me matanza que tuvo lugar aquí[19] y en Roma[20] revela la ira de los dioses, por causa de la cual unos perecían y otros aguardaban la muerte. Sacudió Terror tierra y mar. Y no estoy acusando a la pareja de emperadores[21] de no haber actuado con justicia, cuando imponían a los criminales convictos el castigo que estipulan las leyes. Pero el propio hecho de que declarasen merecedores de la pena capital a infinidad de personas, en su mayor parte de familias renombradas, refuerza mi teoría de que la tierra estaba sufriendo el pertinaz ataque de alguna deidad[22].

15 ¿Cómo no va a ser evidente que estos últimos acontecimientos correspondan a personas poseídas por un dios maligno? Hemos perdido veinticinco provincias[23], siendo capturados cuantos habitantes vivían fuera de las murallas y teniendo que recurrir los de dentro a cualquier tipo de alimento. Éstos ni siquiera tuvieron la oportunidad de enterrar a los que morían de hambre, sino que los parientes, subiendo los cadáveres a lo alto de la muralla, dejaban a los des-
16 graciados caer desnudos hacia abajo. Éstas son las fiestas que celebraban los escitas, que siempre se erizaban de terror cuando oían hablar del aparato militar romano. Ahora, en cambio, nos han derrotado cuantas veces nos han hecho la guerra —es cierto que pereciendo con honor y como corresponde a hombres valerosos, pero siendo aniquilados al fin y al cabo—. Y ahora que han desaparecido los hombres que se ganaban la vida en el ejército, tenemos que recurrir a los

---

[19] Antioquía.

[20] Tal vez alude a las represiones del vicario de Roma, Maximino 7, contra el Senado de Roma. Cf. Amiano, XXVIII 1.

[21] Valentiniano y Valente.

[22] Cf. *supra*, n. 231 al *Disc.* XVIII. La crítica a estos emperadores cristianos es suavizada para no molestar a Teodosio.

[23] Cf. Zósimo, IV 24, 4-25, 2.

labradores. Las perspectivas son espantosas y nada bueno se
espera, a no ser que me hagas caso, Emperador, y disipes la
que afirmo es la causa de nuestros males.

A buen seguro dirán que me invento un asesinato que no 17
existe y que el autor de la muerte de Juliano fue uno de los
enemigos. Sin embargo, yo sostengo que un persa no se ha-
bría atrevido a introducirse en medio del ejército, a no ser
que desease morir, y que, si hubiesen sido más numerosos,
más hubieran muerto. Pero lo cierto es que sólo pereció Ju-
liano, en tanto que ninguno de los que estaban más cerca, ni
de cuantos formaban su guardia personal, sufrieron daño al-
guno y ni siquiera estuvieron a punto de sufrirlo, porque él
era el premio y contra él fue enviado el asesino. No obstan-
te, pasaré por alto esta prueba. Pero, a continuación, se pro- 18
dujeron numerosas embajadas para negociar con el Persa, y
me voy a referir de nuevo a lo mismo. Tienen costumbre los
persas de ufanarse del recuerdo de los éxitos logrados y re-
latan pormenorizadamente las derrotas infligidas a los ro-
manos, especialmente si abatieron a algún emperador. Sin
embargo, ni su propio rey, ni ninguno de sus oficiales, ni
particular alguno afirma públicamente haber causado la muer-
te de aquel hombre. Ni siquiera dicen haber mostrado en 19
pinturas este episodio que, de haberse llevado a cabo, habría
sido registrado con más razón que ninguno, por ser tan
grande motivo de gloria. En cambio, es representado bajo la
forma de un león exhalando fuego[24]. Aunque pintaron las
desgracias que padecieron, no les añadieron hechos que
eran conscientes de no haber llevado a cabo, ni embellecie-
ron sus pinturas con sucesos que no llegaron a producirse.
Pero he aquí la prueba más importante de todas. A Víctor, a 20

[24] Cf. *supra, Disc.* XVIII 305.

Salustio[25] y a los demás que formaban parte de la embajada por la paz, les preguntó Sapor si no se avergonzaban los romanos de no haberse tomado la más mínima molestia para castigar la muerte de Juliano, que fue el único que cayó en el combate. Lo cual proclama a gritos claramente qué fue lo que sucedió aquel día. Continuó diciendo: «Si fuera uno de mis generales quien hubiera muerto, yo habría desollado a los soldados que no hubieran caído en torno suyo y habría consolado a los parientes del muerto enviándoles sus cabezas y poniéndoselas en sus propias manos.» No habría dicho esto Sapor ni hubiera hecho estos reproches, si la acción hubiese partido de uno de los enemigos. ¿Cómo, pues, po-
21 dían ellos castigar a quien no tenían bajo su autoridad? Pues bien, si una lanza acabó con su vida y no lo llevó a cabo la mano de un persa, ¿qué otra cosa queda, sino que el asesino se encuentra entre los nuestros, que hicieron que él dejara de existir para complacer a un tercero[26] o a sí mismos, con el objeto de que el culto a los dioses, cuyo prestigio les asfixiaba, quedase en la ignominia?

22 «Mas nadie se ha presentado como acusador, ni ha testificado en contra». A pesar de ello, afirmo, sería preciso que vosotros le siguierais la pista a este asunto, perseverando en

[25] Amiano, XXV 7, 7, y Zósimo, III 31, citan sólo al prefecto Salucio y al *comes* Arinteo como miembros de esta embajada de Joviano (cf. *supra*, n. 3 al *Disc.* XVIII). Sobre el *comes* Victor 4, *vid. supra*, n. 199 al *Disc.* XVIII. El otro miembro de la embajada fue, naturalmente, el prefecto Segundo Salucio (*vid. supra*, n. 34 al *Disc.* XII). Consúltese el comentario de U. Criscuolo, *Sulla vendetta...*, págs. 82-84. Como señala Norman, Libanio pudo haber conocido esta noticia directamente de Víctor, quien lo visitó en Antioquía tras la muerte de Juliano (cf. *Disc.* II 9).

[26] Contra lo que afirma Norman, no hay pruebas de que Libanio se esté refiriendo indirectamente a Joviano, cuya elección como emperador fue circunstancial. Lo que sí queda claro es que se alude a un responsable cristiano.

él muchos días y sin soltar a quienes pueden aportar pruebas, sino que, animándoles si no se atreven a hablar, dándoles confianza, estimulándolos, estableciendo recompensas, designándolos para ocupar puestos de privilegio, e incluso ¡por Zeus! obligándolos con amenazas, no permitáis que sigan guardando silencio. Si existiera esta reacción de vuestra 23
parte, tendríais a muchos que proclamarían, declararían y explicarían quién fue el arquitecto del crimen; quién escuchó por vez primera el plan; con qué razones fue persuadido el que ejecutó su muerte; por qué cantidad de dinero; quiénes fueron los cómplices; a dónde se retiró después de herirlo y quiénes brindaron y entonaron el peán junto al asesino. Porque, mientras os mostráis inactivos, también a quienes 24
tienen potestad para perseguirlos judicialmente les parecerá más seguro no decir palabra, pero, una vez os hayáis puesto en movimiento los emperadores y demuestren los gobernadores que no cejarán en su investigación en tanto no salga a la luz lo que está oculto, con celeridad habrá de hacerse público. Pues todavía en nuestros días hay quienes comentan en las esquinas cómo se urdió todo este asunto. Estas personas consideran que sería una locura inmensa que, mientras que aquellos que tienen más razones para indignarse no se preocupan en absoluto, otros se metieran en problemas sin saber si con ello iban a hacerle un favor a alguien, y sí temiendo, en cambio, que su acción traiga aparejada para ellos algún perjuicio. En una ocasión, cierto viajero quedó 25
muerto en tierra tras ser abatido a golpes, y el que lo mató, tras marcharse con el botín que le había robado, se dedicaba a la buena vida. Y no había quien lo entregara a las leyes. Pero el instructor del caso, no por el hecho de que nadie denunciara el delito, se echó a dormir dejando sin investigar este desvergonzado acto, sino que, removiendo cielo y tierra, sin pasar nada por alto, dio la impresión de que usaba la

inteligencia como Linceo[27] su vista. Así fue como el autor material fue capturado, aunque tenía plena convicción de que su delito estaba por encima de cualquier tipo de prueba.
26 Muchos crímenes como éstos, que han sido cometidos en lugares desiertos o en ciudades, no pasaron desapercibidos. Los comisarios de las tribus[28] no se contentaban con entregar a la tierra al finado, sino que se presentaban ante el gobernador, le anunciaban y le explicaban lo sucedido, y aquél consideraba tarea suya que no se ignorase quién era el autor.

27 En consecuencia, ¿nos esforzaremos por los hijos de la fortuna y no vengaremos al más noble de los hombres? ¿Es que los gobernadores provinciales tienen poder para sacar a la luz acciones tales, pero el de vosotros, los emperadores, no alcanza para emprender esta cacería? No es posible. Manifiesta públicamente que con sumo placer capturarías a esos hombres y aparecerán quienes te entreguen las fieras, sólo con la condición de que les despojes del miedo a que les cause alguna desgracia la riqueza que los criminales han obtenido gracias a sus cargos. Pues el hecho de que, aun mereciendo un castigo por semejante crimen, sacaran provecho de cargos públicos, como si hubiesen matado al Persa, eso es el colmo de los colmos.

28 En resumidas cuentas, aun cuando la desidia mostrada con respecto al castigo no hubiese causado un daño tan grande como he mostrado hace un momento, aun así, sería preciso prestar una especial atención y disponer una protección de esta naturaleza para quienes son llamados a tomar el cetro. Pues, al llevar a cabo la venganza, frenaréis a quienes

---

[27] Sobre la proverbial vista de Linceo, *vid.* PÍNDARO, *Nemea* X 60; ARISTÓFANES, *Pluto* 210, y LUCIANO, *Hermótimo* 20.

[28] Los *epimelētai tôn phylôn* eran un cuerpo encargado de informar al gobernador sobre los crímenes cometidos en la ciudad. Véase J. H. W. G. LIEBESCHUETZ, *Antioch...*, pág. 123.

cometen esta clase de crímenes, pero, si dais licencia para actuar contra vosotros... Mas no diré palabras de mal agüero. De manera que hoy estoy aquí en apariencia para prestar auxilio a Juliano, pero, en verdad, para prestároslo a vosotros, que estáis vivos, ya que a él no es posible devolverle la vida por medio de la venganza, pero sí lo es conservar la vuestra. Haced, pues, que los soldados arrostren peligros por sus generales y que, si no lo desean, al menos que no actúen como enemigos contra ellos.

Yo, si a un simple general o a cualquier otro oficial del 29
ejército le hubiera pasado algo semejante, habría considerado oportuno que tú te hubieses abalanzado contra sus asesinos, por temor a que este tipo de prácticas se extienda de lo menor a lo mayor. Pero, en este caso, aquel jinete y aquel hierro enviado por una asociación de malhechores desde una tienda manchada de sangre y de funestos designios, penetró, en el fragor del combate, en el corazón del Estado. Posiblemente, Señor, surjan nuevos maleantes que, enemigos de quienes ostentan el mando, se vuelvan a congregar a escondidas en una misma tienda. A éstos la naturaleza jamás podría hacerlos mejores, pero, tal vez, los contenga el terror.

Vuelvo ahora al punto anterior: que, aun en el caso de 30
que no pendiera peligro alguno sobre el interés general, sería justo y ventajoso para vosotros[29] poner fin a esta audacia montando en cólera por lo sucedido. Pero la realidad es que, aunque lo desees, no es posible que actúes de otro modo. Pues esos terribles vecinos[30] que han establecido el terror entre los habitantes de la propia Roma, aunque distan de nosotros un viaje de muchos días, te aconsejan que te preocu-

[29] Graciano y Teodosio.

[30] Los godos.

pes por tomar venganza, cumplida la cual los escitas dejarán de ultrajarnos.

31 «¿Tanta importancia tiene el muerto para los dioses?», dirá alguno. Por supuesto que sí. Precisamente, antigua es la costumbre que tienen ellos de indignarse por los que han muerto. El castigo de las injusticias cometidas por algunos, a menudo se extiende a toda la ciudad. Enfermaron los atenienses por la muerte de Androgeo y llevaron al padre del finado como tributo a los dos veces siete, aunque fueron pocos los que llevaron a cabo el crimen[31]. Padeció la peste la ciudad de los tebanos por el asesinato de Layo y, sin embargo, esta muerte era obra exclusiva de la mano de Edipo[32]. Una hambruna se desató en Delfos, después de que Esopo fuera herido mortalmente en su territorio por una burla de éste[33]. Y sin embargo, ¿cuántos es natural que hubieran matado a este hombre? A pesar de ello, la ciudad padeció hambre y la única redención era imponer el castigo a los
32 culpables. ¿Qué dices? ¿Es que no causó la hostilidad de los dioses hacia los romanos el que Juliano cayera de esa forma y se le olvidara así, a pesar de que Apolo se enojó de tal modo con los aqueos, porque uno de ellos no restituyó su hija a Crises[34] y Helios se enojó tanto por causa de unos bueyes, que profirió semejantes amenazas contra los res-

[31] Se trata del asesinato en Atenas del hijo del rey cretense, Minos, el cual impuso como tributo a esa ciudad el envío de siete jóvenes y siete doncellas como pasto para el Minotauro. Cf. PLUTARCO, *Teseo* 15, 1, y PAUSANIAS, I 27, 10.

[32] Cf. SÓFOCLES, *Edipo rey*, donde toda Tebas expía con una peste la falta de Edipo.

[33] Cf. *Vida de Esopo* 140-142, y ARISTÓFANES, *Avispas* 1446.

[34] *Vid.* la negativa de Agamenón a devolver a Criseida en *Il.* I 9 ss.

tantes dioses si no obtenía satisfacción[35]? Y eso que aquella acción fue llevada a cabo por gente hambrienta. Mas, con todo, su nave fue destrozada por el rayo y el que les había dado los mejores consejos naufragó juntamente con los que no le hicieron caso. ¿Qué hizo que perecieran los héroes 33 que junto con Agamenón tomaron Troya[36]? La tempestad. ¿Y quién puso furioso el mar? Atenea. ¿Por qué razón? Porque el ejército no castigó lo que hizo Áyax con Casandra, como tampoco ahora castigamos nosotros este crimen. Luego, ¿cree alguien que la hija de Príamo era antaño más digna de respeto para Atenea que Juliano lo es ahora para los dioses todos? ¿Quién ignora el principio y fundamento de la inesperada derrota de Leuctra, tras la cual quedó asolada la ciudad de los lacedemonios[37]?

Les importan; a los dioses les importan las personas que 34 han muerto, Emperador, y desearían que también les importaran a cuantos aún están vivos. Si ello no fuera así no habrían conducido a las Islas de los Bienaventurados a cuantos profesaron su admiración, ni hubiesen honrado con oráculos sus huesos, como los de Orestes y Teseo[38]. También 35 creo que, ahora, los dioses han tratado en sus asambleas con frecuencia la cuestión de lo que le sucedió a Juliano y los honores que dejó de percibir una vez muerto, quejándose y exhortándose entre sí a imponer el castigo correspondiente. Porque si Héctor fue digno de que Zeus le llorase por el

---

[35] Helios amenazó a los dioses con alumbrar sólo a los del Hades, si Zeus no castigaba a Ulises y a sus hombres por haber matado sus reses. Cf. *Od.* XII 376-383.

[36] Se repiten los ejemplos míticos expuestos *supra, Disc.* XVI 51. En cuanto al ultraje de Casandra, véanse EURÍPIDES, *Las troyanas* 70; LICOFRÓN, *Alejandra* 358 ss., y ESTRABÓN, XIII 600 y XVI 264.

[37] *Vid.* al respecto PLUTARCO, *Pelópidas* 20, y DIOD. SÍCULO, XV 54.

[38] Cf. HERÓDOTO, I 67, y PLUTARCO, *Teseo* 36 y *Cimón* 8, 5.

número de sacrificios que hizo[39] y si, mientras Ulises anduvo errante, Zeus recibió los reproches de Atenea por no cuidarse de un hombre que había sacrificado[40], ¿qué debemos decir de este varón que, en sus dos años de reinado, superó
36 con sus sacrificios a todos los griegos? Pues ese hombre fue el que dividió en dos ocupaciones su vida: deliberar acerca del bien común y ocuparse de los altares. Él fue quien mantuvo contacto con los dioses en infinidad de misterios. Él quien gimió de dolor por los ultrajes infligidos a los templos, mientras sólo gemir le era posible, y quien tomó las armas en su defensa, cuando llegó la ocasión. Él fue quien restituyó a las naciones sus asolados templos y los honores debidos a éstos y a todos los demás. Él fue quien rehabilitó, como de un destierro, la práctica del sacrificio y la libación. Él fue quien renovó las fiestas que habían dejado de celebrarse. Él fue quien acabó con los peligros inherentes al culto de las divinas potencias. Él fue quien en modo alguno apartó su pensamiento del afecto hacia los dioses. Él fue quien expulsó las tinieblas que envolvían a muchos y hubiera hecho lo mismo con todos, si no se nos hubiese marchado antes de tiempo.

37 Zeus se preocupa de Juliano, un emperador de otro emperador, como colega suyo; Atenea, la hija de Zeus, por su inteligencia; Hermes, por su elocuencia desplegada en todos los géneros; las Musas, por su poesía; Ártemis, por su templanza, y Ares, por su valor en la guerra. Él, que tanto mientras gobernaba sometido a la autoridad de otro[41], como después de haber obtenido el poder absoluto, humilló de tal modo a toda la raza de los bárbaros que, tras su ataque, dejó

[39] Cf. *Il.* XXIV 66-70.

[40] Cf. *Od.* I 60-62.

[41] Es decir, como César en tiempos de Constancio.

despoblado el territorio de los persas. Las naciones, que permanecían tranquilas mientras él estaba a su mando y presente, actuaban de igual modo cuando se hallaba ausente. Y él organizaba entretanto carreras de caballos cerca de Babilonia[42], sin que hubiera un emperador romano en territorio romano. Pero todo estaba tranquilo, pues el temor que inspiraba por el hecho de perseguir a los persas hacía innecesaria su presencia.

Por todo ello, cualquier emperador posterior a él sepa 38
que le debe estar agradecido. Porque, sin duda, hasta las mujeres podrían decir que él es el responsable de que los persas no posean todo esto. Ahora ni construimos murallas, ni importamos trigo[43], ni buscamos a qué puerto hay que dirigirse para hallar la salvación, ni cohabitamos con el pánico, ni tememos que nos suceda algo parecido a lo que ocurrió en tiempos de nuestros antepasados, a los cuales les sorprendieron cuando estaban sentados en el teatro los arqueros que habían tomado el monte[44]. Muy al contrario, ni siquiera contamos con los soldados establecidos en el *limes*, pues la flor y nata de ese cuerpo ha sido trasladada a la guerra contra los escitas.

Éste es el regalo de Juliano, éste el fruto de sus fatigas y 39
de aquella expedición. Juliano, el que enseñó a hombres que solían danzar sobre nuestro territorio a temblar de miedo por el suyo propio. Así pues, en pago de éstos y otros muchos servicios, que quién sería capaz de exponer detalladamente, ¿no le prestarás auxilio? ¿No investigarás? ¿No castigarás a quienes mataron a un hombre que, al día siguiente de su

[42] Cf. *supra, Disc.* XVIII 249.

[43] Entiéndase, para soportar un asedio.

[44] Los persas sorprendieron a los antioquenos mientras asistían a un espectáculo teatral, al pie del monte Silpio, durante su invasión del año 256. Cf. *supra,* n. 2 al *Disc.* LX.

muerte, habría recibido una embajada que traería regalos de los persas, según se podía oírles decir a ellos mismos?

40 Pon a prueba este plan, Emperador. Aplícate a socorrerlo y habrás obtenido buena fortuna. Esta decisión te hará ver nuevamente cultivada Tracia y abierto el paso de las Termópilas. Esta decisión devolverá a su hogar a los desterrados y transformará la situación actual, en lo que se refiere a las huidas y a las persecuciones. Verás que los mismos soldados rastrean el bosque y las cuevas, degollando a parte de los enemigos y arrastrando vivos a los demás para que los compren quienes lo deseen. Juliano colaborará con ellos haciendo que todo sea fácil y, aunque se sustraiga a la vista de los soldados, se le reconocerá por sus acciones.

41 Por ambos motivos, será decoroso para ti esforzarte en tomar venganza, puesto que, o bien impondrás un castigo basándote en pruebas —¿y qué cosa más justa podría haber que esto?—, o bien, si consiguen evadirse —lo que ojalá no suceda— los autores del crimen, gozarás de buena reputación por tu intención tanto entre los hombres, como entre aquél y los dioses. De manera que la honra que habrías alcanzado de haber consumado la venganza, la tendrás por haberla deseado.

LX

MONODIA POR EL TEMPLO DE APOLO EN DAFNE

Varones, cuyos ojos, igual que los míos, las tinieblas han 1
inundado, ya no le demos a esta ciudad el nombre de hermosa y próspera [...]

Ciertamente, al rey de los persas, antepasado de este que 2
ahora nos hace la guerra, cuando, después de tomar a traición e incendiar la ciudad, se dirigió a Dafne[1] con la intención de hacer lo mismo, el dios transformó su pensamiento y, arrojando la antorcha, se prosternó ante Apolo. Así fue como lo suavizó y trocó sus mientes nada más mostrarse[2] [...]

El que condujo contra nosotros su ejército pensó que era 3
mejor para sus intereses que el templo quedase a salvo, pues

[1] Véase la detallada descripción que hace Libanio de Dafne, arrabal situado al sur de la ciudad y fundado por el propio Seleuco I, en *Disc.* XI 234 ss. y G. Downey, *A History of Antioch in Syria from Seleucus to the Arab Conquest,* Princeton, 1961, págs. 82-86. Recibe su nombre de una leyenda local que situaba en aquel lugar el mito de Apolo y Dafne (cf. *Disc.* XI 94-98). De todas las bellezas de Dafne, destacaban por encima de todas el templo de Apolo y la fuente Castalia.

[2] Sapor I (241-272), fundador de la belicosa dinastía sasánida y antecesor de Sapor II (310-379), el antagonista de Juliano. Tomó en dos ocasiones Antioquía (años 256 y 260). De acuerdo con el relato de Amiano (XXIII 5, 3) y Libanio *(Disc.* XI 158; XV 16 y XXIV 38), los persas se presentaron de improviso en la ciudad, mientras los ciudadanos se encontraban en el teatro. Consúltense Malalas, XII 296, 4; Zonaras, XII 23; Zósimo, III 32, 5, y G. Downey, *A History...*, págs. 252-259 y 587-595.

la hermosura de la estatua dominó su corazón bárbaro. Pero en este momento ¡oh Helios y Gea! ¿quién es o de dónde viene este enemigo que, sin necesidad de hoplitas, ni de caballeros e infantes, sólo con una pequeña chispa, hizo que todo se consumiera[3]? [...]

4 Ni siquiera aquel soberbio cataclismo[4] logró arrastrar consigo el templo. Pero ahora, cuando hace buen tiempo y ha pasado aquella nube, ha quedado abatido [...]

5 Paradójicamente, mientras tus altares estaban sedientos de sangre ¡oh Apolo, esmerado guardián de Dafne! y, siendo víctima de abandono, en cierta manera tenías que soportar que te injuriasen y mutilasen tu ornamento externo, con todo, permanecías en pie. Ahora, en cambio, después de tantos rebaños, de tantos bueyes, tras haber recibido en el pie el beso del Emperador[5], tras haber contemplado al que predecías y ser visto por el anunciado, después de verte libre de una vecindad indeseable, un cadáver que desde cerca te turbaba[6], te has ausentado justo cuando se te rendía culto.

---

[3] Libanio, igual que Juliano, culpa del incendio a los cristianos, que estaban muy enojados por la purificación de Dafne llevada a cabo por el Emperador (cf. AMIANO, XXII 12, 8; FILOSTORGIO, 88-92; SÓCRATES, III 18, 3-4; SOZÓMENO, V 19, 17 ss., y TEODORETO, *Hist. Ecl.* III 10, 3), quien, por recomendación de los augures, había desenterrado y trasladado los restos de San Bábilas, a quien Galo había hecho construir una capilla en el lugar. Como represalia, Juliano ordenó el cierre de la Iglesia octogonal de Antioquía, a pesar de que no había pruebas contra los cristianos. AMIANO, XXII 13 atribuye el siniestro a una causa accidental: un filósofo llamado Asclepíades dejó en el templo una ofrenda consistente en una estatua argéntea de Cibeles rodeada de cirios encendidos, cuyas pavesas prendieron fácilmente en la madera vieja de las paredes.

[4] *I.e.*, el cristianismo.

[5] Naturalmente, se trata de Juliano.

[6] El asunto de San Bábilas (cf. *supra*, n. 3), que motivó que veinte años más tarde, en el 382, Juan Crisóstomo escribiera su homilía *De S. Babyla contra Iulianum*. Realmente, como se desprende de este pasaje de

¿Qué argumento tendremos ya para competir con hombres que suelen tratar de santuarios y estatuas?

¡De qué descanso a la enfermedad de nuestra mente hemos quedado privados, oh Zeus! Pues si Dafne era un lugar limpio de tumultos, más limpio era el templo, cual puerto construido por su propia naturaleza junto a otro puerto, ambos libres de los envites de las olas, pero ofreciendo el segundo mayor tranquilidad. ¿Quién no se libró allí de una enfermedad, quién no del miedo, quién no del duelo? ¿Quién hubiera echado de menos las Islas de los Afortunados? [...] 6

Las olimpiadas[7] no están muy lejos y la ocasión festiva convocará a las ciudades. Éstas se presentarán aportando bueyes para sacrificar a Apolo. ¿Qué haremos? ¿A dónde iremos para ocultarnos? ¿Cuál de los dioses abrirá la tierra para nosotros? ¿Qué heraldo, qué trompeta no excitará nuestro llanto? ¿Quién llamará fiesta a las Olimpiadas, cuando la reciente caída del templo nos infunda el lamento? 7

Dame arcos de curvadas astas, nos dice la tragedia[8]. Eso es lo que yo digo, y añado también un poco de arte adivinatoria, para capturar con su ayuda al autor y asaetearlo luego con aquéllos. ¡Oh impía audacia! ¡Oh alma impura! ¡Oh mano audaz! Ese hombre desconocido es un segundo Ticio, o un Idas, el hermano de Linceo[9], que no era de gran 8

Libanio, el incendio del templo constituía un serio revés para los defensores de los dioses, ya que, si Apolo existía, ¿por qué no evitó la destrucción de su santuario precisamente cuando su culto era renovado ?

[7] Sobre los Juegos Olímpicos de Antioquía, *vid.* G. Downey, «The Olympic Games at Antioch in the Fourth Century A.D.», *Transac. and Proceed. of the Amer. Philol. Assoc.* 70 (1939), 428-438, y P. Petit, *Libanius et la vie...*, págs. 126-136.

[8] Eurípides, *Orestes* 268.

[9] Ticio era un gigante, hijo de Zeus y Elara, que trató de violar a Leto, motivo por el que su padre lo fulminó y lo envió a los Infiernos, donde dos buitres devoran su hígado (cf. *Od.* XI 576-581). Por su parte, Idas,

talla, como el primero, ni un arquero, como éste, sino que sólo sabía hacer una cosa: enfrentarse locamente a los dioses. Tú, Apolo, que con la muerte de los hijos de Aloeo[10], impediste que llevaran a cabo las intrigas que proyectaban contra los dioses, ¿a ese que portaba desde lejos el fuego no le salió al encuentro una flecha que le volara hasta el mismí-
9 simo corazón? ¡Oh diestra envidiosa! ¡Oh fuego inicuo! ¿Dónde cayó en primer lugar? ¿Cuál fue el preludio de esta desgracia? ¿Acaso comenzó por el techo y se extendió luego al resto: aquella cabeza, el rostro, el escudo, la cítara, la túnica que a sus pies caía? ¿Es que Hefesto, guardián del fuego, no amenazó con su perniciosa llama al dios al que debía gratitud por una antigua denuncia[11]? ¿Pero es que ni siquiera Zeus, que controla las riendas de las tormentas, descargó agua sobre la llama, y eso que en cierta ocasión le apagó la hoguera al rey de los lidios cuando era víctima del
10 infortunio[12]? ¿Qué es lo que se dijo en su interior el que nos declaraba la guerra? ¿De dónde sacó el valor? ¿Cómo logró conservar su impulso? ¿Cómo no canceló su decisión por consideración a la belleza del dios?

---

hijo de Afareo y Arene, y hermano de Linceo y Piso, compitió con Apolo por la mano de Marpesa (cf. *Il.* IX 558-564).

[10] Oto y Efialtes, los gigantes que colocaron el monte Osa sobre el Olimpo y, sobre éstos, el Pelión, con el objeto de alcanzar el cielo y llevar la guerra a los dioses. Apolo los mató con su arco. Cf. *Od.* XI 305-320. El ejemplo de los alóadas como paradigma de insensatez es un lugar común en la retórica (cf. Temistio, *Disc.* II 36b, y Juliano, *EEC* 28c).

[11] Se trata del famoso concúbito de Ares y Afrodita, en el que Febo Apolo, identificado con Helios, jugó un importante papel delatando a los amantes. Cf. *Od.* VIII 266-366 y Reposiano, *El concúbito de Marte y Venus*.

[12] Creso, rey de los lidios, tras ser derrotado por el rey persa, Ciro, fue entregado a las llamas, pero Zeus apagó la pira desde el cielo. Cf. Heródoto, I 87.

Señores, mi alma se ve arrastrada a describir la imagen del dios. A falta de ojos, mi mente conserva intacto el recuerdo de su figura, la dulzura de su forma, la delicadeza de su cuello de mármol, su cinturón, que recogía en torno del pecho la áurea túnica, de manera que parte de la estatua estaba sentada y parte erguida. ¿Cómo no calmaría la contemplación de toda su majestad la más ardiente cólera? Pues parecía estar entonando un dulce canto. También se le ha escuchado tocar la cítara al mediodía, según dicen. Dichosos oídos. El tema de su canto, sin duda, era el elogio de esta tierra, en honor de la cual me parece que también derrama libaciones desde su dorada taza, pues esta tierra se abrió y se cerró para ocultar a la doncella[13] [...] 11

Un caminante soltó un grito al elevarse el resplandor y se llenaba de turbación una querida habitante de Dafne: la sacerdotisa del dios. Se producen golpes de pecho y un agudo lamento recorre la boscosa región y se abate terrible y estremecedor sobre la ciudad. El gobernador[14], cuyos ojos apenas habían comenzado a saborear el sueño, ante la amarga noticia, se levantó de la cama. Fuera de sí se puso en movimiento. Tras tomar las alas de Hermes, se aplicaba a la búsqueda de la raíz del mal, abrasándose en su interior no menos que el templo. Las vigas se desplomaban envueltas en fuego, destruyendo a su paso todo lo que encontraban: primero el dios Apolo, dado que distaba poco del techo, y a continuación el resto: las bellas Musas, estatuas de fundadores, mármoles esplendorosos y lozanas columnas. La muchedumbre se congregaba alrededor del templo entre lamentos, pero incapaz de prestarle socorro. Experimentaban 12

[13] Alusión al rapto de Perséfone.

[14] Siderio, *consularis Syriae* de los años 361-362, y destinatario de la *Ep.* 307 de Libanio.

el sentimiento que embarga a quienes contemplan un naufragio, cuya única ayuda consiste en verter lágrimas por lo
13 sucedido. Sin duda, las ninfas, saliendo de sus fuentes, vertieron copioso llanto, lo mismo que Zeus, que cerca tiene su sede[15], como es natural que hiciera al ver frustrados los honores de su hijo. Copioso llanto derramaron también la infinidad de deidades que habitan en el bosque sagrado, y no inferior fue el de Calíope[16], desde el interior de la ciudad, cuando era injuriado por el fuego el director del coro de las Musas [...]

14 Muéstrate a mí también ahora, Apolo, lleno de cólera y semejante a la noche, como hizo que te mostraras Crises cuando maldijo a los aqueos[17]. Porque precisamente cuando te restituíamos los sacrificios a ti debidos y hacíamos tornar cuantos ritos te habían sido robados, demasiado pronto nos fue arrebatado el objeto de nuestra veneración, cual novio que, trenzadas ya las coronas nupciales, abandona la vida.

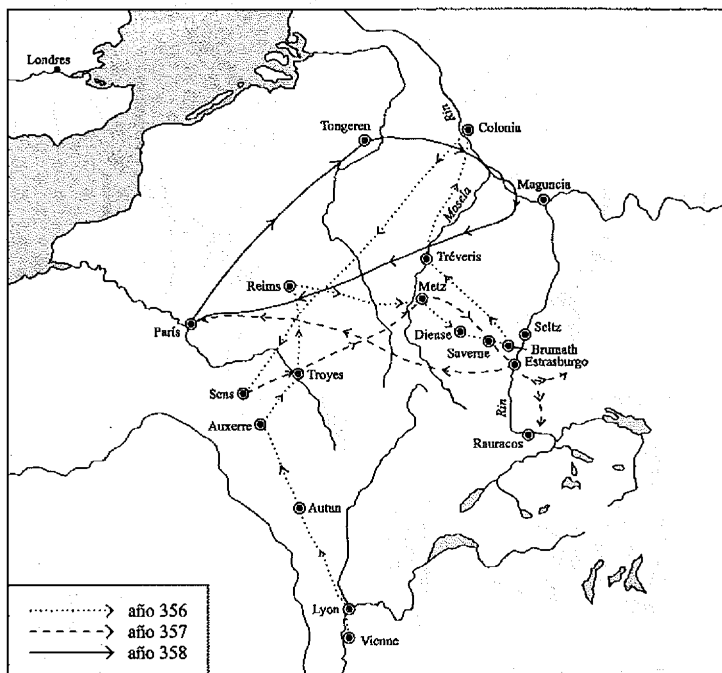
---

[15] En Dafne había también un templo en honor de Zeus. Véase *Disc.* XI 236.

[16] Calíope, musa de la elocuencia, era, junto con Ártemis y Apolo, una de las divinidades tutelares de Antioquía. El emperador Trajano le erigió una estatua en el teatro que construyó para la ciudad. Cf. *Disc.* I 102-103; XV 79; XX 51; XXXI 40 y *Ep.* 1182, y G. Downey, *A History...*, págs. 216-217.

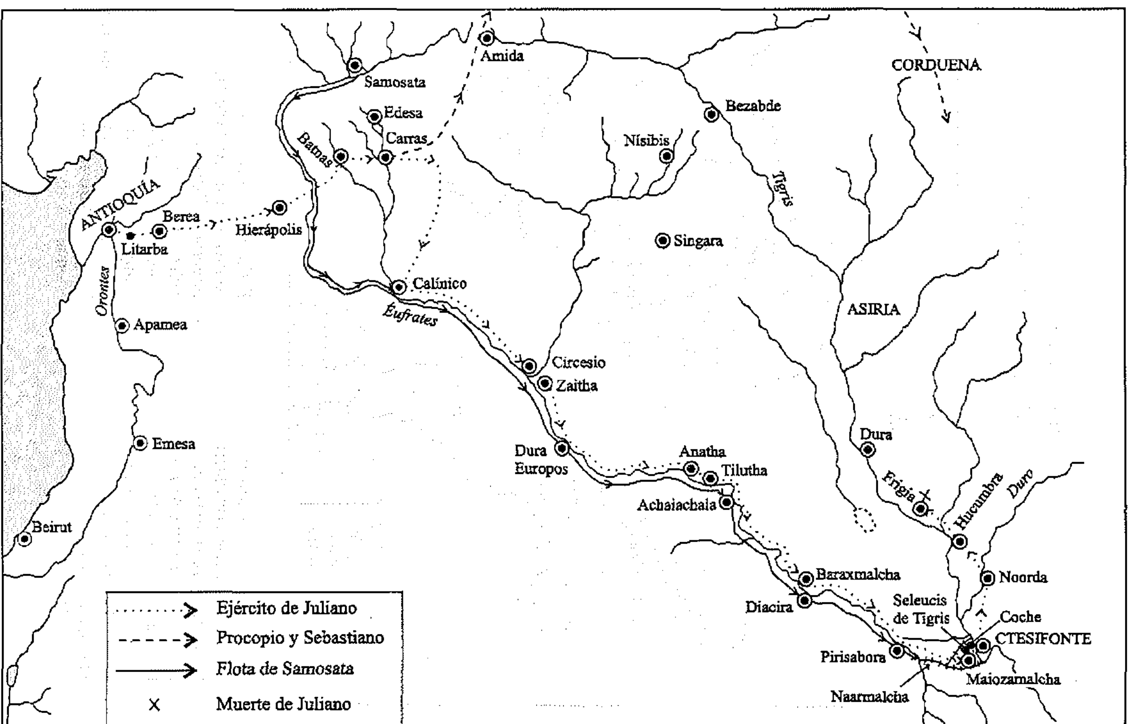
[17] *Il.* I 44-47.

1. CAMPAÑAS DEL CÉSAR JULIANO EN LAS GALIAS (356-358 d. C.)



Autun = Augustodunum
Auxerre = Autessiodurum
Brumath = Brotomagus
Colonia = Colonia Agrippina
Diense = Decem Pagi
Estrasburgo = Argentoratum
Lyon = Lugdunum
Maguncia = Moguntiacum
Metz = Divodurum
París = Lutetia
Reims = Durocortorum
Saverne = Tabernae
Seltz = Salisum
Sens = Agedincum
Tongeren = Tungri
Tréveris = Augusta Treverorum
Troyes = Augustobona
Vienne = Vienna

2. CAMPAÑA PERSA (5 de marzo - 26 de junio del 363 d. C.)



ÍNDICE DE NOMBRES *

* Escribimos entre paréntesis el número del pasaje cuando el nombre no es citado expresamente, pero la identificación es clara.

ÍNDICE GENERAL